3 1761 08695912 9

# CERVANTES Y SUS OBRAS

POR
JOSÉ Mª
ASENSIO

SEIX EDITOR
BARCELONA GRACIA

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/cervantesysusobr00asen

# CERVANTES Y SUS OBRAS

419
Tas

# CERVANTES

## Y SUS OBRAS

ARTÍCULOS

POR

D. JOSÉ M.ª ASENSIO

DE LA

R. A. DE LA HISTORIA

*

Con prólogo del DR. THEBUSSEM

88933
7/7/08

BARCELONA
F. SEIX, EDITOR
MCMII

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

Tipolit. SEIX, S. Agustin, 1 á 7, Barcelona (Gracia) — Teléfono 3.541

# Elogio de este libro

REO que Cervantes no debe de tener motivo de queja con sus conterráneos del siglo XIX.—Monumentos de piedra y bronce, exequias, sermones, poesías, discursos, comedias, óperas, banquetes, mascaradas, fiestas literarias, estampas, retratos, pinturas, ediciones de sus obras, artículos, biografías, comentarios y libros enteros se han dedicado al autor del *Quijote* en el dicho centenario.

La parte flaca y ruín de semejantes honores sirve para dar importancia y valor á los excelentes trabajos de Navarrete, Clemencín, Gallardo, Fernández Guerra, Adolfo de Castro, Gamero, Molins, Barrera, Caballero, Benjumea, Cerdá,

Tubino, Vidart y otros que, muertos para el mundo, viven en la literatura unidos al nombre ilustre del soldado de Lepanto.

Si se dividen en grupos los devotos de Cervantes, no negaré que causan deleite aquellos poetas que, como Fernández y González, Hurtado, Serra ó Ventura de la Vega, lo han cantado de una manera noble y levantada, haciendo olvidar esas inocentes trivialidades que le dedicaron los vates adocenados y de bajo vuelo que tanto pululan en España.

Agradan también sobremanera los curiosísimos estudios en que, con sabroso entretenimiento, nos pintan al gran escritor convertido en geógrafo, médico, purista, marino, teólogo, administrador militar, cocinero, etcétera, por los conocimientos ó indicaciones que de estas materias, y de otras muchas, se hallan en sus obras.

Algunos de los sermones predicados en las parentaciones cervánticas, son modelos de oratoria sagrada y de lenguaje castellano. Y los lienzos en que Moreno Carbonero y otros artistas representaron aventuras del *Ingenioso Hidalgo,*

así como su admirable retrato, debido al pincel de D. Federico de la Torre, son obras de singular mérito y valía.

Contrastando con el claro, razonado y magnífico discurso de Valera,—*Sobre el Quijote y sobre las diferentes maneras de comentarle y juzgarle,* —y por aquello de parecerle á unos bacía de barbero lo que á otros se les antoja yelmo de Mambrino, no han faltado plumas que, tomando el sendero de la filosofía, descubran la profunda doctrina esotérica y social del manchego de un modo tan claro, nuevo, agudo y maravilloso, que su revelación penetra sin la menor dificultad en el ánimo de los lectores. Según estos comentaristas, DULCINEA significa *luz en idea;* DOROTEA es la *tea de oro;* QUIJOTE se deriva de *¡qué hijote!;* CARDENIO viene de *Cardenal* y envuelve una sátira contra el pontificado; el retablo de maese Pedro predica odio á los reyes y amor al gobierno republicano: el escrutinio de la librería, una burla del tribunal de la Inquisición... etc., etc. Semejantes cálculos y pareceres, atribuídos al hombre que declaró paladinamente ser su único deseo poner en aborrecimiento de los hombres

las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballería, nos dejan, á los que carecemos de magín para llegar á tales alturas, pasmados, absortos, suspensos, atónitos, abobados, confusos y espantados.

D. José María Asensio es de los que no remontan el vuelo á tan sublimes disquisiciones.—Camina cosido con la tierra, sin meterse en dibujos ni contrapuntos que suelen quebrar de sutiles, y escribe temas y discursos con claridad, laconismo y elegancia. En la abundante serie de sus trabajos, emplea la erudición grata y amena, en vez de la mazorral y pesada. Los manjares literarios que nos presenta son tan nuevos, tan diversos y tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á cuál debe de alargar la mano. Por mi parte, declaro que me entrego en todos ellos con más gusto que si me diesen francolines de Milán, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Morón ó gansos de Lavajos.

Los *Nuevos documentos para ilustrar la vida de Cervantes*, fueron quizá la semilla que fructificó lozana en la admirable colección de Pérez Pastor. Poderosamente influyó Asensio en el naci-

miento y fama de la interesante *Crónica de los cervantistas,* dirigida por Mainez, y en que López Fabra nos diese el facsímile de la primera edición del *Quixote,* con las curiosas notas de Hartzenbusch. La importante bibliografía de Rius, tiene su raíz en los escritos del mismo género iniciados por Asensio. Como lleva unos cuarenta años de escribir para el público, tiene sobrada razón D. Pedro Salvá al asegurar que su constancia y monomanía son infatigables.

Y ya que nuestro *monomaníaco,* pero venerado y querido amigo, fué el inventor del vocablo **Cervantista** y ha tenido la satisfacción de verlo admitido por el uso y canonizado en el Diccionario académico de la lengua castellana, démosle el lugar preferente que merece en el escalafón y plana mayor de sus colegas españoles del siglo XIX.

Entiendo que este breve razonamiento, pues ninguno hay gustoso si es largo, basta y sobra para declarar mi opinión sobre el presente libro. —Su contenido será la probanza que ofrezco á los lectores.—Ellos sentenciarán lo que estimen de justicia, sin atender á las alegaciones de quien,

achacoso y poco hábil para asuntos literarios, debiera ya abandonar la pluma, estarse en su casa, atender á su hacienda, confesarse á menudo y favorecer á los pobres, según aconsejó tan cuerdamente su ama al Ingenioso Hidalgo Alonso Quixano el Bueno.

El Doctor Thebussem

*Medina Sidonia, año de 1901*

SOBRE LAS EDICIONES PRIMITIVAS

DE

# EL INGENIOSO HIDALGO

# Don Quijote de la Mancha [1]

---

EXCMO. SR. D. PASCUAL DE GAYANGOS.

I muy querido amigo: Debo á V. varias noticias bibliográficas, y no sé, en verdad, cómo he de comenzar á pagar la deuda. Escojo, pues, para asunto de esta carta, reunir algunos datos referentes á las primeras ediciones de *El Ingenioso Hidalgo;* y no porque tenga la pretensión de poder decir en cuanto á ellas algo de mayor substancia, ó que sea digno de fijar la atención de V., sino por la razón sencillísima de que este asunto

---

(1) Este trabajo, publicado por primera vez en el número 35 de la *Revista de España*, correspondiente al mes de Agosto de 1869, ha sido ampliado y corregido, como puede verse en el contexto.

vendrá como nacido para servir de introito ó pasadizo al CATÁLOGO *de obras de Miguel de Cervantes, y de las que hacen referencia á su vida y escritos,* comprensivo de las que existen en mi modesta librería, que hace mucho tiempo ofrecí enviarle, con el interesado propósito de que me lo adicione y aumente; y también porque, tal vez, á la sombra del nombre ilustre de *Cervantes,* merced al interés que inspira cuanto á su grande obra se refiere, logren pasar, sin ser notados, los descuidos del actual cronista.

Mas como quiera que el ofrecido CATÁLOGO ha de abrazar única y exclusivamente las obras de que poseo ejemplares, debo empezar advirtiendo que no tengo todas las que voy á citar en esta carta. De las siete ediciones que probablemente se estamparon en el año 1605, sólo poseo tres; las dos hechas en Lisboa por Jorge Rodríguez—en 4.°—y por Pedro Crasbeeck —en 8.°,—y una de las que dió á luz en Valencia Pedro Patricio Mey. Pero, aunque no las tengo todas, conozco y he manejado seis de las siete mentadas (que no creo habrá muchos cervantistas que puedan decir otro tanto), pues amén de las tres citadas, que en este momento están sobre mi mesa; he debido á la buena amistad de V. hacer el cotejo de las dos ediciones valencianas de igual año y fecha; así como en la agradable y afectuosa compañía de nuestro querido Hartzenbusch, compulsé las dos que hizo el primitivo editor Juan de la Cuesta.

Pero vamos al asunto, y no anticipemos ideas. La *Nota* de ediciones del *Quijote* que insertó el diligen-

tísimo, erudito y juicioso D. Martín Fernández de Navarrete, en su *Vida de Cervantes* (Parte II), necesita hoy grandes adiciones y correcciones, porque desde el año 1819 hasta ahora, la bibliografía ha trabajado mucho é ilustrado muchas dudas.—Limitémonos en esta carta á lo que se refiere á la primera publicación de la obra inmortal, y á las ediciones que de ella se hicieron en el mismo año 1605.

Las colocaremos por su orden.

I. El *Ingenioso* | *Hidalgo Don Qui* | *xote de la Mancha* | compuesto por Miguel de Ceruantes | Saauedra | . Dirigido al Dvque de Beiar, | Marques de Gibraleon, conde de Benalcaçar, y Baña | res. Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de | las villas de Capilla, Curiel, y | Burguillos. |

Año, (Escudo del imp.) 1605.

Con priuilegio | En Madrid. Por Iuan de la Cuesta. Véndese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro. señor. |

En 4.°—312 hojas foliadas, con 12 de Preliminares y otras 8 al fin sin foliación.

II. El *Ingenioso* | *hidalgo Don Qvixote de la Mancha* | compuesto por Miguel de Ceruantes | Saauedra | Dirigido al Dvque de Beiar | Marques de Gibraleon, Conde de Barcelona, y Baña | res, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de | las villas de Capilla, Curiel, y | Burgillos.— Año (E. del Imp.) 1605.

Con Priuilegio de Castilla, Aragon y Portugal | En Madrid. Por Juan de la Cuesta. Véndese en

casa de Francisco Robles, librero del Rey nuestro señor.

En 4.°—316 folios—12 hojas al principio y 4 al fin sin foliación, que son las que ocupa la tabla.

Indudablemente este es el orden en que fueron publicadas las dos ediciones de *El Ingenioso Hidalgo,* hechas por el mismo editor y en el mismo año; como haciéndose cargo de las circunstancias de una y otra, lo sostuvo el Sr. D. Vicente Salvá, en la parte segunda de su *Catálogo de libros españoles y portugueses,* publicada en Londres en 1829, y en un precioso artículo titulado:—*¿Ha sido juzgado el Don Quixote según esta obra merece?* y lo han confirmado luego con discretas observaciones, el Sr. D. Juan E. Hartzenbusch y otros distinguidos bibliógrafos.

La primera de esas ediciones, aunque lleva la fecha del año 1605 en la portada, bien podría llamarse de 1604, pues ya á mediados de este año se estaba imprimiendo, siendo de fecha 26 de Septiembre el *Privilegio,* y estando concluída la edición en Diciembre, pues la *tasa* es del 20 de dicho mes. Por no haber llevado esta edición primera privilegio para el reino de Portugal ni para el de Aragón, reimprimieron allí la obra, sirviéndose de aquélla, como veremos después.

La edición segunda de Juan de la Cuesta, que, por las razones que luego se exponen, es la 4.ª en el orden de publicación, es notable desde la portada; pues las erratas de *Conde de Barcelona*, y señor de la villa de *Burgillos*, demuestran la prisa que había

por darla á luz, para evitar con los nuevos *Privilegios* otras ediciones furtivas.

III. Em Lisboa: Impresso con lisença do Santo Officio.—Por Jorge Rodriguez.—Año 1605.—En 4.°, 220 hojas foliadas y una sin foliación, con 10 de portada y preliminares. *(Tiene en la portada un caballero montado con la espada desnuda y delante un escudero á pie con lanza.)*

La licencia de la Inquisición tiene la fecha del 26 de Febrero de 1605 y la del Gobierno de Lisboa de 1.° de Marzo.

IV El *Ingenio* | *so Hidalgo, Don* | *Qvixote de la Mancha* | compuesto por Miguel de Cer | uantes Saauedra | *(debajo lleva dos figuritas que representan un jinete armado de todas armas en dirección hacia la izquierda, y detrás un peón, también armado, y ambos con lanzas),* con licencia de la S. Inquisición: | En Lisboa.—Impresso por Pedro Crasbeeck.—Año M. D C V.

8.° menor,—de 448 páginas y 12 más sin folios, de portada y preliminares.

Signaturas: A. K K K.

Lleva licencia de 27 de Marzo de 1605, dada en Lisboa.

V. *El Ingenioso* | *Hidalgo Don Qui* | *xote de la Mancha.* | Compuesto por Miguel de Ceruantes | Saauedra. | Dirigido al Dvque de | Bejar, Marques de Gibraleon, Conde de Benalcaçar y | Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor | de las Villas de Capilla, Curiel, | y Burguillos. | *(Grabadito*

*con un caballero con lança en ristre en actitud de acometer.)* Impresso con licencia, en Valencia, en casa de | Pedro Patricio Mey, 1605. | A costa de Jusepe Ferrer, mercader de libros | delante la Diputación.

8.°, de 768 páginas y 16 hojas al principio, sin foliar, de portada, preliminares y tabla.

La aprobación lleva fecha en Valencia á 18 de Julio de 1605.

VI. En Valencia, en casa de Pedro Patricio Mey. Año 1605. | Un tomo en 8.°

No se diferencian estas dos ediciones en el grabadito de madera que la primera lleva en la portada, según lo aseguraba V. en sus notas á la traducción de la *Historia de la Literatura española*, escrita por Mr. W. Ticknor, pues ambas lo tienen igual. Otras diferencias tipográficas ha notado el diligente bibliófilo D. Pedro Salvá, y pueden verse en el *Catálogo de la Biblioteca de Salvá*, Valencia, Ferrer de Orga, 1872, tomo II. | pág. 38.

VII. En Pamplona ó en Barcelona.—Año 1605. | Un aficionado á libros castellanos, residente en la Haya, guardaba ejemplar de esta edición, según noticia consignada en las notas á Ticknor: noticia por demás verosímil, porque en Barcelona se repetían inmediatamente todas las ediciones de nuestros buenos libros en el siglo XVII; lo cual no necesita comprobación para las personas entendidas, pues podrían citarse á centenares los libros allí reimpresos. También parece confirmarlo el mismo *Cervantes,*

cuando en el cap. III de la II Parte, pone en boca del Bachiller Sansón Carrasco, estas palabras: «tengo »para mí que el día de hoy están impresos más de »doce mil libros de la tal historia; si no dígalo Por»tugal, *Barcelona* y Valencia, donde se han impre»so, y aun hay fama que se están imprimiendo en »Amberes.»

VIII, Lisboa.—1605.—Un tomo en 8.°—La conoció y citó el Sr. Salvá en el artículo referido: *¿Ha sido juzgado el* Quixote *según esta obra merece?* Pero no dió descripción de ella ni la hemos encontrado en sus catálogos de Londres de 1826 y 29, ni en los de París de 1835 y 1846, y es á mi parecer muy inverosímil, pudiendo creerse que Salvá se refiriera á la de Crasbeeck (número IV).

A muchas observaciones da lugar el cotejo de estas ediciones primitivas. Principiemos por repetir y fijar lo que dijo D. Juan Eugenio Hartzenbusch, haciéndose cargo de las dos que hizo Juan de la Cuesta, á costa de Francisco de Robles.

Usted sabe muy bien que no es una vanidad pueril, ni el mero deseo de ostentar proligidad y exactitud, lo que hace á los *cervantistas* detenerse tanto en esas distinciones. Hay en la edición *príncipe* pasajes muy señalados, en que se descubre el verdadero texto escrito por Cervantes, mucho mejor que en las ediciones sucesivas. Recuerde V. aquellas palabras:—*Olvidábaseme decir*—que aparecen en la aventura *del cuerpo muerto*, cap. 19, y de las que tan brillante partido ha sabido sacar nuestro amigo Hartzenbusch

para restablecer el texto en la edición de Argamasilla, salvando una grave contradicción que en todas las demás se nota, mal que pese á follones malandrines, que no son capaces de hacer lo que él, ni mucho menos, aunque le muerdan muy á su sabor.

Otras muchas y muy notables variantes se encuentran; pero la que ahora hace á mi propósito, porque basta por sí sola para dar importancia á la edición primera y á las que de ella provienen, es la que ocurre en el cap. 26 de la *parte tercera*. Trata de la imitación que de Beltenebrós hizo *Don Quijote*, convirtiendo en Peña-Pobre las asperezas de Sierra-Morena, y dice:

«Ea, pues, manos á la obra, venid á mi memoria »cosas de Amadis, y enseñadme por donde tengo de »començar á imitaros; mas ya sé que lo mas que el »hizo, fué rezar y encomendarse á Dios; pero que »haré de rosario que no le tengo? En esto le vino el »pensamiento, como le haría, *y fué que rasgó una »tira de la camisa que andaua colgando, y dióle »honze ñudos, el vno mas gordo que los demás,* y esto »le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo, donde »rezo vn millon de Ave Marías.»

Este notabilísimo rasgo, omitido inmediatamente en la edición segunda, que el mismo Cuesta comenzó á imprimir apenas puso en circulación la primera, había pasado enteramente desconocido, hasta que lo hizo notar Hartzenbusch; y cuenta que las palabras allí estampadas están en perfecta consonancia con lo que luego se dice, el capítulo 35, *Parte*

*Cuarta.*—Las voces de Sancho y de *Don Quixote* interrumpen la sabrosa lectura de *El Curioso Impertinente* en punto crítico; alármase el ventero sospechando la suerte que sus cueros sufrían:

«Y con esto entró en el aposento y todos tras »el y hallaron á *Don Quixote* en el mas extraño trage »del mundo. Estaba en camisa, la cual no era tan »cumplida, que por delante le acabase de cubrir los »muslos, *y por detrás tenia seis dedos menos.*»

Esta falta era consecuencia de la tira que se arrancó para rosario.

Pero ocúrreme una pregunta, á la cual no es fácil hoy dar solución: ¿Quién hizo la variación de ese concepto?... Yo sospecho mucho que no fué cosa del autor... Las palabras que sustituyeron á las primitivas no me parecen de CERVANTES:

«Ea, pues, manos á la obra, venid á mi memoria »cosas de Amadis, y enseñadme por donde tengo de »comenzar á imitaros; mas ya sé que lo más que él »hizo fué rezar y *así lo haré yo. Y sirviéronle de ro-* »*sario unas agallas grandes de un alcornoque, que* »*ensartó de que hizo un diez.*»

Lo subrayado fué lo que se varió, y repito que no me parecen de la pluma del autor esas frases. Los aprobantes tampoco las suprimieron, ni fueron reprobadas por la Inquisición, pues no constan en ninguno de los *Indices*, y mas bien parece ser obra la variante de algún escrúpulo del editor.

Otra observación se enlaza con la de esas notables palabras suprimidas, que también es de impor-

tancia suma, porque puede servirnos para fijar el orden de las ediciones hechas en el año 1605.

Como la primera edición de Juan de la Cuesta no llevaba *Privilegio* más que para Castilla, los editores de Portugal la repitieron impunemente antes que el librero Robles pudiera impedirlo. Las ediciones de Jorge Rodríguez y de Pedro Crasbeeck (números III y IV de nuestra nota) proceden de la primitiva, y puede convencerse cualquiera de ello, viendo que conservan lo de la tira de la camisa, convertida en rosario por medio de *honce ñudos,* que no lo hay en ninguna de las que proceden de la segunda de Juan de la Cuesta, y así no aparecen ya en las de Valencia de Pedro Patricio Mey, por lo que podemos suponer fundadamente que se hicieron de acuerdo con el dueño de la obra, y después que había obtenido *Privilegio* para el Reino de Aragón.

Raro es que ninguno de los anotadores de *El Ingenioso Hidalgo,* ni los muchos biógrafos del inmortal autor, hayan dado cuenta de esas palabras hasta que lo hizo Hartzenbusch, pues no se encuentran únicamente, como éste lo creía en la edición primitiva, cuya rareza podía disculpar la omisión, sino que están igualmente en las dichas ediciones de Lisboa.

Pero hay más todavía. Estas ediciones de Lisboa llevan sendas *aprobaciones:* la de Rodríguez, de la Santa Inquisición, fecha 26 de Febrero de 1605; y la de Crasbeeck, de la Inquisición también, pero diferente, fechada en 27 de Marzo, después de la censura

del padre Agustino Fray Antonio Freire, que expresa que «*assí como vay naon leva cousa dissoante á dou-*»*trina cathólica, et polla muita eloquencia et engheno* »*que nelle mostra ó Autor, me parece digno que pera* »*honesto entretenimiento se imprima.*»

Ya que no se conoce la opinión que formaron del *Quijote* los aprobantes de la primera parte en Madrid, y que ignoramos hasta sus nombres, curioso es dar publicidad á la censura de Lisboa, con tanto más motivo, cuanto que esta edición de Crasbeeck no ha sido conocida, según parece, por nadie hasta hoy.

Ocho ediciones ó siete á lo menos, de una obra de entretenimiento, hechas en un mismo año, y al comenzar el siglo XVII, cuando los medios de publicidad y comunicación eran tan escasos, tan difíciles, dicen lo bastante en favor de la aceptación general que obtuvo desde el momento de su aparición, desvanecen también en gran manera el grave cargo que hace tiempo viene abultándose acerca de la indiferencia y el desprecio con que miraron á *Cervantes* sus contemporáneos; cargo tan infundado como otros muchos que á España se forman, y que por indolencia consentimos los españoles; y van cerrando, á mi entender, la puerta á la indiferencia, con que suponían había sido recibida por el público, los que sostuvieron la existencia del *Buscapié:* siendo buen argumento para demostrar la falsedad del pastel que adobó D. Adolfo de Castro, y que todavía siguen pegando con mal acuerdo, á continuación del *Ingenioso Hidalgo,* algunos editores de Madrid.

Y como quiera que cuanto se relaciona con la aparición del *Quijote,* tiene cierta importancia, y hay en nuestros días ánimo decidido en algunos, y tendencia en muchos, de dar al libro un tinte autobiográfico, y al autor un carácter poco compatible con las instituciones de su tiempo, vamos á hablar, para concluir, del escudo que Juan de la Cuesta puso en la portada de las primeras ediciones.

De esto me he ocupado ya, pero ahora daré á V. cuantos datos he podido reunir. Supone el corifeo de esta moderna cruzada, D. Nicolás Díaz de Benjumea, que al escribir recónditas elucubraciones, MIGUEL DE CERVANTES, que deseaba que andando los siglos viniera un novísimo comentador á descifrar sus enigmas, formó ó compuso el escudo que había de ponerse al frente de su obra, con el significativo lema de *Post tenebras spero lucem.* Sobre este tema, con variaciones, dando gran importancia á cada una de las partes del escudo, que se supone hijo de un pensamiento trascendental, y afirmando *que apareció por primera vez en el Romancero general de 1604,* cuando ya Juan de la Cuesta estaba en correspondencia con CERVANTES, está formado el *Correo de Alquife;* pero el cimiento es falso, y el edificio no puede ser sólido.

El escudo de la mano con el halcón encapirotado, el león dormido y el lema, lo usó primeramente Adriano Ghemartio en 1570; luego lo heredó Pedro de Madrigal, siendo probablemente los mismos grabados los que fueron pasando de mano en mano, sin

correcciones ni añadiduras, y ya en mal estado, y con gran deterioro lo empleó, por última vez, que yo sepa, el impresor Mateo Espinosa y Arteaga. Estos grabados eran dos, uno para los libros en folio ó en 4.° y otro muy reducido para las ediciones en pequeño, como las *Epistolas de Cicerón* (1589) y el *Arauco domado* (1605).

Vea V. la nota de los libros que llevaron escudo:

1570.—*Ars comprendiaria gramaticæ,* per Petrum Barahonam. — Vallisoleti exudèvat Adrianus Ghemartius.—1570.

1589.—*Los deziceis libros de las epistolas ó cartas de M. Tulio Ciceron,* vulgarmente llamadas familiares, traducidas de lengua latina en castellana por el Doctor Pedro Simon Abril, natural de Alcaraz.—En Madrid en casa de Pedro Madrigal—año 1589—8.°—471 páginas, una hoja al fin y ocho al principio sin foliar

Esta obra lleva el escudo pequeño de que antes hablábamos.

1592.—*Comentarios de D. Bernardino de Mendoça,* de lo sucedido en las guerras de los Payses Baxos, desde el Año de. 1567. hasta el de. 1577. con privilegio.—En Madrid, por Pedro Madrigal.—Año de. 1592.—4.°, 336 folios con 8 hojas al principio, y 12 al fin sin foliar.

1593.—*Auiso de caçadores y caça.*— Ordenado por el D. Pedro Nuñez de Auendaño: letrado D. Pedro Yñigo de Mendoça tercero deste nombre, Duque del Infantado.—Con nueuas Adicciones. *(Escudo del Im-*

*presor.)* Con priuilegio.—En Madrid. En casa de Pedro Madrigal.—Año 1593.

En folio.—17 fojas,—paginación 3—34.—Sig. A. 2.—c, 4.—La primera edición de este libro es de Alcalá, Joan de Brocar—1543—en 8.°—letra de tórtis.

(Noticia de D. Eduardo de Mariátegui, poseedor del libro.)

1600.—*Desempeño del Patrimonio de sv Magestad,* Y de los Reynos, sin daño del Rey y bassallos, y con descanso y aliuio de todos. Por medio de los Erarios públicos y Montes de Piedad—por Luys Valle de la Cerda.—En Madrid.—En casa de Pedro Madrigal.—Año M. D. C.—4.°—139 folios.—Al fin dice:

Imprimióse este libro, á costa y por orden del Reyno, en las Cortes que se congregaron En Madrid el año passado de 1599. (Aquí el escudo del Impresor.) En casa de Pedro Madrigal. Año M. D. C.

1602.—*Romancero General,* en que se contienen todos los romances que andan impresos en las nueve partes de romanceros. Aora nuevamente impresso y enmendado con licencia, En Medina del Campo, Por Juan Godínez de Millis. A costa de Pedro Ossete y Antonio Cuello, libreros de Valladolid.—Año 1602.

4.°, 362 folios á dos columnas, y 8 de portada y preliminares.—El escudo lleva trocadas las palabras por torpeza del grabador; y debajo tiene la cifra A G., que demuestra fué el que usó el antiguo impresor Adriano Ghemartio.

1604.—*Romancero General,* en que se contienen

todos los Romances qué andan impresos. Aora nuevamente añadido y enmendado. Año 1604—con licencia en Madrid, por Juan de la Cuesta. Véndese en casa de Francisco López. 4.°, 500 hojas á dos columnas.

1605.—*Aravco domado.* Compvesto por el licenciado Pedro de Oña, natural de los Infantes de Engol, en Chile, Colegial del Real Colegio Mayor de San Felipe y San Marcos, fundado en la ciudad de Lima. —Año 1605.—Con privilegio. En Madrid, por Juan de la Cuesta. 8.°, 342 hojas, con 16 al principio y dos al fin, sin foliar.—Lleva el escudo pequeño.

1605.—*El Ingenioso Hidalgo D. Quixote de la Mancha.* (Es la edición que lleva el número I de nuestra nota.)

1605.—*El Ingenioso Hidalgo D. Quixote de la Mancha.* (Es la edición número II de la nota, con privilegio de Castilla, Aragón y Portugal.)

1608.—El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha.—Año 1608.—*(E. del impr.)* Con Privilegio de Castilla, Aragón y Portugal.—Madrid, por Juan de la Cuesta.

1613.—*Lugares comunes de conceptos dichos y sentencias en diversas materias.*—Compuesto por el licenciado Juan de Aranda, vecino de Jaen... Año (Escudo del impresor) 1613.—Con Licencia. —En Madrid por Juan de la Cuesta.—Un tomo en 4.°

1613.—Novelas exemplares de Miguel de Cervantes Saavedra.—Año (Escudo del impr.) 1613.—Con

Privilegio de Castilla y de los Reynos de las Coronas de Aragón. En Madrid. Por Juan de la Cuesta. En 4.° —228 hojas.

1614.—*Novelas exemplares.*—Año *(Escudo del impresor)* 1614.—Portadas en todo igual á la que antecede.—En 4.°—236 fs.

1615.—Los cinco primeros libros de los Annales de Cornelio Tácito... traducidos por Antonio de Herrera.—Año *(Escudo del Impresor)* 1615.—En Madrid, por Juan de la Cuesta—en 4.° 116 hojas foliadas y 4 sin foliar con la portada y preliminares.

1615.—*Segunda parte del Ingenioso caballero Don Quixote de la Mancha.*—Año (E. del Im.) 1615. En Madrid—Por Juan de la Cuesta—en 4.° 283 fol.

1617.—*Los trabajos de Persiles y Sigismunda, historia Setentrional.*—Año (E. del I.) 1617.—Con privilegio. En Madrid. Por Juan de la Cuesta.—En 4.° 6 hojas de Portada y prelims. 226 folios.

1618.—*Refranes hechos por Hernando Núñez Pinciano.*—En Madrid por Juan de la Cuesta.—Año 1618.—4.°—385 hojas. Al folio 121 principia la filosofía vulgar de Juan de Mal-lara, vecino de Seuilla.

1668.—*Epistolas familiares* de D. Antonio de Guevara, Obispo de Mondoñedo, etc. Año 1668. Con privilegio. En Madrid, por Matheo de Espinosa y Arteaga. A costa de Juan de Calatayud y Montenegro, mercader de libros, véndese en su casa á la plazuela de Santo Domingo y en Palacio.

No ha sido breve la lista, pero tampoco creo que podrá parecer cansada, si se atiende á su importancia; pues con este y otros datos semejantes se puede cerrar la puerta á esas falsas interpretaciones del *Quijote,* que por más que demuestren ingenio, pecan de absurdas, considerándolas seriamente.

A todo esto que á V. dejo dicho, y á otras muchas cosas que por sabidas se callan, da lugar el cotejo de las primeras ediciones de esa obra inmortal; libro singularísimo entre los de entretenimiento, que con ninguno sufre comparación, y que ha sido y será la desesperación de los ingenios por su galanura, su invención y su portentosa pintura de las grandezas y debilidades del corazón humano; por la variedad de sus episodios y la multiplicidad de sus personajes, hijos todos de la más verdadera observación, sin necesidad de que se le presten ajenas galas, que en nada pueden contribuir á aumentar su mérito.

Supla la bondad de V. lo mucho que faltará en esta desaliñada carta, y prepárese á recibir otra con el *Catálogo* de mi *Biblioteca cervantina,* que le debe á V. mucho, como mucho le debe su verdadero amigo,

J. M.ª A.

# OBRAS DESCONOCIDAS

DE

# CERVANTES

Sr. D. Aureliano Fernández Guerra

## I

uy señor mío y amigo: Ya que manifestó V. con tanta bondad como franqueza sus deseos de conocer mis pobres trabajos acerca del *Ingenioso Hidalgo,* cuando tuvo la amabilidad de honrar mi casa, y supuesto que persiste V. en su propósito, á pesar de los grandes cuidados y numerosas atenciones que le rodean, á mí no me toca otra cosa más que repetirme muy obligado y agradecido, y procurar llenar los deseos de V. lo menos mal que á mis fuerzas se les alcance.

Comencemos, pues, por la cuestión de lo que he-

mos dado en llamar *cuna del Quijote;* porque este es punto que se enlaza con otros muchos y en cuya resolución entran varios datos de los que V. desea conocer.

Ambos en esta cuestión sostenemos un mismo tema: el *Ingenioso Hidalgo* empezó á escribirse en Sevilla. Para nosotros esto no admite género alguno de duda; pero hay personas muy doctas que opinan que nos equivocamos, y justo es pesar y rebatir sus argumentos, consignando al propio tiempo nuevos datos en apoyo de nuestra teoría.

Cuando en 1864 dí yo á la imprenta los *Nuevos documentos para ilustrar la vida de Miguel de Cervantes,* los acompañé con un estudio intitulado *Algunas observaciones sobre los nuevos documentos,* para dar á cada uno el lugar que en la biografía del príncipe de nuestros ingenios debe ocupar en lo sucesivo. Allí, tratando de los trabajos literarios de *Cervantes* durante su larga permanencia en Andalucía, dejé estampada por incidencia (no era ocasión de otra cosa) mi opinión decidida de que el *D. Quijote empezó á escribirse en Sevilla.* Apoyé entonces mi aserto solamente en la frase puesta por *Cervantes* en el cap. 14 de la parte 1.ª, donde, después del entierro del pastor Grisóstomo, los caminantes *rogaron á D. Quijote se viniese con ellos á Sevilla,* que en mi sentir (hoy corroborado por el muy respetable voto de V. y por otros también muy dignos de consideración) indicaba el lugar donde se encontraba el autor al estamparla.

No insistí en la demostración, porque no creía fuera aquel lugar oportuno de tratar esta cuestión, que le tiene y muy señalado, en un penoso trabajo que hace años me ocupa acerca de las *Obras desconocidas de Cervantes;* y porque estimé tan decisiva la frase, que bastaba por sí sola para alejar todo género de duda.

Me equivoqué, lo cual no es extraño, porque yo me equivoco con harta frecuencia.

Remitido el folleto á nuestro común amigo el Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, lo examinó, y me dirigió la preciosa carta que se imprimió después al principio del folleto mismo. En ella manifestaba el docto crítico su opinión diferente de la nuestra, y aducía las razones en que se apoyaba.

Sea, pues, el examen de aquéllas la primera parte de esta investigación.

Confiesa el Sr. D. Juan que en algún tiempo abrazó también nuestra opinión «Propenso por cos»tumbre (dice) á preferir al mío el dictamen de »aquellos cuya superior capacidad reconozco y hacia »cuyo modo de ver me lleva indeliberadamente el »cariño.» «Examinada luego la cuestión despacio y »sin prevenciones (continúa), he formado otro jui»cio; difiero en parte de la opinión de Vds. y estoy »con Vds. en parte: hay algo en la primera de »*D. Quijote* que debió y algo que pudo escribirse en »Sevilla; lo principal, en mi concepto, no hubo de »ser autografiado en aquella ciudad.»

Esta es la síntesis del actual sentir de nuestro co-

mún amigo; el cual expone en seguida varias razones que le hacen admitir el que la narración del *Capitán cautivo* y la novela del *Curioso impertinente* pudieran ser escritas en Sevilla é ingeridas más tarde en la grande obra.

Pasa luego á ocuparse de aquellas palabras del capítulo 14 en que yo apoyaba mi aserto, y copia otra frase enteramente igual que se encuentra en *Rinconete y Cortadillo, novela generalmente reputada natural de Sevilla:*

»Cervantes paraba en Sevilla (añade D. Juan Eu-»genio), salía de Sevilla y volvía frecuentemente á »ella en el tiempo de sus comisiones; luego es muy de »creer que escribiese en aquella ciudad la expresión, »*se viniese con ellos*. A pesar de todo, la novela prin-»cipia diciendo: «En la venta del Molinillo que está »en los fines de los famosos campos de Alcudia, como »vamos de Castilla á la Andalucía.....» Esto ya no »parece escrito en Sevilla.»

Respuesta muy obvia tiene el reparo de nuestro docto amigo; el texto que él cita es el del comienzo de la novela tal como salió á luz en el año 1613..... pero en el texto primitivo, en la *miscelánea* del racionero Francisco Porras de la Cámara, decía:

«En la venta del molinillo que está en los cam-»pos de Alcudia, *viniendo* de Castilla para Andalu-»cía.....»

Ambas lecciones están copiadas por el bibliotecario Pellicer en las págs. 150 y 151 de su *Vida de Cervantes;* y son la última prueba, como dice el mismo

biógrafo, de que la novela se escribió en Sevilla y se retocó y corrigió en Madrid para darla á la estampa; observación igualmente aplicable al *Quijote*.

Esto responde satisfactoriamente á esa objeción; en cuanto á las demás que en la carta se acumulan, tienen respuesta de otra clase. No puede darse la misma interpretación á los discursos puestos en boca de los personajes, que á la narración que el autor hace en impersonal.

Cardenio, cuando habla, dice *vine* á Osuna; luego *D. Quijote* le dice:

«Quiera vuesa merced *venirse* conmigo á mi aldea;» pero esto no supone que el autor allí se encontrase; el personaje habla en su situación, y el autor no se localiza en ella, como cuando en lo narrado dice:

«*le rogaron se viniese á Sevilla.*»

Creo que esto es claro é incuestionable. Queda, por lo tanto, en toda fuerza el argumento que á favor de nuestra opinión formaba yo con las palabras de *Cervantes*.

La primera parte del *Quijote* empezó á escribirse en Sevilla. Yo creo que algo ayuda á robustecer mi argumentación el haber encontrado en un códice de la Biblioteca Colombina (de cuyo mérito é importancia hablaré á V. en otra carta muy detenidamente) la *Canción desesperada,* tal como fué escrita por *Cervantes,* mucho antes, en mi sentir, de haber empezado el *Quijote,* según lo indican las correcciones y enmiendas que lleva en la novela, algunas de mucha consideración, como lo deducirá V. del cotejo de

cualquier edición del *Ingenioso Hidalgo* con la que aquí le trascribo copiada literalmente del M. S.

## CANCIÓN DESESPERADA

Ya que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua y de una en otra gente,
Del áspero rigor tuyo la fuerza,
Haré que el mismo infierno comunique
A el triste pecho mío un son doliente
Con que el uso común de su voz tuerza;
Y al par de mi deseo que se esfuerza
A decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento
Y en él mezcladas por mayor tormento
Pedazos de las míseras entrañas.
Escucha, pues, y presta atento oído,
No al concertado son, sino al ruido
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un furioso desvarío
Por gusto mío sale y tu despecho.
El rugir del león, del lobo fiero
El temeroso aullido, el silbo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable
Baladro de algún monstruo, el agorero
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable,
Del ya vencido toro el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sensible arrullar, el triste canto

Del envidiado buho, con el llanto
De toda la infernal negra cuadrilla,
Salgan con la doliente ánima fuera
Mezclados en un son, de tal manera
Que se confundan los sentidos todos;
Que la pena cruel que en mí se halla
Pide para cantalla nuevos modos.
De tanta confusión no las arenas
Del padre Tajo oirán los tristes ecos,
Ni del famoso Betis las olivas;
Que allí se esparcirán mis duras penas
En altos riscos ó profundos ecos,
Con muerta lengua y con palabras vivas,
O ya en escuros valles ó en esquivas
Playas, desnudas de refugio humano,
Adonde el sol jamás mostró su lumbre;
O entre la venenosa muchedumbre
De fieras que sustenta el Libio llano:
Que puesto que en los páramos desiertos,
Los ecos tristes de mi mal inciertos
Suenan con tu rigor tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados
Serán llevados por el ancho mundo.
Mata un desdén, atierra la paciencia
O verdadera ó falsa una sospecha,
Matan los celos con rigor más fuerte,
Desconcierta la vida larga ausencia,
Contra un temor de olvido no aprovecha
Firme esperanza de dichosa suerte;
En todo hay cierta inevitable muerte:

Mas yo, milagro nunca visto, vivo
Celoso, ausente, desdeñado y cierto
En las sospechas que me tienen muerto
Y en el olvido en quien mi amor avivo;
Y entre tantos tormentos nunca alcanza
Mi vista á ver en sombra á la esperanza.
Ni aun yo desesperado lo procuro;
Antes por estremarme en mi querella,
Estar sin ella eternamente juro.
¿Puédese por ventura en un instante
Esperar y temer; ó es bien hacello
Siendo las causas del temor más ciertas?
¿Tengo, si el duro celo está delante,
De cerrar estos ojos, si he de vello
Por mil heridas en el alma abiertas?
¿Quién no abrirá de par en par las puertas
A la desconfianza, cuando mira
Descubierto el desdén y las sospechas
¡Oh amarga conversión! verdades hechas
Y la pura verdad vuelta en mentira?
¡Oh en el reino de amor fieros, tiranos
Celos, ponedme un hierro en estas manos;
Dame, desdén, una torcida soga;
Mas, ¡ay de mí! que con cruel victoria
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga!
Yo muero, en fin; y porque nunca espere
Buen suceso en la muerte ni en la vida,
Pertinaz estaré en mi fantasía;
Diré que va acertado el que bien quiere,
Y que es más libre el alma más rendida

A la de amor estraña tiranía;
Diré que la enemiga siempre mía
Hermosa el alma como el cuerpo tiene,
Y que su olvido de mis culpas nace,
Y que en fe de los males que nos hace
Amor su imperio en justa paz mantiene.
Y con esta opinión y un duro lazo,
Apresurando el miserable plazo
A que me han condenado mis desdenes,
Ofreceré á los vientos cuerpo y alma
En lauro y palma de futuros bienes.
Vengan, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tántalo con su sed; Cisifo venga
Con la carga terrible de su canto;
Ticio traiga su buitre, y así mismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las germanas que trabajan tanto.
Y todos juntos, su inmortal quebranto
Tresladen en mi pecho, y en voz baja,
Si ya á un desesperado son debidas,
Canten obsequias tristes, doloridas
Al cuerpo á quien se niega la mortaja.
Y el portero infernal con los tres rostros
Con otras mil quimeras y mil monstruos
Lleven el doloroso contrapunto:
Que otra pompa mejor no me parece
Que la merece este amador difunto.
Tú que con tantas sin razones muestras
La razón que me muestra á que la haga
A la cansada vida que aborrezco,

Pues ya ves que te da notorias muestras
Esta del corazón profunda llaga
De como alegre á tu rigor me ofrezco,
Si por dicha conoces que merezco
Que el cielo claro de tus bellos ojos
En mi muerte se turben, no lo hagas;
Que no quiero que en cosa satisfagas
A el darte de mi alma los despojos;
Antes con risa en la ocasión funesta
Descubre que al fin mío fué tu fiesta.
¿Mas no es simpleza el advertirte desto,
Pues sé que está tu gloria conocida
En que mi vida llegue al fin tan presto?

Canción desesperada, no te quejes,
Cuando mi triste compañía dejes;
Antes, pues que la causa do naciste
Con mi desdicha aumenta su ventura,
No es desventura para ser tan triste.

Cervantes, que no versificaba fácilmente, y que sin duda recordaba el trabajo que le costaba sujetarse al metro y á la rima, cuando dijo:

¿Consentirás que á dicha participe
Del licor suavísimo un poeta
Que al hacer de los versos sude y hipe?

encontró después muy apropiada su *Canción,* y la incluyó en el episodio del entierro de Grisóstomo,

con leves variaciones; así como más tarde acomodó en la *Gitanilla* uno de los *romances* que había compuesto cuando el nacimiento del príncipe D. Felipe Dominico Víctor. De estos acomodos debe haber más de uno y más de diez en las *Novelas ejemplares.*

Y, ya que entre las manos tengo el códice colombino, no he de dejarlo escapar sin dar á V. noticia de otra composición inserta en él, y que en mi pobre entender algún parecido tiene con otras de nuestro grande ingenio en situaciones análogas.

Usted sabe que nombrado para la silla primada de Toledo el obispo que era de Jaén, D. Bernardo de Sandoval y Rojas, tomó posesión en su nombre su sobrino D. Bernardo de Rojas, el miércoles 23 de Junio de 1599, haciendo después su solemne entrada en Toledo el Prelado el 29 de Septiembre, día del santo de Cervantes, y quizá aniversario de su nacimiento.

A este suceso se refiere la composición aludida, que dice así:

## Á LA ELECCIÓN DEL ARZOBISPO DE TOLEDO

CANCIÓN

Prudencia rara y elección divina
Fué la vuestra, Filipo Rey Tercero,
Con quien el Istro y Alpes se engrandecen:
En celo y gloria fuisteis el primero:

Y quien á veros, Rey, la vista empina,
Verá que entrambos polos se os ofrecen.
Dais á los que merecen
Con alto nombre, celestial y eterno,
Con prudencia, el gobierno:
Mirar vuestra grandeza lo que supo:
Que donde más no cupo,
Llenó con su favor vuestro alto pecho,
Dejando vuestro reino satisfecho.

Pusistes, Rey, con modo soberano
A don Bernardo Sandoval y Rojas
Por arzobispo de la Iglesia nuestra;
Es fruto vivo, y encarnadas hojas.
Fué elección del cielo vuestra mano,
Según su gracia y su bondad nos muestra;
Y pues el cielo adiestra,
Vuestra lengua, señor, sea profeta;
Pues fué elección perfecta,
Que á tu persona títulos dió iguales
Hará sus vivos hechos inmortales.
Y aquella antorcha viva á quien se humilla
El cristianismo todo, y que su lumbre
Nos muestra con favores soberanos,
El pontífice santo, que en la cumbre
Adonde está la más suprema silla
Se sienta, y le besamos piés y manos,
Por sus intentos llanos
Veréis cuán buena fué su elección santa
En esta hermosa planta,

Que su fruto dichoso se eterniza
Y España canoniza,
Dando el capelo rojo al grande Rojas,
Dichoso fruto de tan buenas hojas.
Prospere el cielo su dichosa suerte:
Las ninfas canten con sonoro canto
En el sagrado Henares; tan copioso
Tajo en sus aguas de oro esté contento;
Mi tosca vena con su voz despierte,
Y Tíber de alegría esté gozoso.
Aqueste sol hermoso
Sus vegas fertiliza, aumenta y crece:
Todo el campo florece
Con su venida; quita el triste velo,
Y muéstranos el cielo
Sereno, afable, de sus claros ojos:
Que estaban de llorar los nuestros rojos.
¿Quién dirá alguna parte
De las que tiene, con su cuerpo hermoso,
En todo cuidadoso,
Mansedumbre, modestia y gallardía,
Dulzura y cortesía?
¡Iguales miembros, juntamente hermosos
En lo esencial, perfectos y vistosos!

---

Conocida esta *Canción* en Madrid por varios sujetos, por haberla yo enviado á nuestro amigo Hartzenbusch, recibí carta de éste, con algunas observaciones, tan poderosas en su sentir, y en el de otras

personas, que le hacían dudar de que fuera obra de *Cervantes*.

Diré á V., ante todo, que tanto esta última *Canción* como la *desesperada,* tienen puesto al margen «de M. de Cervantes,» pero de letra más moderna; en cuya forma creo encontrar la de D. Justino Matute y Gaviria, docto bibliófilo y poeta, compañero de Reinoso, de Blanco, de Lista, Núñez, Arjona, Roldán y demás ilustres redactores del *Correo literario de Sevilla*.

En carta fecha 25 de Abril de 1865, me decía Hartzenbusch:

«Cuando leo en la *Canción:*

> Pusistes, Rey, con modo soberano
> á Don Bernardo Sandoval y Rojas
> por arzobispo de la Iglesia nuestra:

»no puedo menos de figurarme que el autor de estos »versos es hombre de Iglesia, y que escribe en To»ledo.»

Esto último no lo dudo yo, pues Cervantes pudo estar accidentalmente en aquella ciudad á la entrada del arzobispo; pero debe notarse que la *Canción* es á la celebridad de la *elección*. Por lo demás, todo el que habla de su país dice nuestro cuando se halla fuera de él; y *Cervantes* se decía siempre *vecino de la villa de Esquivias, que es en el reino de Toledo,* como puede verse en los *documentos* publicados por mí en 1864, en los que tienen los números segundo y tercero.

«No entiendo bien (prosigue D. Juan) estos otros »versos:

Aqueste sol hermoso
sus vegas fertiliza, aumenta y crece;
todo el campo florece
con su venida; qúita el triste velo
y muéstranos el cielo
sereno, afable, de tus claros ojos;
que estaban de llorar los nuestros rojos.

»Ese hermoso sol ¿es el nuevo arzobispo? Parece »que sí; pero en las composiciones de *Cervantes* no »hay que hacer semejantes preguntas, porque la dic»ción es clarísima, *siempre que no la desfiguren erro»res de copia.*»

Cogido le tenemos; porque nadie se atreverá á asegurar que no haya errores de copia en este pasaje. Salvo también que yo presentaré trozos de poesía de *Cervantes* más obscuros que éste, que de tal se califica, y que en verdad poca ó ninguna obscuridad ofrece.

«Finalmente, yo no puedo creer (concluye D. Juan) »que un hombre tan discreto como *Cervantes* con»cluya una canción en elogio de un arzobispo, ala»bándole de hombre *hermoso,* de hombre de miem»bros perfectos y vistosos en lo esencial.»

Y vea V., Sr. D. Aureliano, á mí me parece enteramente lo contrario; y lo digo con disgusto, porque estimo en mucho las opiniones del Sr. Hartzenbusch.

Ese era cabalmente el modo de elogiar de *Cervantes*. Véase en comprobación lo que dice al conde de Saldaña, en una *oda,* cuyo autógrafo se conserva, según dicen, y, por lo tanto, no puede tacharse de apócrifa:

Yo, señor, entre todos,
Admiro tu valor, tus prendas raras,
Reliquias de los godos,
*Tu rostro hermoso,* tus virtudes claras,
Tus dignas esperanzas
Sujeto de más dignas alabanzas.

Esta manera de frasear en verso me parece del todo igual á esta otra:

¿Quién dirá alguna parte
De las que tiene, con su cuerpo hermoso,
En todo cuidadoso,
Mansedumbre, modestia, gallardía,
Dulzura y cortesía?
¡Iguales miembros, juntamente hermosos,
En lo esencial, perfectos y vistosos!

Sin preciarme de *cata estilos,* se me figuran de un autor ambas estrofas.

Y basta ya por hoy, amigo mío, que bastante cansado estará V. al llegar á estos renglones. En otra describiré á V. los siete códices de la biblioteca colombina, cuyo tomo 4.° conoce V. y ha ilustrado al publicarle con tanta erudición. Diré á V. todo lo que

contienen, y le incluiré íntegro algún notable *Entremés,* tan digno de llamar la atención como las *Canciones* que en éste van copiadas. Si el trabajo y las noticias valen poco, crea V. que vale mucho la voluntad con que le sirve su afectísimo seguro servidor Q. L. B. L. M.

J. M.ª A.

Sevilla, 19 de Mayo de 1867.

## II

Sr D. Aureliano Fernández Guerra

Sevilla, Agosto 6, 1867

Muy señor mío y amigo muy querido: En el momento de principiar ésta recibo la noticia de que mi anterior con la contestación de V. han aparecido en las columnas de la *América,* en el número correspondiente al 28 de Julio anterior.

No creía yo que mi carta merecía esa honra; pero no me pesa de su publicidad, yendo acompañada de la de V. que le sirve de necesario complemento y y precioso remate; y además, porque tal vez nuestras observaciones sirvan de aliciente á otros cervantistas para continuar en esa difícil investigación.

Hablemos ahora de los códices de la Biblioteca Colombina.

Entre los muchos servicios que hasta hoy tiene usted prestados á las letras españolas, no reputarán nuestros nietos por el menor el de haber dado á conocer el precioso códice que contiene rasgos de Cervantes, Quevedo, Chaves y algunos otros autores.

Elegante y exquisita descripción hizo V. de aquel importante manuscrito, publicando al mismo tiempo las obras que pueden atribuirse al Príncipe de nuestros ingenios; pero ¿cuánta no hubiera sido su alegría si hubiese caído en sus manos la colección completa? Figúrese V., amigo mío, siete códices todos de igual importancia; miscelánea curiosísima recopilada por persona muy docta, que vivió en los primeros años del siglo XVII.

Pero procedamos con orden.

Forman esta colección, según antes he dicho, siete volúmenes en 4.° español (AA.—141.—nos. 1 á 7.) escritos de una misma letra, en mi entender por un amigo de Cervantes, cuyo nombre no he podido averiguar ni rastrear, aunque he leído enteros casi todos los tomos.

Consta que D. Bartolomé José Gallardo manejó los tomos 1.°, 2.° y 4.°: V. conoce este último y lo ha dado al público casi en su totalidad, aunque por estar muy borrada la rotulación creyó V. que decía —*Poesías—Palacio—varias—tomo 4.°*— cuando el título es—*Poesías y Relacio—nes varias*—y aquella equivocación hizo á V. caer en error, sospechando fuera el colector el racionero Francisco Porras de la Cámara.

El tomo 5.° lo examinó D. Juan A. Ceán Bermúdez, y remitió copia exacta de todas las poesías de Fray Luis de León que contiene, al Padre Fray Antolín Merino, que se sirvió de ellas para la edición que hizo en 1816; y también lo manejaron los ilus-

tres redactores del *Correo literario de Sevilla,* los cuales copiaron de él varias poesías líricas. Por último, el 7.° parece haber sido conocido por D. Adolfo de Castro, que sacó de él las *Cartas de Don Juan de la Sal,* obispo de Bona, al Duque de Medina Sidonia, sobre las imposturas del Padre Méndez. Del mismo he tomado yo también por encargo de nuestro amigo D. Pascual Gayangos dos cartas de D. Juan de Austria.

El tomo 6.° no ha sido conocido, y de él hablaré á V. aparte.

En una circunstancia esencial convienen todos aquellos literatos, cada cual con relación al volumen que logró examinar, y es en que la letra de ellos es de los primeros años del siglo XVII: porque, en efecto, este es un dato interesantísimo, y que se corrobora al observar que ninguna de las noticias contenidas en esos siete tomos es posterior al año 1620.

Concretándonos á las obras de Cervantes que puede haber en la colección, encuentro desde luego á la página 220 del tomo 1.° la noticia de que á aquel autor pertenece la *Relación de las fiestas de Valladolid:* noticia que recogió aquí D. B. J. Gallardo, y que yo, sin saber que fuera conocida, tenía guardada para darla á luz en mis *Obras desconocidas de Cervantes.*

En el tomo 4.° se incluyen la novela titulada *La Tía fingida,* la *Carta á D. Diego de Astudillo y Carrillo,* y las tres partes *de las cosas de la cárcel de Sevilla,* escritas las dos primeras por el Licdo. Cha-

ves, y atribuída, no sin razón, la tercera á Miguel de Cervantes.

En el tomo 5.°, compuesto en su totalidad de poesía, se encuentran las dos *canciones* que incluí en mi anterior carta; y hemos llegado por su orden al tomo 6.°, del cual nadie hasta hoy se ha ocupado para darlo á conocer, siendo así que es uno de los más importantes, si no el más interesante de todos.

Calcule V. un volumen que contiene catorce entremeses, entre ellos, seis inéditos, y desconocidos. hasta el punto de que ni la ilustrada é infatigable inteligencia de V. ni de D. Cayetano Alberto de la Barrera, habían logrado rastrearlos.

Los entremeses son estos:

*1.°—El Examinador Miser Palomo.*
*2.°—Los Habladores.*
*3.°—La Cárcel de Sevilla.*
*4.°—Los Mirones.*
*5.°—El Sacristán Soguijo.*
*6.°—La Villana de Getafe y Carreteros de Madrid.*
*7.°—La Endemoniada fingida y chistes de Bacallao.*
*8.°—Melisendra.*
*9.°—El Rey Cachumba de Motril y la Infanta Palancona.*
*10.°—Durandarte y Belerma.*
*11.°—Doña Justina y Calahorra.*
*12.°—El Doctor Zurrabulleque.*

*13.°—El Zurdo.*
*14.°—Entremés de refranes.*

De estos catorce Entremeses, el 1.° está coleccionado entre las obras de D. Antonio de Mendoza, y también se publicó suelto en Cádiz en 1646 por Francisco Juan de Velasco; pero tiene considerables adiciones y enmiendas en el MS.—El 2.° y 3.° fueron impresos en la parte 7.ª de las comedias de Lope de Vega publicada en Madrid en 1617; pero el de *Los Habladores* fué reimpreso después en Sevilla en 1624 y en Cádiz en 1646 con el nombre de su autor, Miguel de Cervantes, y es raro, en verdad, que á continuación venga también en la copia el entremés de *La cárcel de Sevilla,* en el cual V. y otras autoridades competentes reconocen hoy la mano del ilustre escritor. El 4.°, aunque igual en el título al publicado por Alonso Gerónimo de Salas Barbadillo en su libro intitulado *Casa del placer honesto* (Madrid, 1620), es, sin embargo, del todo diferente y de mucha mayor importancia que aquél.—El 5.° salió anónimo en la 3.ª parte de comedias de los mejores ingenios de España, 1653.—El 6.° y el 12.° se publicaron sueltos en Cádiz en 1646 ó 47 por Francisco Juan de Velasco.—El 7.° y 9.° vieron la luz en Lisboa en 1706 con las *Comedias portuguesas feitas pelo exelente poeta Simon Machado.* Y quedan desconocidos el 5.° de los *Mirones.*—El 8.° de *Melisendra.*—El 10.° *Durandarte y Belerma.*—El 11.° de *Doña Justina y Calahorra.*—El 13.° *del Zurdo*—y el 14 de *Refranes.*

Resumen: de los catorce entremeses que contiene el códice, hay seis inéditos y desconocidos. De los ocho restantes, cinco fueron impresos sueltos en Cádiz, por Velasco, en 1646 y 1647.

No quiero yo incurrir en exageración al atribuir á *Cervantes* obras que no llevan su nombre. Sin embargo, si se reconocen, como creo, en los entremeses de *Melisendra,* y de *Durandarte y Belerma,* aunque burlescos ambos, algunos rasgos de su pluma, y se suponen escritos durante la permanencia del autor en Sevilla (á cuya suposición daría margen y probabilidad de acierto el encontrarlos incluídos en este códice sevillano), importantísimos serían para indicar el aprecio que en el ánimo de Cervantes iban teniendo las invenciones caballerescas, y el punto de vista del ridículo bajo el cual empezaba á considerarlas. No quiero hacer interminable esta carta, y por eso no me decido á entrar en otras apreciaciones, limitándome á incluir á V. copia exactísima del *Entremés de refranes,* que no solamente en mi concepto, sino también en el de nuestros buenos amigos D. José María de Alava y D. Juan E. Hartzenbusch, en nada desdice del giro y distribución de los de *Cervantes,* notándose muchos rasgos que parecen trazados por la misma pluma que escribió luego el *Ingenioso Hidalgo.*

Léalo V., amigo mío, y dígame franca y desapasionadamente su opinión.

# ENTREMÉS DE REFRANES

SON FIGURAS

*Pedraza,* galán — *Doña Sofía*
*Alvarado,* vejete — *Doña Casilda*
*Músicos*

—

Salen *Doña Sofía* y *Pedraza,* galán

*Ped.* Quien no cree buena madre, crea mala madrastra. pensé yo, Sra. Doña Sofía, que pescaba bogas, y que tenía trapillo con dineros en amartelar á Vm. y al fin he visto que la mejor muger, muger, pues me deja como el carnero encantado, que fué por lana y volvió tresquilado.

*Sof.* Mas es el ruido que las nueces, Sr. Pedraza, Vm. no diga esta boca es mía, sino punto en boca, y si no tome las de Villadiego, y no piense que me hace los hijos caballeros, que ya está pobre, y de costal sacudido nunca buen bodigo.

*Ped.* Cría el cuervo sacarte ha el ojo: he gastado con Vm. mis blanquillas, que no me ha quedado estaca en pared, y cuando pensé que Vm. se moría por mí, como gavilán por rábanos, me da con la puerta en los ojos, que muger, viento y ventura presto se muda; no

puedo dejar de sentillo, que quien juega y pierde fuerza es que reniegue.

*Sof.* Agua pasada no muele molino, cuanto y más que no me ha dado nada, que esto es hacer la cuenta sin la huéspeda, y todo lo que se gana se vuelve sal y agua, y tras tras, para la costa no más; ni él tenía que dar, que harto trigo tenía mi padre en un cántaro: y si me dió algo, no había de ser yo como el sastre del Campillo que cose de balde y pone él hilo, que el abad de donde canta de allí yanta; vaya, que quien se muda Dios le ayuda, que ya paso solia, y no quiero ser pescador de caña que más come que gana.

Sale *Doña Casilda*

*D.ª Cas.* ¿Qué es esto? ¿Qué voces son estas? que quien mal pleito tiene todo lo mete á voces; pero ya puedo sacar por el hilo el ovillo, y pues soy, etc., quiero meter mi cucharada y poneros en paz, aunque más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena.

*D.ª Sof.* En el aldeguela, más mal hay del que se suena. Aquí estamos tú por tú como el gaitero del aldea, y como canta el abad y responde el monacillo; y perdí mi honor diciendo mal y oyendo peor.

*Ped.* Señoras, yo quiero responder que quien no habla Dios no le oye, y echémoslo á doce y nunca se venda, que no piense que me mamo yo el dedo, que soy un hidalgo que tengo piedra en el rollo, que mundo mundillo nacer en Granada y morir en Trujillo; á lo menos soy tan bueno como esta Señora, que tal para

cual casaron en Dueñas: dióme entrada en su casa, que dádivas quebrantan peñas, héla sustentado siete meses, que los duelos con pan son buenos, pero la mucha conversación es causa de menos precio, y así agora me despide y me escupe, que Sancha, Sancha bebes el vino y dices que mancha.

*D.ª Sof.* A palabras locas orejas sordas; diga lo que quisiere, que quien no miente no viene de buena gente.

*D.ª Cas.* Ea, no haya más; palabras y plumas el viento las lleva, no andeis siempre en dares y tomares que quien da y toma Dios le da una corcoba.

*Ped.* No puede ser el cuervo más negro que sus alas, yo tengo de andar en dimes y diretes, y en dares y tomares, aunque Dios me dé dos corcobas, que una no es ninguna, y siendo muy corcobado diré lo que quisiere, que quien no ha mesura toda la tierra es suya.

Digo señora que escarba la gallina por su mal: yo anduve muchos días por Vm. que parto largo, hija al cabo, pensé que era Vm. nueva, pero uno piensa el bayo y otro el que lo ensilla; quise luego dejalla, que lo que otro suda á mí poco dura, pero repórteme y dije entre mí, tal te quiero crespa aunque eres tiñosa.

*D.ª Sof.* No importa no ser nueva: mal de muchos gozo es!

*Ped.* Yo hice orejas de mercader, que á quien dan no escoge, pero he gastado mucho en galas, que á gran tocado chico recado, y moza galana calabaza vana.

*D.ª Sof.* Señor, sufrir cochura por hermosura, porque el día que me afeité vino á mi casa quien no pensé.

*Ped.* Pues aquí de Dios! si yo lo previ, que en casa llena presto se guisa la cena: si yo lo sufro todo, que no hay peor sordo que el que no quiere oir, ¿por qué me trata mal de amigo á amigo? chinche en el ojo válgalo el Diablo; mozas bailo bien y echaisme del corro!

*D.ª Cas.* Ea, Señora, que cuando dos no quieren tres no barajan; váyase el Diablo para puto, que riñas de por San Juan son paz para todo el año: por amor de Dios doña Sofía, que quiebre la soga por lo más delgado, y que querais mucho al Sr. Pedraza, que malo vendrá que bueno me hará, y cállate y callemos, que sendas nos tenemos.

*Ped.* No quiero más voces, que cuentas viejas barajas nuevas.

*D.ª Sof.* De conejo ido el consejo venido; yo no te quiero mal, que ojos que bien se quieren desde lejos se saludan; pero, pecadora de mí! no tiene ya un cuarto que quien tiene cuatro y gasta cinco no ha menester bolsico; yo señor, no tengo oficio ni beneficio; si quieres que te lo diga, Pedraza es pobre y quiere muger; Ajá no tiene que comer y convida huéspedes.

*D.ª C.* Señor Pedraza, de qué sirve andar por las ramas? La verdad adelgaza mas no quiebra. Vmd. se quede con Dios, y si no tiene que gastar purgalle y sangralle y si se muriese enterralle: esto es acabar razones, el pan comido la compañía deshecha.

*Ped.* Vm. se quede con Dios que á puerta cerrada el Diablo se vuelve, no quiero más perro con cencerro,

pero advierta que de lo contado come el lobo, y que aunque más sabe la zorra, más sabe el que la toma.

Vase *Pedraza*

*D.ª Sof.* Tormes, Tormes, por donde vienes nunca tornes; la ida del humo, y á el enemigo que huya la puente de plata.

*D.ª C.* Ya está hecho, paciencia y barajar que el güesped y el pez á dos días güelen, y en Madrid se usa descartar al pobre, y donde fueres haz lo que vieres.

Sale *Alvarado* con una carta

*Alv.* La diligencia és madre de la buena ventura y haz bien pero no cates á quien, que hoy por mí y mañana por tí. Esta carta traigo de las Indias, que aunque dicen que mal ageno de pelo cuelga, he de hacer esta diligencia, que cada uno hace como quien és. ¿Es usted la señora doña Sofía? aunque su fama le hace bien conocida; pero unos tienen la fama y otros cardan la lana.

*D.ª Sof.* Yo soy señor, y bien haya quien á los suyos se parece.

*Alv.* Señora, mire: yo vengo de las Indias, y aunque de largas vías largas mentiras, vengo para decir la verdad, y hacer de una vía dos mandados. Vuestra merced tenía en las Indias un tío, el cual, como á la muerte no hay cosa fuerte, se murió, porque quien más no puede morir se deja.

*D.ª Sof.* ¡Ay Dios! Mucho me pesa; pero el muerto á la huesa y el vivo á la hogaza.

*Alv.* Este caballero la dejó á Vm. mil ducados: que quién no hereda no medra.

*D.ª Sof.* ¡Ay! Venturosa yo, que á tan buena coyuntura se me ha caído la sopa en la miel! Doña Casilda ¿qué le parece? Murióse mi tío y me dejó por su heredera: que prendas de garzon, dinero son.

*D.ª C.* Verdaderamente que adonde no piensan salta la liebre, y á quien Dios quiere bien en casa le trae de comer.

*Alv.* Señora mía, quien bien ata bien desata; este dinero se ha de dar con condición, que Vm. esté casada, ó se case, y así lo tengo de hacer, porque no digan que adonde no está su dueño allí está su duelo.

*D.ª Sof.* Válgame Dios ¡qué de titulillos! achaques al viérnes por no ayunar! ea, señor, dé Vm. ese dinero, que quien dá luego dá dos veces.

*Alv* Señora: mensagero sois amigo, non merecedes culpa, non; Vm. se case y á el marido daré el dinero, y si nó, escríbase en el agua, que más vale vergüenza en cara que mancilla en corazón: yo volveré por la respuesta, que á buen bocado buen grito.

Vase

*D.ª Sof.* Ay doña Casilda! qué triste quedo, que no quisiera casarme ni perder este dinero! y no sé que he de hacer, que lo que es bueno para el hígado no és bueno para el bazo.

*D.ª C.* De eso te afliges? Con arte y engaño se vive medio año; y con engaño y arte la otra parte.

*D.ª Sof.* Pues qué te parece que hagamos? que más ven cuatro ojos que dos.

*D.ª C.* Busca un marido fingido y dure lo que durare como cuchara de pan. En cobrando ese dinero cada loco por su senda, que en casa del mezquino más manda la muger que no el marido.

*D.ª Sof.* Ay qué bien dices! más vale saber que haber ¿pero á quién haremos que sea marido fingido, porque no vengamos de rocín á ruín?

Sale *Pedraza*

*Ped.* Si Mahoma no va al otero, vaya el otero á Mahoma; no acierto á salir desta casa, que amores y dolores mal se pueden encubrir.

*D.ª C.* Ay que vuelve Pedraza! llega y ríndete, que el hombre es fuego, la muger la estopa, llega el diablo y la sopla.

*D.ª Sof.* Vuelve acá, pan perdido, que el perro con rabia á su amo muerde.

*Ped.* ¿Qué es aquesto? Aquí hay algún engaño; del agua mansa me libre Dios. ¿Qué es esto señora doña Sofía, Vm. se ha hecho la gatica de Mari-Ramos?

*D.ª Sof.* Quiero ya mudar de condición, porque becerra mansa todas las vacas mama; y quiérote pedir que digas eres mi marido, que no importa el decillo, que de el dicho al hecho hay gran trecho, porque me importa para cobrar mil ducados, que al buen entendedor, pocas palabras.

*Ped.* ¡Casarme yo! á otro perro con ese güeso, que el buey suelto bien se lame. De la mala muger te guarda, y de la buena no fies nada; mas si no es más de decirlo, yo lo diré que quien dice de sí, dirá de no.

*D.ª Sof.* Pues nosotras vamos á prevenir una fiesta como de boda; y adiós bien mío, y vívame esa cara de pascua mil años, que quien á buen árbol se arrima buena sombra le cobija.

Vanse las dos

*Ped.* Quien calla piedras apaña; estas me quieren engañar, y yo las tengo de ganar por la mano, que quien hurta al ladrón cien días gana de perdón.

Sale *Alvarado* con el dinero

*Alv.* Si esta muger no se casa no la tengo de dar el dinero. ¡Oh señor Pedraza! huélgome de encontrarle aquí, que ando entre la cruz y el agua bendita con mil ducados que he de dar á una doña Sofía, y pienso que no trae bien los dedos para organista.

*Ped.* Ah qué linda ocasión! ¡la sopa se me ha caído en la miel! Aquí me he de vengar lindamente con vuestra ayuda, que del lobo siquiera un pelo.

*Alv.* Haced lo que quisiéredes, que quien calla otorga.

Salen doña *Sofía* y doña *Casilda*

*D.ª C.* Ya traemos músicos y bailarines para que huela

la casa á hombre, que cada gallo canta en su muladar.

*D.ª Sof.* Pues allí viene el indiano y aquí está ya aguardando el novio, que quien madruga Dios le ayuda. Llegue Vm. señor Indiano, que el señor Pedraza es ya mi marido, que la suerte me lo dió: cada oveja con su pareja.

*Alv.* Yo lo creeré si él lo dice, que al hombre por la palabra y al buey por el cuerno.

*D.ª Sof.* No diga Vm. ese nombre el día de boda, que á el enhornar se hacen los panes tuertos.

*Alv.* No responde Vm. señor novio? ¿Qué es de la boda? ¿quién duerme con la novia?

*Ped.* Yo soy el verdadero marido, pero la desposada no duerme, que muger que no vela no hace larga tela.

*Alv.* Pues si Vm. és el marido, tome estos mil ducados y buen provecho le hagan, que de buena mano, buen dado.

*Ped.* Con estos quedo yo pagado de otros tantos que he dado á estas señoras, y así me voy ¿qué es lo que quiere la mona? piñones mondados.

*D.ª Sof.* Señores, qué es esto? El pez que busca el anzuelo busca su duelo, que quien al cielo escupe en la cara le cae; si digo que no és mi marido no me darán el dinero, y si digo que lo és, me lo llevan. Yo estoy como perro de barbecho, ladra sin provecho.

*Ped.* Señora, quien todo lo quiere todo lo pierde, á perro viejo no hay tus tus, y de burlas ni de veras con tus amos no partas peras.

*D.ª Sof.* Ay de mí! déjenme llorar que no soy yo sola

*Ped.* Ea no más, que soy tierno de corazón: yo volveré el dinero, que buenas son mangas después de Pascuas; quiero darlo poco á poco, porque Vm. no me dé con los ochos y los nueves.

*Alv.* Dice bien el señor Pedraza; y pues han venido los músicos canten y bailen, que quien canta sus males espanta.

*Ped.* Pero adviertan que hemos hablado todos refranes, y así canten de aquesta manera, entre col y col lechuga, que quien baila, de boda en boda se anda.

Salen los *músicos* y cantan

Una doncella chancera
De las de tarde piache,
Que con pico de once varas
Pica y repica que sabe;
Aficionada á un mancebo,
Que todo lo nuevo place,
Le trasquiló á panderetes
Que corta el pelo en el aire;
Dejósele á buenas noches
¡Qué linda si se enrubiase!
Que quien malas mañas tiene
Siempre de las suyas hace.
Mas la dama arrepentida
Pretende desengañarle,
Y poniendo haldas en cinta,
Le baila el agua adelante.
Como sardina muere la dama ingrata

Saltó de la sartén y dió en las brasas,
Quien te hizo el pico te hizo rico,
Ese es tu enemigo quien es de tu oficio:
Nunca te acompañen libres mujeres
Dime con quien andas, direte quien eres.
Picarillo si quieres salir de duelos
Llégate á los buenos, serás uno de ellos.

Este es el entremés, amigo D. Aureliano, que sea cualquiera el juicio que acerca de su procedencia se forme, creo no habrá quien dude de que es muy bello, y ha estado hasta ahora sepultado en el olvido.

No son menos interesantes algunos otros de los que el códice contiene. El titulado *Los Mirones* es un buen cuadro de costumbres: el de *Doña Justina y Calahorra,* rasgo tan festivo, tan picaresco que parece caído de la pluma del insigne autor del *Cuscón* y del *Entremés del Carido pantasma;* del profundo *Quevedo,* que tanto debe á los desvelos de V. por purificar sus obras.

No quiero concluir ésta sin dar á V. una muestra de ese saladísimo *Entremés.*

Dos viejos casados con dos jóvenes enamoran cada cual á la mujer ajena. Descúbrense ellas, y resuelven vengarse de sus maridos, para lo cual los citan que vengan disfrazados con enaguas y mantos. Los hermanos de las esposas ofendidas requiebran á los viejos cuando vienen en traje mujeril, y termina el *entremés* con azotaina aplicada por las mujeres.

Al salir uno de los viejos dice este soneto con estrambote:

Clara, más clara que del claro oriente
el alba, cuando sale matizada
del color de papeles de granada
y llena del gran Turco barba y frente.
Ojos como los ojos de una puente,
niñas donde el amor tiene posada
con más mezcla de verde que ensalada,
y recato en mirar que un delincuente.
A ser pavo, te diera mi pechuga,
si fuera sacristán, el campanario,
y si fuera cantor, alguna fuga.
A ser cura, te diera el calendario,
y si fuera pollino, la jamuga,
y el almirez, si fuera boticario.
Si fuera comisario, también diera,
señora, hasta mi misma comisura,
almirez, sacristán, cantor y cura,
calendario, pollino, y campanario,
pavo, pechuga, fuga y boticario.

Requerido luego el otro viejo por Doña Clara para que venga á verla disfrazado, le dice:

*Cl.* Hable quedito, mire que le quiero
hablar aquesta noche disfrazado.
*M.* ¿Disfrazado? por vida de Matanga,
que ha de haber caballito y cascabeles!

*Cl.* Oiga, que no ha de ser de esa manera.
*M.* ¿Pues cómo?
*Cl.* Con un manto de medio ojo.
*M.* Guarte ahí, negro.
*Cl.* ¿De eso toma enojo?
*M.* ¿Tan pequeño el peligro le parece,
si llega algún bellaco desbocado,
y viendo la figura por la pinta
al primer mojicón me pone en cinta?

Si esto no es Quevedo, yo no sé quien sea. V., con mayor conocimiento y estudio del estilo é ingenio del célebre político moralista, me dirá su ilustrada opinión.

Largamente he dejado correr la pluma, amigo mío, incluyendo á V. en esta carta y en la anterior algunas de las muchas noticias peregrinas, reunidas en muchos años para mis estudios sobre *Obras desconocidas de Cervantes*.

Temo haber fatigado la atención de V. quitándole tiempo que pudiera emplear más útilmente. Pero si esta pesada epístola merece de V. igual acogida que la primera, no será por su mérito, sino porque V. conoce los buenos deseos de su afectísimo s. s. q. l. b. l. m.

I. M.ª A.

# DOS POESÍAS INÉDITAS

DE

# CERVANTES

Sr. D. Mariano Pardo de Figueroa

Sevilla, Junio 19, 1868

on la boca abierta, el oído aguzado y todos los demás sentidos y potencias en espectativa estoy desde que recibí tu última, mi querido Mariano, aguardando cada día la llegada del correo que me traiga la Droap-iana del presente año. Como pasan días y no viene, no quiero dejar de escribirte para tener ganada la esperanza de que me contestarás; porque mis cartas tienen un fin interesado, como el dinero que emplea el jugador en un billete de lotería. Este, desde que juega, espera el día del sorteo; yo desde el momento en que escribo espero la respuesta.

Pero mi suerte es más venturosa que la de los jugadores, pues en éstos las mejores horas son las que transcurren con la esperanza, hasta que llega el desencanto; y en mí sucede lo contrario, porque tras la espectativa viene un premio, que nunca es pequeño, en la carta de ese alemán que como familiar tienes metido en la sesera.

Dejando esto á un lado y volviendo al tema, te diré algo de *Cervantes,* ya que la ocasión se presenta de darte alguna noticia nueva con alguna muestra del consabido descubrimiento (que va confiado á tu leal amistad).

La afición á las obras de Miguel de Cervantes es general, universal, si así puede decirse, en España; no se limita á clase alguna, ni á jerarquía social determinada. Se desborda del círculo de los hombres de letras, y corre por los indoctos, y envuelve á la más ínfima clase de nuestro pueblo. Esto para ti no es nuevo, ni necesita demostración, pero si la necesitara para alguno de los muchos incrédulos á quienes ilustras con tus cartas, darte he un dato estadístico, ó más bien dos, que hablan muy alto y dicen más que muchas disertaciones de esas filosóficas y difusas que corren. La elocuencia de los números es á las veces ciceroniana ó demostina.

Uno de esos editores de Madrid ó Barcelona, que abastecen á nuestros artesanos el insulso pasto de novelas patibularias á dos cuartos la entrega (que aun es cara por ese precio y por mucho menos), ha tenido la feliz idea de hacer una edición del *Ingenioso*

*Hidalgo; ¡á cuarto el pliego!* y uno de los comisionados ha hecho en el pueblo bajo de Sevilla 500 suscripciones, debiendo advertirte que son tres ó cuatro los comisionados, lo cual supone 1.500 á 2.000 suscripciones.

¿Es esto significativo?

Pues escucha. El bibliotecario de la Provincial ha circulado la memoria anual de los trabajos del establecimiento, incluyendo un estado de las obras pedidas por los concurrentes.

Abraza el año de 1866, y en él la obra que se pidió más fué la *Colección legislativa de España* que tuvo 469 lectores, después vienen las *obras de Cervantes* que se pidieron 427 veces.

Tal es la popularidad de esta lectura: une á estos datos el retrato del autor en las cajas de fósforos, la reproducción de su estatua en los librillos de papel, la imagen del buen Alonso Quijano que campea en otros de lo mismo, y las escenas de su vida que sirven ya de etiqueta á las botellas del rico Valdepeñas, que se conserva en las *tobosescas tinajas,* y dime si hay autor alguno que goce en su país tan completo y general renombre.

Ciertamente que no conocen los ingleses á Shakespeare, ni los franceses á Moliere, ni los alemanes á Goethe tanto como los españoles á *Cervantes.* Un célebre extranjero lo ha dicho; en España no hay una sola persona que no conozca algo de D. Quijote y de Sancho, de Rocinante y del rucio.

¿Crees tú, Mariano, que el pueblo entero que se

encierra entre el Pirineo y el mar aplaude á Cervantes por el *sentido oculto* de sus creaciones?

¿Crees que conoce á D. Quijote por lo que ahora le descubren de apasionado de *Dina-luce* y adversario de *Casildea*? ¡Horror!... El pecado sea sordo y sordos también Benjumea y su secuela el Cervántico Bachiller.

Existe y guárdase en la Biblioteca Colombina una historia MS. de la Ciudad de Sevilla, compuesta por el *licenciado* Collado, que entre muchas particularidades, contiene una extendida descripción del famoso túmulo que Sevilla levantó para las honras del Rey D. Felipe II, descripción que muy pronto recibirás en un precioso volumen de los de la segunda serie de nuestros *bibliófilos andaluces,* impresa é ilustrada por el amigo Palomo (D. Francisco de Borja).

Al finalizar su obra dice así el autor: «Algunos »otros versos se pusieron sueltos, y unas *décimas* que »compuso Miguel de Cervantes, que por ser suyas fué »acordado ponerlas aquí; síguense:

Ya que se ha llegado el día,
gran Rey, de tus alabanzas,
de la humilde musa mía
escucha entre las que alcanzas
las llorosas que te envía.

Que puesto que ya caminas
pisando las perlas finas
de las aulas soberanas,
tal vez palabras humanas
oyen orejas divinas.

¿Por dónde comenzaré
á exagerar tus blasones,
después que te llamaré
padre de las religiones
y defensor de la fe?

Sin duda habré de llamarte
nuevo y pacífico Marte,
pues en sosiego venciste
lo más de cuanto quisiste,
y es mucha la menor parte.

Tembló el cita en el Oriente,
el bárbaro al Mediodía,
el Luterano al Poniente,
y en la tierra siempre fría
temió la indómita gente.

Auraco vió tus banderas
vencedoras, y las fieras
ondas del sangriento Aseo (1)
te dieron como en trofeo
las otomanas banderas.

Las virtudes en su punto
en tu pecho se hallaron,
y el poder y el saber junto,
y jamás no te dejaron
aun casi el cuerpo difunto.

Y lo que más tu valor
sube el estremo mayor,
es que fuiste, cual se advierte,

(1) ¿Será *Egeo?*

bueno en vida, bueno en muerte,
y bueno en tu sucesor.
Esta memoria nos dejas,
que es la que el bueno codicia,
que amigables y sin quejas
misericordia y justicia
corrieron en ti parejas.
Como la llana humildad
al par de la majestad,
tan sin discrepar un tilde,
que fuiste el rey más humilde
y de mayor gravedad.
Quedar las arcas vacías
donde se encerraba el oro,
que dicen que recogías
nos muestra que tu tesoro
en el cielo lo escondías.
Desde ahora en los serenos
Elíseos Campos amenos
para siempre gozarás,
sin poder desear más
ni contentarte con menos.

Estas doce quintillas, á que el licenciado Collado llama *décimas,* las había visto antes del año 1840 el malogrado literato sevillano D. Juan Colón y Colón; pero ni las copió ni dijo en qué libro se encontraban, y así te las presento ahora como *obra desconocida* de nuestro inmortal escritor.

Pero á continuación de esas quintillas, sin inte-

rrupción ni variación de ningún género, hay en el libro de Collado un *soneto,* que yo estimo parto del mismo ingenio, aunque por desgracia inconcebible está falto de alguna parte. Léelo primero y luego juzgarás mis observaciones.

## SONETO

Ocupa breve término de tierra
la Magestad del gran Philipo hispano,
ayer poco era el mundo al sobre humano
poder, que hoy tan poco espacio encierra.

Vivió, buscando paz, contino en guerra;
murió para vivir; tuvo en su mano
el freno del vicioso luterano,
y al común enemigo el brío atierra (1).

Fué en las naciones confusión y espanto
desde el primero clima hasta el postrero,
y al fin dejó de ser Felipe y Santo.
Su fama, el alma, el celo, el cuerpo, el nombre,
al mundo, al cielo, al suelo, á su heredero.

A primera vista parece que falta un verso del último terceto; pero estudiando mejor, encontramos el consonante *nombre* que no se relaciona con los del terceto que se conserva, y viendo después el concepto de esos dos versos postreros, parece que debieron ser

(1) En *El Ingenioso Hidalgo* (parte 1.ª, cap. XXXIX) se lee: «la liga contra *el enemigo común* que es el Turco:» palabras que explican el sentido de este verso, y son de Cervantes.

*estrambote* y que el copiante saltó un terceto entero, dejando manco y truncado el *soneto*. Que éste sea de *Miguel de Cervantes* como las *quintillas*, es punto que no parece dudoso. La idea vertida en aquéllas es exactamente la misma que en éste se desenvuelve, reduciéndola á los términos que las dimensiones del *epigrama* exigen; encuéntrase además á continuación sin nombre de otro autor; y por más que yo no conceda á esta prueba grande importancia, el estilo, la manera de hacer los versos y de ligar las frases no desdicen de los de *Cervantes*. Yo sospecho que ambas composiciones son de su pluma; pero como no es artículo de fe, cada uno puede formar su opinión sin caer en censura.

Tú sabes que la Real Academia sevillana de Buenas letras me ha dispensado hace tiempo la honrosa distinción de llamarme á tomar parte en sus tareas: pero mis ocupaciones han impedido el que hasta hoy tome asiento entre sus sabios individuos. El discurso que en ese acto debo leer tengo comenzado hace tiempo, y era mi objeto ofrecer como tributo de gratitud á la corporación que así ha honrado mis escasos merecimientos, éstas y otras *composiciones poéticas de Cervantes* enteramente desconocidas. Continúo en mi propósito, pero no creo que falto á él aunque satisfaga anticipadamente la justa curiosidad de algún amigo, y mucho menos si es tan apasionado cervantista como tu Doctor Thebussem.

Y pardiez, mi querido Mariano, que hay libros que tienen estrella, y hala tenido para mí esta histo-

ria de Sevilla del Licenciado Collado. Después de haber encontrado en ella versos desconocidos de *Cervantes,* faltaba que me suministrase noticias de *Francisco Pacheco* y también me las ha dado. Este hallazgo lo debo al mismo D. Francisco Palomo, cuya modestia es igual á su mérito, y cuya buena amistad es sincera y leal como pocas.

Después del túmulo de Felipe II en 1598, trae el autor la descripción del que se levantó para las honras de la reina doña Margarita de Austria, esposa de Felipe III, que falleció el 5 de Octubre de 1611.

Hubo en la fábrica versos latinos del célebre licenciado Juan de Robles y del no menos ilustre Francisco de Medina. Y en cuatro arcos que salían del túmulo en ocho nichos se pusieron ocho reinas. «Su »pintura de color del bronce, como las demás de las »historias, que fueron las siguientes: La Archiduque»sa Maria, madre de nuestra Reina; y *á todos los co»misarios que tuvieron mano en esta obra pareció »que los versos que á todas estas Reinas se les pusiesen »fuesen castellanos para inteligencia del pueblo y por »honra de nuestra lengua;* y los que tocaron á esta fi»gura dicha fueron de D. Francisco de Calatayud, etc.

Repara tú, que tan apasionado eres á la epigrafía, y tan docto en ella, el concepto que he subrayado, y no dejes de tenerlo en mientes en ocasiones.

Prosigue Collado describiendo las ocho reinas, é inserta los versos que compusieron Antonio Ortíz Melgarejo, el citado Catalayud, y D. Alvaro de Guzmán; pero en dos de ellas dice así:

«En el otro arco en frente de éste estaba la Reina »Doña Ana, cuarta mujer de Philipo II, madre de »nuestro Rey y Señor Philipo III, á quien sirvió con su »pluma igual á sus pinceles *Francisco Pacheco,* y en »cuya alabanza hizo el mismo los siguientes versos.»

Cuando teme perder el grave esposo
la gran Reina de España ofrece al cielo
su dulce vida, en trueco generoso;
cae la flor, goza el rico fruto el suelo.
Acto suyo imitado, acto glorioso.
. . . . . .
se ofrece á otra gran Reina Margarita
que asaz en fruto y en amor la imita.

Mal copiante era por lo visto el licenciado Francisco Jerónimo Collado, pues en esta octava saltó el verso sexto, como antes había omitido un terceto entero en el *soneto de Cervantes;* faltas ambas irreparables, pues aunque en la misma Biblioteca Colombina hay otro ejemplar de su historia, es copia exacta y fidelísima de la primitiva y no añade ni quita al texto original.

Concluyamos.

«En el opuesto estaba la Reina de Inglaterra Ca»talina, mujer de Enrico octavo; sus versos fueron de »*Francisco Pacheco.*»

De cathólicos Reyes engendrada,
por cathólica solo perseguida,

en heróica virtud aventajada,
y entre ilustres matronas escojida,
y en el fingido bronce retratada
la consorte de Enrique esclarecida
se muestra, que en su túmulo acompaña
á otra Reina cathólica de España.

Con estas dos octavas ha venido á aumentar mi colección de *poesías* de *Francisco Pacheco* ese MS. de Collado. Muchas composiciones de este artista tenía yo reunidas, y aquí te daría cuenta de ellas de muy buena voluntad, pero como dentro de poco se imprimirán todas á continuación de la edición de mis *Apuntes sobre Pacheco* y *sus obras* que actualmente publica D. Gregorio Cruzada Villaamil en la *Biblioteca del Arte en España,* excuso tomarme ese trabajo y causarte esa molestia.

Demasiado larga es ya la presente y por esta razón dejo para otra el remitirte noticia de una fiesta que tuvo lugar en Sevilla por los colegiales del de Maese Rodrigo, con motivo de cierto acuerdo sobre la Inmaculada Concepción y en la cual salieron D. Quijote «que fué prez de la caballería andante» y detrás Sancho «su escudero, rellanado en un rucio y flaco pollino»: con sus letras alusivas. Con esta noticia aumentarás tu precioso artículo sobre *Farsas del Quijote.*

Y quédate á Dios. No sé como va escrita esta carta, pues en tres breves ratos se ha hilvanado (porque en verdad va descosida y sería impropio el decir

que se ha zurcido) y te la envío en la confianza de que aprovecharás lo bueno y dispensarás lo maio. Aquello es lo de *Cervantes* y *Pacheco;* esto lo que ha escrito tu amigo que te quiere.—*A.*

# SOL Y SOMBRAS

## CARTAS

Á LOS INSIGNES CERVANTISTAS, D. JOSÉ DE PALACIO VITERY
Y D. MARIANO PARDO DE FIGUEROA, SOBRE *asuntos* y *zarandajas*
DE CRÓNICA ESCANDALOSA CERVANTINA

I. Compromiso causa de este trabajo.—El libro del Ilmo. Sr. D. Adolfo de Castro.—¿Poseemos una obra autógrafa de *Cervantes* en el *Coloquio sobre la vida del campo*?—Paréntesis sobre un romance atribuído á Calderón.—Entremeses.—Peregrinas analogías entre Alarcón y Avellaneda.

II. Continúa la cuestión de Avellaneda.—Obsequio cervantino.—Comentadores.—Las 1.633 Notas.—Carta del alemán sobre las mismas.—La Academia de Vitoria.—Sus presidentes, efectivo y honorario.—Un poquito de murmuración.—Mesa revuelta.—Fin sainetero.

### CARTA PRIMERA

SRES. D. JOSÉ DE PALACIO VITERY Y D. MARIANO PARDO DE FIGUEROA

Mis queridos amigos: Empeñada una palabra, es preciso acudir al desempeño con más fe y mayor eficacia que cuando entre las garras de un usurero se deja alguna prenda preciosa y estimada. Aquí el rescate es de interés: allí la cuestión es de honra; y dicho se está adonde irá la

preferencia entre españoles, aun cuando las pasiones vayan hoy por otra vía.

Todo este preámbulo, ni sé bien si impertinente ó necesario, viene á declarar el grave aprieto en que con VV. me han puesto algunas palabras, tal vez deslizadas en carta familiar, sin la debida meditación ni deliberado intento. Me preguntaron VV., amigos queridos, con su genial bondad, el uno acerca del juicio que hubiera formado sobre el coloquio entre *Cillenia* y *Selanio*, y las demás obras atribuídas á Cervantes en el último libro publicado por el Ilustrísimo Sr. D. Adolfo de Castro; el otro mi opinión sobre las 1.633 notas puestas por Hartzenbusch á la reproducción fototipográfica de las primitivas ediciones del *Quijote,* y observaciones hechas por el doctor Thebussem á aquel trabajo, en artículo que publicó la *Revista Europea.* (Madrid, 2 de Agosto, 1874.)

La verdad es, que no era cosa fácil responder desde luego; callar ó eludir la contestación era igualmente difícil. Dije, pues, que más despacio hablaríamos, y por necesidad ha llegado el momento de hacerlo, comprobando la axiomática verdad del refrán que anuncia: *no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.*

Vamos, pues, por partes; que aun siendo largo el camino, dejando terreno atrás, llegaremos al fin deseado.

Impreso estaba en gran parte el elegante volumen que el día 23 de Abril puso á la venta D. Abelardo de Carlos, cuando por indicación de nuestro común y

querido amigo Aureliano, que recordaba haber visto impresas algunas de las obras que en aquel libro se incluían como inéditas, estuvo á verme D. Adolfo, me habló de su trabajo, y llevó su bondad hasta el extremo de comunicarme las pruebas de la imprenta, corregidas de puño y letra de Aureliano. Correspondiendo á tal favor, le envié el número de *La América* (Julio ú Agosto de 1867) en que, bajo el título de *Dos cartas literarias de D. José María Asensio y D. Aureliano Fernández Guerra,* se habían incluído y publicado la *Canción desesperada,* conforme al texto del códice colombino (AA.—141—4.), y la otra *A la elección del Arzobispo de Toledo*, que se encuentra en el mismo volumen, con parte de la discusión y amistosa polémica que acerca de su autor habíamos sostenido en cartas familiares D. Juan Eugenio y yo. La tirada que por separado se hizo en la misma imprenta de *La América* fué tan corta, que á mi poder solamente llegaron diez ó doce ejemplares que me regaló Aureliano. El doctor Thebussem debe conservar uno de ellos.

De la *segunda carta* no hubo tirada especial; y esto me movió, cuando en el año de 1870 publiqué las *quintillas* inéditas de Cervantes que se copian al libro de Francisco Jerónimo Collado (que lo fueron en carta á mi buen Pardo, sin disfraz), á pedir que de ambas me dieran 100 ejemplares tirados por separado del folletín del periódico de Sevilla que las reprodujo. Uno de éstos remití también al Sr. Castro que me agradeció cordialmente la noticia y se apre-

suró á consignarlas en nota puesta en el índice de su libro, porque ya no era posible en otro lugar.

Bajemos, pues, al fondo. ¿Cuál es mi parecer acerca del autor de las obras publicadas por Castro? ¿Es parto del ingenio de *Cervantes* el *Coloquio sobre la vida del campo?* ¿Lo son los *Entremeses* de *Los Mirones*, de *Doña Justina* y *Calahorra*, y también el de *Romances* y el de *Refranes?* Vamos por partes, repito, amigos míos: y tengan vuesas mercedes paciencia para hacerme la de leer mis majaderías; que mucho debemos hablar sobre este asunto.

¡Que si es obra de *Cervantes* el *Coloquio entre Cillenia y Selanio sobre la vida del campo!* Para mí, santiguada que sí: obra indudable y preciosa del autor del *Ingenioso hidalgo*. Pruébalo, no solamente su estilo, no el que repita las frases *discreta Cillenia*, *discreta señora* y otras, que cualquiera escritor pudo imitar, sino su corte particular y singularísimo; el modo de desenvolver los pensamientos en general; la manera de guiar y sazonar el diálogo; la redondez y gracia de los períodos... todo en suma. Pruébalo, además, el manuscrito mismo: joya inapreciable, tesoro tan rico, como que, en mi sentir, es *autógrafo de Miguel de Cervantes*.

Por eso no lo había yo dado á la estampa mucho tiempo hace, y lo reservaba como alhaja preciadísima para mi trabajo sobre las *Obras desconocidas* del Príncipe de los ingenios. No quería darlo impreso, sino en fotografía ó en autografía, para que todos se convencieran de que en el tomo LXXXI de *varios*

*en folio* de la Biblioteca Colombina, se conserva la única obra literaria que hoy conocemos autógrafa de Cervantes. A lo menos, tal es mi convicción; esta es mi creencia. No trato, ni por sueños, de imponerla á nadie. En mi juicio es autógrafo el *Coloquio*, y con la particularidad, que allí mismo se expresa, de estar *sacado en limpio*.

Son cuatro pliegos de papel escritos in folio, que forman ocho hojas, á renglón entero, sin párrafos ni separaciones, estando indicado el diálogo con las primeras letras del nombre de los interlocutores: termina en el recto de la hoja última, que sólo lleva siete renglones, y la palabra *finis*. Tiene evidente señal de haber estado doblado en cuarto, ó sea por la mitad, y en el blanco exterior dice: *Coloquio entre Cillenia y Selanio sobre la vida del campo, sacado en limpio*. Este es el título; porque al comenzar, no lleva encabezamiento alguno, teniendo únicamente una † y debajo los nombres *Selanio—Cillenia*, en esta misma forma.

Grandísimo deseo tengo, ya que se ha impreso la obra, de que examinen VV. el manuscrito para escuchar su opinión tan ilustrada y competente. ¿Podrá enorgullecerse la Colombina, si además de su preclaro origen, y sobre conservar autógrafos de Cristóbal Colón, presenta en igual forma una obra literaria de Miguel de Cervantes?

Esta sola publicación del *Coloquio* basta para dar importancia al libro de Castro. Raro es que á tan entusiasta cervantista no llamara la atención la letra

del manuscrito; más raro, y más extraño todavía, que no se detuviera un momento para noticiar á sus lectores las circunstancias del original que imprimía por vez primera. En cuanto á lo demás, su opinión me parece acertadísima. El *Coloquio* debió estar destinado á formar parte de la segunda de *La Galatea*, siempre ofrecida y nunca terminada.

* * *

Vienen luego los *Entremeses*, y nos vemos en terreno más falso y resbaladizo. Es materia muy delicada la de atribuir á un autor cierta clase de trabajos; la tarea de demostrar paternidades para hijos expósitos es dificilísima, muy ocasionada á errores.

Permítanme VV. un paréntesis que, demostrando la facilidad de equivocarse, no estará aquí fuera de su lugar.

(Conocedor, como pocos, de la historia del arte dramático, y entusiasta como el que más, de sus glorias, siendo al propio tiempo gran hablista y gran poeta, nuestro amigo Hartzenbusch es la autoridad más competente para este género de investigaciones.

Y, sin embargo, no es infalible. En un cuadernito de poesías castellanas, precioso códice en 8.°, coleccionado á fines del siglo XVII, que perteneció al difunto presbítero D. Jorge Diez, y hoy para en mi librería, encontró con el nombre de D. Pedro Calderón de la Barca un lindo *Romance* á una dama,

que deseaba saber su estado, persona y vida, que comienza:

Curiosísima señora,
tú, que mi estado preguntas,
y de *moribus et vita*
examinarme procuras, etc. (1).

D. Juan Eugenio examinó la composición, la encontró en el estilo del gran dramático autor de *La vida es sueño*, y muy digna de su pluma, y como obra suya la publicó por *Apéndice* al tomo primero de las obras de *Lope de Vega* en la Biblioteca de autores españoles. Y, sin embargo, el *Romance* no es de Calderón. Fué escrito por D. Carlos Alberto de Cepeda y Guzmán, lucido ingenio sevillano que floreció en la segunda mitad del siglo XVII, y cuyas poesías se conservan en la Colombina en códice autógrafo y firmado repetidas veces por el autor (H. H. H.-332.-22.). Allí está íntegro el *Romance*, con el final que falta en el manuscrito que poseyó el presbítero Diez y en la publicación de Hartzenbusch, y sin las alteraciones que se hicieron para acomodarlo á la vida de Calde-

(1) Si el sabio Hartzenbusch hubiera examinado el romance entero, ciertamente no habría dicho que era obra de Calderón. En el final decae visiblemente, no tanto en la entonación como en los conceptos.—El colector del códice, para prohijarlo al gran dramático, tuvo que introducir muchas variaciones enteramense arbitrarias. Donde dice Cepeda *Nací en Sevilla*, se puso *Nací en Madrid;* donde dice *El de Tapia me ordenó*, se dijo *El de Troya*, y así en otros lugares.

rón. Cuando esto acontece á tal maestro, enseñanza debe de ser para todos los discípulos. Cierro el paréntesis.)

* * *

En las *Adiciones al Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español* por nuestro docto amigo el difunto D. Cayetano A. de la Barrera, premiadas por la Biblioteca Nacional, se ha de incluir el *Entremés de los Mirones,* pues le remití exactísima copia en el año 1866. El laureado autor, y cuantas personas lo leyeron entonces, lo juzgaron cuadro de costumbres de mérito superior; pero nadie sospechó, ni pudieron sospechar que fuera obra de *Cervantes,* porque en verdad, y con perdón sea dicho, nada hay en él que lo indique. La elocución es cansada; el lenguaje uniforme: las narraciones se arrastran sin vigor, sin lozanía, sin variedad; y nada, ni aún remotamente, hace percibir la fragancia del flexible y pintoresco estilo cervantino.

Esta cuestión de los *Entremeses* pica ya en historia. Dejando á un lado el de *Los Habladores*, publicado quizá en vida de *Cervantes*, cuyas ediciones se repitieron en Sevilla y Cádiz en 1624 y 1646, y que es pieza de tal colorido que no puede confundirse con otro alguno el autor que la escribió; se le han adjudicado luego por autoridades muy competentes el de *El hospital de los podridos* y el de *La cárcel de Sevilla*, y ahora queremos colgarle el de *Refranes* y el de

*Romances,* el de *Doña Justina y Calahorra, Los Mirones...* y sabe Dios cuantos más que se crea tienen relación ó parentesco, siquiera sea muy lejano, con las obras que escribió, si no acudimos con tiempo al remedio de este nuevo mal.

Bien sabe el doctor Thebussem que suspendí mi juicio cuando Aureliano dijo que pertenecían á *Cervantes* el *Entremés de la cárcel de Sevilla* y el de *El hospital de los podridos.* Para tenerlo por autor del primero hay que caminar bajo el supuesto de que escribió la *Tercera parte de las cosas de la cárcel de Sevilla, añadida á las que hizo Cristóval de Chaves*, pues la semejanza de argumento es la principal razón para fundar aquella sospecha; y esto es muy dudoso (1). En el segundo sólo militan razones alambicadas y reminiscencias de estilo, débiles de suyo y que fácilmente nos arrastran por caminos equivocados.

Guardaba nuestro docto Álava un cuaderno manuscrito de diferentes letras, todas, al parecer, del siglo XVII, que, entre otras piezas menores, contenía dos ó tres *Entremeses.* Uno disparatado se intitulaba *El poeta;* otro se llamaba *Ginetilla, ladrón;* y me lo mostró y leyó mil veces, porque, en su concepto, era obra *descarriada y sin el nombre de su dueño, perteneciente á Cervantes,* en la cual se vislumbraba *algo* que quería parecerse al embrión del gobierno de Sancho en la Insula Barataria. Hace muchos años que

(1) Recuerdo haber visto la noticia de que la *Tercera parte* citada fué obra de un abogado de Sevilla, cuyo nombre se estampaba.

ví el manuscrito, y solamente recuerdo que era incorrectísimo; *Ginetilla* se fingía corregidor de un pueblo, y sus compañeros iban por fiscal, escribano y alguaciles, y daban algunas providencias, como podían esperarse de tal gente. El argumento capital de Pepe Álava, para sospechar que se debiese á la pluma de *Cervantes,* estaba (á más del nombre del protagonista, que le recordaba á Pasamonte) en un cuento cuya estructura, lenguaje y versos encontraba iguales en todo á otro de *La elección de los alcaldes de Daganzo.*

Conservo copia, y amenizaré con ambos esta larga epístola. Decía *Ginetilla* al boticario del lugar:

GIN. ¿Qué es lo que más se usa en vuestro oficio?
BOTIC. Señor, de la geringa el exercicio.
GIN. Gran oficial seréis, que es peregrina
y general salud la melecina.
Llegóse á mí una vez cierto harriero,
que avía perdido el pobre cuatro mulos
pidiéndome remedio para hallarlos;
y yo le aconsejé que al mismo ynstante
se enflautase una buena melecina.
Así lo hiço, y en saliendo al campo
para hazer de su cuerpo purgatorio
halló los mulos, y esto es muy notorio.

El cuento de *Cervantes* en *La elección de los alcaldes de Daganzo* es este otro:

ALGAR. Por lo menos
yo sé que Berrocal tiene el más lindo
distinto...
ESCR. ¿Para qué?
ALGAR. Para ser sacre
en esto de mojón y cata-vinos.
En mi casa probó los días pasados
una tinaja, y dijo que sabía
el claro vino á palo, cuero y hierro;
acabó la tinaja su camino
y hallóse en el asiento della un palo
pequeño, y del pendía una correa
de cordovan, y una pequeña llave.

Álava encontraba que uno mismo debía ser el autor de ambos cuentecillos. Mi opinión era que así como podrían ésta y otras obrillas ser primera idea ó comienzo de otras mayores, también podían ser imitaciones, traslados, recuerdos más ó menos fieles, copias mejor ó peor disfrazadas de pensamientos de *Cervantes*. Esto digo del *Entremés de Romances,* cuya publicación es muy posterior á la de *El Ingenioso Hidalgo*. Esta duda me asaltaba cuando en 1867 hice imprimir el de *Refranes*, y por eso no me atreví á atribuirle decididamente á *Cervantes*. ¿Quién será capaz de asegurar que esas obrillas son *bocetos,* y no *copias* de cuadros anteriores? ¿Dónde está el *Cervantes fecit,* que Gallardo no estimaba necesario en *La tía fingida?* Prudente es, y aún necesario, andarse con piés de plomo en estas adopciones y *porfijamientos*.

* * *

Al concluir con el libro de D. Adolfo tropezamos en el punto crudo. Nada hay que decir de *La última novela ejemplar*, ni de *La casa de Monipodio;* ni hemos de meternos tampoco con *El apellido Toboso*, ni con *La batalla de Lepanto*, obritas recibidas con acogida desigual, porque algún título ofrece más de lo que en realidad cumple, y los *cervantistas* son harto descontentadizos y un tantico exigentes.

Pero las nuevas ilustraciones al *Quijote*, la opinión que en ellas se sostiene de que D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza fué el rival encubierto de *Cervantes*, y que á la pluma del profundo dramático que escribió

> que en boca del embustero
> es la verdad sospechosa;

y que trazaba como regla de conducta

> á toda ley hablar bien,
> porque las paredes oyen,

se deba el libro llamado de Avellaneda, con su prólogo insultante, sus cuentos insulsos y obscenas aventuras, cosa es tan extraña que no sé, en verdad, cómo hablar á VV. de ella.

Y como quiera que esta carta se ha hecho mucho

más luenga de lo que yo quisiera, y de lo que podrá soportar la paciencia de VV., dejaremos para otra epístola cuestión tan peliaguda, y con este respiro cobraremos fuerzas para tratarla, con las demás á que VV. me han incitado.

Es de entrambos amigo afectísimo,

J. M.ª A.

## CARTA SEGUNDA

Sres. D. José de Palacio Vitery y D. Mariano Pardo de Figueroa

Dejamos en la primera parte de esta historia, pendiente una cuestión de gravedad, hasta cierto punto. Mas como quiera que el telón se interpuso entre el actor y el espectador, en el entreacto pueden pasar muchas cosas, y valiéndome de la licencia concedida al autor dramático, voy á suponer que mis buenos amigos Palacio y Pardo han leído entre una carta y estotra todas las razones buenas y malas, serias y bufas, dulces y agrias que pensaba escribir en contra de la peregrina teoría que hoy ha echado á volar el ilustrísimo Sr. D. Adolfo de Castro.

Puestas y levantadas en alto las susodichas razones, me limitaré á decir, fundado en los versos que citaba al final de la anterior, que no era el carácter de D. Juan Ruiz de Alarcón propio para escribir libelos subrepticios; que tenía sobrada nobleza y bondad bastante para acudir á quitar la ganancia al autor de un libro notable. La moralidad más pura se descubre en todas sus obras dramáticas. La tersura y limpieza de su lenguaje en nada se parecen á las frases de Avellaneda... Pero apartándonos de este camino, vamos á echar por otro que, viniendo á cruzarse

con aquel en cierto modo, nos demostrará por distinta vía la falsedad de la hipótesis de Castro, fundada en un castillo más débil que si fuera de naipes.

He sostenido siempre, y no sé si lo he dicho en alguna parte, porque ya llevo escrito mucho y pensado más sobre el *Quijote,* que *Cervantes* sabía el nombre y conocía la persona del supuesto Alonso Fernández de Avellaneda. El prólogo de la segunda parte de *El Ingenioso hidalgo* publicado año y medio después de haber salido á luz el libro que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona, lo demuestra con mucha claridad.

Dice en él *Cervantes,* que la aflicción del autor del *Quijote falso* «sin duda es grande, pues no osa »parecer á campo abierto y al cielo claro, *encubrien-*»*do su nombre,* FINGIENDO SU PATRIA, como si »hubiera hecho alguna traición de lesa majestad.» Para asegurarlo tan resueltamente, preciso era que *Cervantes* conociera el nombre *encubierto* y la patria *verdadera* del autor, que sin este dato no afirmaría que uno se ocultaba y la otra se fingía, pues sabía muy bien el valor de cada palabra.

Se desprende igualmente de toda la entonación y por las reticencias mismas que contiene aquel *prólogo,* que la persona á quien se alude es elevada é importante. «Paréceme que dices que ando muy limita-»do, y que me contengo mucho en los términos de »mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir aflic-»ción al afligido, y la que debe de tener ESTE SEÑOR »sin duda es grande, etc...» Y más adelante añade:

«pero, en efecto, le agradezco á ESTE SEÑOR »AUTOR el decir que mis novelas son más satíricas »que ejemplares.» Recuérdese que entonces no se prodigaban los *dones,* ni las *señorías.*

D. Gregorio Mayans sospechó desde luego que el encubierto fingido Avellaneda era hombre poderoso, y el decir *Cervantes* repetidamente ESTE SEÑOR, lo indica muy al descubierto. Alarcón nunca fué constituído en altas dignidades, nada nos dice que tuviera grandes influencias... y vean VV. aquí el punto en que convergen estas razones con las anteriormente deducidas del carácter del eminente autor dramático y del estilo de sus escritos.

Y como al buen entendedor, pocas palabras... termino aquí bruscamente este punto delicado. Las frases de *Alarcón* por una parte, las de *Cervantes* por otra, alejan toda sospecha de que aquél pudiera escribir el *Quijote de alquimia* (hoy diríamos de *doublé).* El carácter del célebre mejicano era noble, leal y tal como nos le representa y describe el sabio D. Luis Fernández Guerra en su preciosa y admirable monografía.

* * *

En verdad que tanto ocuparnos de *Cervantes* y de su *Quijote,* hace que se nos acuse de cierta especie de monomanía. El cargo podrá ser cierto. Pero me ocurre preguntar, ¿es cargo? Y aun siéndolo, ¿podrá imputársenos á nosotros solamente? ¿No vemos á la

gravedad inglesa y á la formalidad alemana perder los estribos en hablándose del *Ingenioso hidalgo* y de sus aventuras, y lo mismo de las desventuras de su inmortal y simpático autor?...

Estas reflexiones me recuerdan un hecho de *crónica cervantina,* que ocurrió antes de que naciéramos nosotros, y viene á absolvernos de esa culpa de que hoy nos acusan.

El día 11 de Enero de 1813 entró en Sevilla el célebre Sir Arturo Wellesley, duque de Wellington, y se aposentó en casas principales de D. Mateo de Ureta, en la calle de la Laguna. Deseoso el Ayuntamiento de tributarle un obsequio delicado, le envió, sobre magnífica bandeja de plata, un ejemplar de la espléndida edición del *Quijote,* hecha por la Academia Española en 1780, lujosamente encuadernado; y fué fineza que el egregio duque agradeció de todas veras, y con tales demostraciones que igualmente honraban al magnate y á la corporación.

Esta hermosa edición de la Academia, joya apreciadísima por los bibliófilos, monumento de la tipografía española, y cada día más rara, fué también el regalo que la difunta reina Amelia, esposa de Luis Felipe I, llevó de Sevilla á Mr. Tenant de Latour, padre de nuestro querido amigo, el sabio hispanófilo D. Antonio, la primera vez que aquella inolvidable Señora visitó la España. «*Je tiens d' une main au-*»*guste et chére le superbe* Don Quichotte *de l' Acade-*»*mie espagnole:*» dice en su libro *Memoires d' un bibliophile* (París.-Dentu.-1861.-in 8.°) á la pág. 80.

Y hablando en verdad, ni aún el ímprobo trabajo de anotar y comentar el *Quïjote* lo emprendimos los españoles. Diónos la pauta el doctor Juan Bowle, y á él somos deudores de un comentario tan rico, tan juicioso y erudito, que todavía acuden á aquella mina cuantos tratan de la obra inimitable. Imposible parece tarea tan grave en un extranjero. Pellicer, Arrieta y Clemencín no desdeñaron aprovecharse del trabajo del doctor inglés; el primero de éstos quizá con demasiada libertad.

En honra de D. Juan Eugenio Hartzenbusch redundará el haber citado nombres que tan alta fama gozan en la república de las letras. Sus *Notas* son fruto de un trabajo propio, de un estudio de muchos años, con afición incansable y erudición que asombra. Llevan un sello especial, tienen pensamiento fijo, plan seguro y continuado, cual es el de restablecer el texto del libro en la pureza que lo escribió *Cervantes,* sin los errores que forzosamente debieron introducir en él los primitivos editores por no entender bien el manuscrito, de puño de un anciano enfermo y lisiado, falto de vista, y que escribía sin sosiego, en el vagar que le dejaban otras ocupaciones en que ganaba su subsistencia y la de su familia. En tal concepto, como depuración del texto, el trabajo de Hartzenbusch es mucho más apreciable que los de Bowle y Clemencín, á pesar del indisputable mérito de éstos.

No habrá en esta ocasión ceñudo Aristarco, ni malicioso Zoilo, que censure el trabajo de nuestro amigo; ni hombre pensador que no admire y aprecie

tan profundo estudio. En las ediciones de Argamasilla se le criticó con acritud inusitada el haber introducido las variantes en el texto. Sobre la exactitud de los juicios, perspicacia y agudeza en las interpretaciones, cuanto se censuró fué sin razón ni justicia.

Las notas de hoy son oro purísimo; son, como dice el doctor Thebussem, un encanto para los *cervantófilos*. (La palabra, en mi sentir, es excusada y fea; basta con la voz *cervantista*... pero tal vez me objetarán con lo de *lo que abunda no daña)*.

Y eso decía el doctor Thebussem, en carta dirigida al autor de *Las* 1.633 *Notas,* que insertó la *Revista Europea* en su número 23.—Nuevo paréntesis. (No censuro, ni censuraré el uso de los seudónimos; ni por mientes me pasa el vituperar que haya literato español que con éste ó èl otro disfraz emita su opinión y salga á plaza siempre que de Cervantes se trate. *Fígaro* y *El estudiante, Abenamar* y *Larmig,* lo mismo que *Fernán Caballero,* son célebres autores cuyos verdaderos nombres nadie ignora ni desconoce. Hicieron fortuna *Fray Gerundio* y *Tirabeque;* ¿por qué razón se ha de censurar que la hagan el doctor alemán y su corresponsal M. Droap? Si alguno se llama á engaño porque en él se despiertan deseos de visitar la biblioteca cervantina y el museo quijotil que se guardan en Wurtbourg en el castillo de Thirmen, cúlpese á sí propio de torpeza, ó culpe á su mala suerte que no deparó un amigo que tan claro enigma le descifrase. La familia del doctor Thebussem es muy dilatada; sus individuos conocidos son por todas par-

tes; la bellísima alemana Rita Nhem, su pariente, viaja mucho por España.)

La carta es sabrosa, y está delicadamente escrita como todas las que de tal pluma salen. Pero en el detalle encuentro una parte que me llama grandemente la atención.

Bajo el epígrafe de: *Respuesta confusa y sus traducciones,* se censuran en el párrafo 5.° de la carta unas palabras intencionadas y punzantes que *Don Quijote* contesta á Vivaldo en el cap. XIII de la primera parte. No agradó al caballero andante que el discreto Vivaldo dijera que ponía la alcurnia de Dulcinea sobre la suya, aunque era de los Cachopines de Laredo; esto ya olía á pullas, y más cuando aquél añadió: «*puesto que para decir verdad, semejante ape-*»*llido hasta ahora no ha llegado á mis oidos.—Como* »*eso no habrá llegado, replicó Don Quixote.*»—Y esta es la frase que el supuesto alemán no entiende, sin duda porque no ha querido colocarse para juzgarla en el mismo terreno que eligió para defender que al buen Alonso Quijano, armado caballero y puesto en camino, «*el gozo le rebentaba por las cinchas del caballo.*»

Inútil era buscar en las traducciones. El sarcasmo con que *Don Quijote* devuelve la pulla es cruel, y por eso *Cervantes* corta en aquel punto el diálogo. Para continuar era preciso venir á las manos, cosa fácil, pero imprudente habiendo de habérselas con un loco.

Pero es la frase tan elíptica, tan concisa, tan grá-

fica, que no puede traducirse en su mismo sentido. Bien la entendieron, aunque trayéndola á su significado recto, dos traductores, francés é inglés, de los que cita el Doctor, y que hacen decir á *Don Quijote:* ¿Es posible que desconozca usted cosa tan sabida?—Eso es lo que dice el Hidalgo manchego aunque con mayor dureza.—Llama ignorante á Vivaldo; se burla de que nombres tan notables no hayan llegado á sus oídos.—Otras muchas cosas de tanta notoriedad como esas debe V. ignorar según su traza; es lo que replica el caballero. La frase es originalísima, pero no desusada en Andalucía; es inteligible y clara para españoles, y por eso, como apunta muy bien el Doctor en su misma carta, ningún comentador, Clemencín y Hartzenbusch inclusive, se ha detenido en explicarla.

Ciertamente el amigo Pardo, como andaluz, al tropezar con un quidam que desconociese el nombre de *Cervantes,* el de Víctor Hugo ó el de Bismark, le diría muy socarronamente: *¡pues está usted adelantado de noticias!* O bien, *¡pues sabe V. bastante!* frases equivalentes á la que *Don Quijote* dijo á Vivaldo.

* * *

—No juyas, prenda adorada.

—Sí juyo, adorada prenda.

—Es V. un caballero cumplido.—Y V. un cumplido caballero... Estas y otras cosas me saltan á la vista, ó más bien á la memoria, al leer la *Epístola*

*cervántica* de D. Fermín Herrán, y la *Misiva cervántica* del citado y repetido doctor Thebussem (1).

Que se ha inaugurado en Vitoria una Academia consagrada á *Cervantes*.—Mil plácemes y enhorabuenas á los autores de tan buena institución.—Que eligen *Presidente honorario* al doctor alemán (de Medina).—Elección acertadísima.—Que el *Presidente ad honorem* opina por que la Academia debía establecerse en Madrid, y el *Presidente efectivo* sostiene que *Cervantes* debe escribirse con *b*.—Pido la palabra en contra de ambos.

En punto á lo primero, bueno y conveniente sería que la Academia de *Cervantes* radicase en Madrid, porque en el centro oficial á todo se da mayor importancia. Pero puesto que allí no lo hacen, ocupados en cosas de más bulto y bombo, toda vez que en el centro no la han creado, tributemos nuestros aplausos á los literatos de Vitoria, y ayudémosles en esa obra meritoria que patentiza su entusiasmó. ¡Ojalá tuvieran muchos imitadores!

En orden á lo segundo, si de *ciervo* viene *cervato,* y de aquí descienden *cervanteño* y *Cervantes,* ninguna razón existe para cambiar en *b* la *v*.—No censuremos á los que de una y de otra manera, ó de ambas indistintamente, lo escribían en el siglo XVII. Entonces la ortografía no era fija, sino arbitraria. Si hoy hemos de ajustarla á rigor lógico y reglas matemáticas, de *ciervo* sólo puede venir *Cervantes*.

(1) *Ilustración Española y Americana*, números XXIX y XXXIV, correspondiente al 8 de Agosto y 15 de Septiembre de 1874.

Asimismo de *Xpoferens* ó *Cristo valedme*, no debemos escribir *Cristóbal,* sino *Cristóval*, como hemos visto en algún *colombista.*

Por arte del Diablo sale también á relucir mi obscuro nombre en la *Misiva* de Thebussem á Herrán. El catálogo que allí critica no tuvo más objeto que poner al coronel López Fabra al tanto del grano con que podía contar en mi troje, utilizándolo en su gran laboratorio. Si tan buen deseo merece censura, allí me las den todas: ni me arrepiento ni me enmiendo: como eso verá el doctor Thebussem.

***

Habrán VV. notado en párrafos anteriores á éste, que sin intención de mi parte, sin poderlo remediar ni sentirlo, *á sátira me voy mi paso á paso.* Culpa es de la pluma de acero que clava despiadadamente en el papel y en los asuntos que toca, sin duda cansada ya, como VV. lo estarán también de tantas menudencias y zarandajas. Pero siendo la murmuración comidilla apetitosa, salsa en la conversación ó del *comadreo*, como dice nuestro ilustre Fernán Caballero, vamos á lanzarnos aquí á ella, siquiera dos deditos, para variar el colorido. A bien que cuanto aquí diga será reservado para entre VV. dos.

Anuncian como *probable* la próxima aparición de un número de la *Crónica de los cervantistas*. Ya es tiempo. En año y medio solamente ha dado un *suplemento* incoloro... bien que disculpaban la falta

con aquello de que las ocupaciones del director en un periódico político habían *retardado por algún tiempo* la publicación de la *Crónica*.—Parece al leer esto que volvemos á la época en que para hablar de la dominación sarracena decía un escritor, *la temporada de los moros en España...*

Publicó *La Renaixensa* de Barcelona, en el número del 20 de Julio, un precioso artículo descriptivo de cierta casa de la ciudad condal, donde es posible quizá, que por ventura, pudiera vivir acaso algunos días el autor del Quijote. El *posse* no lo niegan los teólogos; pero... no es probable.

Sin salir de Barcelona tienen VV. en la *Miscelánea científica y literaria* (Núms. de 23 de Abril y 1.º de Mayo-1874) un artículo que se titula: *Cervantes considerado como poeta*.—Sobre el mismo tema escribió D. Adolfo de Castro otro que se publicó en el *Semanario pintoresco* (1851) y luego está incluso en los preliminares al tomo II de *Poetas líricos de los siglos* XVI *y* XVII de la *Biblioteca de autores españoles*.—Si han leído ustedes el antiguo, lean el de la *Miscelánea,* y si no lo han leído, léanlo también.

Entre otras piezas que me han de permitir llame *de menor cuantía,* ha insertado la *Revista de archivos*, en el número 11 (15 de Junio-1874) un documento que se titula: *Capitulaciones matrimoniales entre Doña Isabel de Cervantes Saavedra, hija de Miguel de Cervantes, y D. Luis Molina*. Su fecha, 28 de Agosto de 1608.—El texto de ese documento ofrece notables particularidades.—A fines de Junio de 1605, en la causa

seguida en Valladolid por muerte á D. Gaspar de Ezpeleta ante el licenciado Villarroel, la hija de Cervantes se llamaba Doña Isabel *de Saavedra,* y era *soltera;* á los dos años se llama Doña Isabel *de Cervantes, es viuda de Don Diego Sanz,* y se capitula para nuevo maridaje con un vecino de la ciudad de Cuenca. —En 1605 era *hija natural* (declaraciones de Doña Magdalena, hermana de Cervantes y de Doña Isabel de Ayala), y no sabía firmar; en 1608 aparece *hija legítima,* y firma hasta con su *Doña* y todo.—Auténtico podrá ser el documento, pero la prudencia aconseja dejarlo en cuarentena; que, caso de ser cierto, todavía descubrirá en él algún curioso más de cuatro alteraciones é interpolaciones atrevidas.

La nota de *piezas de teatro cuyos argumentos se han tomado de la vida y de las obras de* CERVANTES, que acompañó al Discurso leído en la Academia sevillana de Buenas Letras el día 23 de Abril del presente año (CERVANTES INVENTOR), puede aumentarse mucho. Desde aquella fecha he adquirido las noticias y obras siguientes:

**Fernández-Guerra** (D. Aureliano). *La Hija de Cervantes;* drama original, estrenado en el teatro de Granada, el jueves 20 de Febrero de 1840, por los actores D. Julián Romea y doña Matilde Diez, con inusitado éxito: y escogido para su beneficio en las primeras capitales de Andalucía, en aquel año y en el siguiente, por los primeros actores D. José y doña Josefa Valero, y D. José Tamayo y doña Joaquina Baus.

Fernández-Guerra, después del mismo Cervantes, ha sido el primero en sacarle á la escena; pero cuidando no poner en su boca ni pensamiento ni frase que no se halle en alguna obra del inmortal autor del *Quixote:* tarea dificilísima y llevada á buen término en un poema de grande interés y movimiento dramático.

Esta noticia, tomada de un periódico de la época, es la única que tengo de ese drama, inédito hasta hoy.

**Robreño** (D. José). *Don Quijote y Sancho Panza en el castillo del Duque.* Comedia en cuatro actos y en verso.—Barcelona, 1835.

**Mallí de Brignole** (D. Antonio). *La batalla de Lepanto,* drama histórico de gran espectáculo, en seis actos y en verso.—Madrid, 1861.

Es Cervantes uno de los personajes del drama, aunque sólo figura en el acto V, en la galera de D. Juan de Austria, momentos antes de la batalla.

**Tomeo y Benedicto** (D. Joaquín). *El cautivo en Argel,* drama en un acto y en verso, estrenado con gran aplauso en el teatro principal de Zaragoza.—Madrid, 1862.

**Larra** (D. Luis Mariano). *La ínsula Barataria,* zarzuela en tres actos y en verso.—Madrid, 1864.

**Garcia Cuevas** (D. Francisco). *Las bodas de Camacho,* episodio de la inmortal novela de Cervantes *Don Quijote de la Mancha,* escrito para solemnizar el natalicio del príncipe de los ingenios españoles.—Madrid, 1866.

**Horta** (D. Jaime). *Cervantes cautivo,* drama en verso, en tres actos y un epílogo.—Barcelona, 1867.

**Serra** (D. Narciso). *El bien tardío,* segunda parte de *El*

*loco de la guardilla,* drama original en un acto y en verso.—Madrid, 1867.

**Mondéjar y Mendoza** (D. Angel). *El Manco de Lepanto,* episodio histórico en un acto y en verso... Estrenado con extraordinario éxito en el teatro del Circo la noche del 23 de Abril de 1867.—Madrid, 1873.

**Ossorio y Bernard** (D. Manuel), *Rinconete y Cortadillo,* ópera cómica en dos actos, escrita sobre el pensamiento de una de las novelas de Cervantes.—Madrid, 1872.

**Poinsinet** (Mr. N.). *Sancho Pança dans son ísle,* opera bouffon en un acte.—A Avignon, 1768.

**Brazier** (Mr. N.). *La famille de Don Quichotte,* prologue de Don Quichotte, en vaudeville.—Paris, 1811.

**Dieulafoi** (Mr. Michel). *Le portrait de Michel de Cervantes,* comédie en trois actes et en prose, representée pour le première fois le 21 Fructidor, an 10, sur le théâtre Loubois.

**Cuvelier et Franconi** (Mrs.). *Don Quichotte et Sancho Pança,* folie en ceux tableaux, à spectacle.—París, 1811.

**Cogniard et Clairville** (Mrs.) *La liberté des teatres,* salmigondis mèlé de chant, en trois actes et quatorce tableaux.—Paris, Dentu, 1864.

Es sátira contra Victorien Sardou y sus obras.

El cuadro 4.° del acto I se titula: *Don Quichotte, tragedie heroïque,* y aparecen *la Tobosa, la Molinera, Basilio* y *don Quijote* y *Sancho.*

Sumen VV. estas quince piezas con las sesenta y ocho comprendidas en la *Nota* del discurso citado, y ascienden ya á ochenta y tres, sin contar las del tea-

tro holandés, de que dió cuenta el doctor Thebussem en la CRÓNICA DE LOS CERVANTISTAS.

De estas ochenta y tres piezas, he reunido hasta ahora la mitad, y excuso decir á VV. que están á su disposición, cuando muchas de ellas las debo á su amistad, generosa hasta el extremo.

Y ya que de teatro hablamos, permitan que me salga de esta interminable carta diciéndoles como decían nuestros sainetes, *perdonad sus muchas faltas.*

De VV. verdadero y afectuoso amigo,

J. M.ª A.

Sevilla, Octubre, 74.

# Sobre la Estafeta de Urganda

Al Sr. D. Nicolás Diaz Benjumea

## I

uy Sr. mío: Me decido á tomar la pluma y á dirigir á V. tres ó cuatro cartas acerca del precioso folleto publicado bajo el nombre de la Estafeta de Urganda, porque deseo que no se confirme V. en la idea, que al parecer tiene, de que ha concluído en Sevilla la serie de los apasionados de nuestro inmortal Miguel de Cervantes, que se dedican con afán y constancia al estudio de sus obras. Sin este motivo, si otros, que deberían hacerlo, hubieran salido á la liza, yo guardaría silencio y dejaría el combate á quien pudiera entrar en él con mejores armas y más probabilidades de triunfo.

Error será y aun quizás V. en sus opiniones lo calificará de blasfemia literaria, pero en mi entender la biografía de Miguel de Cervantes Saavedra está escrita. En cuanto á la posteridad interesa, conocemos perfectamente toda la existencia del escritor ilustre y su fisonomía moral; y el pretender que por meras conjeturas se introduzca otra vez la obscuridad en hechos averiguados de su vida, no es querer bien á Cervantes, Sr. Benjumea.

Para prevenir los ánimos y crear atmósfera, como ahora se dice, pues este y no otro es el objeto de la célebre ESTAFETA DE URGANDA, usa V. una argumentación vaga, indecisa, y tocando ora acá, ora allá, como en un teclado, sin concluir cosa alguna, procura V. despertar la duda en los lectores, presentando lo que nada es en sí con ciertos visos de verdad. «Hay un manantial fecundo de errores del cual quizá hayamos bebido á manos llenas. Al tiempo que en Alcalá de Henares nuestro poeta, nacía otro Cervantes de Saavedra en la Mancha, del cual se sabe que se ejercitó en comisiones de apremio y diligencias de justicia. ¿No es probable que muchas de las tradiciones, noticias, memorias, cartas y documentos convengan con el Manchego y no con el Castellano?... ¿Por ventura se hundió debajo de la tierra el que en la Mancha llevó el apellido de Cervantes?» Este es el tecleo de que V. se sirve para hacer que se dude, no ya de un punto señalado de la biografía del autor de D. Quijote, sino de todos los hechos que en ésta se encierran. Mirando, sin embargo, las cosas á buena

luz, lo que V. consigue es hacer que cualquier curioso examine de nuevo uno por uno los hechos conocidos de la vida de Miguel de Cervantes, y cotejando fechas comprenda que el reparo de V. nada prueba; por querer probar demasiado.

«Al tiempo que en Alcalá de Henares nuestro poeta, nacía otro Cervantes de Saavedra en la Mancha» dice la ESTAFETA DE URGANDA, y esto no puede correr así, porque de buena ó de mala fe comete el señor don Nicolás una equivocación *gorda,* que no es la única que encierra el folletito. Miguel, hijo de Rodrigo Cervantes y de D.ª Leonor Cortinas, fué bautizado en la Iglesia de Sta. María de Alcalá de Henares en 9 de Octubre de 1547, y habría nacido, según la sencilla y verosímil conjetura de nuestro ilustre Hartzenbusch, el 29 de Septiembre anterior, por lo que recibió el nombre de Miguel; y el otro, hijo de Blas Cervantes y de Catalina López, fué bautizado en la Parroquial de Alcázar de S. Juan en 9 de Noviembre de 1558. Es decir, que el autor del Quijote contaba más de 11 años de edad, y probablemente estudiaba humanidades y componía versos, cuando en la Mancha fué bautizado su homónimo. Si esto es nacer dos personas á un tiempo, no entiendo yo jota de achaques de caballería.

Y cuenta que ese error de la ESTAFETA es aquí de gran monta, pues los 11 años de diferencia entre el Alcazareño y el Alcalaíno son la mejor antorcha para no confundir la biografía de ambos Cervantes. El bautizado el 9 de Noviembre de 1558 no puede ser el Soldado de Lepanto, el hombre de ánimo esforza-

do que en 7 de Octubre de 1571 pedía á sus jefes el sitio de más peligro en el combate, y como le aconsejasen que se pusiera bajo cubierta á causa de la violenta calentura que le aquejaba, contestó: «Más vale pelear en servicio de Dios é de S. M. é morir por ellos, que no bajarme so cubierta». Un niño de trece años que entonces tenía el alcazareño *Cervantes,* no pudo ser aquel valiente á quien se destinó al sitio del esquife con doce hombres á sus órdenes, y recibió en el combate dos heridas, siendo visitado luego y alabado y adelantado en sus haberes por el insigne D. Juan de Austria.

El *Cervantes* nacido en Alcázar no pudo ser el que, interrogado en 27 de Junio de 1605 por el Alcalde de Casa y Corte D. Cristóbal Villarroel acerca de las heridas que había recibido D. Gaspar de Espeleta, dijo que era mayor de cincuenta años, pues aquél sólo contaba cuarenta y seis.

El *Miguel Cervantes* que nació en 1558, no pudo ser el autor de las *novelas ejemplares* que se publicaron en 1613, y en cuyo prólogo dice el autor «que al cincuenta y cinco de los años gano por 9 más y por la mano,» pues esta edad entre 64 y 65 era del otro *Miguel* nacido en Alcalá en Octubre de 1547.

Asegura V., Sr. Benjumea, que del alcazareño *Cervantes* se sabe que se ejercitó en comisiones de apremio y diligencias de justicia. Procedamos con orden: en primer lugar, ese dato parece que se sabe por V. solamente; alguien lo ha indicado, pero mientras no venga algún documento que lo demuestre, no

se sabe de modo que pueda alegarse en contra de otros perfectamente averiguados.

En segundo lugar: aun suponiendo que eso que V. sabe fuese cierto, ¿podría dudarse de que el autor del *Quijote* tuvo esos encargos, se ejercitó en cobranzas y recorrió la Andalucía entera con ese objeto, procurando así la subsistencia de su familia? ¿Sería inexacto por eso que el autor del *Quijote* fué preso por un alcance en las cuentas? Los documentos publicados por D. Martín Fernández Navarrete, y la carta que se conserva autógrafa y litografiada que dió aquel literato en su vida de Cervantes y hoy reproduce el Sr. Hartzenbusch en la edición de Argamasilla, no dejan lugar á dudas ni confusión. *Cervantes*, natural de Alcalá de Henares, fué discípulo del maestro Juan López de Hoyos, camarero del Cardenal Julio Aguaviva, soldado de Lepanto, cautivo en Argel, proveedor en Sevilla, cobrador de impuestos en Granada, Jaén y Ronda y probablemente en la Mancha: y esto se sabe sin beber errores en ningún manantial, señor D. Nicolás; los beberíamos, y muchos, y de trascendencia, siguiendo la senda que V. nos traza; por eso yo procuro atajar el fuego, antes de que tome proporciones de incendio.

Otra peregrina corrección anuncia también la ESTAFETA, no menos errónea que la anterior; y es la que se refiere á D.ª Isabel de Saavedra, hija natural de Miguel de Cervantes, y que vivía en su compañía cuando la desgraciada muerte de D. Gaspar de Espeleta, llevó por algunos días á la cárcel de Va-

lladolid al autor del *Ingenioso hidalgo* y á toda su familia.

Porque Navarrete (con razón de sobra) supone que esa joven debía tener en 1605 más de veinte años, le increpa V. como á falsario, Sr. D. Nicolás, y en seguida se lanza á buscar en inverosímiles conjeturas otro origen á D.ª Isabel de Saavedra. ¡Válganos Dios! ¡Qué variedad en los juicios! La interesada dijo que era hija natural de Miguel de Cervantes: éste lo confirma; y D.ª Andrea, D.ª Magdalena Sotomayor, doña Constanza de Ovando y hasta la criada, todas declaran que D.ª Isabel era hija natural de Cervantes. ¿A qué lanzarse á buscar padre á una niña que lo tiene? Si V. acusa y escarnece y ridiculiza á quien, creyendo en la palabra del príncipe de nuestros ingenios, añade algunos años á su hija natural por creerla nacida antes de su casamiento, ¿qué haremos con V. que trata de privarle sin motivo alguno de una hija reconocida?

Todas las menciones que Cervantes y Avellaneda hacen del mesón de Valdeastillas, el memorable día del conjuro y cuantas citas á V. ocurran y puedan ocurrir á otros, no demostrarán que Cervantes mentía al asegurar que D.ª Isabel de Saavedra era su hija natural.

Mejor camino escogerá el que leyendo la *Ilustre fregona*, notando el final del Quijote de Avellaneda y teniendo en cuenta algunas otras indicaciones esparcidas en todas las obras de Cervantes, deduzca que la hija natural de éste estuvo encomendada por su

madre algunos años á personas caritativas, y que más tarde la recogió y llevó consigo su padre, en cuya compañía vivió hasta que profesó en 1614. Así se combinan las declaraciones de la familia de Cervantes con las alusiones esparcidas en sus novelas, y no se buscan al pobre manco de Lepanto cuidados ajenos cuando tanto trabajo le costaba mantener los propios.

Cervantes sabía muy bien el valor de las palabras y si la joven D.ª Isabel no hubiera sido su hija natural, él la hubiera llamado adoptiva, librándose de este modo de la nota de incontinencia que sobre sí echaba, y de la de bastardía con que marcaba la frente de D.ª Isabel.

Para que sirva de aviso en nueva averiguación acerca de la madre de esa niña, que profesó en el mismo convento de Trinitarias, según tradición, consignaré en este lugar que tengo algunas sospechas de que aquella señora (que lo era y muy principal), tenía por nombre María y por apellido tal vez Gadoso ó Salgado. De esto hablaré en otra ocasión.

Yo creo y no me parece error, que la biografía de Cervantes escrita por D. Martín Fernández Navarrete, á la que ha añadido preciosas noticias D. Cayetano Alberto de la Barrera, no es caricatura del autor, sino retrato perfectísimo, obra de mérito singular y á la que tributan elogios naturales y extranjeros.

## II

Pasando de la biografía á la obra, del autor al libro, preguntaré, como V. lo hace: ¿por qué una sátira contra los libros de caballerías, como se dice ser el *Quijote*, es hoy lectura universal? Esta es una pregunta difícil de contestar, que no puede responderse sin maduro examen, pero á la que V. trata de dar solución por un medio que, á la verdad, me parece harto pequeño.

«Si el hidalgo de la Mancha no se hubiera arma-»do más que para atacar vicios pasajeros de la com-»plexión literaria y aun social de su época, el libro »del Quijote se podriría en los estantes de las Biblio-»tecas, sin salvarle todo el donaire de su autor.» Tiene V. razón que le sobra, Sr. Benjumea; en eso estamos conformes y lo están cuantos literatos se han ocupado directa ó incidentalmente de ese libro prodigioso. La causa de la popularidad del *Quijote* es preciso buscarla en otra parte; es necesario que tenga otro objeto más profundo esa obra festiva que así conmueve y embelesa hace dos siglos y medio á la humanidad entera, y que desespera y hace trabajar á los sabios de todas las naciones.

¿Y cuál es la causa profunda que la ESTAFETA DE URGANDA nos presenta para explicar la popularidad creciente del *Quijote?* Este libro como sátira contra un género de literatura, estaría olvidado hace muchos años, pero «son negocios particulares entre *Cer-*

*vantes* y su adversario el Doctor Blanco de Paz, y negocios que por la fatalidad de la época tuvieron larga corriente y no le abandonaron hasta el sepulcro.» ¡Sea todo por Dios! ¿Y es más propia esa causa que la otra para explicar la popularidad de la obra de Cervantes? ¿Interesan más á la posteridad esas rencillas, esa especie de polémica, que la sátira contra los libros de caballerías? Creo que no es esta la manera de darnos el *Quijote* desencantado.

Detrás de la celada de papelón está el rostro de *Cervantes*, según la opinión de V., Sr. Benjumea; las lanzadas de Alonso Quijano *el bueno* á los molinos de viento, á los monjes Benitos, á los *encamisados*, son golpes que *Cervantes* asesta á Juan Blanco de Paz! ¡Oh prodigio!

¿Y quiere V. decirme qué importan á la humanidad todos los denuestos, golpes y feridas que pudiera dar *Cervantes* á ese obscuro personaje que nadie conoce, que á nadie interesa, y del que solamente sabemos que fué enemigo de *Cervantes* en Argel? En este punto, como en otros muchos, es preciso restablecer la verdad y abrir los ojos á los incautos que pudieran caer en las engañosas redes que usted, Sr. Benjumea, va urdiendo con bello pero mentiroso artificio. De Juan Blanco de Paz no se sabe una letra más que lo probado por Miguel de Cervantes en la información practicada en Argel. En ella dicen los testigos que por el año 1577, llegó allí cautivo Juan Blanco, nos refieren su modo de vivir escandaloso, hablan de sus fechorías; pero ninguno dijo que

lo hubiese visto rescatado, ni si volvió á España ó murió en aquella apartada región.

¿De dónde, pues, deduce V., Sr. Benjumea, que el encantador invisible que perseguía á D. Quijote fuera el mismo Blanco de Paz? ¿En qué dato se funda V. para asegurar que la Inquisición tuvo parte en las desventuras de Miguel de Cervantes? Hasta ahora nadie había vertido semejante aserción; y sospecho que después de dicho por V., nadie lo ha creído todavía.

Como prueba de ese flamante y peregrino descubrimiento que V. ha hecho, corre después en la ESTAFETA DE URGANDA el que se intitula «especimen del »comentario relativo á la auto-biografía ó personali»dad de Cervantes,» tomado de la aventura que usted llama con repetición de los *disciplinantes;* descuido en que nadie incurriría y que es imperdonable en un cervantista, como V. debe de serlo. En esa aventura no hay disciplinas ni *disciplinantes*. El autor la llama *del cuerpo muerto;* los lectores en general, dicen la *de los encamisados,* pero nadie sino usted, ha cometido el error de decir disciplinantes á los que conducían á Segovia el cuerpo de aquel caballero muerto de calenturas pestilentes.

En ese capítulo y aventura, que sin artificio verdaderamente lo parecía, recordó Miguel de Cervantes lo acaecido en el robo y traslación del cuerpo de S. Juan de la Cruz, cuando personas piadosas se empeñaron en llevarlo de Ubeda á Segovia, apesar de los asombros que en el camino se ofrecieron á los

raptores; suceso que tuvo lugar en 1593, y que quizá el autor presenció ú oyó referir apenas ocurrido, pues entonces viajaba por aquellos lugares. ¿Es creíble que un ingenio de la altura de Cervantes se entretuviera en puerilidades semejantes á quebrar una pierna por escrito á su enemigo y ponerle el lanzón al rostro? ¿Era esta venganza digna de un talento superior? ¿Interesaban á la posteridad estas pequeñeces?

Y aun concediendo, siquiera en gracia de lo del anagrama, que en esa ocasión se acordara Cervantes del que se titulaba Doctor y no lo era, y le diese un remoquete así como de burla y de pasada; ¿habremos de suponer por eso que toda la historia de D. Quijote es un libelo contra Blanco de Paz? ¿Merece tantas disquisiciones ese descubrimiento de enemistad que está mejor comprobado con la información que existe en el Archivo de Indias de Sevilla?

Un error conduce siempre á otros. Partiendo del supuesto de que Blanco descubrió las alusiones contenidas en el *Quijote* á la publicación de las *Novelas ejemplares,* supone V. á aquel insigne Doctor, autor del *Quijote* de Avellaneda.

La idea no es nueva, Sr. D. Nicolás, pero es equivocada. Yo en este punto no quiero entrar en discusión. D. Cayetano Rossell descubrió, á mi entender, la verdadera alusión contenida, no en los hechos, pero sí en el nombre de Sancho Panza, apodo que, mucho antes de la publicación del *Quijote,* quizá desde que era

..... estudiante
oficial ó paseante,

se daba, sin que sepamos por qué motivo, al

..... confesor
del ya difunto monarca
que de la vena del arca
fué en Osuna sangrador.

Según dice Villamediana. Esa alusión satírica del *Quijote* de *Cervantes*, ó sea de Benenjeli, dió lugar á la publicación de la segunda parte compuesta por Aliaga, ó sea por Avellaneda, en la cual se ponderan los servicios de Sancho no menos grandes que verdaderos. Las estudiosas aclaraciones de D. Cayetano Alberto de la Barrera y la fundada opinión de don Aureliano Fernández Guerra y Orbe, unidas á los datos anteriores, me parece que deciden la cuestión sin ulterior recurso, demostrando que el *Quijote*, llamado de Avellaneda, reconoce por autor á Fray Luis de Aliaga

Pero como aun parece que insiste V. en sus trece después de lo que han escrito los dos autores citados antes, voy á añadir aquí con la brevedad posible otras dos ó tres razones de mi propia cosecha, no porque las crea mejores, sino por arrimar también mi grano de arena á la obra meritoria de patentizar quién fué el verdadero autor que se ocultó bajo el nombre de Avellaneda.

Que *Cervantes* lo sabía y conocía bien á su enemigo se desprende con harta claridad de las expresiones que deja escapar en el Prólogo de la segunda parte de *D. Quijote*. Para estampar de un modo tan afirmativo que el autor encubre su nombre y finge su patria, preciso era que conociese el nombre y la patria verdaderos. ¿Por qué causa, pues, no los lanzó desde luego al público? ¿Quién le impedía entregar á aquel disfrazado autor al castigo de infamia que su acción merecía? El impedimento fué la elevación del personaje disfrazado á quien era peligroso desenmascarar; por eso dice *Cervantes se contenía mucho en los términos de su modestia;* por eso le llama *señor autor* y aun señor á secas, indicando así que era persona constituída en dignidad, que entonces no se prodigaban las señorías como en los tiempos que han seguido.

Para suponer á Blanco de Paz oculto detrás del sabio Alisolan, era preciso empezar demostrando que aquél vivía aún en 1614, de lo cual no hay dato alguno, y que había alcanzado dignidades ó altos empleos á su regreso á España, si es que volvió, lo cual tampoco se sabe: traer algún documento en donde se viese que Blanco sabía y podía escribir una obra capaz de darse al público, y que sirviera también para conocer su estilo como conocemos el de Fray Luis Aliaga y descubrir en el *Quijote* llamado de Avellaneda alguna alusión que trasparentase, siquiera fuese ligeramente, la figura de aquel que se titulaba comisario y no lo era.

Usted lo ha dicho: es preciso que la doctrina é

interpretación del *Quijote* contenidas en la ESTAFETA DE URGANDA sean verdad por entero, ó error por entero. Como yo las creo equivocadas, veo que le han llevado á V. á dar por autor del *Quijote* de Avellaneda á quien no lo es en efecto.

## III

Que el objeto principal y primero que *Cervantes* se propuso al escribir la historia del ingenioso hidalgo, fué hacer en *todo él una invectiva contra los libros de caballerías* sin mirar á más *que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo* tenían los tales libros, nos lo dice expresa y terminantemente el autor en el prólogo de la obra; echando así por tierra, con su leal y autorizada palabra, toda esa mal fundada máquina, que V. levanta en la ESTAFETA DE URGANDA.

Entre *Cervantes* y los críticos, *Cervantes*: cuando el autor nos dice claramente su propósito, no hay que dar tormento á la imaginación para entenderlo.

«En Sancho Panza, á mi parecer, te doy cifradas »todas las gracias escuderiles que en la caterva de los »*libros vanos de caballerías* están esparcidas.» Así termina el prólogo de la primera parte. ¿Y es posible, Sr. D. Nicolás, que un hombre como *Cervantes*, teniendo el *delirio,* que V. le supone, por las historias caballerescas, llamase *vanos* á esos libros, y tratase de desterrar su lectura? ¿Un apasionado de esas obras

de aventuras las hubiera llamado *malditos libros de caballerías*, *desalmados libros de desventuras, libros descomulgados,* como lo hace *Cervantes* por boca de la sobrina en el capítulo 5.º de la primera parte? ¿La hubiera emprendido contra ellos con la poderosa arma del ridículo, como lo hace desde el principio de la historia? Entre V. y *Cervantes*, estoy por el manco, señor Benjumea, que tartamudo y todo, sabía hablar perfectísimamente y escribir con claridad.

Tal fué, á mi parecer, el objeto primero del *Ingenioso hidalgo*. La causa que determinó á *Cervantes* á escribirlo, y que le inclinó á hacerle nacer en Argamasilla de Alba, describiéndole seco y avellanado, con otras circunstancias y accidentes que parecen tomados del natural, preciso es buscarla en alguna de las desventuras que en su azarosa vida ocurrieron al príncipe de los ingenios. Él no quería acordarse del nombre de aquel lugar de la Mancha de donde hizo hijo á su héroe, y esto, á mi ver, sin que pueda decir á V. la razón, pues hay cosas que son para sentidas y no para demostradas, era por los sinsabores que en tal lugar había experimentado. ¿Es violento suponer que *Cervantes*, que pasó en comisiones de apremio á Granada, Jaén y Ronda, aceptase otros cargos semejantes para los pueblos de la Mancha? ¿No es probable que por su mismo empleo de ejecutor fuera mal visto por los deudores? ¿No es muy posible que éstos se entregasen á algún acto violento contra él? Su residencia allí es innegable: el *Quijote* y el *Persiles* lo prueban con demasiada claridad. Las tradiciones que

recogió el Sr. Jiménez Serrano y publicó en su *Paseo á la patria de D. Quijote* y la referente al retrato de D. Rodrigo Pacheco, que existe en la iglesia de Argamasilla y á quien «se le cuajó una gran frialdad en el cerebro,» tienen un fondo común que las hace muy apreciables, y encierran, á no dudarlo, la causa determinante dë la creación del *Ingenioso hidalgo*.

Con tal objeto y por esa causa empezó *Cervantes* á escribir el libro inmortal, que su mente concibió entre los hierros de la casa de Medrano; mas no crea V. por esto, Sr. D. Nicolás, que yo sostengo que el *Quijote* no es más que una sátira contra los libros caballerescos, una alusión á sus desventuras en la Mancha. Nada menos que eso.

*Cervantes,* con el objeto y por la causa expuesta, concibió los dos principales personajes, y dió principio á su fábula con ánimo de escribir una novela agradable como la del *Celoso Estremeño,* ó la *Española Inglesa,* aunque de mayores dimensiones; pero prendado de su asunto, habiendo creado dos caracteres originalísimos y en cuyo desarrollo cabían las más altas ideas, las más fecundas concepciones, dió rienda suelta á su caudal fertilísimo, abrió los tesoros de su ingenio y escribió, casi sin levantar la pluma, la *Primera parte* del *Ingenioso hidalgo.* Esa, por más que V. lo contradiga, no fué la obra de toda su vida; fué un parto feliz y espontáneo de su imaginación, y la obra entera con su lozanía y sus incorrecciones lo revela así.

La causa fué pequeña, el objeto primitivo pura-

mente literario; después el ingenio, la imaginación, el talento profundo y superior de *Cervantes* hicieron lo demás. Tendió las alas, y abrazó en su obra horizontes inmensos, que ni aún sospechaba al principiar á escribirla. Pintó en el caballero y el escudero al hombre moral y físico, con sus aspiraciones sublimes y su tosca materia, y copió en los demás personajes de la fábula todos los caracteres, vicios y cualidades de la humanidad en su múltiple variación. Esta es la verdadera causa de la popularidad inmensa del *Quijote,* de que no haya nación ni lengua donde no se traduzca, se comente, se lea, se ilustre y se admire.

Don Quijote y Sancho Panza
compendian la humanidad.

Y por esto el libro de *Cervantes* vive y vivirá siempre, porque, como dice un escritor contemporáneo, su autor «acertó á hacer un libro para los hombres de todas las clases, de todas las edades, de todos los países y de todos los tiempos.»

Paréceme, Sr. Benjumea, que esta causa de la popularidad del *Ingenioso hidalgo,* es algo más grave, algo más digna que los *negocios particulares* entre *Cervantes* y Blanco de Paz. Si el libro sólo contuviera ese secreto, muy poco interesaría su lectura á la generación presente, y menos aún á la Francia, á la Inglaterra, á la estudiosa Alemania y á las demás naciones.

Su secreto es la grandeza
De ingenio del escritor.

Si la humanidad no se viera retratada en él con sus vicios y sus virtudes, con su eterna aspiración de lo infinito y su eterna lucha con la materia, el libro no sería leído, no se repetirían sus ediciones.

¿Ne connais-tu pas Don Quichotte?
Voilá l' esprit pur, lance au poing.
Son ecuyer boit, mange et rote;
C' est la chair en grossier pourpoint.

Así lo juzga Beranger, genio ilustre, pensador profundo, que en una sola pincelada dice más acerca del mérito de esa obra colosal, que otros han dicho en gruesos volúmenes y largas disertaciones, y que por cierto no está entre los extranjeros que de *menor á mayor* nombra V. en la Estafeta de Urganda por haberse ocupado del *Quijote;* aunque yo creo que bien merecía ser tomado en cuenta.

Así pienso yo que nació, creció y se desenvolvió toda la primera parte del *Ingenioso hidalgo.* Espontánea siempre, hija de verdadera inspiración, salía la fábula ligera y animada, descuidada á veces, interesante y viva en todas ocasiones. *Cervantes* dejaba allí correr sin trabas su lozana fantasía, el *Quijote* salía espontáneo de su cabeza según la gráfica expresión de D. Antonio Cavanilles, y escribía según brotaban en

su imaginación las más festivas aventuras con las más donosas ocurrencias. Ora se acordaba del escudo que ostentaba el caballero y del molino de viento, ora pensaba en los sucesos á que dió lugar la traslación del cuerpo de San Juan de la Cruz, ora se le venían á la memoria los recaudadores de impuestos, los magnates orgullosos que esquilmaban al pueblo y los presentaba con alusivos motes y obscuros disfraces, según la alusión que ha creído encontrar el Sr. Fernández Guerra, aunque en mi sentir equivoca los personajes designados por *Cervantes,* que eran mucho más elevados de lo que en general ha creído.

Pero todos esos sucesos bullían un momento en la imaginación de *Miguel de Cervantes*, sin ser ninguno de ellos objeto preferente de su trabajo. Eran aristas que caían en la llama de su ardiente ingenio, y que allí cobraban vida y salían á la luz transformadas, brillantes y deslumbradoras. Sus alusiones descubiertas, y otras muchas que debe encerrar el *Ingenioso hidalgo*, sólo fueron en las manos de *Cervantes* medios de que se valió para poner en juego, en acción sus personajes.

No negaré que alguna vez recordase el autor tal ó cual suceso, feliz ó desgraciado, de los muchos que había pasado en su azarosa vida; pero no creeré por esto que el capítulo ó la aventura en que tal suceda pueda considerarse como auto-biografía, y deba introducir alteraciones en la historia de su vida. *Cervantes*, cuando presentaba alguno de esos sucesos, los desfiguraba completamente, y basta para prueba re-

cordar la historia del polaco en el capítulo 6.°, libro 3.° del *Persiles*, en cuyo principio se encuentra mención del suceso de D. Gaspar de Espeleta, pero con variaciones tales, que si el hecho no se supiera con todos sus pormenores, se sospechase en él una alusión y se tomara la historia del polaco por autobiografía, se cometería el mayor de los errores.

Una palabra para concluir. Las multiplicadas y luminosas enmiendas que en la edición de Argamasilla ha introducido el Sr. D. Juan E. Hartzenbusch, estudiando las primitivas, deben empeñar á la Academia Española en justificar y fijar la lectura del *Quijote*, dando un texto que sea oficial, si así puede llamarse; empresa de honra para la corporación y para cada uno de sus individuos; servicio inmenso á las letras en general y á la literatura patria en particular, y tributo que se debe de justicia al gran nombre de *Cervantes*.

De igual importancia sería también el que la corporación citada ó algún particular por su gusto é interés, emprendiesen la publicación de todos los folletos, juicios, apologías, notas é impugnaciones á que ha dado lugar y de que ha sido objeto *D. Quijote*, tanto en España como en el extranjero, pues hoy es muy difícil, si no imposible, reunirlos todos. Y de estimar sería, por último, que en un solo volumen y por copias autorizadas tomadas de los mismos originales, se publicasen, íntegros todos los documentos que existen relativos á la vida del príncipe de los ingenios españoles.

Muy lejos estoy, Sr. D. Nicolás Díaz de Benjumea, de pensar que estas desaliñadas cartas contengan una impugnación del precioso y estudiado folleto publicado por V.; mis aspiraciones se limitan á que, si de algo valen, tenga V. presentes estos advertimientos, al concluir los «Comentarios filosóficos del Quijote,» cuya publicación desean todos los apasionados del Cervantes y más quizá que todos este s. s.

Q. L. B. L. M.

J. M.ª A.

Sevilla, 1863.

## NOTA Á LA CARTA SEGUNDA

### SOBRE LA ESTAFETA DE URGANDA

Por su mucha extensión hemos dejado para este lugar la cita de un curiosísimo suceso que, sacado de antiguo MS., incluyó el docto D. Bartolomé José Gallardo en el número 4.° de *El Criticón*.

No aseguraremos que el Dr. Joan Blanco, de quien aquí se habla fuera sin duda el mismo Doctor Juan Blanco de Paz, pero muy inclinados estamos á creerlo; y siéndolo, tendríamos un dato para demostrar que nueve años después de rescatado *Cervantes*, aun permanecía en Argel su adversario.

Decía el Sr. Gallardo:

«A propósito de estos desenfados de los cautivos de Argel representando comedias, es curioso un caso ocurrido allí por los años de 1589; es decir, en vida y á raíz del cautiverio de *Cervantes*. Léese en un MS. original de la preciosa Biblioteca que el Sr. Infante D. Luis de Borbón tenía en su palacio de Arenas: su título:

«Cautiverio y trabajos de Diego Galán, natural de Consuegra, y vecino de Toledo.» MS. en 4.°

### BAÑOS DE ARGEL

*Tragedia que sucedió á unos cautivos, estando el autor allí*

«En el Baño del Bajá, que es á donde están recogidos los más cautivos que hay en la ciudad, á donde estaban

al presente» (año de 1589) «555 que tenía mi amo» (Arrahut Mamí, renegado albanés) «y se juntan á otros muchos de particulares, de diversas naciones y provincias...» Sucedió que los italianos, por aliviar sus penas, hicieron una *Comedia de Santa Catalina de Sena*, con la cual se entretuvieron una tarde.

Los españoles, visto que los italianos se habían holgado con la Farsa..., ordenaron de hacer otra *Comedia* de *La toma de Granada*, repartiendo á cada uno papel según su sujeto; y después de estudiada «(trataron de representarla con)» apariencias y armas como de pobres cautivos, porque tenían morriones y petos de papel, espadas de palo, y á este modo todos los demás peltrechos de guerra.

Y la persona que había de hacer el papel del rey Don Fernando, no contenta con armas de papel... intentó, á un capitán inglés que á aquella sazón estaba en el puerto de Argel (que entran allí de paz los ingleses), con una industria que buscó, pedille prestado un peto, espaldar, morrión y espada; para lo cual se valió del favor del Dr. Johan Blanco, natural de Orihuela, que también estaba cautivo; el cual Doctor tenía estrecha amistad con el capitán inglés, que se llamaba Johan Túton, y le había hecho buenos servicios en Sevilla; pidiéndole un billete para el inglés diciendo que porque los cautivos se querían holgar haciendo una representación, le hiciese favor de prestalle las armas referidas.

Con este billete bajaron al muelle dos cautivos, y en el esquife pasaron al navío inglés, y dieron el billete, sin advertir que estaban merendando con el capitán dos turcos... Y habiendo leído el billete, les dijo de palabra...

«Digan vuesas mercedes al Sr. Dr. Johan Blanco que le beso las manos, y que en tierra ajena no puedo prestar mis armas.»

Por la cual respuesta maliciaron los turcos... que los cautivos se querían alzar con la ciudad, pues iban á pedir armas al inglés. Y sin detenerse un punto, salieron del navío, entrando por la ciudad dando voces: «¡Al arma, al arma! que los cautivos se quieren alzar con Argel.»

Y en un instante se movió tanta confusión y alboroto contra los pobres cautivos, que parecía haber llegado nuestro fin; porque los genízaros y gente común, que no tenían esclavos, á diestro y á siniestro mataron á algunos que toparon por las calles seguros «(ajenos)» de tal fracaso. Y mataran más, si los dueños no los escondieran, como hacienda suya, hasta saber la ocasión de tal rigor.

Luego cogieron á los que habían llevado el billete; y dándoles tormento, confesaron, que para hacer una Comedia, con orden del Dr. Johan Blanco, habían ido al navío, y pedido al inglés las armas referidas.

Vista la confesión por el Bajá, mandó haber á su presencia al Dr. Johan Blanco; y así como le vió, dijo: «Perro, si no dices la verdad, te tengo de hacer pedazos á tormentos.» Y aunque confesó lo propio que los demás, le dieron crueles tormentos.

Visto lo cual por el pobre Doctor, y que padecía sin culpa, dijo al Bajá: «Para que su Alteza se desengañe, haga traher los petos, morriones, espadas y broqueles, que todo es de palo y papel, que estaban apercibidos para la Comedia; y echará de ver como no hay malicia.»

Y al punto mandó el Bajá que fuesen por ello; y traído

á su presencia, parece que mostró algun género de desengaño.

Mas era tanta la turba de la gente bárbara que daba voces diciendo: «¡mueran todos!» que el Bajá, no pudiendo resistir la bárbara fuerza del vulgacho, les entregó á seis de los comediantes, para que hiciesen en ellos su gusto, reservando al Dr. Johan Blanco, porque estaba concertado su rescate en tres mil ducados, cantidad que le valió la vida.

Luego el pueblo bárbaro se entregó de los infelices cautivos, ejecutando en ellos más tormentos y crueldades que se cuentan de Diocleciano, emperador de Roma; pues arrastraron á uno, atado á las colas de cuatro caballos; á otro empalaron; á dos ahorcaron á la puerta de Babazon; y á los otros dos quebrantaron los huesos con mazos de hierro á la puerta de Babalbit.

Y estos dos últimos eran andaluces, y se llamaba el uno Alonso de Vera, hombre muy gracioso; y el otro Johan de Buendía; los cuales habían salido juntos de España, y los cautivaron juntos, y eran de un propio amo, que se llamaba Chafort, genovés renegado; y habían remado juntos y juntos fueron á gozar de Dios.»

# COMENTARIO DE COMENTARIOS

QUE ES COMO SI DIJÉRAMOS

# CUENTO DE CUENTOS

## Carta á Mr. Mariano Droap

Cada *día más admirado el Dr. Thebussem con las interpretaciones que de varios pasajes del* Quijote *escribe y publica D. Nicolás Díaz de Benjumea (que parece ha visitado el castillo de Tirmenh), me ha escrito con grandísimo empeño para saber mi opinión sobre las de aquel cervantista. Un extranjero nunca es muy competente para resolver cierto género de dudas; y así espero, amigo Asensio, que, cuando tenga algún rato de ocio, me diga V. su sentir sobre las muestras que de los* Comentarios filosóficos del Quijote *se conocen hasta ahora.*

Estas palabras de V., mi querido Droap, eran una orden para quien es tan su amigo, y cuando se atraviesa el honor de un ingenio español tan privilegiado como el de *Cervantes*, hasta las piedras hablan; cuanto más los mudos que no lo son *á nativitate,* como dijo nuestro inolvidable Gallardo. Aquel deseo, pues, y mi buena voluntad, son origen de este trabajo.

Yo supongo que el Dr. Thebussem, como tan versado en todo lo que á *Miguel de Cervantes* toca y atañe, no habrá tomado como originales las ideas que ahora va explanando Benjumea; y también me figuro que ha de haber conocido los muchos errores, las frases trocadas y alteradas de que aquel señor va echando mano para sostener sus extrañas teorías; así como las palmarias falsedades (literarias por supuesto) que sus trabajos contienen. Pero, por si en efecto no lo ha notado el bueno del Doctor, ó por lo menos se le ha escapado algo, yo voy á ayudar su memoria, poniéndole ante los ojos:

1.° El origen probable de los comentarios filosóficos del *Quijote.*

2.° Las frases de *Cervantes* que Benjumea adultera, trunca, ó entiende enteramente al revés, para darse el gusto de formar argumentos.

3.° Los renuncios, contradicciones y faltas en que hasta ahora ha incurrido, en lo poquito que lleva publicado.

4.° El catálogo de obras españolas que llevan el escudo que apareció al frente de la primera parte

del Ingenioso hidalgo, en 1605, y que era usado por editores españoles desde el año 1570, cuando menos.

5.º Con motivo del tema y lema del escudo se demostrará que no existe en el cerebro de Benjumea idea fundamental y filosófica para escribir los *Comentarios* y se apuntaran otras especies peregrinas.

Aquí tiene V., mi querido amigo, lo que, siguiendo la nueva y filosófica palabrería, usada para dejar á los lectores *hechos unos bausanes*, podrá V. llamar *el Génesis* (ó el Deuteronomio) de mi impugnación de hoy; si después de haber visto el *specimen* (muestra, en castellano) de esta crítica, la cree V. de algún valor, puede elevarla al conocimiento del Dr. Thebussem, para su uso; y si no, Cristo con todos, la hace V. trizas y negocio concluído; pues yo no estoy en la obligación de decir cosas buenas y nuevas, cuando no las da mi cosecha, sino de cumplir lo que V. me ordena y su buena amistad merece.

## I

En el año de 1859, y en el acreditado periódico *La América,* apareció por primera vez, según tenemos entendido, el título de *Comentarios filosóficos del Quijote*, y la firma de D. Nicolás Díaz de Benjumea. No había entonces *Estafetas* anticipadas, ni *correos;* eran lisa y llanamente, sin ambajes ni rodeos, los mis-

mísimos *Comentarios* hechos y derechos, en haz y en paz; ni había tampoco Asan-Ouzad Benenjeli, ni berenjena, sino Benjumea mondo y lirondo. Los anagramas vinieron luego y todos juntos de antuvión.

Comenzó por un artículo llamado *Significación histórica de Cervantes,* y de reata vinieron los *Comentarios* con su *introducción* y artículos, que no eran de fe, por lo que después hemos visto. Entre la muchedumbre de ideas agrupadas, *velis nolis,* en aquellas difusas disertaciones, saltaban aquí y allá, como conejos en soto, algunas piezas que recordábamos haber cazado ya en otro terreno; pero suspendida por entonces aquella filosófica tarea, no buscamos ni recordamos el origen de tales trabajos. Bien es verdad, que, como se verá muy luego, los *Comentarios* no se anunciaban ni venían entonces con la algazara y bullicio que salieron después, ni aspiraba el autor á poner á *Cervantes* en lucha abierta con las instituciones de su tiempo, mucho menos con el Santo Tribunal; ni le hacía rebuscador y constructor de pueriles anagramas; ni tenían las aventuras el significado con que luego han ido apareciendo.—Ha variado mucho el *Comentario* desde sus primeras muestras hasta ahora.

Ejemplo (y cuenta que vamos á anticipar esta demostración de un punto que tendrá su lugar propio al finalizar): Examinemos la aventura del *Caballero del Bosque,* y (el Diablo sea sordo) tomemos por guía á un mentor que no sea recusable ni sospechoso, al

mismo autor de los *filosóficos comentarios*. En uno de aquellos números de *La América*, párrafo n.º 3.º, decía Benjumea:

«De todas las aventuras del hidalgo, las que se han juzgado por menos ridículas son las que le avinieron con el *Caballero del Bosque* y el de *los Espejos*, sin duda porque infinitas de este género se han reproducido y reproducen constantemente entre hombres que pasan por cuerdos, y porque en ambas se muestra la locura de *Don Quijote* con menos relieve, pues ve las cosas como son en sí, sin trocarlas ni transformarlas como de ordinario le acontecía...

»En cuanto á *Don Quijote*, lo que en esta aventura le hace parecer más cuerdo, es el habérselas con otro caballero en quien el autor quiere hacer más resaltar la locura, *para el propósito que tenía*, QUE ERA EL DE RIDICULIZAR LOS DUELOS, á parte del valor y significado que dicha aventura tiene con relación á la acción principal de la novela... etc.»

Y después continúa explanando esta misma idea, sin que ni por asomo aparezca en toda la apreciación la que ahora salta en el *Correo de Alquife*. Ahora en la aventura misma *D. Quijote* es *Cervantes*, el *caballero* es *Fray Juan Blanco*, que defiende á la *Dama-inquisición*, porque *Casildea* era *cruda* y *asada*, al decir de Tomé Cecial, y era *vándala* por su apellido, con todas las otras cosas que amontona, y que no sabemos si habrán convencido á alguno, aunque creemos que no.

En 1859 no había en D. Nicolás las mismas ideas que luego figuraron en la *Estafeta de Urganda* en 1861, ni mucho menos las que ya paladinamente expone en 1866. ¿De dónde le ha venido, pues, ese empeño de probar que *Cervantes* censuraba la Inquisición? Yo siempre he creído, y continúo creyendo, que esta idea le ha ocurrido de su larga permanencia en Inglaterra. No sé si tendrá V. presente, amigo Droap, lo que á este propósito le decía en mi carta de 14 de Abril del año anterior.

«Don Nicolás Diaz de Benjumea, le dije (de quien hablando en puridad siento que esté V. tan prendado) ha asegundado á *Cervantes* con otro golpe por la espalda en el papel titulado *El Correo de Alquife*. Publicóle primeramente á retazos en la *Revista hispano-americana*, y ahora en un folleto igual á la londinense *Estafeta* que ha hecho imprimir en Barcelona. Y no es esto lo peor, sino que ya nos amenaza con otro tercer disparo que se apellidará *El Mensaje de Merlín*. — *Estafeta, Correo, Mensaje...* Esto vendrá á parar en *embajada*.

»Yo escribí contra la *Estafeta*, y probablemente lo haré contra el *Correo*, porque en mi sentir Benjumea es peligrosísimo, pues lleva tendencia á falsear el intento de *Cervantes*, prestándole ideas que serán muy *inglesas*, muy avanzadas, pero que no fueron las suyas, ni entraron en el *Quijote*.»

Repito lo que entonces decía; la idea de hacer á *Cervantes* antagonista del Santo Oficio, rival de *un*

*tostador de sus semejantes,* y de convertir el *Quijote* en periódico de oposición, nació en Londres, en aquella ciudad que se la inspiró también á D. Antonio Puigblanch, autor célebre y cáustico y desenfadado, que si viviera no dejaría de reclamar su parte en la idea y explanación de los *Comentarios.*

En los escritos de aquel docto filólogo está el origen probable de la *Estafeta de Urganda* y del *Correo de Alquife.* Tras de la afirmación, la prueba.

Emigrado á causa de los sucesos políticos, el doctor Puigblanch se ocupaba en Londres en hacer profundos trabajos sobre sus favoritos estudios, la lengua y la literatura españolas. Enemistado por causas que son de larga historia con D. Joaquín Lorenzo Villanueva, fulminó contra éste y sus obras una que intituló *Opúsculos gramático-satíricos,* y que, haciendo el autor mismo de cajista para su obra, salió á luz de las prensas de Gouthrie en 1829 el tomo 1.°, en 1832 el 2.°. Puso el autor á la conclusión, una que llamó:

«Adición última, para que sirva de cierre del índice de materias y de toda la obra, como del grupo de Don Quijote á caballo, y de Sancho Panza lo era la retranca del rucio.»

Toda ella está consagrada á diversas apreciaciones sobre el *Quijote* y sobre la manera de entenderlo, con motivo de dar una jabonadura al Comentario de D. Diego Clemencín. Ofrece allí el Dr. Puigblanch nuevo comentario y por nuevo estilo, *por la mala*

*vergüenza,* dice, *de que con tres de ellos, y los dos bien largos, no tengamos ninguno.* Y más adelante, haciéndose cargo de una observación de Clemencín al Soneto de *Orlando furioso á Don Quijote de la Mancha,* exclama:

«¿Qué culpa tiene el Soneto, ni qué culpa tienen las demás poesías sus compañeras de que él no sea un comentador idóneo?...

»Precisamente conducen aquellas poesías, sin que yo deje de confesar que pudieran ser mejores, *á dejar Cervantes traslucir, ya que no se explicase claramente* (LO CUAL NO PODÍA SIN PERJUDICARSE) *su verdadero objeto en la composición del Quijote.*»

Por no aglomerar citas y copias, no trasladaremos los pasajes en que Benjumea dice esto mismo; pero remitimos á los curiosos á la *Estafeta de Urganda,* pág. 11, y al artículo que aquél publicó en contestación al titulado *Cervantes y Lope, en 1605,* escrito por el Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

El *Quijote* necesita nuevo y más filosófico comentario; la autoridad será el *Quijote explicado por el Quijote;* la base del comento está en las poesías que anteceden á la primera parte de la obra; así se expresa D. Nicolás Díaz de Benjumea en los lugares citados; y cualquiera conoce que esto es coger el hilo mostrado por D. Antonio Puigblanch, y tirar, y tirar para ver si se descubre el ovillo. A la primitiva idea se añadieron los anagramas escudriñados por Ben-

jumea, que empèzó por su propio nombre para quitar todavía más fuerza al que después presenta como de Juan Blanco de Paz.

Porque, con perdón sea dicho del Sr. Arrazola y de algún otro que como él opine, descubiertas la manía y la habilidad de anagramizar, sacando de Nicolás Díaz de Benjumea, *Cid Asam Ouzad Benenjeli*, y de López de Alcobendas, *es lo de Blanco de Paz*, se duda ya de la verdad; y se niega por entero que pueda ser exacta la interpretación, cuando luego vemos que el nombre de la capital del Principado dice también *era Blanco*.

Sin embargo, el ovillo no parecía, el hilo se había quebrado, y para reanudarlo fué preciso echar á volar otras apreciaciones tan *filosóficas* como los anagramas. No parecía posible seguir sosteniendo que las aventuras del Ingenioso hidalgo eran *negocios particulares entre Cervantes y su adversario Juan Blanco de Paz;* esto era decir que el regocijo de las musas había puesto muy baja la mira, era quitar interés al libro, que no dárselo, según se ofrecía, y entonces... entonces Juan de la Cuesta dió la indicación, el mismo Doctor Puigblanch volvió á dar fundamento y se anuncia ya claramente en el *Correo de Alquife* lo que ni en la *América* ni en la *Estafeta* se había atrevido el articulista á decir: que *Cervantes* atacaba la institución del *Santo Oficio*.

Indudablemente esta idea nació del lema grabado en la orla del escudo que se puso en la 1.ª edición del *Quijote* en 1605; escudo y lema que fué muy hacede-

ro suponer arreglados por *Miguel de Cervantes*, por más que los hechos vengan á desmentir clara y abiertamente tal supuesto, como veremos más adelante; porque aquello de decir *post tenebras spero lucem*, era muy sospechoso, y daba campo á interpretaciones que, con un poquito de ingenio, podían hacerse muy descabelladas.

*Post tenebras spero lucem* ¡ahí es nada lo del ojo! Estas palabras eran el emplazamiento para otra edad mejor... Pero de esto hablaremos luego. ¿Qué podrían ser esas tinieblas? ¿Cuál sería la luz? Casualmente, allá en el año 1811, cuando con mayor fuego y energía salieron á la palestra antagonistas y defensores del Tribunal de la fe, con motivo de tratarse en las Cortes de su supresión, apareció en Cádiz, impreso en casa de D. Josef Niel, un libro titulado *La Inquisición sin máscara*, obra de un cierto *Natanael Jomtob*, autor desconocido, aunque no tanto que no vislumbrasen los curiosos detrás del lienzo la figura de un docto catedrático de hebreo llamado en el siglo D. Antonio Puigblanch.

En esta obra, atacándose la institución del Santo Oficio en todos terrenos y por todos los registros, no podía faltar el nombre de *Cervantes*, y en ella fué donde se presentó por primera vez al autor del *Ingenioso hidalgo* tirando chinicas á la Inquisición. Pero los términos en que habló *Jomtob* ó Puigblanch merecen ser conocidos, porque concurren á nuestro intento:

«Un Tribunal tan monstruoso como ha sido la Inquisición (dice á la página 215, nota) ni pudo ocultarse á la

penetración del inmortal autor del *Quijote,* ni éste pudo menos de emplear parte de sus tareas en impugnarlo.»

Y después entra á demostrar que en los funerales de Altisidora y prisión de D. Quijote y Sancho para que asistan á ellos, hay una embozada crítica de los procedimientos y costumbres del severo Tribunal.

Si es otra cosa más que una amplificación de las opiniones del Dr. Puigblanch, adornadas con el lema y descripción del escudo de Juan de la Cuesta, todo cuanto contiene el *Correo de Alquife*, examínenlo y decidan los entendidos. En mi opinión, de esta manera se han ido formando los *comentarios filosóficos;* sin filosofía de ninguna clase, sin plan preconcebido ni determinado, cogiendo hoy una idea, mañana otra, é incurriendo en las contradicciones que vamos á notar en seguida.

## II

Tarea prolija sería la de ir notando las frases de *Cervantes* que el comentador saca de quicio ó varía y trueca á su antojo, para buscar apoyo á sus gratuitas aseveraciones.

Felizmente en España, saben de memoria el *Quijote* la mitad de los españoles, y la otra mitad le ha leído lo bastante para que todos conozcan á golpe de vista esas adulteraciones tan ligeramente hechas en la obra inmortal. Vamos á notar, sin embargo, un

par de ellas, de las más de bulto, para que se comprenda cuanta es la razón que tenemos al impugnar al que de tales medios se vale para hacer sus seudocomentarios.

En la última obra del Sr. D. Nicolás, en el *Correo de Alquife*, que debe ser la más perfecta parte de sus trabajos, porque va dominando cada vez más el asunto y madurando sus reflexiones, encontramos á la pág. 12 estas palabras:

«Recuérdese que la tesis: *la fe sin obras es cosa muerta,* fué expurgada en el *Quijote,* por el Tribunal que se decía *defensor de la fe.*»

Si el lector quiere saber lo que en ese pasaje decía *Cervantes*, lo que borraron los escrupulosos teólogos que examinaron el *Quijote,* es necesario que, sin fiarse de Benjumea, acuda al capítulo 36 de la Parte 2.ª y al *Indice expurgatorio de 1790*, que es el más fácil de encontrar y copia los anteriores (página 51, colum. 1.ª, verb. CERVANTES.)

«Preguntó la Duquesa á Sancho otro día si había comenzado la tarea de la penitencia que había de hacer por el desencanto de Dulcinea.—Dijo que sí, y que aquella noche se había dado cinco azotes.—Preguntóle la Duquesa que con qué se los había dado.—Respondió que con la mano.—Eso, replicó la Duquesa, más bien es darse de palmadas que de azotes: yo tengo para mí que el sabio Merlín no estará contento con tanta blandura:... *y ad-*

*vierta, Sancho, que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente, no tienen mérito ni valen nada.»*

Las frases subrayadas son las mandadas borrar por la Inquisición, y lejos de decirse en ellas que *la fe sin obras es cosa muerta,* lo que dicen es *que las obras sin fe no aprovechan.* Prosigamos.

En el mismo *Correo de Alquife,* pág. 22:

«Comienza Cervantes su prefacio (el de las *Novelas ejemplares*) diciendo:

»Quisiera yo, *si fuere posible,* lector amantísimo, excusarme de escribir este prólogo, *porque no me fué muy bien* con el que puse á mi *Don Quijote que quedase con ganas de segundar con este, etc.»*

Esta es copia á la letra del texto que necesitaba Benjumea, y por consiguiente asienta: *Cervantes* no escribió eso ni pudo escribirlo, porque en esa forma es un castellano macarrónico, usándose de una construcción viciosa que jamás dejó caer la pluma del príncipe de los ingenios; *no me fué muy bien con esto que quedase con gana de repetirlo,* frase de sentido casi ininteligible, pues al absoluto *muy bien* no puede unírsele el relativo *que;* y se necesita mucha audacia para hacer tamaña ofensa á todo un *Cervantes.*

«Porque no me fué TAN bien con el que puse en mi *Don Quijote,* QUE quedase con gana de segundar con este, etc.»

Esto es lo que escribió el autor. Verdad es que, sentado el texto con fidelidad, no podría luego decir el comentador que:

«Bien claramente indica esta necesidad de defenderse á su turno, en la frase de *no me fué muy bien con* el prólogo del *Quijote*. Y la pregunta que se ocurre es: ¿qué daño se le causó? ó mejor dicho: ¿quién fué el causante?»

De decir que no le había ido *tan bien,* á expresar que no le había ido *muy bien,* hay diferencia notable. D. Nicolás Díaz de Benjumea altera el texto, y lo altera á sabiendas, para poder ingerir luego sus sofísticas argumentaciones; porque ha de notarse que las palabras *muy bien* van siempre en el *Correo de Alquife,* señaladas con letra bastardilla, para llamar sobre ellas la atención.

El Prólogo del *Ingenioso hidalgo* que critica la manía de citas latinas, que zahiere la pedantesca lista de autores, que por orden alfabético iban como de reata á la cola de cuantas obras salían á luz en el siglo XVII, costumbre que hoy con mal acuerdo tratan algunos de volver á poner en moda, debía levantar polvareda entre los que se creyeran censurados, mucho más si, como sostiene con fortísimas razones mi docto amigo el esclarecido poeta D. Juan Eugenio Hartzenbusch, era piedra á tejado conocido; si incluyendo crítica general, tenía puntas y collar de sátira particularizada.

Cualquiera que lea el Prólogo de la primera par-

te del *Quijote,* conocerá, sin ser ningún zahorí, que *no podía irle tan bien al que lo escribía* que quedase con gana de segundar con otro.

No haremos más cotejo. Con tal fidelidad á los textos del autor que se comenta, está hecha la apología del comentador. Y cuenta que no quiero remover antiguos caldos, y traer á la memoria aquella peregrina equivocación de trocar la *aventura del cuerpo muerto que llevaban á enterrar á Segovia*, con la de los *disciplinantes,* que se encuentra en la *Estafeta de Urganda.*

Ya dije entonces al Sr. Benjumea, que semejante equivocación era notable en un cervantista como su merced parece serlo; que el entierro no es procesión de disciplina, ni hemos visto jamás en España que los que acompañan un cuerpo muerto vayan santiguándose las espaldas. Verdad es que Benjumea contestó que al llamar así á esa aventura, y *disciplinante* al Bachiller Alonso López, *se tenía sus razones;* pero como hasta ahora no las hemos visto, pasemos á otra cosa.

## III

En uno de los primeros trabajos de D. Nicolás Díaz de Benjumea, que se llamaba *Significación histórica de Cervantes,* tenemos colocado á éste entre los obreros que hablan al hombre en los dominios de la inteligencia, entre aquellos elegidos que adivinan el bello ideal social, y que enseñan á la humanidad que

en el nuevo período de civilización la viuda, el pobre, el huérfano y el desvalido han de encontrar baluartes que los defiendan contra las demasías de la opresión y de la fuerza. Y á continuación de esta pintura concluye el artículo con estas frases textuales:

«Tal es la misión de Cervantes en los dominios del arte. ¿Qué *importa que ni* ÉL *ni su época lo comprendiesen?* La misión del hombre de genio, ha dicho un célebre escritor, sólo se conoce cuando su alma, después de volar al cielo, se contempla en su obra y parece gravitar sobre ella.»

Y ahora bien: si Cervantes no comprendía su misión, ¿cómo andaba forjando sonetos de doble sentido, alambicando frases, y contando letras para formar anagramas, con el fin de que la posteridad le entendiese, ya que entonces no podía explicarse? ¿Comprendía ó no su misión, el que emplazaba al hijo de su entendimiento para que dos siglos después le desencantase un Benjumea? Contradicción, y no pequeña, que demuestra la falta de idea filosófica.

Tampoco insistiré aquí en aquella otra ya notada en las *Cartas sobre la Estafeta de Urganda,* sobre haber sido el Dr. Juan Blanco de Paz autor del seudo-Quijote que salió bajo el nombre de *Avellaneda.* Nosotros, y con nosotros Hartzenbusch, y Fernández Guerra, y Latour y La Barrera, y cuantos leyeron el folleto de Londres creímos que D. Nicolás sostenía la misma opinión que D. Juan A. Ceán Bermúdez

formuló, aunque hipotéticamente, después del hallazgo de los documentos del *Archivo de Indias;* luego parece que aquella especie no fué del superior agrado del comentador, y negó rotundamente que tal cosa hubiera sostenido. Adelante: queda en pie el dilema que entonces le formábamos: ó varía de ideas á cada paso el comentador, sosteniendo hoy lo que ayer negaba, negando aquí lo que allá sostuvo, ó está escrita la *Estafeta* de un modo tan deplorable que hasta los hombres de más clara inteligencia leen en ella lo contrario de lo que su autor quiso decir. Y quien habla de la *Estafeta,* dice del *Correo.*

Dejaremos también á un lado la otra contradicción ya indicada en la aventura del *Caballero del Bosque.* Aquí las frases del comentador son tan terminantes que no dejan escapatoria á su agudeza. En la *América* de 1859, en esa aventura *el propósito* que Cervantes *tenía era el de ridiculizar los duelos;* en 1866, la escena cambia; el caballero enamorado de Casildea defiende la Inquisición y las trabas del pensamiento; el hidalgo Manchego á Dulcinea, la civilización, la luz. ¿Necesitamos insistir en esto?

## IV

Llegamos á uno de los más famosos argumentos del comentador; al escudo de Juan de la Cuesta.

Después de haber explicado á su talante la significación de las divisas tipográficas, citando, para que se sepa, que la Biblia Mazarina de 1452 no llevó nin-

guna, y que Boengart puso en sus libros una asaz disforme que llenaba toda una hoja en folio; pasa D. Nicolás á ocuparse de las divisas del primer impreso del *Quijote*.

«El emblema ó escudo del *Quijote*, dice, aparece por primera vez en 1604, en el *Romancero general* que imprime Cuesta en el año mismo en que se da licencia á Cervantes para publicar su poema, y cuando está en inteligencia y correspondencia con este impresor de Madrid: etc.»

Alto aquí, que después concluiremos con ese sofístico parrafito. El escudo del *Quijote* aparece por vez primera en 1604 en el *Romancero general*. Niego y pruebo.

En el año de 1570 (ya ve el lector que la fecha es atrasada) se publicó en Valladolid el libro titulado *Ars compendiaria gramaticæ*, compuesto por Pedro de Barahona. Imprimióle Adriano Ghemartio, y lleva al frente el escudo que adoptó después Juan de la Cuesta. No he podido comprobar la cita por no haber encontrado el libro; pero consta de apuntamiento bibliográfico de D. Bartolomé José Gallardo, inserto en la *Biblioteca española de libros raros y curiosos*, con el número 1307, y creo que basta con esto para responder con exactitud. Cero y va una.

En el año 1592, salieron á luz en Madrid, por primera vez, los *Comentarios de Don Bernardino de Mendoza de lo sucedido en las guerras de los payses*

*baxos desde el año de 1567 hasta el de 1577*. Los imprimió Pedro Madrigal, y tienen en la portada el mismo idéntico escudo que después en 1605 llevó el *Ingenioso hidalgo*. Como tengo ejemplar de esta edición, puedo afirmarlo sin género de duda, y aun pueden verlo los que no la tengan. Cero y van dos.

En el año 1602 se publicó en Medina del Campo el *Romancero general, en que se contienen todos los romances que andan impresos en las nueve partes de romanceros*. Fué impreso por Juan Godínez de Millis, y llevó el escudo que adoptó luego Cuesta. Cero y van tres.

Creemos que basta para quitar todo viso de razón á la interpretación de D. Nicolás Díaz de Benjumea. Destruído el fundamento, viene á tierra todo el castillo de naipes que después se formaba en el párrafo que antes dejamos en suspenso: su mal construída máquina tenía por base un error que era el de que *la aparición primera del escudo, coincidía con la época en que Cervantes se hallaba en relaciones con Juan de la Cuesta*.

El escudo de la mano con el halcón aprisionado y el lema *post tenebras spero lucem*, se usó cuarenta años antes de aparecer en el *Quijote*. Juan de la Cuesta lo puso en la primera parte de aquella obra en 1605, como lo había puesto en 1604 en la edición que hizo del *Romancero general*, como lo usó después en 1614 y 1618 al frente de la *Filosofía vulgar* de Juan de Mal-Lara, cuyo ejemplar también poseo.

*Post tenebras spero lucem*, es una divisa apro-

piada á la invención de la imprenta, al vuelo que con ella tomó el pensamiento, á la comunicación de las ideas; antes, la interminable cadena que forma la humanidad, y que continúa viva á pesar de la destrucción periódica de sus eslabones, apenas recibía dificultosamente la luz de los que delante caminaban. El obrero de la inteligencia no podía confiar en que sus esfuerzos servirían para estímulo y adelanto de los venideros; porque rodeado de tinieblas no podía comunicar su luz á la generación naciente. El papirus y la cera, únicos medios de que disponía el sabio, fueron por demás inseguros; y un solo escrito en que pudiera comunicar y fijar sus adelantos no era suficiente para difundirlo entre los pueblos y naciones. La luz existía, pero encerrada entre tinieblas, entre las paredes de la linterna donde ardía sin alumbrar. Vino la imprenta, y el pensamiento rompió sus prisiones; la idea corrió pronta, quedó indestructible.

Tal es en mi sentir la mejor inteligencia, la más filosófica explicación del lema: *después de las tinieblas espero luz*. Ni en la confección del escudo, ni en la aplicación de la divisa pudo tener ni tuvo parte alguna *Miguel de Cervantes;* ni puede aplicarse próxima ni remotamente al *Ingenioso hidalgo* el concepto estampado en la orla del escudo de Juan de la Cuesta.

## V

Preciso es poner término á esta pesadísima carta, mi querido Droap, que no lo tendría tan fácil, si

dirigiéndose á persona menos docta, hubiera que hacer notar todas las aberraciones en que incurre el autor presunto de los *Comentarios filosóficos*.

Nunca llegarán éstos á ver la luz; yo lo aseguro, sin haberme preciado jamás de tener espíritu profético; pero el más míope en materias literarias puede comprender que no tiene D. Nicolás Díaz de Benjumea plan formado para la filosófica interpretación del *Quijote*. Si alguno lo duda, lea de una tirada los artículos de *La América*, *La Estafeta de Urganda* y *El Correo de Alquife*, y quedará convencido.

El mismo autor da muestras de esta falta de plan, presentando en folletitos ideas sueltas que deberían formar un todo en la síntesis de su obra. Al empezar la *Estafeta*, recordaba la discreta determinación del primer comentador del *Ingenioso hidalgo*, y anunciaba aquel folleto como prospecto y manifiesto de su plan. Lógico y natural parecía que después viniera ya la grande obra; pero nada menos que eso. Otro fragmento aislado con el anuncio de otro tercero. Esto no fué lo que hizo el Dr. Bowle.

Verdad es que al publicar la *Estafeta de Urganda* como anuncio de los *Comentarios filosóficos del Quijote*, se olvidó Benjumea de que ya en la *América* de 1859 había dado principio á la publicación de estos *Comentarios* íntegros, y, por lo tanto, venía mal el anuncio, que era como cebada al rabo; y no es de extrañar en él cualquier olvido semejante.

Voy, pues, á concluir, amigo Droap; pero no ha de ser sin rogar á V. antes, que alumbre mi escaso

entendimiento, explicándome, si puede, alguna frase de *La Estafeta de Urganda,* frase que vengo masticando desde el año de gracia de 1861, y que encuentro hoy tan dura como entonces, y no la entiendo más que si estuviera escrita en turco. Culpa debe de ser de mi corta inteligencia.

«Hé aquí (dice el citado folleto á la pág. 9) lo que la opinión pública pretende, que es en una palabra: hallar un hilo que le conduzca por el, hasta aquí, difícil laberinto de este libro, para que no sea en adelante, como le llamó no ha mucho uno de nuestros poetas: *La eterna desesperación del entendimiento humano.*»

Hasta ahora todo va bien, y lo entiendo regularmente, á pesar de la torcida inteligencia que se da á la última frase, pues lo que dijo nuestro poeta no fué que el *Quijote* desesperase al entendimiento humano, por no poder comprenderlo, sino por no poder igualarlo, por no poder producir nada que se pareciese á esa obra incomparable; pero después prosigue:

«¿Y por qué había de serlo? Tanto valdría que Cervantes hubiese escrito muchos capítulos del *Quijote,* como el que llevan las ediciones de la *Fisiología del matrimonio* de Balzac.»

Aquí me quedo á obscuras. No lo entiendo; y como hago *Comentario de comentarios*, quisiera comprender cuanto dice y piensa mi autor. Pero en

estos párrafos ni entiendo la letra ni el espíritu; no alcanzo lo que se quiso decir ni conozco lo que se dice. A mi torpeza lo achaco, y pido práctico.

Vengamos, por último, á lo que interesa. ¿Tiene el *Ingenioso hidalgo* sentido oculto ó no lo tiene? ¿Atacó *Cervantes* en sus obras los vicios de la constitución civil y política de su tiempo dirigiendo sus tiros á puntos señalados que hoy puedan descifrarse? ¿Hay en cada aventura del andante manchego un sentido oculto, otro narrativo en relación con la novela, otro filosófico, otro referente á la vida y desgracias del autor y aun otro anagramático para indicar las personas á quien se dirigía? ¿Puede creerse que hay iguales veladuras, simulación y fingimiento en cada palabra de las que hablan D. Quijote y Sancho, y aun los demás personajes que intervienen en la acción? ¿Tuvo además *Cervantes* el pensamiento, el deseo y la intención de emplazar al hijo de su entendimiento para que la posteridad le entendiese?

Yo creo que no. Creo que á todas esas preguntas puede responderse negativamente en absoluto, por más que haya alguna excepción. *Cervantes* escribía una novela médico-moralista, había observado los males de los individuos y de las instituciones, y en fábula agradable trataba de instruir, de procurar remedio indicando el buen camino. Dotado de superior inteligencia, de viva imaginación, y habiendo atesorado en su azarosa vida larga y penosa experiencia, pintaba después con vivísimos colores en las obras que escribía, los sucesos, los caracteres, las

pasiones de la humanidad; es más aún, pintaba la verdad, sin haberla visto. Lo que no sabía, lo adivinaba; porque esa es la facultad creadora; por ella se llamaron *vates* los poetas.

Recuerdos hay en el *Ingenioso hidalgo;* como los encontramos en las *Novelas ejemplares*, en el *Pérsiles,* como los hay en todas las obras de todos los autores. Son los escritos los hijos del entendimiento, y es imposible dejen de sacar algunos rasgos de la fisonomía moral del padre que los engendra. Si por estos rasgos, por esas reminiscencias queremos reconstituir al autor, buscando igualdad donde sólo puede haber semejanza y parecido, nos equivocaríamos grandemente. De este defecto, ligeramente indicado, adolecen los *Comentarios* de D. Nicolás Díaz de Benjumea; uniéndosele otro de no menor trascendencia y harto común, por desgracia, entre nuestros autores, y es el de querer juzgar á los hombres de las pasadas edades, con las ideas, con las pasiones de la época en que vivimos.

# ÚLTIMAS CARTAS

Sr. D. José M. Asensio

Madrid, 22 de Mayo de 1868

Estimado amigo: Mi impensada y precipitada marcha de Sevilla, no me permitió tener el gusto de despedirme de V. ni arreglar un particular que no debe quedar en suspenso, por desdecir de la naturaleza de nuestras antiguas relaciones y de nuestra conducta franca y abierta en tantos otros. Me refiero á las insinuaciones hechas por V. en sus primeras cartas sobre *La Estafeta,* en las cuales por varios modos y con reticencias repetidas da V. á entender que yo no soy el autor de dicho opúsculo, sino el publicador. Ante las gentes ilustradas esto no llega al cuerpo como suele decirse, pero

llega al alma ante el vulgo, que por desgracia está siempre en mayoría, y cualquiera que sea mi contestación, la malicia puede con él más que la verdad, y ella triunfará siempre sobre la razón.

Esto sentado, le ruego me manifieste si tiene algún fundamento para dicha creencia, ó si fueron aquellas palabras hijas de imprevisión; pues no creo que de otra causa puedan ser efecto insinuaciones que me representan como embaucador, falsario y suplantador ante el público.

Como V. comprende perfectamente, que V. me considere y escriba que soy visionario, confuso, disparatado, y que sostengo un cúmulo de errores, en su derecho está, y no hay en ello daño de barras, ni se lastima á nadie, pues yo trataré de demostrar que los errores están de parte de V.; mas de esto á hacer comprender que los trabajos que tanto me han costado no son míos, y que haya esas supercherías indignas que soy el primero en condenar, va mucha diferencia; y V., hombre de ley y de conciencia, comprende mejor que nadie el daño que puede causar, y sobre esto me permito llamarle la atención.

Somos antagonistas, es verdad; en lucha hemos estado y estaremos; pero la sinceridad y la buena fe en salvo. No creo que necesito insistir más sobre esto, y espero su respuesta como de antiguo amigo y cumplido caballero.

Mande siempre cuanto guste á su paisano y amigo

NICOLÁS D. BENJUMEA.

Sr. D. Nicolás Díaz de Benjumea.

Mi muy estimado amigo: La favorecida de V. fecha 22 de Mayo se me traspapeló de tal manera, que todas mis pesquisas eran inútiles para encontrarla; y como en ella estaban las señas de la habitación de usted, no podía hacer que fuera á sus manos mi contestación.

Cien veces he pensado en preguntar en la casa de su señor hermano, muchas otras me ha asaltado la idea de escribir una respuesta que pudiera publicarse y darla en un periódico;... mis ocupaciones, que en la actualidad son penosas, han ido dilatando el uso de uno y otro remedio, y hoy casualmente acaba de venírseme á las manos, donde menos lo esperaba, aquella su deseada carta, y sin pérdida de momento me he puesto á contestarla; que no me gusta pasar plaza de desatento, ni menos de descuidado.

Desea V. saber el origen de aquellas insinuaciones que yo hacía años atrás, de las que pudiera inferirse que no le conceptúo autor de la *Estafeta de Urganda;* y pardiez que es donosa pregunta, después de publicada la carta que bajo el nombre de *Cuento de cuentos*, y dirigida á Droap, se insertó en la *Revista gaditana*.

Responderé á V., sin embargo, con entera claridad, ya que á mi franqueza y lealtad viene apelando; mas antes le recordaré que esas reticencias é insinuaciones de que ahora se queja al cabo de cuatro ó cinco años, no fueron estampadas en ninguna de mis tres *Cartas sobre la Estafeta*.

Yo las escribí creyendo que V. entraría en discusión razonada, y hablaríamos de *Cervantes* y del *Quijote,* V. en un sentido, yo en otro, y ambos haríamos ver nuestras armas, que era mi deseo; y solamente cuando vi que V. se venía con evasivas, con sofismas y *chafalditas* (como aquí se dice), quise hacerle ver que no huía en ningún terreno, y escribí la llamada *Carta del anónimo sevillano á D. N. Díaz de Benjumea,* publicador de *La Estafeta de Urganda*.

Ahora bien, el motivo de mis reticencias está ya claro y patente en la carta titulada *Cuento de cuentos*.

Al ver Hartzenbusch la manera absoluta y decidida con que V. estampaba sus opiniones, dándolas como artículo de fe, dijo en uno de los suyos, que no parecía sino que tenía V. un manuscrito del propio *Cervantes,* pues solamente sabiendo por él mismo su intención, podían asentarse con tal seguridad tales interpretaciones.

Yo opiné también que V. había visto en alguna parte algo de lo que iba amplificando, y sospeché que había tropezado en Londres con algún *Buscapié* fraguado por entusiasta britano, que se ha-

bía entretenido en interpretar á lo protestante las aventuras del maniático manchego, dándolas colorido político-religioso, cuando su autor las escribió para dar

*pasatiempo*
*al pecho melancólico y mohino*
*en cualquiera sazón, en todo tiempo.*

Aquello fué dicho en burlas, pero luego vino el *Correo* con el anuncio del *Mensaje,* y estudiando la cuestión, comprendí, ó creí comprender, que V. no tiene plan filosófico, sino que va buscando acá y acullá palabras de dudosa significación, aventuras que puedan interpretarse, aunque sea forzándolas, y procurando sacar partido de todo con indudable ingenio; y en verdad sea dicho, que en mi opinión me confirmó V. mismo, cuando en nuestra última entrevista me contaba la manera que había tenido de empezar sus trabajos, escribiendo un artículo político para cierto periódico de América basado en aquellas palabras que *D. Quijote* dijo á Sancho:

«Porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería y cuan á pique están los que en cualquiera ministerio della se ejercitan, de venir brevemente á ser honrados, y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado, y en compañía de esta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo, que soy tu amo, y natural señor, que

comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere, porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del Amor se dice, que todas las cosas iguala.»

Usted abre el *Quijote* para buscar una palabra y darle interpretación; pero... ¿quién sugirió la intención de hacer á *Cervantes* antagonista del Tribunal de la fe? Insisto en lo expuesto en la carta de Droap.

Y es por cierto extraño que atacando yo esa interpretación *inglesa* de *El Ingenioso hidalgo,* diciendo en mi carta con tantísima claridad que V. quiere prestar á *Cervantes* ideas del protestantismo, y que se comete grave error en juzgar á los hombres de las edades pasadas con las ideas que hoy formamos, hayan salido á impugnarme y á apoyar las ilusiones de V. del seno de todo un Seminario conciliar; porque tengo entendido que el llamado *Bachiller Cervántico* es un seminarista de Cádiz.

No me espanto, porque en España sucede todo lo que no debe suceder, y están barajadas las ideas como en una mesa revuelta.

Y antes de acabar diré á V. que no he contestado al *Cervántico* porque veo que entiende muy poco de *Cervantes*, y es como un eco que se forma de las palabras de V. y las repite sin esforzarlas con una sola razón de su cosecha. No se ha echado V. mal lazarillo.

Creo que estas declaraciones llenarán los deseos de V. y continuaremos, como siempre, divididos en

opiniones, pero dejando siempre á salvo las personas y la buena fe.

Deseo volver á ver á V. por acá, y que disponga como quiera de su amigo

Q. L. B. L. M.

J. M.ª A.

# Sobre el Quijote de Avellaneda

Sr. D. Pascual Dasí, Vizconde de Bétera

Sevilla, 20 de Abril de 1883

Mi muy querido amigo: Todo el mundo conoce el *Quijote* de *Cervantes* (creo que esto puede decirse sin incurrir en exageración), pero casi nadie ha leído el *Quijote* que salió á luz bajo el nombre del Licdo. Alonso Fernández de Avellaneda. Sin embargo, la publicación de este *Quijote* espúreo fué un suceso grave, trascendental en la vida de *Cervantes,* tuvo cierta importancia en la historia literaria de nuestra patria, y merece que se le consagre algún estudio y atención; por lo cual, amigo mío, ha de prestar V. paciencia para repasar cuatro apuntamientos que sobre ese libro tenía he-

chos y deseo exponer á su ilustrada censura, con tanto más motivo cuanto que hoy me consta que nuestras opiniones no van del todo concordantes en el juicio sobre Avellaneda.

El misterio que rodea el nombre del autor encubierto, las raras circunstancias de la publicación, los dardos que en el libro se disparan contra el inmortal ingenio, las encontradas apreciaciones de que ha sido objeto la obra anónima, todo contribuye á hacerla objeto de curiosidad, que, como decía, pocos han logrado satisfacer.

La importancia del falso *Quijote*, ya que no su mérito, puede comprenderse, observando el vehemente deseo que entre los literatos de todos los países se ha despertado por conocer el nombre verdadero de su autor y los hombres ilustres á los que se ha atribuído su composición.

La obra podrá ser mala, pero su autor no era persona vulgar. Esta es la síntesis de todos los estudios de la crítica moderna.

Se atribuyó primeramente, y por leves indicios, al Rector de Villahermosa, al castizo poeta *Bartolomé Leonardo y Argensola,* por aquello de que tuvo para el gran *Cervantes,* á lo que éste imaginaba,

*La voluntad, como la vista, corta.*

Quiso luego ponerse en cuenta tan mala acción, con otras muchas que constan ciertamente, á *Fr. Juan*

*Blanco de Paz,* delator y enemigo del autor en Argel; y después se cargó en la del

*capellán lego del contrario bando,*

el autor de la *Pícara Justina,* Fr. Andrés Pérez, que también escribió con nombre supuesto aquella picaresca novela. Pero más tarde el docto y agudo D. Bartolomé José Gallardo, creyó descubrir al *autor aragonés* en el confesor del Rey D. Felipe III é Inquisidor general *Fray Luis de Aliaga* y su conjetura, divulgada por D. Adolfo de Castro, apoyada con nuevas indicaciones por D. Cayetano Rosell, por D. Justo Sancha y otros, iba tomando carácter, cuando el mismo D. Adolfo de Castro la contradijo, anunciando la existencia de un verdadero *Fray Alonso Fernández*...

Mr. H. Rawdaon Brown sostuvo que Avellaneda fué *Gaspar Shoppe* (Scopio), que hizo imprimir su libro en Tarragona; D. Ramón León Mainez, afirmó que el encubierto autor fué... *¡Lope de Vega Carpio!;* D. Adolfo de Castro volvió á cambiar de intento y se esforzó en alambicar sutilezas, para demostrar que el émulo de *Cervantes* era el insigne poeta dramático *¡¡Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza!!,* y D. Fermín Herrán enunció el aserto de que Avellaneda fué... ¡¡¡el mismo *Cervantes!!!* Dios nos tenga de su mano.

Pues dejemos al autor y vamos á la obra.

«Dos cosas hay muy notables respecto á este libro —dice el renombrado autor de la *Historia de la lite-*

*ratura española* (1); la primera, que parece imposible que muchos, y aún el mismo *Cervantes*, ignorasen el nombre de su autor... La otra, es que su autor, sin duda, tuvo barruntos del plan que *Cervantes* seguía en su *Segunda Parte*, y que abusó indignamente de estas noticias, haciendo hacer á Don Alvaro Tarfe, en substancia, el papel de los Duques con Don Quijote, y llevando al héroe á una posada donde le pasa una aventura con ciertos cómicos de la legua que estaban representando una comedia de Lope de Vega; lance muy parecido al de Maese Pedro, creación ingeniosa y admirable de *Cervantes*.»

A esta observación de Mr. Ticknor, se podrían aumentar muchas pruebas que demostraran que el supuesto Avellaneda conoció y quiso aprovechar el plan de la Segunda Parte que escribía *Cervantes,* aunque sólo consiguió estropearlo en la imitación.

Entra por mucho en las obras del ingenio la concepción primitiva, lo que ahora se llama la creación; pero, á pesar de encontrarla escrita, no cupo en la imaginación de Avellaneda el alto pensamiento de *Cervantes*. La parte más difícil, la de apoderarse de los caracteres principales, comprenderlos y saberlos poner de relieve, con vida, con verdad, con rigurosa constancia, faltó por entero al continuador. Don Quijote, en *Avellaneda*, no es el mismo hidalgo de *Cervantes;* entre el amante ideal de Dulcinea y el

---

(1) Traducción de los Sres. Gayangos y Vedia.—Tomo II, página 245.

dislocado acompañante de Bárbara, media un abismo. Aquél es el natural, éste la caricatura; aquél el rostro, éste la careta; *Cervantes* pintó el retrato y *Avellaneda* lo presentó haciendo muecas.

Que el buen labriego, el rústico escudero que veía la realidad en su desnudez, propusiera á su señor tomase el título de *Caballero de la triste figura,* después de haberle contemplado pálido, flaco y con falta de dientes á la luz de una moribunda antorcha; que el hidalgo de Argamasilla, habiendo tenido la audacia de ponerse frente á frente de una fiera, cuya jaula había hecho abrir, tuviera el pensamiento de hacerse llamar *Caballero de los leones,* son ideas que, aunque exageradas, aunque nacidas de la perturbación del cerebro, llevan algo de fundamental y algo de nuevo, de inesperado, que constituye el encanto de la fábula y muestra el talento del autor. Pero que Don Quijote, sin causa ni razón atendible, sin que le mueva objeto alguno exterior, ni venga á cuento para nada en la novela, convierta en otros á los personajes, haciéndolos la gran Zenobia ó el Tamorlán de Persia, es recurso pueril, que no muestra ingenio ni produce en la obra escenas agradables.

Y por más que diga el refrán que *de gustos no hay nada escrito,* no comprendo, amigo Pascual, como haya quien juzgue al Sancho de Avellaneda igual ó superior al de *Cervantes.* En aquellos pasajes en que *Cervantes* se deja llevar más del propósito de gracejar sin cuidarse de los medios, es más culto, más natural y más agudo Sancho que en lo mejor

que ideó su antagonista. ¿Encuentran la gracia del escudero en la acción de tirar un melón al suelo para hacerlo cascos en vez de dividirlo en tajadas? ¿O les place, tal vez, aquel dicho de que le habían echado una melecina de plomo derretido y venía soltando perdigones por la puerta trasera? ¿O es que encuentran gracejo y naturalidad en que un hombre de campo quiera sembrar albondiguillas?

Nunca he podido distraerme con la lectura del *Quijote* de Avellaneda. Me parece débil en las descripciones, frío en la narración, pueril en el plan, y, en una palabra, falto por completo de condiciones literarias. No es que le perjudique el venir después de la primera parte del *Ingenioso hidalgo* de Cervantes, tan admirablemente trazada, tan espontánea y agraciadamente escrita, tan gráfica en caracteres, lugares y sucesos... no; es que sola y acompañada, la obra del supuesto Avellaneda es mala en todos sentidos.

Y de mi opinión ha sido el público ilustrado en España y en Europa. En doscientos setenta años, se han hecho cuatro ediciones en castellano y otras tantas en francés, que nosotros sepamos; y esta demostración es más elocuente que cualquiera otra. La obra de Avellaneda no encuentra lectores.

Pero hay una observación curiosa, y ella servirá de remate á esta carta.

El primero que dijo alabanzas del *Quijote* falso, fué su traductor Renato Lesage; y siendo buena, según su opinión, la novela, se tomó la libertad de alterarla, suprimiendo unos pasajes, abreviando otros

é introduciendo algunos nuevos, con lo que indudablemente mejoró la obra y la hizo más amena y agradable. Es decir, que el panegirista comprendió los defectos del original y quiso corregirlos.

De buena gana volvería al principio, querido amigo mío, y dejaría aquí consignados algunos datos que me inclinan á creer que *Cervantes* conocía el nombre del continuador de su *Ingenioso hidalgo,* y por alguna grave causa no quiso revelarlo. Esta carta ha crecido demasiado y por eso no lo hago; pero diré á V. que es dato casi seguro para mi creencia, el ver que *Cervantes* dice que Avellaneda *encubre* su nombre y *finge* su patria. Para hacer estas afirmaciones, preciso era conocer el nombre oculto y la patria verdadera; pues, de no ser así, no podría asegurarse el fingimiento.

Muchas otras cosas y muy notables hay que observar en el *Quijote* contrahecho. Veamos cual es el juicio de V. sobre estas reflexiones, y según sea, continuaremos.

Bien sabe V. que es su amigo afectuoso y verdadero.

J. M.ª A.

# ANTUCA

Cosastocantes al Académico de la de Argamasilla.—Alarcón y Melchor Cano.—Libros españoles.—Cuento que explica el título de la presente carta.—Dulcinea.—Nueva traducción del *Quijote* al inglés.—Philatelocura.—Mayordomo olvidadizo.—Soneto.

AL EXCMO. SR. FERMÍN CABALLERO ETC., ETC.

AL verle á V., estimado y docto amigo mío, á punto de quebrar lanzas con el Académico Argamasillesco de Santander, ó de donde quiera que sea, he sentido inmenso júbilo en el que me acompañan todos los apasionados de *Cervantes,* cuando tan esforzado y digno paladín sale á oponerse á las demasías de ese nuevo encubierto caballero, que por más que se disfrace con espejos ó con grandes narices, podrá resultar mañana que es un Sansón Carrasco, ó tal vez un Tomé Cecial. Yo no sé por qué, amigo D. Fermín, pero detrás de don Fabián Hernández y del que hoy es académico y ayer

era *pretendiente* en la de Argamasilla, entreveo la figura de algún malandrín, harto conocido de todos, muy apreciado por su saber indisputable y un tanto menos por sus condiciones de carácter.

Y no olvide V., Sr. D. Fermín, por si le interesa en su polémica, que no siempre ha sido Académico el adversario á quien combate; que no tenía antes el *original* del *Quijote* ni edición antigua con *notas,* y que también es un tanto dudoso eso de que no se haya dado á luz la edición del *Quijote* conforme á su llamado original, *por falta de recursos.*

En este punto, como en todos, V. ha puesto el dedo en la llaga, como vulgarmente se dice.

Pero vamos por partes.

Tengo la mala costumbre de leer y guardar cuidadosamente cuanto sobre *Cervantes* y sobre sus obras se escribe y viene á mis manos. Dirá V. que me condeno á leer mucho malo y guardar muchas cosas que no merecen conservarse, y le doy la razón; pero como á pesar de todo, tanto lo bueno como lo malo que se escriba redundará en honra y gloria del inmortal ingenio, yo lo archivo todo en gracia al fin que se proponen sus autores, porque todo concurre á probar que las obras de *Cervantes* tanto deleitan al sabio como al tonto. Pues bien, allá en el año de 1868, en Santander, y por D. Fabián Hernández, se publicó un librito titulado *Ni Cervantes es Cervantes, ni el Quijote es el Quijote,* que se decía ser parto de cierto ingenio oculto tras el pseudónimo de *pretendiente* á la de Argamasilla.

Después de leer el folleto se comprende la revolución que sobrevino y que se derrocara una dinastía secular. Antes habían derrocado en Santander el sentido común, y quizá las escenas horribles de que luego fué teatro aquella ciudad, fueron castigo merecido por tal publicación.

No voy yo á engolfarme en su examen que á nada conduciría, y que hizo á raíz de su publicación cierto *Mal Tagarote,* que posee el don de la oportunidad, y á quien V. y yo conocemos mucho.

Explanó allí el encubierto, por vía de muestra, algunas de las correcciones y enmiendas que habrían de tener lugar en la edición que se anunciaba; una docena como si fueran tortas, estando entre ellas la del *estrellado establo, fementido lecho, conceptos decorados* y otras de las repetidas y no repetidas en las columnas de *El Tiempo*. Las enmiendas empezaban en el título mismo de la obra (¿y por qué no antes?) afirmando el *pretendiente,* después de copiar la portada del libro, que (y note V. la manera de hablar), «no puede ser este el título que *Cervantes* puso á su obra en el original.» Esto es corregir; lo demás es andarse por las ramas.

La razón que el *pretendiente* daba, era... de pie de banco. Diciéndose en el cuerpo de la obra que *El Ingenioso hidalgo* fué compuesto por Cide Hamete Benengeli y traducido por *Cervantes*,... era un disparate decir en la portada que éste la compuso... Todavía no se ha persuadido, según parece, el *pretendiente* de que leía una obra de pasatiempo.

Dejemos á un lado el desatino clásico, mayúsculo, piramidal, de hacer que diga Dorotea que viene de lueñes tierras *al loor* de la bravura de Don Quijote, queriendo corregir á *Cervantes* que dijo gracejando donosísimamente que venía al *olor de su famoso nombre...* Al fin del folletito está el prospecto... y no un prospectillo así como quiera y de los dë tres al cuarto, sino un *prospecto á la obra general,* que sin duda querrá decir que no pensaba Don Fabián dar un *prospecto* á cada capítulo del *Quijote.*

En el segundo artículo del *Prospecto*, que por bizarría y agudeza incomparable, para mejor engañar á los lectores, lleva el número 4.° (y luego el 3.° es 7.°), se dice: «La primera edición del Ingenioso hi»dalgo *D. Quijote de la Mancha con variantes del* »*pretendiente académico á la de Argamasilla*, no se »imprimirá en Madrid, porque en Madrid, etc.» Aquí tiene V. ya, amigo mío, declarada la paternidad de las anunciadas correcciones. Luego, en los artículos remitidos al *Tiempo,* se quiso dar más valor á los trabajos del académico argamasillesco, y se habla del original del *Quijote* y de una edición primera con acotaciones marginales... todo música, todo urdimbre de mal oficial. Ya verá V. que de algo sirve el guardar folletos y artículos, aun cuando sean como el sabrosísimo de Santander.

Pero olvidaba la mayor circunstancia que viene en apoyo de las razones de V. En la condición *vigésima* de ese *Prospecto á la obra general*, se expresa

que: «es condición *precisa* que el precio de esta edición (la futura de Santander), no exceda de *cinco escudos*...» y lo mismo se repetía en la cubierta del folletito abriendo suscripción *en todas las principales librerías*. Después de esto cualquiera creería que la aparición del cuaderno primero era cosa inmediata. Han pasado cuatro años y ha venido la queja de la *falta de recursos*...

* * *

Noticias peregrinas de *Cervantes* y de sus inimitables obras, juicios acertados, apreciaciones nuevas y exactas, búsquelas el discreto en el precioso libro titulado *D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*, que acaba de publicar la Academia Española de la Lengua, debido á la pluma de nuestro amigo don Luis Fernández-Guerra.

Si el autor de esa preciosa obra hubiera nacido francés, la hubiera titulado *Alarcón, su época, sus costumbres* ú otra cosa por el estilo; y no hubiera mentido, que si en alguna obra de cuantas le llevan es justo y merecido, es en esta de que me ocupo.

Sucede con ella lo que con la otra biografía de *Melchor Cano*, que para instrucción de muchos hizo V. imprimir el año anterior. Insensiblemente, al ir adelantando en la lectura, se siente transportada el alma á otro siglo, vive con la vida de otros hombres, y los oye, y los acompaña, y los comprende; porque ni la vida de *Melchor Cano*, ni la de *Ruiz*

*de Alarcón,* son la biografía de un escritor, sino la pintura de una sociedad.

Noto, sin embargo, gran diferencia entre ambas, diferencia que basta para quilatarlas; la que hay entre la época del rey austero y prudente y la del rey galante; entre Felipe II y Felipe IV; la que separa á un teólogo de un poeta; la que media entre un concilio y un teatro. Esos libros son como los retratos de los grandes maestros que tienen por fondo un bellísimo paisaje tomado del natural: á la simple vista podría decirse si miramos un noble flamenco ó un caballero español. Hay ya, merced á los talentos de tales escritores, individualidad en los libros, como la hay en los retratos.

En comenzando la lectura de la obra de Fernández-Guerra, es imposible dejarla de las manos. Nada exagero al decir á V. que la he devorado de una sola tirada. ¡Tanto ha sido para mí su encanto! Y es que acompañando al gran dramático mexicano, asistimos con él, en Sevilla, á aquella gran época de la contratación de Indias en la que ni aun los caballeros se encontraban,

*sin ramo de mercader.*

Y asistimos á las academias, á las jiras campestres, viendo agitarse y actuar á Cervantes, á Arguijo, á Pacheco, y á todos los que formaban el ejército literario y poético de Andalucía en aquella sazón, sin dejar de ver ni aún el triste fin del desventurado Alfonso Alvarez.

En grata compañía hacemos luego el viaje por mar hasta Veracruz y por tierra hasta la gran Tenoxtitlan de los aztecas, y ruamos por sus anchurosas calles; nos interesamos en el desagüe de la laguna, y llega la ilusión al extremo, que nos parece concurrir á los actos académicos en que el poeta de la *Verdad sospechosa* fué investido de sus grados. ¡Tanta es la verdad de aquellos cuadros!

No seguiremos al insigne autor, pues no hago ni lo he pensado, crítica de su trabajo.

Noticias curiosísimas y agradables, por todas partes las descubrimos; pero con tal arte presentadas, que parecen nacidas en el lugar necesario sin esfuerzo del erudito escritor. ¡Cuánto es de sentir que á los preciosos datos reunidos sobre el docto Mateo Alemán, no haya podido acompañar el vejámen que dió Alarcón en el grado de su amigo Díez Cruzate!

* * *

Acabo de recibir varios libros españoles que ha comprado en París, por encargo especial, un amigo muy docto y muy complaciente. Varios aficionados sevillanos hemos tenido el pensamiento de ir rescatando poco á poco para España algunas de las preciosidades literarias que de ella han salido.

Los catálogos de Tross y los de Quaritch, son bajo este aspecto de grandísima utilidad, y de la primera de esas casas proceden los volúmenes que hemos recibido; entre ellos un *Quijote* de Salisbury

y una primera parte del *Guzmán de Alfarache*, precioso ejemplar de la edición de Bruselas, hecha en 1604. Las colecciones bibliográficas sevillanas poseen hoy una riqueza digna de llamar la atención de los entendidos: en todas ellas se rinde el debido tributo al Príncipe de los Ingenios, y sería notable la colección de sus obras que entre todos se reuniese, habiendo hasta las más raras ediciones. En Sevilla se rinde culto á Cervantes. Todos los literatos sevillanos son cervantistas.

***

Ya que es moda poner en las cartas familiares títulos extraños, voy á referir á usted un cuento que no es cuento, y que explicará la palabra que va por cabeza de la presente epístola.

Usan las damas francesas cierta especie de quitasoles de gran tamaño, á los que en lenguaje familiar llaman *en-tout-cas*, que tanto sirven para preservar del sol, como para guarecerse de un repentino aguacero, como si aquí los apellidáramos *para todo*. Al traerlas á nuestro país un interesado y parlanchín viajante, las exhibe ante el hortera de la calle Mayor ó de Francos ó de Juan de Andas, y al ver que se las tachan por sus dimensiones, dice que en París son objeto de moda, y, á su nombre de sombrillas, añade el de *en-tout-cas*. Pues cate V. bautizada la compra, y el hortera que entiende el francés como el turco, las ofrece á sus parroquianas, lindas ó feas,

diciéndoles que son *antucas:* con lo cual si desatina en francés no lo hace menos en español. Supongo á V. ya al corriente del último parto, ó mejor dicho, aborto del majo de Santander. Ese mozo ha de concluir diciendo *antuca.*

***

Dulcinea, la ideal y purísima señora de los pensamientos del casto hidalgo de la Mancha, la hija del Toboso á quien no logra el lector ver ni oir en toda la sabrosa historia, si no es encantada por industria de Sancho, era una gran tinaja de buen vino. Esto podrá ser gana de gracejar, aunque en verdad, muy oculto anda el gracejo. ¡Qué contraste forma tan gruesa interpretación con la del entusiasta y espiritual Benjumea! Quiere éste hacer de Aldonza un *símbolo de la sabiduría* á la que rendía culto el caballero; quiere hacerla émula y par de la Beatriz del Dante, de la Luz de Guinicelli y de Herrera. Entre los dos extremos la elección no es dudosa. En el último número de *El Tiempo* hemos visto la punta de la oreja bajo la piel del león; Dulcinea era Tinaja... El de Santander dice *antuca.*

***

Nunca usarán tal palabra los sesudos ingleses.

Preparan una nueva traducción del *Ingenioso hidalgo* arreglada á cuanto últimamente se ha escrito

sobre esta obra. Quieren hacerla digna de *Cervantes*. Mister A. Duffield se ocupa hace años en la traducción. Para perfeccionarla viene á España con especiales recomendaciones, trayendo en el bolsillo una edición castellana de la obra y en ella señaladas con lápiz todas las frases, locuciones y modismos que no pueden traducirse literalmente, ó son de difícil inteligencia para un extranjero por muy al corriente que esté de nuestra lengua, y de su índole especial.

«Soy el primer traductor inglés de *Cervantes* que ha visitado la España para perfeccionar su obra.» Esto me decía Duffield lleno de complacencia; y no era menor la que yo experimentaba al oirle. La traducción inglesa no dirá *antuca*.

* * *

Creo, Sr. D. Fermín, que sabrá V. y deplorará como yo la enfermedad que aqueja al docto corresponsal del alemán Thebussem. Atacado de *philatelocura*, M. Droap ha abandonado aquellas *Cartas* que tan célebre le hicieron y que tanta utilidad prestaban á los apasionados de *Cervantes*. En el año de 1869 salió á luz la última Droapiana, y es lástima por cierto que esa manía que hoy aqueja al corresponsal del doctor alemán, nos prive de su continuación en el punto más crítico. De entonces acá, ha habido verdaderos acontecimientos que hubieran dado interés á aquel repertorio. Se ha publicado el librito sobre la *Sepultura de Cervantes* que leyó en la

Academia Española su Director el Excmo. Sr. Marqués de Molíns; se encuentra muy adelantada la reproducción foto-tipográfica de la edición primera del *Quijote;* han salido á luz los artículos del Académico de Santander, y muchos trabajos de Tubino y de otros cervantistas (1); y si á estas piezas mayores se junta la caza menor que con tan buena nariz levantaba y cobraba nuestro amigo, ciertamente deberemos deplorar que no haya continuado su tarea, cuando tan abundante cosecha se presentaba á su bien cortada pluma.

Hagamos votos para que su monomanía no se convierta en crónica, para que le permita dar al César lo que es del César, y para que no vaya el día menos pensado á decirnos *antuca.*

* * *

Y en verdad, amigo mío, que me ha sucedido aquí con esta carta lo que sucedió en un pueblo próximo á esta ciudad, á cierto mayordomo de cofradía. Es cuento donoso, y aunque en una ocasión hube de contarlo á Droap, viene á pelo y he de referírselo á usted porque hace al caso.

---

(1) El Sr. Tubino, que fué uno de los más entusiastas y laboriosos cervantistas de España, publicó por entonces una serie de importantes artículos en que se ocupa del *Quijote de Avellaneda*, de las interpretaciones del *Quijote,* de la caballería andante y D. Quijote, de la *Sepultura de Cervantes*, del *Barrio de las Musas,* etc. Hizo edición especial.

Dicen que en un pueblecito aquí al lado, se preparó solemnísima función para celebrar á la Patrona Santa... no importa el título. Buscóse en la capital predicador de fama y pulmones, y se encargaron fuegos de artificio, suculentos manjares y añejos vinos, para el *gaudeamus* con que debía obsequiarse al reverendo después del sermón. Vísperas de la festividad, salió del pueblo uno de los alcaldes, mayordomo de la hermandad, bruto en demasía, según la crónica, con sendos mulos para el predicador y para las viandas. Vino el hombre á Sevilla tirando de las bestias, y de casa del polvorista á la fonda, de la pastelería á la botillería, se le pasaron las horas hasta que llegó la de marchar al pueblo, y bien cargadas las caballerías, y no poco el mayordomo, tomaron los tres sobre querencia el camino. Lo más notable de la aldea estaba á larga distancia esperando el regreso del mensajero, y... renuncio á describir el tumulto, la bulla, la alegría que hubo al divisarle. Se abalanzaron á él, le abrumaron á preguntas, y le molieron á mojicones (signo expresivo de afectuoso entusiasmo villanesco). Informados de todo, se dirigieron al pueblo, descargaron en casa del mayordomo las provisiones, y para probar echaron al aire algunos cohetes y destaparon algunas botellas de lo caro, que quedaron sin alma en un dos por tres. Entonces fué cuando uno de los circunstantes, más en su juicio que los otros, preguntó admirado: ¿y el padre predicador en dónde viene?... Y el Alcalde, dándose una gran puñada en la fren-

te, exclamó:... *¡bien decía yo que algo se me olvidaba!*...

* * *

Lo mismo digo yo. He comenzado esta carta con el propósito decidido de hablar á V. de los artículos del académico de Argamasilla y darle después las gracias por el precioso libro titulado *Vida de Melchor Cano,* con que ha tenido la bondad de obsequiarme. Pero hablé de *Cervantes* y todo lo demás se me ha olvidado; hasta el predicador. Ya que así ha salido, reservemos para otro día al Illmo. Melchor Cano, y terminaré copiando un soneto que se leyó en Sevilla en el año de 1616 y se encuentra en la *Relación de las Fiestas que la Cofradía de Sacerdotes de S. Pedro Advíncula celebró en su Parroquial Iglesia de Sevilla á la Purísima Concepción de la Virgen María,* porque en el soneto figuran como actores Sancho y D. Quijote, y tal vez no será conocido de V. por la rareza del libro. Dice así:

Ensilla, Sancho amigo, á Rozinante,
Dame la lança, y yelmo de Mambrino,
Acomoda la alforja en el pollino
Y el bálsamo precioso pon delante.
Pues Dios me hizo cauallero andante,
Oy desfazer un tuerto determino,
Que faze á una Donzella un malandrino,
Iayan desaforado, y cruel Gigante.

Dice que fué su esclaua esta señora,
Y miente, pues sé yo, que quando el dize,
Ella deshizo á cozes su cabeça.
A mí me toca, Sancho, el defendella,
Pues soy su cauallero, y voto hize,
De defender su original pureza.
Subió con ligereza,
Y tomando su yelmo, escudo y lança,
Le siguió su escudero Sancho Panza.

Sevilla, Enero 10, 1872.

# ¿Puede traducirse el Quijote?

## I

> Aussi Rabelais ne peut il se traduire; tandis que la traduction la plus infidele ne peut entierement defigurer Cervantes.
>
> (M. Guardia. — *Le voyage au Parnasse.)*

A cuestión es curiosa y merece la pena de ser discutida.

Dan motivo á ella, de una parte la *Carta de un cervantista inglés,* que insertó en su número III, la *Crónica de los cervantistas* (Cádiz, Febrero de 1872), firmada por Mr. A. J. Duffield; y de otra, la especie de respuesta que en un artículo titulado *El Quijote es intraducible*, dió á la estampa el presbítero D. José M. Sbarbi, en el número XVII de *La Ilustración Española y Americana* (Madrid, Mayo de 1872).

El Sr. Alejandro Duffield está traduciendo el *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* en len-

gua inglesa; el presbítero Sbarbi, cervantófilo español, sostiene que la obra de Cervantes es intraducible. ¿Cuál de los dos tiene razón? *That is the question.*

Desde luego nos parece insostenible en buena lógica la absoluta del Sr. Sbarbi; y para abrirle los ojos y cerrarle la boca sin ulterior recurso, evitando rodeos, le recordaremos que Cervantes mismo dijo por la del Bachiller Sansón Carrasco, hablando de esta obra, que se le traslucía «*que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca*» (1). En opinión, pues, de Cervantes, su libro podía y debía ser traducido. ¿Y por qué razón no había de serlo?

Verdad es que entre todas las obras que el entendimiento humano produce en las diversas esferas de su actividad, las más difíciles de trasladar de una en otra lengua, las que más pierden y cambian al salir de aquella en que fueron escritas, son las de ingenio, las de pura imaginación. Los poetas son los que presentan mayores dificultades para la versión. Y es porque el pensamiento y el lenguaje, la figura y su expresión suelen brotar á un tiempo y confundidas de la mente del escritor; y es dificilísimo que un traductor acierte á sorprender por completo la idea poética, se apodere de ella y logre expresarla además del modo enérgico, rico, numeroso y al propio tiempo gráfico y bello, como lo hizo la imaginación inspirada

(1) *Don Quijote*, parte II, cap. III.

que la creó. Los poetas son muy difíciles de traducir: pero nadie ha sostenido que sea imposible traducirlos. El dicho proverbial de que para traducir una poesía es necesario ser tan poeta como el que la compuso, expone á un tiempo la dificultad y la posibilidad de hacerlo. No necesitamos salir de casa para buscar ejemplos; que aun prescindiendo de Fray Luis de León y de Hernández de Velasco, bien cerca tenemos las traducciones del *Pastor-Fido* hecha por el doctor Suárez de Figueroa, y la preciosísima del *Aminta* del célebre Torcuato Tasso, por D. Juan de Jáuregui, en las cuales, como dice el mismo Cervantes, «ponen en duda cuál es la traducción, ó cuál el original» (1). Ni aun tan lejos es preciso remontarnos; en nuestros días Virgilio y Horacio han hablado en lengua española por las plumas de D. Félix M. Hidalgo y de D. Javier de Burgos; y hasta en nuestro malogrado Espronceda, que apesar de ser puramente romántico no desdeñaba el estudio y la imitación de los autores clásicos, encontramos una bellísima traducción de los últimos versos de la *Eneida*, qué demuestran cómo puede traducirse á Virgilio sin hacerle perder nada de su expresión ni de su energía. Dice el latino:

*...at illi solvuntur frigore membra*
*Vitaque cum gemitu fugit indignata subumbras.*

(1) *Don Quijote*, parte II, cap. 62.

Espronceda traduce:

De los disueltos miembros huye airada,
Dando un gemido de mortal despecho,
Aquella alma feroz y vuela impía,
Del negro Averno á la región sombría (1).
. . . . . .

Algo menos difícil que traducir á los poetas es hacer la versión de otras creaciones del ingenio escritas en estilo familiar, en llano lenguaje, que por su flexibilidad y variedad de tonos ofrecen también graves inconvenientes. De éstas el modelo y prototipo es el *Ingenioso hidalgo*. Su fábula es clara y llana; sin gran trabajo puede hacerse comprender á los lectores de todos los países; sus caracteres están copiados del natural con tal perfección y gracia, que con algún esmero por parte del traductor al interpretar las frases puestas en boca de cada personaje, puede conservarles su sello especial, su individualidad, y hacer que los lectores perciban de qué manera ha sabido conservar el autor el *sibi constet* que preceptuaba Horacio; por más que en todas partes pueda apreciarse la verdad de aquellos tipos, la espontaneidad de aquellas expresiones... Por eso dice con notable acierto el Sr. Guardia, que la traducción más infiel no puede desfigurar del todo á *Cervantes*.

La fábula del *Quijote* puede traducirse con poco

(1) *El Pelayo*, poema, fragmento III.

trabajo y darla á conocer á todos los pueblos conservando su encanto... (1). La mayor dificultad es la de imitar el lenguaje, y no disimularemos que es grave

---

(1) No es mía solamente esta opinión. Mi docto amigo, el insigne cervantista conocido en la república literaria con el nombre de *Dr. Thebussem*, me decía en carta familiar fecha 30 de Agosto último: «Lejos de ser difícil es quizá el *Quixote* de los libros más fáciles »de traducir, si por traducir se entiende poner en otra lengua el pen»samiento que un libro encierra.

»Difícil de poner en lengua extraña sería una tirada de versos de »Calderón ó de Quevedo, donde el mérito está ya en la palabrería ó »ya en los retruécanos; pero como el valor del *Quixote* es más alto, »más elevado, más espiritual, y al mismo tiempo más práctico y tan»gible, puede representarse hasta en hieroglíficos.

»¿Quién no ha de comprender la burla psicológica que encierra »lo de hacer creer á Sancho en la verdad del encantamiento de Dul»cinea, que él había forjado? ¿Quién no ha de entender que la aven»tura de soltar los galeotes no es cosa ideada por los cantonales mo»dernos? ¿Quién no ha de enterarse de las sentencias de Sancho, de la »buena fe con que gobernó su ínsula, y de la imposibilidad de conti»nuar en un gobierno donde sus mayores enemigos eran los que de »cerca le rodeaban?

»¿Qué diablos importa que no puedan ponerse en inglés (ya que »á esta lengua te refieres) los *duelos y quebrantos*, el *huso de Gua»darrama*, el no quiero de tu capilla, la mona que había de tomar »Maese Pedro, y otras mil menudencias ó insignificantes detalles, que »lejos de entender la generalidad de los mismos españoles, son materia »de duda y controversia entre los eruditos castellanos?

»Si el *Quixote no puede traducirse*, ¿cómo es que lo entienden »los rusos, alemanes, italianos, dinamarqueses y demás naciones de »Europa, apesar de las malas versiones que existen ó deben existir »en dichos idiomas? ¡Dificultad en traducir una obra que se comprende »viendo las láminas de Doré!!!

»El inglés es de los idiomas más claros, más lógicos, más expre»sivos y más sencillos que se hablan en Europa. La versión de Smollet »es, sin duda, de las mejores que existen del famoso libro español, y »ella es tan clara, expresa con tanta maestría *la idea*, que, no diga»mos un extranjero, un español que conozca bien el habla de Milton.

y de trabajosísima solución. Es el estilo de *Cervantes* el más flexible, el más pintoresco y al propio tiempo el más expresivo de todos los autores españoles. Manto riquísimo que con sus elegantes pliegues aumenta y pone de manifiesto el mérito de la estatua que envuelve; atmósfera clara y embalsamada que rodea lo mismo á los personajes que los lugares descritos en la fábula; sol espléndido que alumbra las descripciones, vivifica la narración y baña con tintas risueñas toda aquella creación de la fantasía. La fábula de Cervantes es difícil de traducir; su lenguaje, su estilo, su elocución dificilísimos... pero imposible, no.

La gracia, la concisión, la claridad, cuantas cualidades pueden avalorar el estilo de un escritor, se encuentran reunidas en el de *Cervantes*. Su lenguaje es puro, fluido, castizo en general; la elocución ora más elevada, ora más llana, reviste siempre los colores más apropiados á la escena que describe. Lo que aumenta las dificultades es el uso frecuente del lenguaje familiar, elíptico, breve, filosófico y agudo, al par que

---

»halla más clara, *muchísimo más clara* la traducción, que el original »español (*a*).

»Esto no es negar el encanto de ciertas locuciones y giros que »solamente pueden apreciarse en lengua castellana y por un español; »pero convertir en *principal* estas menudencias, sería como decir que »lo mejor del cuadro de las *Bodas de Caná* eran el jarrón de vino »y el gato que se rasca el lomo junto á él.»

—

*(a)* Dejo á mi docto amigo *alemán* la responsabilidad de sus asertos en este punto, pues me los figuro algo problemáticos y excéntricos.

ligero y lleno de figuras de dicción hijas de la imaginación del pueblo, que el pueblo comprende y no tiene equivalente en ningún idioma. Frases breves, concisas, que encierran lata significación: modos proverbiales á los que llamó Juan de Mal-Lara *filosofía vulgar*.

Los diálogos de Sancho con su señor, las conversaciones de venteros, galeotes, cuadrilleros, dueñas y mozas distraídas, no pueden traducirse, si por traducir se entiende solamente ir vertiendo de uno en otro idioma todas las palabras de que consta el original. Pero no se ponga en olvido que todas las naciones tienen su lenguaje familiar, sus proverbios; y el gran trabajo, la dificultad inmensa estriba para el traductor, en acertar con la expresión gráfica, ora profunda, ora ligera, sarcástica, aguda ó filosófica que corresponde al concepto de que se quiere dar versión.

Garcilaso decía de Boscán, refiriéndose al *Cortesano* de Baltasar Castellón, que éste puso en lengua española, que fué *muy fiel traductor* (1), «porque no se ató al rigor de la letra, como hacen algunos, sino á la verdad de las sentencias, y por diferentes caminos puso en esta lengua toda la fuerza y el ornamento de la otra, y así lo dejó todo en su punto como lo halló.»

Traducir el *Quijote* es dar á conocer á un pueblo entero en su propio idioma la fábula que creó y es-

(1) Carta á doña Jerónima Paloua de Almogavar.

cribió en el suyo *Miguel de Cervantes;* es trasladar el asunto, los caracteres y los cuadros, buscando siempre la mayor imitación en todos los tonos que el lenguaje recorre; es escribir todo lo que *Cervantes* dijo, en otra lengua que no es la suya. Empresa difícil, es muy cierto; trabajo penosísimo y muy ocasionado á error; también es indudable... pero si podemos decir que la traducción del *Quijote* presenta graves inconvenientes, tropiezos, dificultades, no creemos que pueda afirmarse en serio la vulgaridad de que el inimitable libro es *intraducible.*

*Cervantes* comprendió que no había de quedar nación ni lengua donde no se vertiese. Las traducciones de Shelton, de Jarwis, de Smollet en inglés; las de Forster, Bertruch Soltau y Tieck en alemán, y las francesas de Saint-Martín, Duborial, Viardot y otros, demuestran que es traducible, y que con mejor ó peor fortuna ha sido traducido.

## II

Los tropiezos para trasladar el *Quijote,* no se hacen esperar: comienzan en la primera página, en los primeros renglones.—«*En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...*» ¿Qué movimiento de la voluntad indica el autor al decir *no quiero acordarme?* ¿Es que en efecto no se acordaba y no se esforzaba por traer aquel nombre á la memoria? ¿Era, tal vez, tan triste el recuerdo de aquel pueblo, que aun acordándose no quería detener en él

su pensamiento? ¿Era tan despreciable lugar, que no merecía ni aun el deseo de acordarse?

Estas y otras preguntas semejantes fueron las primeras que Mr. Alejandro J. Duffield dirigió al autor del presente artículo, al visitarle en la ciudad de Sevilla; porque la cuestión psicológica es muy esencial para la exacta expresión...

*Duelos y quebrantos* comía los sábados *Don Quijote de la Mancha*. Aquí ocurren dos dificultades; ¿cuál fué la idea? Porque Clemencín ha destruído la ingeniosa teoría de Pellicer, sin ofrecer á su vez otra más satisfactoria... Y después de comprender qué significan esos *duelos* y *quebrantos*, ¿de qué modo se expresa la idea en inglés?

. . . . . .

Muchas son las dificultades. Pero la constancia y la ilustración procuran desatarlas y buscar el acierto. Después de cinco años consagrados á hacer la versión, el Sr. Duffield vino á España para visitar los lugares descritos por *Cervantes*, para conocer los pueblos de que hace referencia; pero más principalmente para consultar á los hablistas castellanos, á los eruditos, filólogos y cervantistas sobre las muchas dudas que le ocurrían en la inteligencia de ciertos pasajes y frases, y sobre el modo de trasladar algunos modismos castellanos sin que perdieran su fuerza, su intención, gracia y carácter... Digno era de verse el ejemplar del *Ingenioso hidalgo* que el estudioso inglés traía en su bolsillo.

Subrayados con lápiz los conceptos, dichos y pro-

verbios, anotadas al margen las dudas, apuntadas las resoluciones, causaba placer al propio tiempo que admiración el ver tanta constancia en el estudio, tanto amor, y tal afición inspirados por una obra sublime.

Todos los españoles habrán prestado ayuda para que la obra de *Cervantes* se conozca en Inglaterra con la perfección posible. Por eso extrañamos el tono, un tanto punzante y desdeñoso, á nuestro entender, que escoge el autor del artículo *El Quijote es intraducible*, al hablar del traductor inglés. Buena ó mala podrá ser la versión del Sr. Duffield; nosotros creemos que ha de tener más de lo primero; pero de cualquier modo siempre significa un nuevo tributo de respeto á la literatura española; siempre es incienso quemado en las aras de *Cervantes*.

Lejos, muy lejos está de nosotros la idea de desanimar á Duffield, ni á ningún otro de los que emprendan tan gloriosas tareas.

*Duelos y quebrantos los sábados.* No parece que Clemencín ha destruído la teoría de Pellicer en explicación de esta frase, sino más bien que apoyándose en aquélla la ha amplificado y aclarado de un modo conveniente. El significado propio y genuino de la frase queda mucho más claro, admitiendo el aserto de D. Antonio Puigblanch, que afirma que á los restos de la carne se le llamaba en Castilla *dejos y quebrantos* (1); entendiéndose por *dejos* (contrac-

(1) Puigblanch, *Opúsculos gramático-satíricos*.—Londres, Goutrie, 1829, 1832.—Tomo II. Adic. última.

ción de *despojos*) el vientre de una res, y por *quebrantos* los extremos, y que existiendo otra frase análoga en *duelos y quebrantos*, *Cervantes* mismo, ó quizá el vulgo por gracejo, sustituyó una con otra. De suerte, que la comida del sábado no era de *duelos* ni recordaba pérdidas, sino de *despojos* ó *menudos* y patas, cabezas, etc.

Dulcinea *no es tuerta ni corcovada,* sino más *derecha que un huso de Guadarrama*. Y preguntaba Duffield: «¿qué tiene de peculiar y notable un huso de Guadarrama sobre todos los demás husos?» Mal intentó la explicación de esta frase el docto Clemencín; pero en verdad, estimamos por más torpe la que ofrece el presbítero Sbarbi. Tanto aquélla como ésta serían innecesarias si el texto de Cervantes no dijera más que los que en ellas se supone, porque siendo el *huso* una vara derecha, al decir que una mujer es *más derecha que un huso*, se emplea de un superlativo de comparación, que se encuentra en el Romancero, al decir:

Fué más derecha que un huso
Y es más torcida que un cuerno,

como lo apuntó el doctor Bowle. No son pinos, no son hayas los husos de Guadarrama. Son éstos formados de aquella purísima nieve que recordaba García del Castañar, al decir á su esposa:

Blanca hermosa, Blanca, rama
llena por Mayo de flor,
que es fea con tu color
la nieve de Guadarrama.

Y precisamente en esto estriba el gracejo de la expresión. Cuando viene el deshielo, lo mismo en los Alpes que en Guadarrama queda la nieve formando rectos y agudísimos picos, elevadas agujas, enhiestas y afiladas, que son los *husos derechos* que tiene Guadarrama por peculiares suyos; pues si pinos hubieran de ser, de ellos saldrían muchos torcidos, y no serían ciertamente más dignos de mención aquellos *husos* que los que crían las sierras de Segura.

Daremos fin á este artículo, que no lo tendría tan presto si hubiéramos de responder á las muchas interrogaciones del cervantista inglés. No lo hacemos ahora para no dilatar más este trabajo, cuyo principal objeto no es entrar en aquellas contestaciones; y porque á algunas de sus dudas dimos ya solución verbal, en repetidas conferencias, al Sr. Duffield, en cuanto nuestras fuerzas alcanzaron, y á otras se le habrán dado con mayor lucidez y erudición los buenos cervantistas españoles á quienes se proponía consultar.

## III

Síntesis: el *Quijote* puede traducirse en esencia sin gran trabajo; en forma y lenguaje con alguno ó con mucho, según la índole de la lengua en que se haga la versión. Esta fué la opinión de *Miguel de Cervantes;* esto creen los padres graves del movimiento cervantino moderno, Guardia, Thebussem, Droap, Pardo de Figueroa, *é tutti quanti;* y su opi-

nión está confirmada al ver que el libro inimitable es popular en todas las naciones, y así se entusiasman con él y saborean su lectura los que tienen la dicha de leerlo en castellano, como los que lo conocen solamente por traducciones más ó menos fieles.

# FILENA

## NOVELA PASTORIL

QUE SE ATRIBUYE Á

## MIGUEL DE CERVANTES

POR SUS BIÓGRAFOS

AMOS á ocuparnos de una producción de *Cervantes* que nadie ha conocido, ni podido conocer porque nunca existió. Pero pues de ella se habla en todas las biografías del inmortal escritor, justo será que comencemos descartándola y dando sobre ese poético nombre, que se encuentra en el *Viaje del Parnaso,* alguna noticia más exacta.

Habla *Cervantes* en este poema de sus obras todas y dice:

> También al par de Filis, mi *Filena*
> Resonó por las selvas, que escucharon
> Mas de una y otra alegre cantilena.

Deducen de aquí, y á mi entender con palpable error, los biógrafos de *Cervantes*, que el aplauso alcanzado por sus primeros ensayos poéticos, especialmente por las composiciones escritas á la muerte de la Reina Doña Isabel, le alentó á la composición de la FILENA, «especie de poema pastoral» que contribuyó á ganarle el renombre de buen poeta, que ya gozaba antes de su cautiverio.

Vamos á cuentas. ¿Cómo no han reparado tantos ilustres literatos en el corto tiempo que permaneció *Cervantes* en España después de escritas las composiciones que dió á luz el maestro Juan López de Hoyos? El suceso que motivó la salida de *Cervantes* de España, debió tener lugar á fines del año 1568, ó á principios de 1569, pues la Real orden para su prisión, en la que se expresa estaba ausente, es de 15 de Septiembre de 1569, y ya estaba concluída la causa en rebeldía.

Pero hay más aun: ¿cómo no han fijado su atención los historiadores del inmortal ingenio en las palabras con que principia la Dedicatoria de la *Galatea,* al Ilmo. Sr. Ascanio Colonna? «Ha podido tanto conmigo el valor de V. S. I.,—dice *Cervantes*—que me ha quitado el miedo que con razón debiera tener en osar ofrecerle *estas primicias de mi corto ingenio.*»

Paréceme que puedo asegurar, sin incurrir en la nota de temerario, que hasta el año de 1584 en que debieron escribirse estas palabras, no había compuesto *Cervantes* ni publicado obra algu-

na. Los seis libros de la *Galatea* fueron las *primicias* de su ingenio, y viene por tierra toda esa mal fundada máquina del poema pastoril titulado FILENA.

¿Qué era, pues, FILENA? Porque algo debe significar ese nombre, cuando *Cervantes* lo recuerda en el *Viaje del Parnaso*. Dos cervantistas se han ocupado ya de explicarlo: el uno D. Nicolás Díaz Benjumea, que después de largas consideraciones viene á concluir que FILENA es un ripio, un nombre puesto para formar el verso consonando con *sonetos de á docena,* que dice el terceto anterior, así como hubiera dicho *también como al par de Clori mi Clorinda*, si hubiese tenido que aconsonantar con la palabra *linda*. En conclusión, por resumen de sus filosóficos trabajos, el Sr. Benjumea, el autor de *La Estafeta de Urganda,* que posee la clave para descifrar el enigma oculto tras las aventuras del *Ingenioso hidalgo D. Quijote,* cree que *Cervantes* dijo FILENA por aquello de

> *¡fuerza del consonante* á lo que obligas!
> á decir que son blancas las hormigas.

Más juicioso y perspicaz el Sr. D. Bartolomé José Gallardo, comprendió que FILENA no era más que el nombre poético de una dama, cuyas alabanzas habían resonado por los bosques al salir de la pluma de *Cervantes*, y reclamó para los romances ese nombre, porque en el de los *celos*, que se cita en

el mismo *Viaje del Parnaso,* encontró al final estos versos:

> Los *celos* son los que habitan
> En esta morada estrecha,
> Que engendraron los descuidos
> De mi querida *Silena*...

Juzgó doctamente el Sr. Gallardo que diciéndose Filena en el *Viaje* y *Silena* en el *romance*, en uno de ellos debía haber equivocación en este nombre, y creyó que debía cambiarse la letra inicial *Silena* en *F.* Muy cerca estuvo de tocar á la verdad este docto filólogo; pero la letra que se debe cambiar no es la inicial del nombre *Silena,* sino la de Filena, puesta en el *Viaje.*

La proposición nos parece de facilísima prueba. Cuando en lugar sólo se escribe por un autor cierta palabra, sea la que se quiera, de un modo dado, y en otros lugares de libros escritos por la misma pluma, se pone esa palabra misma de diverso modo, pero siempre con igualdad, claro es que el pasaje viciado es aquel en que sólo se encuentra una vez la referida voz, y que deberá entenderse de la manera que se escribió con repetición.

Esto lo creemos innegable, así como nos parece muy extraño que al hablar de los poéticos nombres de Filena y *Silena* con relación al *Viaje del Parnaso* y al *romance de los celos,* á nadie haya saltado á la vista que en la *Galatea*, libro tan leído de todos, se

encuentra con repetición escrito ese nombre en su segunda forma, es decir, *Silena.*

En tí, *Silena,* espero, en tí confio,
*Silena,* gloria de mi pensamiento,
Norte por quien se rige mi albedrío.
. . . . . .
¡Dichoso aquel que con firmeza pura
Fuera de tí, *Silena,* bien querido
Sin probar de los *celos* la amargura!

Y en este y otros lugares se nombra hasta diez y ocho veces á la pastora *Silena.* El segundo terceto sirve también de clarísima prueba para que no se dude de que el romance de los *celos* que tiene á su conclusión el mismo nombre, es aquel que *Cervantes* recordaba en el *Viaje* y cuya entidad era por lo menos sospechosa.

*Silena* era el nombre poético de la dama celebrada por *Cervantes;* este nombre se encuentra en la *Galatea* y en el romance de los *celos;* debe, por tanto, corregirse y quitarse la *F.* inicial del nombre en el *Viaje del Parnaso* convirtiéndola en *S.* porque es errata manifiesta, y el terceto debe leerse así:

También al par de Filis, mi *Silena*
Resonó por las selvas, que escucharon
Mas de una y otra alegre cantilena. (1)

(1) La dama celebrada entonces por Miguel de Cervantes, era Silena. En aquellos mismos días celebró á una pastora *Filena* Luis Galvez de Montalvo en el *Pastor de Filida*, publicado en 1582, y también cantaba á su dama bajo ese nombre poético Joaquín Romero de Cepeda.

Esta explicación nos trae como por la mano á otra más obscura, pero por lo mismo de mayor interés. Dice Cervantes *mi Silena;* esta pastora es la querida del pastor *Lauso*, y ocurre preguntar: ¿quién se oculta bajo el nombre de *Lauso*, en la *Galatea*? ¿Quién era la pastora *Silena*?

Y para contestar á estas preguntas es necesario hacer otras: ¿Quiénes son *Elicio* y *Galatea*? ¿Cuál fué el primitivo nombre, el primitivo objeto de la novela? Ya hemos indicado en otro lugar (1) que la *Galatea* no pudo ser escrita en el tiempo que medió entre la vuelta de *Cervantes* de la campaña de Portugal y su publicación, y que en ese tiempo lo más que hacerse pudo fué corregirla, y quizá acomodarla también á la nueva situación del autor; y este es el lugar de hablar definitivamente de esa obra donde encontramos por rara coincidencia á *Silena* y *Galatea* reunidas.

A su vuelta á la patria, cuando el rescate puso fin á las miserias y tristuras de su penoso cautiverio, hubo de tocar la embarcación que á *Cervantes* traía á España, en las playas de Mostagán, y el gobernador español de la plaza, tal vez compañero en Italia del cautivo, le entregó ciertas cartas y avisos acerca de los planes de la morisma en aquellas comarcas, que debía poner en manos del rey Felipe II. Era esto á fines del año 1580.

---

(1) *Nuevos documentos para ilustrar la Vida de Miguel de Cervantes.*—Sevilla.—Imprenta y librería de D. José María Geofrin. —1864.

Es de suponer que el primer cuidado de *Cervantes*, después de haber abrazado á su madre y á sus hermanas, fuera el presentarse en la residencia del rey para entregar las cartas y avisos que debían abrirles las puertas para hacer relación de otros servicios y obtener la debida recompensa. Pero la situación no era á propósito.

Para activar con su presencia la conquista de Portugal, habíase trasladado el Rey D. Felipe á Badajoz, donde padeció una grave enfermedad, y tuvo el desconsuelo de perder á la reina D.ª Ana, su cuarta esposa (Octubre de 1580). A instancias del Duque de Alba entró luego D. Felipe en Portugal y se estableció en la villa de Tomar (5 de Diciembre) para la cual había convocado Cortes, á causa de la epidemia que reinaba en Lisboa. En Tomar residió, á mi ver, *Cervantes* los primeros meses del año 1581, hasta fines de Mayo ó principios de Junio, que fué despachado y salió para Cartagena, y allí se embarcó para ir á Orán de orden de S. M.

A esta residencia en Portugal refiero yo la composición de la novela pastoral; durante ella tuvieron también lugar los amores de *Cervantes* con cierta oculta dama, de los cuales nació D.ª Isabel de Saavedra.

Difícil es de averiguar hoy cual fué la primitiva idea de esa novela que tres años después vió la luz bajo el nombre de *Galatea*.

Entre sus inconexos episodios cualquiera puede colocarse en primer lugar, haciendo en la obra leves variaciones.

Estudiándola despacio parece que *Lauso* era el pastor destinado á figurar la persona de *Cervantes;* sus amores con *Silena*, eran los de éste con la dama portuguesa, y el nombre poético con que *Cervantes* la celebraba quizá fué el primero que se puso á la novela.

Después fué *Cervantes* á Orán; se incorporó á su vuelta en el ejército que combatía en Portugal, y embarcado en las galeras mandadas por el denodado marqués de Santa Cruz, asistió á la acción naval de las Islas Terceras. Terminada la campaña se retiró á Esquivias, y contrajo matrimonio con D.ª Catalina de Salazar.

Pero antes había reformado su bosquejada novela, la había adaptado á su nueva situación, y preparado para la imprenta. Sin embargo, yo sospecho que si bien *Cervantes* en este arreglo de la obra creó á *Elicio* y *Galatea* ó les dió mayores proporciones, para representar sus amoríos con D.ª Catalina, dejó también en la historia de *Lauso* el recuerdo de sus aventuras en Portugal.

Falta la prueba de que el pastor *Lauso* pueda ser el mismo *Cervantes,* pues los críticos (Dios los perdone) han creído hasta hoy que representaba á Luis Barahona de Soto, el celebrado autor de las *Lágrimas de Angélica*. Esta prueba debe buscarse en la *Galatea* misma, y no en otra parte.

En el libro 4.° se dice «que puesto que *Lauso* »nombró á *Silena* en su canto, por este nombre no »fué la pastora conocida; y así imaginaron que como

»*Lauso* había andado por muchas partes de España y »aun de toda Asia y Europa, que alguna *pastora* foras»tera sería la que había rendido la libre voluntad »suya.»

Al principio del libro 5.° oyen los que á la ermita de Silerio se dirigían el canto del pastor *Lauso,* y que fueron seis décimas dirigidas también á *Silena;* y todos se alegran de que los acompañe especialmente *Damón* su verdadero amigo (que parece ser el poeta Pedro Lainez) con el cual fué «razo»nando en diversos y varios acaecimientos que á los »dos habían sucedido después que dejaron de verse, »que fué desde el tiempo en que valeroso y nombrado »pastor Astraliano había dejado los cisalpinos pastos »por ir á reducir á aquellos que del famoso her»mano y de la verdadera religión se habían rebe»lado.»

La alegoría aquí es bien transparente. Damón y Lauso no se veían desde el tiempo en que don Juan de Austria dejó la Italia para pasar á Flandes á reducir á los protestantes, rebelados contra Felipe II.

Estas noticias biográficas, convienen á *Cervantes,* y no á Barahona de Soto.

Médico de Lucena del Condado este último, no se sabe saliera de España. *Cervantes* viajó por Europa y Asia. No consta que fuera Barahona *verdadero amigo de Lainez* como lo era *Cervantes,* ni menos que hubieran podido despedirse en Italia, donde fácilmente pudieron tratarse *Cervantes* y Lainez. Y, por último, la *pastora forastera* que había rendido á la

libre voluntad de *Lauso* tiene señales de ser la *dama portuguesa,* madre de D.ª Isabel de Saavedra.

Las poesías que *Cervantes* había compuesto para celebrar á su dama con el nombre de *Silena* hubieron de ser conocidas y aplaudidas por otros poetas sus amigos, y así se explica el que las reuniera en la boca de *Lauso,* diciendo de ellas que *resonaron por las selvas y los prados.*

Sutil, alambicada podrá parecer la conjetura, pero téngase en cuenta que se adapta muy bien á la cronología de los sucesos de la vida de *Cervantes,* y que sirve para explicar satisfactoriamente ese nombre poético de *Silena* y el terceto del *Viaje del Parnaso* donde está colocado.

Sevilla, 1871.

# LOS CONTINUADORES
DE
# EL INGENIOSO HIDALGO

## LA OBRA DE UN AVELLANEDA DESCONOCIDO

### I

AREA es delicadísima y necesaria, no menos que meritoria, la de procurar desvanecer las nieblas que obscurecen la verdad de los hechos en muchos puntos de nuestra historia literaria. Cierto que lo mismo acontece en la política, en la del derecho y en la de todas las ciencias. Preciso es tener siempre muy en cuenta el principio de que un error no por ser antiguo es más respetable, ni deja de ser tan falso como funesto, porque lo repitan célebres escritores.

Los de España han sido generalmente esclavos en demasía del principio de autoridad: basta, y ha bas-

tado en todo tiempo, que un autor de mediano crédito establezca como axiomas suposiciones más ó menos gratuitas, asiente como inconcusos ciertos hechos, para que todos los repitan sin más estudio ni meditación, y vengan hasta nuestros días consignados y copiados de unos en otros, en son de verdades indiscutibles.

Hijo es también este defecto de la natural pereza de todos cuantos nacen bajo el templado cielo de este país; que rara vez se toman el trabajo de estudiar los verdaderos orígenes, nunca procuran subir á las fuentes primitivas, ni recurren á consultar y examinar los datos, de donde se dedujeron las opiniones que encuentran consignadas, y los fundamentos en que descansan. Es más cómodo citar un escritor que contradecirlo. Antes se ha mirado siempre entre nosotros el nombre del autor, que los documentos que pudo tener á la vista.

Sugiérenos estas reflexiones el recordar, con motivo de la obra objeto de estos apuntes, un cargo injustificado y sin el menor fundamento que con relación á *Cervantes* y al *Quijote* se ha hecho al pueblo español.

Ocurrió al docto D. Martín Fernández de Navarrete, al hablar de la magnífica edición del *Ingenioso hidalgo,* impresa en Londres por J. y R. Tonson en el año de 1738, el referir que habiendo reunido la reina Carolina, esposa de Jorge II de Inglaterra, una graciosa colección de libros de entretenimiento, que bautizó con el nombre de *Biblioteca del sabio Mer-*

*lín*, la hizo ver á lord Carteret, personaje de gran ilustración y amor á las letras, el cual, celebrando, como era justo, la idea de su soberana, le manifestó cortesmente que faltaba en su rica colección el libro más ameno, más agradable y entretenido de cuantos se habían escrito en el mundo, que era el *Don Quijote de la Mancha*, y rogó á la reina le dispensara la honra de obsequiarla con un ejemplar de aquella obra. Admitido por Carolina el obsequio, quiso el noble lord que el libro fuese en todo digno de la elevada persona á quien iba dedicado, y al efecto encargó á D. Gregorio Mayans escribiera la vida de *Cervantes*, y costeó la hermosa edición que se imprimió en Londres.

«Así fué, añade Navarrete, como el empeño y es»tímulo de una nación extraña despertó entre nos»otros en aquel tiempo el recuerdo y la estimación »hacia el ingenioso autor del *Quijote*, divulgando »por toda la Europa el mérito de aquella obra in»mortal.» Desde entonces se repite en todos los tonos y como gran verdad, que el empeño de aquel magnate estimuló á los españoles; que al entusiasmo de los ingleses debió *Cervantes* en gran parte el renombre que en su patria no tenía; y se nos acusa muy formalmente de que aquí nadie se acordaba del *Quijote*, y fué necesario que los extranjeros nos demostrasen el tesoro que poseíamos, para que supiéramos apreciarlo.

Estas afirmaciones son infundadas; pero como vilipendiaban el nombre español, hicieron suerte y hallaron acogida en toda clase de escritos.

Y, sin embargo, nada hay más falso. El *Quijote* siempre fué apreciado en su verdadero valor; siempre fué, desde su aparición, la obra literaria más leída y aplaudida en España, y bien claramente lo dicen las numerosas y repetidas ediciones que de él se hicieron y que manifiestan el entusiasmo de los lectores por esa obra inmortal. Se acercan á cuarenta las ediciones que en castellano se habían hecho del *Quijote,* y casi todas en dominios españoles, antes de que saliera á luz la que lord Carteret hizo estampar en Londres.

No había alcanzado tanta celebridad ninguno de nuestros escritores; ningún libro se había impreso tantas veces en España, ni aun el *Amadís,* ni otros de caballerías que tal boga consiguieron; y por cierto que en la misma Inglaterra no llegaban ni á la tercera parte de aquel número, en ese tiempo, las ediciones de las obras de *Shakespeare,* que murió en los mismos días que *Cervantes* (1).

En algunas de aquellas ediciones del *Quijote* no se escaseaban los elogios al insigne escritor. Citaré un solo ejemplo. Dedicaba su impresión de 1647 el editor Francisco Serrano á D. Antonio de Vargas, Zapata, Ayala y Manrique, y le decía: «El ingenioso »y justamente celebrado Miguel de Cervantes, autor »de este libro, le dedicó á uno de los excelentes prín»cipes de España, etc.» Ante estos hechos caen por

(1) Véase *The bibliographer's Manual of english literature,* de W. Lowndes (Londres, Pickering, 1834) y el *Manual de Brunet,* tomo 5.°

tierra las declamaciones, y se desvanece la idea de esa quimérica indiferencia que se echa en cara á los españoles, para los cuales *Cervantes* siempre ha sido el primero de los escritores y el *Quijote* la lectura favorita.

Bien lo demuestran asimismo las multiplicadas continuaciones é imitaciones que de aquel inimitable libro se han hecho en España y fuera de ella. Tengo para mí que el mayor tributo que á un ingenio rinden los que le suceden, la prueba mejor que dar pueden de reconocer su superioridad, es la de imitar sus obras, aprovecharse de sus pensamientos, resucitar los personajes creados por su fantasía y tratar de continuar sus narraciones. Por esta razón me he decidido á dar cuenta de un singular hallazgo, exponiendo el asunto de una desconocida continuación del *Ingenioso hidalgo,* que vió la luz en Francia al comenzar el siglo XVIII.

Pero al hablar de los continuadores del *Quijote*, es necesario trazar una gran línea divisoria. Preciso es apartar y distinguir al que en vida del autor se apoderó de su pensamiento, escarneció sus hechos gloriosos y trató de privarle de la ganancia que pudiera producirle su creación, de aquellos que después de su muerte han procurado seguir sus huellas, tomándolo por guía en su camino, por modelo digno de imitación. El primero cometió una mala acción, perpetró un robo; los últimos rinden homenaje al talento del gran inventor. *Avellaneda* fué un émulo, un envidioso ruín y artero; los demás continuadores

forman en línea con toda la falanje apasionada y entusiasta, que se postra ante el manco de Lepanto.

Sin contar con *Avellaneda*, ha habido en España muchos imitadores del *Quijote*. En Francia han sido en mayor número los continuadores. De esta clase sólo recordamos entre nosotros á D. Jacinto M. Delgado con su *Vida de Sancho Panza,* y al novísimo *Bachiller Avellanado:* de la otra tenemos á *Fray Gerundio de Campazas* y á *Don Lazarillo Vizcardi,* y con éstos *El Quijote de Cantabria,* el *Don Quijote de la Manchuela, Don Papis de Bobadilla* y otros

Nuestros vecinos tomaron distinto rumbo y quisieron divertir á los lectores franceses, añadiendo nuevas aventuras á las que escribió *Cervantes.*

Dos continuaciones de esa clase conocen ya los aficionados. Dió cuenta de la una el Sr. D. Jerónimo Morán en su *Vida de Cervantes,* refiriéndose á un ejemplar del *Quijote* traducido en lengua francesa por Filleau de Saint-Martin, edición del año 1741, que guarda nuestro amigo D. Juan M. de la Helguera; aunque luego el Sr. D. Leopoldo Rius en su artículo inserto en la *Crónica de los Cervantistas* (tomo I, pág. 124) ha puesto en claro que venía impresa desde el año 1681, cuando menos.

El Sr. D. Juan E. Hartzenbusch habló también con datos curiosísimos en el año 1871, en su discurso de apertura de la Biblioteca Nacional, de otra peregrina continuación del Hidalgo manchego, hija tal vez del infantil ingenio, del que luego fué rey de Es-

paña con el nombre de Felipe V, que permanece inédita.

Pero todavía existe otra publicada también en Francia, que parece que hasta el día no ha sido conocida en nuestro país, á pesar de lo mucho que nos interesa cuanto á *Cervantes* y á su libro se refiere, y no obstante el gran número de trabajos que los mejores y más eruditos escritores han consagrado al *Quijote*. Esta continuación es importantísima, no por su autor, cuyo nombre no hemos logrado descubrir, sino porque forma por sí sola obra completa, acabada, independiente, sin haberse publicado nunca que sepamos, unida á ninguna traducción de *El Ingenioso hidalgo*, y porque se ofreció al público como sacada de un manuscrito español del mismo Cide-Hamete Benengeli.

Salió á luz por vez primera, al parecer, en París el año 1726, y tiene este título:

*Suite nouvelle et veritable de l'histoire et des aventures de l'incomparable Don Quichotte de la Manche. —Traduite d'un manuscrit espagnol de Cide Hamet Benengely son veritable historien* (1).

Forma seis tomos en 8.°, de unas 400 páginas cada uno, y va adornada con treinta láminas grabadas por Antoine, y dos planchas de la música correspondiente á la pastoral compuesta por Don Quijote (tomo III, página 54), y á otra que se canta en las bodas de la

(1) *A Paris, Chez Charles le Clerc, Quay des Agustins, Guillaume Saugrain, Pierre Huet, au Palais, et Pierre Prault, Quay des Gesvres.*

hija de Sancho Panza (tomo V, página 410), que se insertan en el texto.

Los cinco volúmenes primeros comprenden la continuación de las aventuras de Don Quijote, terminando al finalizar el quinto con la muerte del hidalgo, cuyo *testamento ológrafo* se inserta también.

El tomo VI contiene la vida de Sancho Panza, bajo este título:

*Histoire de Sancho Pansa, alcalde de Blandanda, servant de sixieme et dernier volume á la suite nouvelle des aventures de Don Quichotte.*

Las aventuras del hidalgo llenan noventa y dos capítulos; la vida de Sancho diez y ocho; de su contenido vamos á ocuparnos con alguna detención para dar á los lectores españoles del *Quijote de Cervantes* una idea de la invención y cualidades que adornan á este su continuador francés.

## II

Anunciada la continuación de las aventuras de Don Quijote como procedente de un manuscrito español del mismo Cide-Hamete Benenjeli, era de necesidad justificar tal procedencia, y este es el intento del continuador en el *prefacio* de su obra.

Merece en verdad ser conocido aquel trabajo, y fijar la atención de los cervantistas. En primer lugar porque el *prefacio* forma por sí sólo una novelita, que no de otro modo puedo calificarlo, que basta para conocer las fuerzas de invención y estilo del

continuador; en segundo, porque se contienen en él algunas especies notables por referirse al *Quijote* verdadero de *Cervantes* y al fingido del supuesto *Avellaneda*, que se publicó en Tarragona el año de 1614.

Por esta razón vamos á traducirlo, ofreciéndolo casi íntegro á los aficionados, que ciertamente no se arrepentirán de su lectura.

«Prefacio extractado de muchas cartas del Br. Sansón Carrasco y de Cide-Hamete Benenjeli, que presentan el enlace de toda la historia de *Don Quijote,* desde el principio hasta el fin, y sirven para la mejor inteligencia de esta nueva continuación de sus aventuras.

»Apenas el valeroso Don Quijote había formado el generoso designio de tomar sus armas y caballo, para dedicarse al ejercicio de la andante caballería, siendo amparo de los desvalidos, cuando la Fama se tomó el trabajo de seguir sus huellas, para noticiar al mundo entero la historia de sus increíbles hazañas. Al volver á su aldea, después de la primera salida, ya se supieron en toda España sus proezas y las grandes y peligrosas aventuras á que había dado felice fin su poderoso brazo.

»*Cide-Hamete Benenjeli* fué el primer historiador que acometió la difícil empresa de escribir aquellas hazañas de un género tan nuevo y desconocido. Vamos á decir los medios de que se valió para conseguir su propósito.

»Cierto estudiante que cursaba en Salamanca,

manchego como nuestro héroe, y llamado Sansón Carrasco, comenzó y aprendió en unas vacaciones de verano, por mediación de Sancho Panza, y aun por conversaciones que tuvo con el propio Don Quijote, una gran parte de sus aventuras, y de ellas se ocupaba frecuentemente en sus conversaciones con el morisco Benenjeli.

»Fueron tan del gusto del autor aquellas no imaginadas locuras, que no dejaba de sonsacar á Carrasco para que de ellas le hablase, y éste que era de suyo complaciente, y además solía encontrar su recompensa en alguna comida opípara, no se hacía de rogar para satisfacerle.

»Temeroso Benenjeli de que la memoria le fuera infiel al querer recordar tantas aventuras y para no olvidar detalle, comenzó á tomarlas por escrito; y habiendo comunicado parte de él á un librero, por entretenimiento, éste le pidió con insistencia que le permitiera darlo á la estampa, ofreciéndole partir la ganancia, que debía ser importante.

»Vendido el librejo inmediatamente, y deseoso el editor de mayores utilidades, instó á Benenjeli para que compusiera historia completa de las aventuras de Don Quijote.

»Nadie podía prestar mejor ayuda en aquella empresa que el Bachiller Sansón Carrasco; y como los estudiantes por lo general no andan sobrados de dinero, creyó que atrayéndolo por el interés haría cuanto se le pidiera. En efecto, Carrasco prometió y se obligó, no tan sólo á continuar sus pesquisas, sino

á seguir paso á paso, por decirlo así, á Don Quijote, para que nada faltase en su puntualísima historia.

»Este trato se hizo en las vacaciones, porque en esta época podía el Bachiller emplear el tiempo en cualquier trabajo sin descuidar sus estudios. Cuando llegó á la Mancha había días que Don Quijote estaba de vuelta en su segunda salida. Habló con él algunas veces, y otras sacó lo que pudo de Sancho Panza; pero temeroso de que descubrieran sus propósitos, si continuaba en sus preguntas, y poco satisfecho de lo que unos y otros le contaban, porque no alcanzaba el orden é ilación tan necesarias en una verídica historia, se marchó de la Roda (1), y tomando el mismo camino que había seguido Don Quijote, fué informándose en todos los lugares por donde había pasado, sin perdonar propinas á los criados ni halagos á los dueños, para saber todo lo que se sabía de público.

»Ocho días empleó Sansón Carrasco en hacer el viaje que Don Quijote había hecho en dos meses. Volvió á la Roda, y después de nuevas pláticas con nuestro héroe, dió la última mano á sus memorias. Terminadas las vacaciones, volvió á Salamanca, llevando todas las noticias é instrucciones que podían apetecerse para escribir en toda forma una historia de las aventuras de Don Quijote.

---

(1) Es digna de tomarse en consideración esta idea del continuador que supone al pueblecito de la Roda, patria y domicilio de *Don Quijote de la Mancha*.

»La exquisita diligencia que empleó Benenjeli en arreglar su manuscrito y disponerlo para la imprenta, hizo que muy luego se publicara la primera parte de la historia del caballero andante Don Quijote.

»Aquella primera parte sólo contenía los sucesos de la primera y segunda salida del héroe, que ya eran conocidos, aunque narrados más minuciosamente. Nada se omitía, y no se desdeñaron ni aún las menores conversaciones del caballero y el escudero, con tal de que fuesen verdaderas.

»Al poco tiempo se supo que Don Quijote estaba nuevamente en campaña. Era necesario seguirle para poder continuar su historia, y nuestro estudiante fingió que no podía hacerlo por entonces, ocupado como se hallaba en arreglar su tesis para recibir el grado de Bachiller. No ignoraba los provechos que el libro producía, puesto que se estaba haciendo ya segunda edición de la primera parte, habiéndose agotado la primera en dos meses, aunque fué de dos mil ejemplares; y persuadido de que sin su ayuda no podría continuarse la obra, creyó que debía darse importancia, para sacar mejor partido y costearse el grado y recibir la investidura de Bachiller.

»Tratada esta dificultad entre el Benenjeli y el editor, resolvieron, atendida la necesidad que tenían del concurso de Sansón Carrasco, facilitarle cuanto exigiera, para que, tomado en seguida su grado de Bachiller, pudiera disponer de su persona sin traba alguna que le detuviere; y así Carrasco se encontró

graduado mucho antes de lo que hubiera podido serlo, si de su bolsa hubiera debido sacar lo que por su habilidad encontró en la de Benenjeli.

»Libre de estudios el nuevo Bachiller y oprimiendo los lomos de un buen caballo, con la escarcela bien provista, salió de Salamanca; como en su primera excursión, siguió el mismo camino que Don Quijote, partiendo desde su aldea, y guiado por la fama de sus hechos, tomando notas con la mayor exactitud para no olvidar nada que digno fuera de mencionarse, se encontró en la pista de los que le conducían encerrado en una jaula, haciéndole creer que iba encantado, y se incorporó con el cura y con las demás personas interesadas en volverle á la razón, que le hacían compañía.

»La historia nos enseña que por este tiempo, un cierto escritor, que no tenía mucho que hacer, movido por el deseo del lucro, y sabiendo la gran acogida que aquel libro había merecido, y el placer que el público tenía en su lectura, emprendió la tarea de escribir los sucesos de la segunda salida de nuestro héroe. Al parecer, había conocido ya alguna cosa de ellos; sabía que debía ir á Zaragoza para disputar el premio en las justas que celebraba aquella ciudad, y buscando en su imaginación otros hechos para llenar el hueco de los que ignoraba, compuso al fin una segunda parte, ó más bien el segundo tomo de la primera y segunda salida.

»Sostienen otros, que en aquellos días hubo otro loco, al cual se le puso en el cerebro la idea de imi-

tar al verdadero Don Quijote, usurpando su nombre y buscando como él aventuras, y que ese falso Don Quijote, que en verdad no era sino una bestia, fué el héroe de aquella segunda historia. Sea como quiera, el libro sufrió la reprobación universal por apócrifo, y á nadie agradaron las pesadas gracias de que estaba compuesto.

»Sin embargo, al entender Benenjeli que andaba impresa una parte segunda de la historia de *Don Quijote,* creyó que Carrasco le engañaba vendiendo sus apuntes á varios editores. Para convencerse, quiso ver el tal libro; pero pronto salió de dudas, y lejos de desanimar en su propósito, aquella lectura le impulsó á terminar de prisa las aventuras de su héroe hasta su vuelta de Barcelona.

»Desde el principio de la obra puede verse que el cura procuraba por todos los medios imaginables curar el entendimiento del buen Alonso Quijano de sus ideas de caballero andante; y como abrigaba la convicción de que la lectura de los libros de caballerías que componían su biblioteca eran la causa del trastorno de su cerebro, creyó que acabando con ellos le había de ser más fácil el logro de su caritativo pensamiento.

»Fueron, pues, condenados al fuego casi todos los libros, la habitación destruída y tapiada la puerta que le daba entrada. Pero Don Quijote, que al convalecer de su enfermedad no encontró la habitación ni los libros, se dió á imaginar que todo era efecto de la malicia y enemiga de los encantadores

que le perseguían, y se quedó tan rematado como antes.

»El compasivo Pedro Pérez intentó luego la curación por otro medio que no dió mejor resultado; cuando se escapó la segunda vez de su casa, salió en su busca, y después de bastantes pesquisas lo encontró en lo más solitario de la Sierra Morena y en estado deplorable de delgadez. Una princesa fingida imploró contra sus enemigos el auxilio de su fuerte brazo, y el cuidado de amparar á los menesterosos le hizo dejar su penitencia; y entonces lo encerraron en una jaula y conducido en una carreta, haciéndole creer que estaba encantado, lo volvieron á su casa.

»Sansón Carrasco, que llegó á la aldea casi al propio tiempo, propuso á su vez otro remedio para lograr la curación del pobre caballero, que fué aprobado por el cura; consistía en vencer en singular combate al que se creía invencible, y obligarlo en calidad de vencido, á quien se pueden imponer condiciones, á que volviera á su casa por cierto tiempo, depusiera las armas y viviera pacífica y sosegadamente; lo que Don Quijote ejecutaría seguramente al pie de la letra, como fiel guardador de las leyes de la andante caballería.

»Guardóse muy bien el astuto Bachiller de revelar al cura el móvil interesado que le guiaba al proponer aquel remedio, contrario, al parecer, á sus intentos. Quería seguir á Don Quijote, y para seguirlo era necesario dar ocasión á otra tercera salida que proporcionase á Benenjeli nuevos materiales para su

obra; y de ningún modo se alejaba mejor toda sospecha, que alegando el pretexto de la curación.

»Fácil es comprender que, si el verdadero móvil de Carrasco hubiera sido curar la locura de Don Quijote, le hubiera impuesto una reclusión en su aldea por cinco años ó por seis, en lugar de hacerlo por uno sólo; y en efecto, el Bachiller, de paso para su aldea, contó á los duques el resultado del combate y la penitencia que le había impuesto de estar quedo en su casa todo un año sin tomar las armas. No pudieron los duques, que eran buenos cristianos, censurar una acción tan caritativa en las apariencias; pero no dejaron de manifestar su disgusto, porque se quitaba del mundo al loco más agradable que jamás había existido.

»El Bachiller, por congraciarse con ellos, les confesó francamente que su intento no era de modo alguno privar al público del placer que le proporcionaban las locuras de su héroe; sino, por el contrario, conservarlo por medio de forzada tranquilidad, muy necesaria al restablecimiento de su salud. La locura, les dijo, le lleva mucho más lejos de lo que sus fuerzas alcanzan; de sus dos primeras salidas volvió á su casa tan extenuado que casi perecía de inanición, y como sin recurrir á un artificio no es posible que ponga fin á sus correrías y modere el furor de su ánimo, tuve la idea de vencerle en singular batalla, para obligarle por las leyes de su negra caballería á lo que nunca hubiera podido reducirle por razones; y últimamente aseguró á sus altezas que tenía más interés que nadie

en que Don Quijote se pusiera nuevamente en campaña, para que diera ocasión á su pluma de comunicar nuevas aventuras á Benenjeli.

»Vencido en Barcelona Don Quijote, por el Bachiller Carrasco, disfrazado bajo el nombre del caballero de la Blanca Luna, volvió tristísimo á su casa, donde llegó pocos días después que su vencedor. Mientras tanto, Benenjeli trabajaba sin descanso en ordenar las noticias que había reunido de la tercera salida de su héroe, y acariciaba la idea de escribir muchos volúmenes, continuando la historia de sus famosos hechos, cuando recibió la carta siguiente, firmada por el Bachiller.

### Carrasco á Benenjeli

«He ido dilatando el escribir á vuesa merced, se-
»ñor Benenjeli, desde que le remití mis apuntes, por-
»que habiendo caído gravemente enfermo Don Qui-
»jote al llegar á su casa, deseaba comunicarle el fin
»adverso ú favorable de su enfermedad. La locura
»altera siempre la salud por la fatiga que causa al
»cuerpo, muy superior á las fuerzas de la comple-
»xión del paciente. Don Quijote llegó á su aldea pe-
»netrado del dolor de su vencimiento, y todavía más
»con la duda del desencanto de Dulcinea que nunca
»llega; y las reflexiones á que se entregaba noche y
»día, deplorando sus infortunios, le hacían andar
»gimiendo y llorando continuamente; por lo cual no
»es extraño que el cuerpo participara del abatimien-

»to del ánimo. Al cabo, después de haber desesperado »muchas veces de su curación, acabo de dejarle ago- »nizante. Creo, pues, que su historia y nuestras ga- »nancias han terminado con su tercera salida. Soy »de vuesa merced, etc.»

»Sorprendido Benenjèli con tan funesta noticia, y afectado con las consecuencias de la muerte de su héroe, la comunicó al librero, cuya consternación fué mayor todavía, pues con la falta de Don Quijote perdía la esperanza de un lucro considerable que podía realizar en poco tiempo. Pero como es menester consolarse de todo, y especialmente cuando no hay otro remedio, resolvió terminar la impresión de lo que alcanzaban las notas de Carrasco, temiendo que la muerte de Don Quijote resfriase el entusiasmo de los lectores de sus locuras.

»Y fué el caso, que apenas Benenjeli había entregado su manuscrito al editor, recibió nueva carta de Sansón Carrasco, que le participaba la convalecencia del caballero, y la resolución que había tomado de pasar el año de su destierro en el ejercicio pastoril, á imitación de otros personajes de los libros de caballerías que le daban el ejemplo. Añadía el Bachiller, para animar al escritor, que esperaba de este nuevo aspecto de la locura del héroe, cosas tan buenas como del anterior, y que el interés de la novedad prestaría mayor atractivo á la historia, aumentando su mérito.

»La alegría que semejante noticia causó á Benenjeli fué turbada muy luego por la orden fatal que

recibió para salir de los reinos de España en el término de tercero día, bajo las penas contenidas en el edicto de expulsión. Dos años hacía que había obtenido dispensas, so pretexto de los muchos negocios importantes á S. M. que debía dejar arreglados, por haber sido empleado en Rentas reales; y como contaba además con muchos protectores en la corte, que habían dado fianzas por su persona, esperaba obtener un permiso para quedarse en España. Mas todo favor fué inútil; el edicto que arrojaba de España á toda la raza morisca, fué ejecutado sin excepciones; y cuando confiaba que nadie se acordaría de él, recibió la orden de marchar, y tuvo precisión de hacerlo en el plazo señalado.

»Tuvo, por tanto, Benenjeli asuntos más graves en qué ocuparse que los de la historia de *Don Quijote*. Y aunque hacía pocos días había recibido nuevos apuntamientos de Carrasco referentes á las aventuras y ocupaciones pastoriles del héroe bastantes á llenar un grueso volumen, ni tuvo tiempo de escribirlas, ni aun siquiera de hablar con el impresor; y es probable que aún habiéndole visto no hubiera tenido la humorada de abandonarle el fruto de sus vigilias. Salió Benenjeli precipitadamente llevándose todos sus efectos, y sin cuidarse de que *Don Quijote* iba á pasar por muerto, pues por no haber tenido un momento para ir á casa del librero, dejaba sin corregir la hoja en que se contaba su fallecimiento.

»El Bachiller, entretanto, que había enviado sus apuntes y esperaba en vano cada día la letra de cam-

bio ó el dinero, según tenía estipulado, escribió á uno de sus amigos para que averiguase la razón de la tardanza; y por él supo la precipitada marcha de Benenjeli, que el librero tampoco sabía; y decidió ir á Salamanca para lograr se le abonase el valor de su último manuscrito.

»Sin embargo, Benenjeli, establecido ya en Berbería, escribió en secreto á Sansón Carrasco, anunciándole que esperaba volver á España porque sus amigos, que eran muchos y buenos, harían presente al rey que sus órdenes se habían cumplido, y que su regreso era útil al Estado; y le rogaba que continuase tomando notas de los sucesos, cobrando del librero, á quien envió las órdenes oportunas, todo lo que se le debía por sus trabajos. Pero se sospecha, que Cide-Hamete Benenjeli no volvió á España, sea porque la muerte atajara sus intentos, sea que no consiguiera el permiso esperado, puesto que este manuscrito se encontró entre sus papeles sin haber sido impreso nunca, y la muerte de *Don Quijote,* á la vuelta de su tercera salida, ha seguido pasando por un suceso verdadero.

»Esto es cuanto podemos asegurar. Ahora vamos á decir á los lectores como vino este manuscrito á parar á manos de quien hoy le ofrece al público.

»Con la esperanza de volver á España, continuaba Benenjeli trabajando sobre los apuntes de Sansón Carrasco, y compuso la continuación de las aventuras, dándoles forma y estilo tan agradables como él solamente sabía hacerlo, para reducir á historia que no

se separase un punto de la verdad, locuras tan del gusto de todo género de lectores.

»Este último parto de su ingenio, encontrado entre los efectos de su herencia más de setenta años después de la impresión de los primeros tomos, no desmerece en nada de aquellos.

»Los turcos, que no son muy aficionados á las letras, habían menospreciado la parte de herencia que consistía en papeles, y ha sido casualidad harto feliz la de encontrarlos después de tanto tiempo en un baul, que nadie había registrado después de su muerte, y que estuvo mil veces á punto de ser echado al fuego. He aquí su historia: «Pasó á España un joven natural de Dunquerque, y luego se embarcó en Barcelona para ir á Italia; la embarcación fué apresada por un corsario marroquí, y en Tetuán fueron vendidas las mercancías y los esclavos. El joven, que Aranda era llamado, fué comprado por un rico armador, el cual, después de haberlo conservado á su servicio en la ciudad por espacio de dos ó tres meses, lo envió á una quinta situada á corta distancia, para que con otros se ocupase en arreglar la huerta.

»La mujer del armador era hija de una morisca española, y hablaba perfectamente el castellano, porque su madre, que había sido expulsada de España, como todos los suyos, cuando era todavía muy joven, por el edicto de Felipe III, había conservado siempre grandísimo afecto á su patria y á la religión cristiana en que había sido educada, y en que instruyó á su hija. Muerta la madre, quedó la hija en poder de sus

parientes, que eran musulmanes, y que la hicieron casarse, á pesar de su resistencia, con uno de su secta. Pero ella conservaba siempre el recuerdo de la educación que había recibido, y guardaba en su corazón el deseo de volverse á España, si el cielo le proporcionaba alguna ocasión, para morir en sus verdaderas creencias.

»En Aranda creyó ver la desdichada morisca un hombre á propósito para poner en práctica sus designios; pero quiso tener pruebas de su fidelidad antes de hacerle la entera confianza que deseaba. Mientras permaneció en la ciudad, donde el armador lo retuvo algún tiempo, como hemos dicho, porque lo había comprado á muy subido precio teniéndole por hombre distinguido, y esperaba lograr un buen rescate, iba la dueña con mucha frecuencia á un jardín cuyo cuidado estaba á cargo de Aranda. Cierto día que el dueño estaba ausente, fué la morisca á buscarle y le encontró en un pabelloncito, donde se encerraban las herramientas; era la hora de siesta y estaba dormido teniendo en la mano un libro forrado en pergamino que era todo lo que habían dejado de su equipaje. Curiosa la morisca, como todas las mujeres, tomó el libro sin despertar á Aranda, y viendo que era la historia de *Don Quijote de la Mancha,* leyó algunas hojas, volvió á dejarlo y se marchó. Tornó á su paseo una hora después, y encontrándole en su trabajo trabó conversación, procurando hacerle conocer que no le era indiferente. Algún tiempo después, el dueño comprendió que el esclavo

no era de la calidad que él había supuesto, y pesaroso de haberle pagado tan caro se vengó destinándole á los trabajos más penosos, y colocó en su lugar para el servicio de la casa á un jovencillo de quince años.

»Tal cambio desconcertó á la morisca, porque dificultaba las ocasiones de departir con él frecuentemente; pero hizo de la necesidad virtud, aplaudió el cambio verificado en la servidumbre y se lanzó á discurrir otros medios de llevar á cabo sus proyectos. Mientras por una parte distraía á su marido, aplaudiendo la elección que del joven había hecho para regar las flores y servir la casa, porque su salud delicada no le hacía apto para trabajos más fuertes, por otra daba órdenes muy reservadamente á los que mandaban en los esclavos para que tratasen con indulgencia al pobre Aranda, y éste conoció muy luego, en los miramientos que le guardaban, el interés que á su señora inspiraba. Algún tiempo después se rescató uno de los inspectores, y entró en su lugar un renegado de crueles instintos que hizo empeorar la suerte de Aranda. Siempre en Berbería encargan á los renegados la custodia de los esclavos cristianos, creyendo que otros de su misma religión tendrían demasiada dulzura y miramientos con aquellos desgraciados cuya suerte es tan digna de conmiseración.

»Con el nuevo inspector sufrió Aranda la misma suerte que los demás; porque era aventurado en la señora el volver á hablar en favor suyo. Pero si no pudo aminorar sus trabajos, procuró consolarle por medio de una carta en la que le ofrecía la libertad,

si quería hacer lo que se le mandara, y se la entregó diestramente y en presencia de su mismo marido al tomar un ramo de flores que había encargado le cogiesen. La carta estaba concebida en estos términos:

«Por muy poca que sea tu vanidad, gentil cristiano, más de una vez habrás descubierto el interés que me inspiras. Desecha la tristeza y cobra valor, pero procura corresponder al deseo que abrigo de proporcionar tu felicidad, é informarme por medio de una carta de lo que pasa en tu corazón. Y nada más te digo porque no me aventuro hasta estar asegurada de tu fidelidad y discreción. Dios te guarde.»

«Leyó Aranda el billete y se imaginó que su señora estaba enamorada de él; y con esta idea fijó todas sus atenciones y cuidados en corresponderla. Era una mujer de veintiocho años, alta, de agradables maneras, y que conservaba en sus facciones toda la frescura de su juventud, de tal modo, que Aranda la encontró muy digna de ser amada, y unido á esto el deseo de la libertad, pues bien sospechaba que aceptando su amor tendría medios para rescatarse, resolvió darle á entender su pasión en un billete que con otro ramo puso en sus manos.

«Si tan grande es mi fortuna, queridísima dueña mía, que os haya merecido algún afecto, ya la suerte de esclavo me será dulce, tanto como hasta el día me ha parecido rigorosa. Aun á riesgo de mi vida podéis poner á prueba mi fidelidad y reconocimiento; pues preveo las dificultades que habremos de

vencer ante un esposo que os adora y jamás os abandona. Mandar os toca como señora y porque mejor que yo conocéis lo que puede hacerse, yo sólo puedo obedeceros ciegamente en el temor de que mi ignorancia ó el exceso de celo os sean fatales. Mandad, señora, disponed sin temor de ser vendida por un esclavo que os adora.»

«Segura la morisca por esta respuesta de la fidelidad de Aranda, revolvía en su imaginación mil medios para hablarle y comunicarle sus intenciones, aunque bien comprendió por la carta que las miras de aquél se dirigían á un comercio criminal, que no hubiera estado oculto mucho tiempo, exponiéndolos á ambos á las iras de un marido celoso y vengativo, á quien deseaba abandonar; cuando los designios de ella consistían en escapar á tierra de cristianos, donde podrían casarse, tornando al gremio de la Iglesia en que había sido bautizada; y esto, en verdad, le parecía punto menos que imposible sin la clara ayuda del cielo.

»Era necesario ante todo encontrar un modo de que su marido se alejase por algún tiempo, para poder concertar con Aranda el medio más fácil de pasarse á España, y como la mujer cuando la aqueja un deseo es más astuta y atrevida que el hombre para ponerlo en obra, ésta supo valerse del amor que su marido la profesaba, con una destreza tal, que aquél no concibió sospecha alguna. . . . . .

. . . . . .

## III

Desde el punto en que suspendo la traducción, solamente se ocupa el *Prefacio* en narrar, de una manera difusa por extremo, cómo la morisca hizo que su marido volviera al mar con sus bajeles á buscar nuevas presas y á servir á Mahoma, que preceptúa el exterminio de los enemigos de su creencia, dejando en su casa á Aranda; cómo éste, solicitado por su señora, creyó que el medio mejor para lograr sus intentos era escribir al obispo de Ceuta, y cómo con la ayuda del prelado, que les envió una barca á la entrada de la ría de Tetuán, salieron una noche y se embarcaron tomando rumbo hacia Barcelona, á donde llegaron después de algunas peripecias, y reconciliados con la Iglesia se unieron en matrimonio. Aunque muy de lejos, toda esta intriga recuerda la historia del cautivo y de Zorayda.

Dos veces únicamente se habla del *Quijote* y de su continuación. «Una mañana (seguiré traduciendo literalmente), habiendo separado á toda la servidumbre que no era de su confianza, la morisca fué á buscar á Aranda al mismo pabellón en que otra vez le había encontrado leyendo la historia impresa de Don Quijote, y le dijo: ¿Qué leías, Aranda? Éste sin darla respuesta le entregó el libro, y ella al ver el título, exclamó: ¡Ah, es la historia de un loco á quien yo amo con delirio! nunca me canso de leer un manuscrito que es, al parecer, continuación de este

libro, y que encontré en un baúl arrinconado que procede de Benenjeli, según me dijeron, el cual, por todas las trazas, jamás se ha dado á la estampa. Prestadme este libro, y yo os prestaré en cambio mi manuscrito. Consintió Aranda, la señora fué á buscar su manuscrito, y habiéndolos cotejado vieron que continuaba la vida de Don Quijote después de su regreso de Barcelona; con lo que Aranda pensó que no había muerto Don Quijote.»

Esta escena, como el lector habrá comprendido, pasa á poco de haberse hecho á la mar el amo de Aranda con sus galeras; después no vuelve á tratarse del libro hasta el fin del Prefacio que termina de esta manera:

«Reconciliada la mora con la Iglesia, se casó algunos días después con Aranda á quien la esclavitud proporcionó la felicidad de poseer una consorte amable y bella, con riquezas bastantes para vivir en la abundancia. El mismo Aranda es el que, conservando el manuscrito y los demás papeles de Benenjeli, ha escrito este Prefacio á la continuación de la historia de Don Quijote, para facilitar su inteligencia.»

## IV

Ya en camino franco el continuador, comienza diciendo que Don Quijote se restableció de su enfermedad y perseverante en su designio de dedicarse al ejercicio pastoril en compañía de su fiel escudero

Sancho, trató con el ama y la sobrina la compra del ganado necesario. Pocos sucesos ocurrieron en el tiempo que duró la campestre ocupación, hasta tanto que llega á la aldea un correo enviado por el Rey de España, para llevar á la corte á Don Quijote de la Mancha. Ni padres misioneros bastan á convencer al caballero de que puede faltar á la palabra empeñada con su vencedor; se niega resueltamente á salir de la aldea á pesar de los argumentos del Cura y del Bachiller para demostrar que el rey podía desligarle de sus juramentos, y no queda otro recurso que hacer que salga de nuevo á la escena el Caballero de la Blanca Luna, á quien Don Quijote encuentra recostado en un repecho y asaz pensativo, y le dé su permiso para ir á la corte y á recoger la herencia de cierto pariente que había muerto en Sanlúcar de Barrameda.

En el viaje á Madrid tropiezan con unas mujeres que reñían y queriendo Sancho ponerlas en paz, le repelan las barbas. Encuentran luego una carreta atascada en el lodo, cargada con grandes toneles de vino; pasan el caballero y el correo; mas Sancho juzgó oportuna la ocasión para echar un trago, buscó la espita ó canilla y vertiendo el vino en su sombrero comenzó á embasarlo en el estómago; sobrevienen los carreteros y azotan á cuero liso al pobre Sancho que corre mohino á alcanzar á su señor. Prosiguiendo el viaje, y después que Don Quijote acomete á unos leñadores que derriban un árbol, hacen noche en cierta hostería donde encuentran agradable aco-

gida de Basilio y Quiteria convertidos en hosteleros por obra y gracia del continuador.

Llegados á Madrid sostiene el bravo manchego desigual batalla con los chicos y mujeres que acudieron á su paso gritando: «¡Este es el loco que el Rey ha enviado á llamar para distraerse!» Y lleno de cólera, desilusionado por tal acogida, se salva por piés y se oculta entre unas malezas fuera del muro de la villa resuelto á regresar á su casa. Envía el Rey en su busca cinco caballeros para desagraviarle y le conducen á la real presencia. Sin pizca de turbación el caballero propone al Rey los medios de librar á España de una nueva invasión, que se le dijo proyectaban los moros; le aconseja reunir á todos los caballeros andantes, y acepta el encargo de vencer á un descomunal gigante, que el Rey le dijo se ocultaba cerca del Escorial en montes inaccesibles, y le impedía gozar de aquel sitio real.

Don Quijote triunfa del gigante, coloso de cartón manejado por algunos servidores del Rey; vuelve á la corte donde el Monarca le prepara un encuentro nocturno, en los jardines del Prado, con el Caballero de los Espejos, ya olvidado de Casildea y enamorado y correspondido por Dulcinea del Toboso. Luego le confía el Rey la empresa de rescatar cierto tesoro oculto en un castillo habitado por espíritus, y Don Quijote, que la acepta, se va á los franciscanos y busca un confesor á quien pedir la absolución antes de ponerse en aquel peligro. Comulga también, á pesar de su locura, y se esfuerza por llevar consigo al

franciscano para combatir con armas espirituales y temporales á los diablos que custodiaban el tesoro.

El castillo, era una casa de recreo inmediata al Retiro, desde la cual se descubría todo Madrid. Allí se presenta por el autor uno de esos cuentos de fantasmas fingidos con que las nodrizas entretienen á los chicuelos en las noches de invierno. Pelea Don Quijote, encuentra el tesoro y lo conduce ante el Rey, y éste gratificando á Sancho con verdaderos escudos de oro, y prometiendo á su señor dar las órdenes oportunas para que se reunan todos los caballeros andantes y vayan á contener las demasías del Turco, los despide á ambos para que vayan á Sanlúcar á tomar posesión de la herencia.

## V

Para muestra me parece bastante este ligero extracto de todo lo que contiene el tomo primero de la continuación. Tal vez habrá imaginado el lector que hemos ido buscando el lado vulnerable para lanzar el dardo de la sátira contra el autor francés, pero nada menos que eso; por el contrario, le hemos dispensado de muchos detalles ridículos, tales como el de una fingida Dulcinea que se casa en las barbas de Don Quijote, el de ver á éste paseando en los jardines, ataviado con un traje nada menos que de los que usaba el Rey de España, y otros de igual naturaleza donde se dibuja la inventiva del autor; imposible es

seguirle en los cinco mortales volúmenes que añadió á la obra de *Cervantes*.

Después de traer asendereado y molido al caballero en aventuras tan parecidas á las que ideó nuestro inmortal soldado, como las que dejamos reseñadas, lo lleva á morir á su aldea, y para colmo del dislate, presenta su testamento *ológrafo*, escrito con el mismo tino que lo demás de la obra.

Para terminar, incluyo el índice de los capítulos de la *Historia de Sancho Panza*:

Capítulo I.—Que contiene muchas cosas indispensables para la inteligencia de esta obra.

II.—Conversación de Sancho con su mujer.—Otra con Tomé Cecial.—Partida para Blandanda y aventuras que le sucedieron en el camino.

III.—Hallazgo que tuvo Sancho.—Lo que le sucedió al salir de aquel sitio y su llegada á Blandanda.

IV.—Conversación del Conde y Sancho sobre algunos puntos de cortesía y buena crianza.

V.—Conversación del Conde con su mujer á propósito de Sancho: razonamiento de éste sobre su hallazgo, y lo que se encontró en los calzones.—Juicio de Sancho en una competencia.

VI.—Varias sentencias de Sancho.

VII.—Historia de Waldrade y del llamado Caba-

llero de la Fuente, que en su tierra se nombraba Pedro Labrador.

VIII.—Continuación del precedente.

IX.—Industria de Sancho para disimular una impertinencia.—Continuación de los juicios.

X.—Historia de los amores de Sancho y de Teresa Gutiérrez, su mujer.

XI.—Continuación.

XII.—Cuenta Sancho su fingido cautiverio, y aventuras de su invención á este propósito.

XIII.—Medios empleados para obligar á Sancho á renunciar su cargo.

XIV.—Fúgase Sancho de la casa de su yerno, y se extravía por dos veces en el bosque.—Encuentra á un carbonero con quien pasa la noche.

XV.—Relación que hace Sancho de su aventura.—Toma motivo de ella el carbonero para referir su vida.

XVI.—Encuentro de Sancho con unos salteadores y con unos arqueros.—Historia de Clemencia y de Carlos.

XVII.—Continuación de la historia de Clemencia y Carlos.

XVIII.—Agudezas de Sancho sobre sus pasadas aventuras.—Fin de la historia de Clemencia y de Carlos.—Llegada al Toboso.

## VI

El juicio crítico de esta continuación de las aventuras del ingenioso hidalgo es fácil de formular; bien es verdad que el lector al llegar á este punto lo tendrá ya muy hecho con los datos que dejamos consignados.

Mezcla de interminables sucesos que nada tienen que ver unos con otros, la novela francesa, si á veces logra entretener, es por lo general cansada y pueril. No ha podido conseguir el autor dar á Don Quijote y á Sancho el sello especial, el carácter, el colorido que siempre tuvieron bajo la pluma de *Cervantes;* y este escollo, que ninguno de cuantos escritores han presentado aquellos célebres personajes sea en el teatro, sea en la novela, ha logrado superar, es la causa del poco interés que inspiran y de la monotonía que resulta en todos sus pasos, cuando no los guía el ingenio privilegiado que los concibió y les dió vida imperecedera.

Todo es amanerado, todo es falto de verdad, falto de filosofía en esta continuación: así es que cuando más interés despierta en los lectores, cuando mayor es el agrado de su enredo, no se debe esto á la feliz pintura de los caracteres, ni á la profundidad de la lección moral ó social que entraña la aventura, ni aun siquiera á la acertada descripción de la naturaleza ó de la época en que se supone la acción, sino solo y exclusivamente á que la narración está hecha con más ó menos lozanía y facilidad.

Un amigo muy docto, cuya pérdida llorarán las ciencias y las letras por mucho tiempo, al devolvernos el *Juicio analítico del Quijote,* por D. Ramón Antequera, pocos días después de su publicación, formuló su censura en dos palabras, diciendo: «Este libro tiene de *analítico* muy poco, de *juicio* nada.» En iguales términos podemos sintetizar la crítica de la continuación objeto de este trabajo. *Muy poco recuerda á Don Quijote y á Sancho, nada á* CERVANTES.

# ENSAYO DE UN NUEVO COMENTARIO

AL

# INGENIOSO HIDALGO

# Don Quijote de la Mancha

---

AL SR. D. JOSÉ M.ª DE TORRES,
dignísimo cronista de la ciudad de Valencia

DEBO un gran beneficio á las cartas que usted, mi bondadoso amigo, ha dirigido *A los cervantistas Españoles* (1). Ellas vinieron á demostrarme una vez más que no hay asunto agotado cuando se sabe tratar con ingenio, y que el venero cervantino es tan rico, tan copioso, tan exhuberante, que siempre se encuentra algo nuevo que saborear cuando á su estudio nos consagramos.

Al repasar las referidas cartas, tan galana y gra-

---

(1) Se imprimieron en la *Revista de Valencia,* tomo I, págs. 5, 48, 94 y 585.

ciosamente escritas, con sus recónditas noticias y atinadas observaciones, se me desvaneció por completo un escrúpulo que en mi cabeza iba tomando asiento, al leer una y otra vez que los cervantistas manoseamos demasiado las obras de nuestro autor predilecto, que vemos visiones en ellas, y solamente de *Cervantes* sabemos hablar, sin poder decir nada que ya no esté dicho y repetido.

No: las cartas de V. patentizan á vista de todos que hay mucho en la vida y en las obras del celebrado escritor que no se ha dicho todavía, y que al escribirlo de la manera que V. sabe hacerlo, produce á un tiempo mismo deleite y utilidad á los lectores, enriqueciendo á la vez nuestra historia literaria con datos y noticias peregrinas. Animado por tal ejemplo, quisiera poder enviar á V. desde luego el tanto tiempo hace ofrecido trabajo comparativo sobre los *Novísimos biógrafos de Cervantes;* pero esta labor crítica es prolija, detenida por su misma índole; y como las buenas acciones no deben dejarse para luego, y yo debo á V. por mil conceptos gratitud, no quiero esperar, y le dirijo como de vanguardia *Algunas Notas* de las muchas que tengo reunidas para un nuevo comentario del *Quijote,* cuyo proyecto de Prólogo vió la luz en el número XVI del excelente periódico titulado *La Academia*, que en el año 1877 se publicó en Barcelona.

La noticia del motivo de este *Comentario*, y de la edición á que debía acompañar, ilustrada por Maria-

no Fortuny, es bastante curiosa y tal vez algún día me decida á relatarla á usted para que haga de ella el uso que más le agrade, como puede hacerlo de la presente y de las adjuntas *Notas;* en la buena inteligencia de que el destino que V. quiera darles será siempre el mejor en el concepto de su amigo y apasionado

J. M.ª A.

## NOTAS PARA LA PREPARACIÓN

DE UN NUEVO

# COMENTARIO DEL QUIJOTE

### I

EL INGENIOSO...

No se asusten los entusiastas. Dé cada cual al fenómeno el nombre que mejor le cuadre. Es lo cierto que rigores de una crítica descontentadiza, voltaria y más amiga de hacer ruido y ostentar novedades que de tener razón, por una parte, y por otra cavilaciones de comentadores que no comentan, sino sueñan, han acumulado cargos contra *El Ingenioso hidalgo* desde el título mismo de la obra, censurando su propiedad y corrección.

Y es por demás extraño que ocupándose de *Cervantes*, del escritor más fácil, más gráfico entre cuantos han manejado la lengua castellana, se quiera comenzar por eruditos críticos y filosóficos comentadores, poniendo tacha y dando explicaciones al primer renglón que trazó su pluma en la mejor de sus obras.

Debe ser siempre el título de un libro la síntesis de su contenido, el indicador, á lo menos, de la substancia que encierra; algo que manifieste la índole del asunto que se trata; y éralo siempre sin falta alguna entre los escritores de nuestro siglo de oro, de tal manera, que antes de abrir la primera página, ya comprende el lector la clase de obra que va á servir de pasto á su entendimiento, de solaz á su imaginación, de guía para su conciencia ó dulce consuelo á sus penalidades.—*Cervantes* no podía separarse de aquella costumbre; era el rey de la prosa castellana, cuyo cetro conserva todavía, y no puede tener cabal su razón quien sea osado á acusarle de que no acertó á dar título apropiado á su libro, y colocó un ripio, ó una palabra impropia, ó un adjetivo incongruente para calificar á su hidalgo adalid de imaginarias Dulcineas, desfacedor de soñados entuertos. ¡Medrado andaría el escritor ilustre, si tales críticos y comentadores tales tuvieran fundamento para sus cavilosidades!

El erudito D. Diego Clemencín, después de ver con harta claridad que el calificativo de *Ingenioso* no puede dirigirse al autor de la obra ni á la obra misma, asienta

dogmáticamente que tampoco puede recaer sobre el hidalgo manchego, cuyo cerebro andaba á pájaros por causa de sus descomulgados libros y de sus negras caballerías; y concluye que el título es *obscuro*, el adjetivo *Ingenioso* es *poco feliz*, y con tan excelente principio entra ya satisfecho en el extenso campo de su erudito comentario.

¡*Obscuro* y *poco feliz* Cervantes! ¿Y esto lo escribe un admirador de su estilo? ¡*Obscuro* el escritor cuya frase es clarísima y tersa en todas ocasiones, y en cuyas manos la copiosa lengua de Castilla era instrumento dócil y flexible para todo linaje de expresiones! ¿*Poco feliz* para adjetivar el sujeto principal de su libro, el ingenio más lozano, más fresco, más rico y sazonado de cuantos han escrito en nuestra patria? ¿Es posible que tales asertos se estampen después de alguna meditación?

En pos del desbarro crítico tropezamos con el delirio del comentador preocupado y lleno de extrañas alucinaciones. Don Nicolás Díaz Benjumea comprende que el académico Clemencín no haya entendido el adjetivo *Ingenioso*, aplicado á un pobre lunático, á un ser privado de razón; pero es porque el crítico, á pesar de su saber notorio, no se había elevado todavía del terreno rastrero y prosaico de los *comentadores de la letra*, no había alcanzado las alturas de los *comentadores del espíritu*, que si á tanto hubiera llegado, claro, fácil y llano le hubiera sido entender y explicar el título del *Quijote* y el adjetivo *Ingenioso*, como lo entiende y explica Benjumea sin trope-

zar en rama. Pero no entendiendo el *espíritu,* el adjetivo es un ripio, un epíteto *poco apropiado.*

Si el libro fuera sátira contra las historias de andantes caballeros, dice Benjumea, «correspondería »mejor el título de *invencible* á quien tantas veces »fué vencido; el de *espantable,* á quien á todos daba »ocasión de risa, ó en suma, el de atrevido, for»midable, ó cualquier calificativo análogo, que re»cayendo sobre un viejo flaco, pusiese desde luego »de manifiesto lo ridículo y burlesco del perso»naje.»

El adjetivo *Ingenioso*, es, según Benjumea, uno de los datos más importantes en la cuestión de si existe doble sentido en el *Quijote;* está puesto por *Cervantes* en la primera línea de su libro para llamar la atención de la posteridad sobre el ingenio con que aquél está escrito; para declarar el *sentido oculto* que encierra, para animar á los estudiosos á que escriban *comentarios filosóficos*, á que busquen anagramas, que son el alma del buen Alonso Quijano; es el portero, el cicerone que guarda la clave del secreto, que tiene el don de hacernos entender el jeroglífico. Si no fuera esto, no sería nada más que un *ripio.* Una vez encontrada el alma, quitado el disfraz, se está en posesión del *espíritu que salva,* en contraposición á *la letra que mata*, y se descubre el secreto de la inmensa popularidad del *Quijote.* Este razonar de Benjumea por sí sólo se alaba,

*No es menester alaballo.*

¡Dios tenga de su mano á los delirantes, que poseídos de la pasión por *Miguel de Cervantes,* llevados del entusiasmo por su obra inmortal, se extravían, ven visiones, y son maniáticos de *Don Quijote,* como éste lo estaba de sus libros de caballerías! Si *Amadís de Gaula* y su innumerable y revesada descendencia trastornaron á muchos el cerebro, haciendo soñar á pacíficos y honrados castellanos con castillos roqueros, batallas y encantamientos, doncellas fermosas, magas, dueñas y descomunales gigantes, ciudades de cristal, palacios de oro, pajes, enanos y vestiglos, también, á nuestro entender, *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* ha producido casos de alucinación y monomanía cervantina.

Ni el crítico afamado, ni el comentador famoso han comprendido—¡extraño caso!—el título de la obra que despertó su entusiasmo y á la que consagraron sus vigilias. No es *obscuro* ni *poco feliz* el calificativo de *Ingenioso*; no es necesario acudir á delirios para explicarlo; ni dobles sentidos ni anagramas son precisos para entenderlo. No fué puesto por *Cervantes* como llamador ó muestra en la fachada de su obra; ni puede ser el sentido esotérico, recóndito y misterioso la causa de la popularidad del *Quijote*; porque, ya lo hemos dicho, y á este argumento no le encontramos respuesta, ni se ha dado por nadie hasta ahora: si la causa de la celebridad del *Quijote*, su mérito singularísimo, su importancia, consisten en lo que está escondido, en sus ocultas alusiones, sus anagramas, sus dardos á la Inquisi-

ción muy embozados, y á otras instituciones de aquel tiempo, ¿cómo ha sido tan celebrada la obra, tan leída, tan apreciada y aplaudida en los dos siglos que han pasado desde su primera publicación hasta que se ha descubierto la clave del enigma?

No: el *Quijote* es celebrado, leído y comprendido en todas las naciones por su mérito literario, por la profundidad de su pensamiento, por la altísima filosofía que en todas sus páginas derramó el autor. El título de la obra es feliz, propio y gráfico, pero es porque recae sobre el sujeto, sobre *Don Quijote,* indicando sus cualidades, la nota más saliente de su condición y carácter.

No obstante el extravío de su razón y aún á pesar de su enfermedad misma, el hidalgo Alonso Quijano conservaba la agudeza de su ingenio, lúcido y perspicaz cuando no miraba á través del engañoso prisma de sus negras ilusiones. Viendo los sucesos por el intermedio de éstas, el ingenio era igualmente grande, pero se extraviaba; la equivocación provenía del pathos, de la afección, de la enfermedad; el color de que estaban teñidas las concepciones reflejaba en las consecuencias. El hidalgo seguía siendo *ingenioso,* pero con criterio erróneo; el ingenio corría por la misma desviación que la razón; cuando ésta era perturbada por fantasmas, lo ingenioso era buscar la antítesis, consistía en traer la consecuencia contraria á la verdad, percibir el hecho torcidamente, razonar mal y deducir con mucho y torcido ingenio falsos resultados. *Don Quijote* del vencimiento deducía

el triunfo, de la impotencia la alta importancia de su valer, ligado por fuerzas superiores envidiosas de su gloria; al recibir golpes, al ser objeto de burlas, al sentirse lastimado física y moralmente, su *ingenio* convertía en bienes aquellos males, como antes su perturbada razón había convertido los molinos en gigantes. Volteado por las aspas, era *ingenioso* al discurrir que un enemigo de gran poder había convertido los gigantes en molinos, envidioso de su fama y renombre.

Entre los fenómenos psicológicos tan magistralmente desenvueltos por *Cervantes,* este es el más digno de atención y el más admirable de todos; porque es el fondo del padecimiento, la causa eficiente de los actos del héroe, y el único que explica bien todas las aventuras y desventuras de su historia. Una vez estudiada, comprendida la especie de enfermedad intelectual que *Cervantes* describe, se encuentra clara explicación, y razonable el progreso de todos los sucesos. El hidalgo estaba dotado de lúcido entendimiento y lo mostraba en cuantos casos no le perturbaban sus alucinaciones. Cuando éstas se exacerbaban, cuando el período de enagenación era más grave, los objetos exteriores tomaban para él formas fantásticas, proporciones desmesuradas, colorido falso... y obrando entonces, no como era razonable, sino como veía en su acalorada imaginación, trataba de encantadores á los monjes, de doncellas á las distraídas mozas, miraba las ventas como castillos y como altos caballeros á los comerciantes toledanos...

Sobrevenía el desengaño; quedaba el hidalgo vencido por la realidad, tendido en el suelo del mundo al bajar del cielo de sus ilusiones aporreado y contuso, sin haber hecho el bien que soñaba... pero no lo creía tampoco. La afección cerebral continuaba, y aplicaba su *ingenio* á demostrar que no se había equivocado; que eran en verdad follones malandrines los que castigar quería, y que en lugar de haber sufrido una transformación engañosa ante sus ojos, otros envidiosos, enemigos de su gloria, habían hecho el trueco; y la verdad era lo que él había visto.

Esto no lo decimos nosotros, no es ilusión de comentador entusiasmado; lo dice el mismo *Cervantes* con tanta claridad que solamente dejará de verla el que quiera cerrar los ojos.

En el capítulo XVIII de la *Parte Primera,* después de haber acometido el hidalgo á los rebaños, viendo que ya los pastores se habían ido, baja Sancho de la loma donde estaba, y le dice:

—*¿No le decía yo, Señor Don Quijote, que se volviese; que los que iba á acometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros?*

A cuya justísima reconvención, hija del sentido común, y que la experiencia confirmaba en aquel momento, repone con la más cómica gravedad el caballero:—«Como eso puede desparecer y contraha»cer aquel ladrón del sabio mi enemigo: sábete, San»cho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos »parecer lo que quieren; y este maligno que me per»sigue, envidioso de la gloria que yo había de alcan-

»zar desta batalla, *ha vuelto los escuadrones de ene-*
»*migos en manadas de ovejas*. Si no, haz una cosa,
»Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas
»ser verdad lo que te digo. Sube en tu asno y sígue-
»los bonitamente, y verás como en alejándose de
»aquí algún poco *vuelven en su ser primero*, y de-
»jando de ser carneros son hombres hechos y dere-
»chos como yo te los pinté primero...»

¿Está bien aplicado el adjetivo *Ingenioso* á un hidalgo de tal condición? ¿Serán necesarias otras explicaciones sobre las que da el autor, para entenderlo clarísimamente? Ni es antitético con la locura de *Don Quijote* el ingenio, ni está de más en el título de la obra, ni es obscuro, ni sirve para llamar la atención sobre alusiones encerradas en la novela. Es miembro necesario de la oración, calificativo oportunísimo y gráfico del sujeto; dice lo que es el protagonista; por eso lo conservó *Cervantes* al frente de la *Segunda Parte*, aunque en ella cambió al *Ingenioso hidalgo* en *Ingenioso caballero*.

## II

### PRELIMINARES

Por Real cédula fecha en Valladolid á 26 días del mes de Septiembre de 1604, se concedió Privilegio á *Miguel de Cervantes*, para que él ó quien su poder hubiere, y no otra persona alguna, pudiera imprimir en todos los reinos de Castilla, por tiempo de diez

años, un libro que ya había sido examinado por el Consejo, cumpliéndose todas las diligencias exigidas en la premática sobre la impresión de libros.

Cautos y precavidos los Señores, apuntaban que todas las veces que se hubiera de imprimir el dicho libro durante los diez años, hubiera de presentarse al mismo Consejo, juntamente con el original que quedaba rubricado en cada plana y firmado al fin por el Escribano de Cámara, para que se corrigiera, viendo si la impresión estaba conforme con el original: previniendo que las erratas se habían de corregir en impreso, y llevando la escrupulosidad al extremo de mandar al impresor no imprimiera el principio ni el pliego primero, ni entregara más de un solo ejemplar al autor hasta que el libro estuviera corregido y tasado, porque en el primer pliego se habían de contener el privilegio, la aprobación, la tasa y erratas.

El día 1.° de Diciembre, el Licenciado Francisco Murcia de la Llana, da testimonio de lo haber *correcto*, y dice que el libro no tiene cosa digna que no corresponda á su original; por lo cual, el testimonio de erratas, puede llamarse negativo en el lenguaje usual.

Bien pronto se descubre, al hojear el volumen, que el Licenciado corrector pasó muy á la ligera el cotejo, ó tenía muy ancha la manga en materia de erratas, á pesar de tener por oficio el revisarlas, de lo cual ofrecen repetidas pruebas las obras publicadas en el primer tercio del siglo; y esta ligereza da lugar á muchas y detenidas consideraciones.

Como consecuencia de estos documentos, á veinte días del mes de Diciembre del año 1604, el Escribano de Cámara del Rey, Juan Gallo de Andrada, tenía sobre su mesa ochenta y tres pliegos de papel impreso, que los Señores habían tasado á tres y medio maravedís cada uno, y extendía su certificado para que constase en la primera hoja de todos los ejemplares.

Muy lejos estaba, á no dudarlo, el buen Escribano Gallo de Andrada, de calcular la importancia de aquella certificación que acababa de expedir; y ni aun le pasaba por las mientes el valor real de aquellos ochenta y tres pliegos de papel, que tenía delante, impresos por Juan de la Cuesta, á costa de Francisco de Robles, librero del Rey.

Pero es de notar, que á pesar del mandato terminante del Monarca, refrendado por aquel mismo Escribano de Cámara Gallo de Andrada, que tres meses después tasaba el libro, en el primer pliego, donde se incluyeron privilegio, erratas y tasa, no se imprimió la *Aprobación*, sin la cual no debía correr en público el volumen.

No se alcanza la razón de esta falta; pero ella nos priva de conocer la opinión y los nombres de los aprobantes de *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra;* que este era el título de aquel libro, cuyos ochenta y tres pliegos de papel tasó concienzuda y escrupulosamente el buen Gallo de Andrada en *tres y medio maravedís* cada uno.

Ignoramos qué número de ejemplares estampó el

librero del Rey, pero es lo cierto que se los arrebataron de las manos, y sin su permiso hicieron en Lisboa sendas ediciones Jorge Rodríguez y Pedro Crasbeeck; aquél en un tomo en 4.°, semejante al original, aunque hecho á dos columnas; éste en un lindísimo volumen en 8.°, que es hoy uno de los más raros artículos de la bibliografía cervantina. En el mismo año estampó y dió al público una nueva edición el mismo Juan de la Cuesta, habiendo obtenido antes privilegio que asegurase sus derechos en Aragón y Portugal; y ya con su permiso, imprimió por dos veces el libro Pedro Patricio Mey en la ciudad de Valencia.

Habremos de repetir que no se sabe el número de ejemplares que de estas ediciones se estamparon; y mucho más difícil sería el averiguar el número de tomos que se han hecho de las trescientas ediciones de *El Ingenioso hidalgo,* que aproximadamente ese es el número de las publicadas hasta la fecha.

Quisiéramos haber podido ver la cara del buen Escribano Gallo de Andrada, si alguien le hubiera dicho que de aquellos pliegos, tasados por él á tres y medio maravedises, habían de correr por el mundo dos millones y medio de tomos, poco más ó menos, y que había de valer á cuarenta ó cincuenta duros la copia, impresa por Ibarra, Tonson, Gorchs, Hachette ó Didot, con dibujos y grabados de Coypel, de Selma, de Joannot, de Gustavo Doré y Ricardo Balaca. Dios es bueno para mercader, dice ese eterno Sancho de quien copió *Cervantes* su Sancho Panza;

y en esta máxima de filosofía popular, se encierra la solución de muchas cuestiones y el secreto de mil torpezas mundanas.

No repetiremos lo que ya en ocasión parecida á la presente dejamos notado, sobre las causas y méritos que avaloran estas primitivas impresiones y hacen precioso su estudio y conocimiento.

Ciertamente, si Juan Gallo de Andrada hubiera conocido la fortuna reservada al libro que tasaba, se hubiera preguntado: ¿Cuál es el mérito de esta obra, para que así se ocupen de ella todos los pensadores ilustres de todas las naciones cultas? ¿Qué asunto es este que tal popularidad alcanza?

## III

### ALGO SOBRE LOS PERSONAJES

Un loco y un rústico, anciano aquél, y nada joven éste, caballero el uno sobre el rocín más flaco y extenuado, y sentado el otro en el más pacífico de los jumentos, recorren en amigable compañía el mundo hace más de dos siglos y medio, engolfados en sabrosísimos coloquios. Ni ellos se han cansado, ni cansan jamás á los que con ellos traban conocimiento en su peregrinación.

Antes por el contrario, si en otro tiempo sólo podía saberse su historia leyéndola en el libro donde la dejó escrita su inimitable cronista, hoy compiten buriles y pinceles, mármoles y bronces, para ponerla á vista de todos con mayor claridad, esplendor y magnificencia.

Rodéales tal encanto, tienen tanto atractivo, que hasta han logrado hacer simpáticas é interesantes á aquellas pobres bestias que los llevan. Y cuenta que á cada paso tropiezan y son víctimas de mil desdichas, de infinitas penalidades, hijas de su buen deseo, de sus aspiraciones ilimitadas, y al propio tiempo de su falta de conocimiento de los hombres y de las cosas. Si se equivocan por locura ó por inocencia, nunca queda bien declarado; pero es lo cierto que no ven las cosas como son en sí, que la realidad se les escapa, la malicia se les oculta, y á cada paso, caminando por el sendero del idealismo, dan de cabeza contra las piedras de la vida real, y se desbaratan una ilusión en cada golpe.

Sin embargo, son incorregibles. La bondad y la inocencia están en el fondo de su alma, y salen á la superficie á pesar de todos los descalabros. Por eso son siempre simpáticos.

Aspiran á mejorar el mundo, y tienen la suerte de todos los redentores.

La concepción, ya se comprende por estas ligerísimas indicaciones, es grande, más aun, es trascendental, importante, digna del genio. La forma es tan bella como el pensamiento, estéticamente considerada; y bien puede estimarse que en la elevada concepción de *Cervantes* nacieron juntas la esencia y la expresión, el fondo y el colorido.

Porque *Cervantes*, según el inspirado concepto y la feliz expresión de Víctor Hugo, atesora en sí los tres dones superiores. La creación que produce los

tipos y viste de carne y hueso las ideas; la invención que hace chocar las pasiones con los hechos, rompe al hombre contra el destino, y produce el drama; la imaginación, que como sol, da tonos doquiera, y presentando el relieve da la vida.

La galería de figuras del *Quijote*, y generalizando la idea, todas las figuras presentadas por *Cervantes*, tienen animación, vida, realidad; se mueven y agitan con carácter verdadero, parecen individuos de la gran familia que vemos constantemente á nuestro lado, y por eso no es censurable el empeño de muchos admiradores del inmortal escritor, que se obstinan en buscar un origen para cada figura, creyendo que tanta verdad no puede ser producto de la observación más perspicaz, sino que son copias aquellos delicados tipos,... que tipos son en realidad, y no retratos.

La observación verdaderamente reflexiva, esencialmente filosófica, unida á una poderosa inventiva, á una inmensa facultad creadora, es el verdadero original de *Don Quijote* y de Sancho Panza, como de toda la sociedad que les acompaña; por eso dice con notable exactitud D. Diego Clemencín (prólogo, página XXIII), que «halló el molde de su héroe en la naturaleza, hermoseada por su fecunda y feliz imaginación.»

Filósofo y artista el autor de *El Ingenioso hidalgo*, del dato conocido deducía y generalizaba; de lo real se elevaba al ideal. No desnaturaliza, no empequeñece las concepciones, ni amengua su mérito el

conocer el punto de origen, de partida. El genio sale de la tierra, pero su vuelo se pierde en la inmensidad. La marmita hirviendo observada por Papin, es la madre de esas máquinas que hoy recorren el globo con pasmosa velocidad, difundiendo la vida, comunicando las ideas, propagando la civilización.

La observación de *Cervantes* era profunda; su ingenio vivísimo penetraba al fondo de los caracteres. Desde los vicios del individuo, desde las cualidades morales de la clase, abarcaba su mirada la esencia del alma humana... Por eso no sería de extrañar que, sin ser retrato ni caricatura, tuviera original y aun originales la figura de *Don Quijote.*

## IV

### LA DEDICATORIA

La dedicatoria de la primera parte del *Quijote* presenta un verdadero enigma, que hasta hoy permanece envuelto en misterio, enteramente indescifrable.

*Cervantes,* que pensaba con tanta novedad, que escribía con tan galana frase y flexible estilo, compuso su epístola dedicatoria al Duque de Béjar, con palabras y conceptos hurtados á *Fernando de Herrera* y al maestro *Francisco de Medina.* La primera página que se lee en *El Ingenioso hidalgo* es un plagio; y como no puede alcanzarse la causa de fenómeno tan raro y singular, debo contentarme, aún á ries-

go de aparecer difuso en estos principios, con dejar consignados los datos, para que todos los lectores puedan juzgar por sí mismos.

Al Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, á quien tanto bueno se le debe en la literatura española, somos deudores de este precioso descubrimiento. Respondió inmediatamente D. Nicolás Díaz de Benjumea, y su carta dió motivo á un saladísimo desenfado de D. Cayetano Alberto de la Barrera, cuyo autógrafo poseo, y al insertarlo gozará el público de esa página inédita de aquel profundo cervantista.

En comunicado dirigido al periódico titulado *Las Noticias,* que se publicaba en Madrid, inserto en el número correspondiente al 24 de Abril de 1864, y después de copiar las dedicatorias de las *Anotaciones* de Fernando de Herrera á las obras de Garcilaso, y del *Ingenioso hidalgo,* y un párrafo del Prólogo del Maestro Francisco de Medina á la primera de aquellas obras, decía Hartzenbusch:

«Es evidente que la dedicatoria del *Quijote* está formada con palabras y cláusulas de la dedicatoria de las obras de Garcilaso, hecha por Fernando de Herrera, y del Prólogo de Medina, publicados quince años antes. Que el autor del *Ingenioso hidalgo* no necesitaba de Herrera, de Medina ni de otro escritor para extender una breve carta de cortesía, no puede dudarse: ¿por qué se valdría, pues, de trabajos ajenos? ¿Habríale condenado los propios algún censor inepto, *no conteniéndose en los límites de su ignorancia?* Nos limitaremos á indicar la especie, sin em-

peño de sostenerla. Quizá la dedicatoria de *Cervantes* al Duque de Béjar fué otra; quizás el Duque la consultó con alguno que pensó de ella mal, creyendo que envolvía alusiones desfavorables á personas de su cariño; y hecho el reparo á *Cervantes,* recurrió él á un arbitrio ingenioso: tomó palabras (de otro autor y otro tiempo) cuya intención y espíritu no pudieran tacharse de sospechosas; dijo así cuanto quiso, y apareció no ser él el que lo decía. Recuérdese que á la escena del eclesiástico y D. Quijote, cuando comió por primera vez en casa del Duque (Parte II, capítulo XXXI), se atribuye origen histórico.»

Respondió á los dos días D. Nicolás Díaz de Benjumea, en los términos que se contienen en la impugnación de la Barrera:

«NOTA

*al artículo del Sr. D.* J. E. Hartzenbusch *sobre la* Dedicatoria *de la parte I.ª del Quijote, i observaziones al que publicó en contestazión D. Nicolás Díaz de Benjumea, por D. Cayetano Alberto de la Barrera.*

Por lo que á mí toca, francamente diré, que sorprendido de la observazión del Sr. Hartzenbusch (adviértase que tengo manejado repetidamente el tal *Garzi-Laso* comentado por *Herrera,* i nunca he fijado la atenzión en su Dedicatoria), no azierto á esplicar de manera alguna el fin que pudo llevar *Zervantes* en plágio tan evidente, i que tan conocido debió ser entonzes, pues que tan sólo habían transcurrido

25 años desde la publicazión del *Garzi-Laso* anotado; obra que había merezido la mayor estimazión de los eruditos.

El Sr. *Hartzenbusch* le esplica privadamente, i con su feliz ingénio, conjeturando que acaso dirigió *Zervantes* otra primitiva i diversa dedicatoria á su mal agradecido Mezenas (M. S. se sobrentiende) i que observándola mal recibida, tal vez por su tendenzia i espíritu, la sustituyó con la impresa, que no podía ser tachada bajo ningún conzepto, dado que emanaba de un famoso i respetado escritor, i había sido admitida por el Marqués de Ayamonte i publicada sin el menor obstáculo.

Como granizo en albarda saltó al día siguiente, i en el mismo periódico *Las Noticias,* el perínclito *Benjumea*, Prínzipe de los Zervantistas, i flor i nata de los comentadores. Por de contado este señor, para contestar ó corresponder á la eszitazión del encubierto articulista, no ha nezesitado más que acudir á sus magnos *Comentarios* filosóficos, en elaborazión ó elaborados; espezie de *quijotesco maná,* que sabe á todo i lo sabe todo en cuanto á *Zervantes* i á su obra inmortal atañe ó perteneze.

Allí está, pues, consignada esa observazión, vieja ya i pasada en cuenta para el Sr. *Benjumea.*

*El que no lo crea,*
*Que vaya i lo vea.*

El Sr. *Arrazola* por lo ménos, debe haberlo creído como artículo de fe.

Oigamos la inapelable, cuanto infalible, dezisión del comentador por eszelenzia.

. . . . . .

*Partiendo del principio de que nada huelga en el* Quijote, *según expresión del más anti-espiritual de sus críticos, la dedicatoria debía forzosamente contribuir en su línea al complemento de su plan.*

*Para comprender esto, es necesario despojarse de las preocupaciones de la tradición propagada por Rios, acerca de la lectura del* Quijote *en casa del Duque de Béjar. Es imposible que el auditorio de este ignorantísimo magnate, compuesto de aduladores, de hombres que eran el reverso de la medalla de* Cervantes, *aplaudiese su obra. Al contrario, y de aquí provino el colocarse* Cervantes, *con respecto al Duque de Béjar, en la situación del célebre Johnson con respecto al noble Chesterfield.* Cervantes *estaba por una parte comprometido, y por otra desahuciado en su negocio de elección de Mecenas, y por esto le sugirió su ingenio la idea de hacer de la dedicatoria una sátira disimulada, en el solo hecho de escoger por materia la muy trabajada del vulgo, la común entre los escritores de aquella desdichada época, en que poco importaba la bondad de un libro si no se amparaba bajo el manto de un poderoso, como si fuese delincuente en busca de asilo; y por forma la del admirable y sabio Herrera, en un libro que había sido de muy diverso modo aceptado por el Marqués de Ayamonte. El modo de comenzar,* «En fe del acogimiento...» *muestra ya lo delicado de su ironía, consi-*

*guiendo con la redacción de su dedicatoria, no desesperar del todo del buen suceso, cumplir su compromiso con el Duque, satirizar la costumbre de los escritores, evitarse el buscar frases de adulación y poner en su caso de manifiesto la diferencia que había entre un Mecenas ilustrado y un estulto; pues las mismas palabras que alcanzaron protección y acogida en el uno, alcanzaron desprecio é indiferencia en el otro. La copia, pues, hecha por* Cervantes *en la dedicatoria de un libro que mereció favor y que corría en manos de todos, era la sátira más fina y punzante, la única que pudiera usar en la situación en que la conducta del ignorante Duque le había colocado, pues no hay sátira más amarga que la de elogiar en un hombre las cualidades y méritos de que carece.*

Difízilmente pudieran amontonar-se mas dislates en el reduzido pasaje que acabamos de trasladar: ni sería mui fázil el discurrir, para explicazión del hecho que nos ocupa, suposiziones más gratuitas, absurdas i groseras.—Preszindamos del mayor ó menor asenso que deba dar-se á la que refirió *D. Vizente de los Rios* como *tradizión* azerca de la lectura del *Quijote* en casa del Duque de Béjar. Pero ¿con qué derecho, ni qué asomo siquiera de fundamento califica el Sr. *Benjumea* de *ignorante, ignorantísimo* i *estulto* al expresado magnate? ¿Quién le ha dado lista de las personas que componían lo que él llama *el auditorio* del mismo Duque? ¿Por dónde sabe que eran *aduladores,* ni si eran el anverso ó el reverso de la medalla del autor del *Quijote?*

Por de pronto, i sin fatigar-se mucho, tres, ó mas bien cuatro hechos pueden arrojár-se-le á la cara que desmientan la gratuita calificación que hace del Duque.

En Valladolid, á 20 de Setiembre de 1603, había dedicado al mismo prózer el insigne antequerano *Pedro de Espinosa* su colecziόn antológica denominada *Flores de Poetas ilustres,* que se imprimió en dicha ziudad, año de 1605. Además de la Dedicatoria, lleva este tal libro á su prinzipio un eszelente *Soneto* del Contador *Juan López del Valle* (Poeta zelebrado por *Zervantes* en el *Viaje del Parnaso),* «*A la grandeza del Duque de Béjar*,» composizion que empieza:

«Recebid blandamente ¡oh luz de España!
Las *Flores* de las Musas mas perfectas;»

i acaba:

«Vos rama al fin de magestades francas,
Debéis en honra de tan doctas frentes
Hacer sombra, *si sombra hay en luz tanta.*

*Cristóbal de Mesa*, el fecundo i distinguido Poeta (que por zierto no se mostró adulador con el *Conde de Lemos*, ni con algunos grandes ingenios, incluso *Lope de Vega)* mereció espezial favor i señalada protezción del Duque de Béjar, á quien acompañó por algún tiempo en su palazio de la villa del mismo nombre, donde con elegante pluma escribió, en elo-

gio del ilustrado magnate i de su esposa, varias composiziones poéticas. De ellas escogió i dió á la estampa en su colección titulada: *Las Eclogas y Georgicas de Virgilio, y Rimas, y el Pompeyo, tragedia (Madrid: 1618)* siete sonetos, en uno de los cuales llama al Duque «*su Apolo.*»

Dió el de Béjar una prueba incontestable del aprezio que le merezían los hombres de feliz ingenio i buenos estudios literarios, eligiendo para su secretario al escribano *Miguel Moreno*, autor de las Novelas: *El curioso Amante* i *La desdicha en la constancia;* del *Diálogo en defensa de damas;* de las *Flores de España* (colección de *Epigramas,* impresa en *Roma: 1635),* i de otras varias obras; justador alabado por *Lope* en el certamen de la Beatificazión de San Isidro, año de 1620; i que por su erudizión y facundia fué nombrado para acompañar al obispo de Córdoba i á Don Juan de Chumazero en la comisión que llevaron á Roma, donde falleció á la edad de 45 años, en el de 1635 (1).

Que «*Cervantes* estaba por una parte comprometido y por otra desahuciado en su negocio de elección de Mecenas.»—¿Quién ha revelado esto al Sr. Díaz de Benjumea? ¿Habla por ventura con los espíritus, como allá Mr. Rose? No es de extrañar que le hayan tomado querenzia, siendo, como lo es, en efecto, el más *espiritual* de los comentadores del *Quijote.*

---

(1) Yazen sus restos mortales en la iglesia de Santiago de los Españoles, de Roma. Fué natural de Villacastín.

Y ¿qué diremos de aquello de «lo delicado de la ironía.» i de lo otro de «no desesperar del todo del buen suceso, cumplir su compromiso... etc., etc., i de lo de más allá, i de lo que vendrá luego, si Dios no tiene de su mano á ese paradojista i palabrero eterno?—Que el Señor nos dé paziencia, i nos lo tome en cuenta.»

. . . . . .

Hasta aquí la cuestión en el estado en que la dejaron Hartzenbusch, Benjumea y la Barrera en el año 1865. En todo el tiempo transcurrido hasta el día de hoy, no ha dado un solo paso ó á lo menos no ha llegado á nuestra noticia dato alguno sobre extremo tan importante como curioso. El plagio está patente; pero la explicación no se encuentra, ni tal vez podrá darse ninguna que sea satisfactoria.

Misterio hay en la *Dedicatoria* de la primera parte del *Ingenioso hidalgo*. Su lectura detenida infunde verdaderamente sospechas, porque sus miembros no están perfectamente relacionados, sus conceptos no se corresponden con la claridad y severa lógica á que nos acostumbra *Cervantes*. Las frases copiadas de otros autores por escritor tan original, y que se envanecía de *inventar* con gran rareza, aumentan las dudas; pero casi estamos inclinados á preguntar si entraña gravedad verdadera ese logogrifo, ó no significa más que un capricho, una burla, ó quizá un deseo de terminar con facilidad una cuestión enojosa, accediendo á exigencias de una clase descontentadiza y suspicaz.

El enigma está propuesto, planteado el problema. ¿Tendrá alguna vez solución acertada?...

Pensando repetidamente en tan curioso enigma cayó en mis manos una ligera poesía que se ocupaba del asunto, y al leerla he llegado á sospechar que tal vez el poeta, vate y vidente ha encontrado la solución que en vano buscaron los pensadores, dando su verdadero carácter á esas frases que el gran *Cervantes* recogió de otros escritores, quizá con el intento de disimular y velar á los ojos del Duque de Béjar el papel que le reservaba en su *Ingenioso hidalgo*.

Sea de esto lo que se quiera, y en libertad quedan los lectores para aceptar ó negar, merecen ser conocidas las ligeras *quintillas* de D. Timoteo de Palacio:

El generoso Miguel,
El más bizarro español
Que pudo admirar Argel
Cuando fué por el infiel
Cautivo en el barco Sol,
Quiso un libro publicar,
Mas ni un escudo tenía
Con que á la prensa pagar
Ese libro singular
Honra de la patria mía.
Y para que se admirara
El prodigio de su mente,
Rogó con paciencia rara
A un título que estampara
Su nombre ilustre á su frente.

Hízolo en fuerza de ruego,
Y hoy es su timbre mayor.
¡Bien haya el egregio lego
Que dió pábulo á ese fuego
De gloria deslumbrador!
Cervantes para pagar
Su deuda con hidalguía,
Sin poderlo remediar
Quiso erigirle un altar...
Y le hizo una portería.
Esto no lo digo yo,
Puesto que es cosa probada
Que el Grande que le auxilió
Cuando su libro imprimió
No pasó de la portada.
Y aunque se alzó en el pavés
Con hecho tan honradote,
De Cervantes á los piés
Un Duque de Béjar es
Portero de su Quijote.

# Sobre la Española Inglesa

Es notable por demás el recuerdo que se hace al final de la *novela* que escribió *Cervantes* con el título de *La Española Inglesa*, del arzobispo de Sevilla, que lo era en aquella sazón (1606) D. Fernando Niño de Guevara, pues había tomado posesión en 18 de Junio de 1601 y falleció en 1609; y me mueve á hacerlo notar, el ver que no se han fijado en esta circunstancia ninguno de los literatos célebres que hasta hoy se han ocupado de las *Novelas ejemplares*.

En grave error incurrió D. Juan Antonio Pellicer suponiendo el desenlace de esta *novela* en 1611; error al cual fué inducido por una frase de la misma, que indudablemente está fuera de su lugar, pero que él aumentó, computando mal el tiempo. La demostra-

ción al canto. El padre de *Isabela,* al ser apresado su buque por Ricaredo, dice á éste: «Sabrás, señor, que »en la pérdida de Cádiz, que sucedió habrá quince »años, perdí una hija que los ingleses debieron de »llevar á Inglaterra.» El saqueo de Cádiz tuvo lugar en el verano de 1596, dice Pellicer, luego la *novela* termina en 1611; sin advertir que después de llevados á Londres los padres de *Isabela*, en su vuelta á Sevilla y demás accidentes de la narración, pasan dos años y medio, con lo cual la obra concluiría en fines de 1613 ó principios de 1614, es decir, mucho tiempo después de haberla terminado su autor; siendo sabido que *Cervantes* tenía presentadas *las Novelas* á la aprobación á mediados de 1612.

Examinemos *La Española Inglesa,* y por su texto veremos que el desenlace tiene lugar en 1606, cuando era Arzobispo el nombrado Don Fernando Niño de Guevara, muy aficionado á lecturas amenas, y cuando *Cervantes* estuvo por algún tiempo en Sevilla y quizá escribió la obra entera, sobre algún suceso reciente; y veremos también cómo y dónde debe leerse la frase «*que sucedió habrá quince años*,» causadora del error de Pellicer.

En 1.° de Julio de 1596 se presentó en la bahía de Cádiz la escuadra inglesa mandada por Lord Howard y por el conde de Essex, combatió y venció á treinta buques españoles que en ella estaban, y penetrando las tropas en la ciudad la saquearon por espacio de veinticuatro días, haciéndose de nuevo á la vela con inmenso botín á principios de Agosto.

Siete años contaba de edad *Isabela* cuando fué robada por Clotaldo.

Catorce había cumplido cuando Ricaredo iba á casarse con ella á los cuatro días. Era, pues, en Agosto de 1603, y habían transcurrido siete después del saco de Cádiz.

Dos días después salió Ricaredo de Londres; navegó seis días, corrieron las naves un gran levante, tropezaron y aprehendieron las naves turquesas y volvieron á Londres llevando á los padres de *Isabela*. El viaje, dice *Cervantes,* duró treinta días.

Es por lo tanto imposible de todo punto la frase, de que hacía quince años de la pérdida de Cádiz. Esa próximamente era entonces la edad de *Isabela;* y creo que el concepto quedaría llano y exacto poniéndolo en boca del padre en la forma siguiente: «Sabrás, señor, que en la pérdida de Cádiz, perdí una »hija, *que tendrá ahora quince años,* y que los ingle»ses debieron de llevar á Inglaterra.» El inciso, *que tendrá ahora quince años*, enmendado, tal vez entrerrenglonado por el autor, y colocado fuera de su lugar por algún copiante ó cajista, haría faltar el sentido y para restablecerlo se convirtió por el impresor en *que sucedió habrá quince años,* produciendo un error grave en las fechas.

Esta conjetura adquiere mayor fuerza si se considera que escritas las palabras *aora* y *avrá* en esta forma, que es como *Cervantes* las escribiría, pueden confundirse facilísimamente.

Pero prosigamos la cronología de la obra hasta

su fin. Después de la llegada de Ricaredo á Londres, en los preparativos para el matrimonio, sus dilaciones, el tósigo que dieron á *Isabela* y tiempo que duraron sus efectos, transcurren dos meses y medio. Llega la acción á fines de 1603.

Despedidas, diligencias para la remesa del dinero á Sevilla y viaje hasta esta ciudad, un mes. A los dos años justos de la llegada de *Isabela* á Sevilla, iba á tomar el velo, cuando lo impidió Ricaredo, turbando la ceremonia.

Era, por tanto, el desenlace de la *novela* en Marzo de 1606, teniendo la heroína diez y siete años.

Es de notar que en este año, acaso por el invierno, vino á Sevilla *Miguel de Cervantes*, después de haber publicado la primera parte de la historia del *Ingenioso hidalgo*, sin que sepamos con qué objeto, aunque quizá le traería alguna de las agencias de que se ocupaba en Valladolid en aquella época de su vida. Entonces escribió dos cartas á D. Diego de Astudillo Carrillo, describiendo los viajes de recreo que se hicieron por una sociedad á S. Juan de Aznalfarache, según opina el Sr. D. Aureliano Fernández Guerra, y yo estimo que también pudo escribir la *novela* que nos ocupa, destinada tal vez, desde luego, á la colección que el Racionero Francisco Porras de la Cámara formaba para esparcimiento del Arzobispo D. Fernando Niño de Guevara. Nació en mí esta sospecha al leer el final de la *novela*.

Dice *Cervantes* que en la toma del velo de *Isabela* se hallaron el Asistente, el Provisor y el Vicario

del Arzobispo. Llegó Ricaredo, dió voces para detener la ceremonia, habló de sus pasados sucesos... «Todas estas razones oyeron los circunstantes y el »Asistente y el Vicario y el Provisor del Arzobispo, y »quisieron que luego se les dijese qué historia era »aquélla.»..... «Finalmente, la gente más principal »con el Asistente y *aquellos dos señores eclesiásticos*, »volvieron á acompañar á *Isabela* á su casa.» Oyeron todos la historia de Ricaredo, le abrazaron y se le ofrecieron con muy corteses razones;... «lo mismo »hicieron los *dos señores eclesiásticos,* y *rogaron á* »*Isabela pusiese toda aquella historia por escrito*, »*para que la leyese su señor el Arzobispo*, y ella lo »prometió.»

¿Leyendo este final, no se recuerda involuntariamente al Licenciado Porras de la Cámara y su *Miscelánea*, escrita para la lectura del Arzobispo y en la cual entraron varias obras de *Cervantes?* Lanzados al terreno de las conjeturas, aun podría sospecharse que *se le rogó* para que escribiese esta *novela.*

Pero aun queda otro punto más obscuro é intrincado. ¿Esta *novela* de la *La Española Inglesa,* tiene por base algún suceso verdadero? ¿Se referirá este hecho, caso de serlo, á la vida de *Miguel de Cervantes?* Yo no me atreveré á decir por hoy nada acerca de esto. Solamente haré notar las analogías que se encuentran entre los sucesos de la *novela* y otros de la existencia de su autor.

La hija natural de *Cervantes* se llamaba *Isabel.*

La heroína de *La Española Inglesa*, *Isabela.*

Esta vino á Sevilla desde Inglaterra.

La D.ª Isabel y su madre vinieron probablemente de Portugal.

*Ricaredo* estuvo cautivo. *Cervantes* también.

La casa de *Isabela* era frontero de Santa Paula.

*Cervantes* vivió á la entrada de esta calle, y en el *Diccionario geográfico-histórico-estadístico de España por D. Pascual Madoz*, tomo 14, pág. 317, se estampa la siguiente noticia:

«La mencionada torre de esta iglesia (San Marcos) encierra grandes y dulces recuerdos para los amantes de nuestra literatura, pues á ella subía muy á menudo *Miguel de Cervantes Saavedra*, cuando vivió en Sevilla en la humilde condición de soldado, con objeto de ver la cercana casa de *Isabela, donde moraba la mujer que más amó*.»

Leves, casi insignificantes son las analogías apuntadas, y, sin embargo, creo no las despreciarán los estudiosos que saben el cuidado con que deben leerse y desentrañarse los asuntos de las *Novelas ejemplares*, cuando el mismo autor dice de ellas al terminar el Prólogo: «Sólo esto quiero que consideres, que pues yo he tenido osadía de dirigir estas *novelas* al gran Conde de Lemos, *algún misterio tienen escondido* que las levanta.»

Al buscar, pues, en ellas ese *misterio*, no hacemos más que seguir el pensamiento de nuestro gran *Cervantes*.

# DESAVENENCIAS

ENTRE

## MIGUEL DE CERVANTES Y LOPE DE VEGA

(Algunos datos nuevos para apreciarlas)

La rivalidad que hubo entre los dos grandes ingenios, que llegó hasta el punto de producir entre ellos cierto disgusto, no creemos pueda hoy ponerse en duda. La comprueba una preciosa carta de *Lope,* dirigida á cierto médico cuyo nombre no consta, con fecha 14 de Agosto de 1604, de que luego nos ocuparemos, y la confirman otros sucesos que entonces tuvieron lugar, y muy señaladamente, aunque es algo posterior, el Prólogo del pseudo-*Quijote*, escrito por Avellaneda.

¿Cuándo tuvo principio esa rivalidad? ¿Qué causas la motivaron? ¿Cuáles fueron sus efectos? Esto es

lo que nos proponemos tratar en este artículo, recopilando en él todo cuanto acerca de esto ha llegado á nuestra noticia, adicionándolo con nuevos datos hasta ahora desconocidos del público.

En el año 1585 salió á luz *La Galatea*, dividida en seis libros, compuesta por *Miguel de Cervantes Saavedra* (1). La aprobación lleva la fecha de 1.° de Febrero de 1584; teniendo, pues, en cuenta el tiempo necesario para leerla y aprobarla, se debe suponer que estaba concluída en los últimos meses del año 1583.

En el libro VI puso *Cervantes*, en el *Canto de Calíope,* elogios de varios poetas, y entre ellos de *Lope de Vega*, que contaba á la sazón poco más de veinte años, y dice así:

Muestra de su ingenio la experiencia,
Que en verdes años y en edad temprana
Hace su habitación, así la ciencia
Como en la edad madura antigua y cana.
No entraré con alguno en competencia
Que contradiga una verdad tan llana,
Y más, si acaso á sus oídos llega
Que lo digo por vos *Lope de Vega.*

(1) Es el libro más raro de toda la bibliografía cervantina.—Fué impresa en Alcalá de Henares, por Juan Gracián—in octavo—375 hojas foliadas y 8 al principio sin foliación.—No conozco más que dos ejemplares completos; el que poseo y el que describe el Sr. D. Pedro Salvá en su Catálogo, al número 1.740; pues aunque, según noticia del Sr. D. Leopoldo Rius, se conserva otro en la Biblioteca provincial de Barcelona, es sólo un fragmento, faltando muchas hojas al principio y al fin.

Amigo de Juan Rufo Gutiérrez, de López Maldonado y otros poetas que vivían en Madrid, *Cervantes* conocía á *Lope,* y aunque no fueran íntimos amigos, su trato debía de ser cordial, como lo demuestra la octava citada.

Si *Lope de Vega* asistió el 26 de Julio de 1582 al combate naval de la isla Tercera, como parece indicado en el *Huerto deshecho*, metro lírico, comprobado por la *Epístola á D. Antonio Hurtado de Mendoza*, ó á lo menos en iguales días del año siguiente al desembarco y toma de la misma isla, quizás pudo conocer y tratar á *Miguel de Cervantes*, que concurrió en ambas facciones con su hermano Rodrigo (1).

Juntos concurrieron á celebrar el *Jardín espiritual*, de Fr. Pedro Padilla, que salió á luz en 1585, *Lope* con un soneto, *Cervantes* con dos poesías.

Escribió entonces *Cervantes* sus primeras obras dramáticas, y las veía acogidas con merecido aplauso, porque, en verdad, eran muy superiores á cuanto habían producido Torres de Naharro, Juan de la Cueva, y otros sus antecesores, y aun alguna, como *El Cerco de Numancia*, digna de sostener la comparación con las mejores que después se presentaron;

(1) El Sr. D. Cayetano A. de la Barrera, á quien debo ésta y otras noticias, dice en su *Nueva biografía de Lope de Vega,* que aún permanece inédita: «Si, con efecto, *Lope* se halló en la expedición gloriosa de las Azores, pudo allí muy bien conocer personalmente al ilustre ingenio, á quien ya conocería por algunos rasgos de su númen poético y por la fama de sus relevantes servicios en la guerra y en el cautiverio, á *Miguel de Zervantes Saavedra,* que con su hermano Rodrigo tomó parte en una y otra jornada...»

pero vino *Lope de Vega*, y con su fácil vena, su privilegiado ingenio dramático, su fecundidad asombrosa, se alzó con la monarquía cómica. Los representantes no querían más comedias que las suyas; el público no aplaudía lo que no era de *Lope*.

Grande contrariedad debió ser ésta para *Cervantes*, que apenas contaba más que con los productos de su ingenio para sostener á su familia, y no pequeño desengaño, tanto más sensible cuanto que *Cervantes*, que sentía en su cerebro la llama creadora, el verdadero genio, debía juzgar injusta la preferencia.

No parece, á pesar de esto, que su carácter generoso llevara estas quejas hasta la personalidad. El soldado herido de Lepanto, el cautivo rescatado de limosna, sin que la patria recordase sus servicios; el autor pospuesto al ídolo popular, arrinconó la pluma y buscó otras cosas en qué ocuparse. Pero sus relaciones con *Lope de Vega* continuaron siendo amistosas; *Cervantes,* aunque residiendo de ordinario en Sevilla, honró con un hermoso soneto *La Dragontea de Lope,* que salió á luz en Madrid en 1598.

Puede suponerse, sin violencia, que en la continuación de esta amistad, por tantos años y á tan larga distancia, influyera el parentesco, aunque lejano y por afinidad, que entre ambos ingenios existía (1).

---

(1) Esta conjetura es harto vaga, pero no carece de cierta probabilidad.—Doña Isabel de Ampuero y Urbina, primera mujer de Lope de Vega, fué hija del regidor de Madrid y rey de armas Diego de Ampuero y Urbina, y de D.ª Magdalena de *Cortinas* y Salcedo. Como esta última fuese natural de Barajas, pueblo inmediato á Alcalá,

En esta época (es decir, en el año 1598), tenía *Cervantes* bosquejadas gran parte de las obras que después dió á luz, y recogidos buen número de materiales para la inmortal epopeya que, germinando ya en su cerebro, sólo esperaba la chispa destinada á hacerla vivir. Comisiones propias ó ajenas, que le produjeron graves disgustos en Argamasilla de Alba, determinaron la forma y carácter primitivo de su concepción, dando al propio tiempo patria á su héroe, y á la verdad que no tendría después de qué arrepentirse; pues una vez colocados convenientemente en escena el caballero y el escudero, podía usarse de ellos al capricho del autor, poniéndolos en situaciones de diversa índole y aprovechando su intervención para toda clase de inspiraciones.

Por eso en el *Quijote* han encontrado moral los moralistas; política, los políticos; ilusiones, los curiosos, y geografía, y guerra, y medicina, los entusiastas. Lejos de hallar en esto un defecto, como parece opinar un crítico moderno (1), yo creo que ese es el secreto de la grandeza y elevación del *Ingenioso hidalgo*. *Cervantes* imaginó una fábula elástica, sin medida, interesante siempre, en la cual pudo ir derramando con deliciosa profusión todo lo que había

---

se ha inferido que pudo tener cercano parentesco, ser acaso hermana de D.ª Leonor de *Cortinas,* madre de *Cervantes;* observando que D. Francisco de Urbina, cuñado de Lope, escribió al frente del *Pérsiles* un epitafio á la memoria del autor, acaso como ofrenda ó recuerdo de familia.

(1) El Sr. D. Juan Valera, en su discurso sobre el *Quijote* y las diferentes maneras de comentarle y juzgarle.

atesorado en la varia experiencia de su azarosa vida, con su vivísima observación de los hombres y de las cosas.

Contrayendo esta observación al propósito con que ha sido hecha, yo creo que la desavenencia entre *Cervantes* y *Lope de Vega* puede señalarse casi fijamente en el tiempo de los viajes de este último á Sevilla (1601 á 1603), cuando el primero estaba en esta ciudad escribiendo á su placer la historia de *Don Quijote*.

Espero probar un día, con documentos, que la existencia de *Miguel de Cervantes* en Andalucía puede dividirse en dos períodos. El primero, de movimiento, de lucha, de penalidad, de agitación, y al propio tiempo, de estudio; cuando, ora comisario, ora receptor, ora cobrador de Rentas Reales, pasaba de un día á otro á Ecija, á Montilla, á Lucena, á Utrera, al Arahal, y quizás á la almadraba de Zahara, volviendo siempre á Sevilla, como á su centro, con las comisiones cumplidas en una mano, el pan para su familia en la otra, y la cabeza y el corazón llenos de los tipos, escenas y lugares que habían llamado su atención. En el segundo período, que podría fijarse su principio en 1599, es más sedentaria su vida; cansado y aún ofendido por sus tragedias en la Mancha, habiendo traído también de allí (y quizá por herencia de algún pariente muerto en este tiempo) bienes con que vivir más holgadamente, se dedica *Cervantes* á las agencias de negocios particulares y á los trabajos de escritor. Entonces se principió el *Quijote*.

Muchos eran los poetas que en Sevilla vivían á la llegada de *Lope de Vega*. Con Rioja, Arguijo, Alcázar, Jáuregui, Quirós y otros muchos, deben tenerse en cuenta á Francisco Pacheco, Juan Sanz Zumeta y Cristóbal Mosquera de Figueroa, cuya amistad con *Cervantes* está fuera de toda duda. Pero hacía poco tiempo que había bajado á la tumba Fernando de Herrera, dejando un vacío que nunca se podría llenar, y la llegada de un poeta de la nombradía de *Lope de Vega* debió producir grave sensación en la ciudad.

Era mucho el ruido que entonces causaba la escuela dramática del *Fénix de los Ingenios,* tan diferente de lo que se conocía bajo el nombre de teatro clásico, griego y latino. No faltaban autores que censurasen los llamados desarreglos de *Lope,* y sin duda, *Cervantes* había hecho conocer en más de un círculo literario las opiniones que acerca de este punto consignaba en la obra que á la sazón escribía. Ocasión debió de dar la llegada á Sevilla del célebre autor dramático para que se renovasen las cuestiones entre los apasionados de uno y otro sistema.

En burla de *Lope de Vega* existe un soneto, que hasta ahora ha permanecido inédito, y que yo conservo, copiado del manuscrito que poseyó D. Rafael Monti, donde encontré la primera noticia del verdadero retrato de *Cervantes*, en el cual se encontraba atribuído á *D. Francisco de Quevedo* y entre varias poesías de este autor. El soneto es el que sigue:

## CONTRA LOPE DE VEGA

—Lope dicen que vino.—No es posible.
—¡Vive Dios, que pasó por donde asisto!
—No lo puedo creer.—¡Por Jesucristo,
Que no os miento!—Callad, que es imposible.

—¡Por el hijo de Dios, que sois terrible!
—Digo que es chanza.—Andad, que ¡voto á Cristo!
Que entró por Macarena.—¿Quién lo ha visto?
—Yo le vide.—No hay tal, que es *invisible*.

—¿Invisible, Mastic? Eso es engaño;
Porque Lope de Vega es hombre, y hombre
Como yo, como vos y Diego Díaz.

—¿Es grande?—Sí: será de mi tamaño.
—Si no es tan grande, pues, como es su nombre,
Cág... en vos, en él y en sus poesías.

Que este soneto no es de *Quevedo,* lo conoce cualquiera que haya hojeado siquiera sus obras poéticas; yo tengo además otra razón para no estimarlo por obra suya, y es la de que D. Francisco nunca estuvo en Sevilla antes del año 1624, y la composición está escrita en esta ciudad y por persona que asistía en la puerta *Macarena*.

En mi sentir, el soneto fué escrito por *Miguel de Cervantes*, á pesar de la licencia del último verso; pero sin ánimo de que viese nunca la luz, ni de que

saliera del círculo de amigos, á cuyo esparcimiento se dedicó, quizá improvisando.

Habitaba entonces *Lope de Vega* en un barrio apartado de Sevilla, en compañía de *Camila Lucinda*, y con sus pequeñas hijas *Mariana* y *Angelilla* (1), y preparaba para la imprenta *El Peregrino en su patria,* cuya dedicatoria lleva fecha de esta ciudad á 31 de Diciembre de 1603.

Primera coincidencia notable. *Cervantes,* que estaba en Sevilla cuando se imprimía *El Peregrino,* no contribuyó á ilustrarlo con ningún género de composición; pero entre los que anteceden á la obra hay un soneto de *Camila Lucinda*, y otro de *D. Francisco de Quevedo.*

Otra coincidencia no menos digna de atención es que sea *El Peregrino* la obra de *Lope de Vega* á que dirige *Cervantes* sus tiros en las composiciones poéticas que preceden la primera parte del *Ingenioso hidalgo,* según lo ha demostrado el Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, y lo confirman las doctas investigaciones del Sr. D. Cayetano Alberto de la Barrera.

Con estos antecedentes á la vista, casi se establece el principio de la desavenencia entre *Cervantes* y *Lope,* de una manera positiva.

Cuando el *Fénix de los Ingenios* llegó á Sevilla, en compañía de *Lucinda,* se ocupaba *el Manco de Lepanto* en escribir la historia del *Ingenioso hidalgo,* en la cual criticaba la escuela dramática de *Lope,* y

(1) Epístola al Contador Gaspar de Barrionuevo.

hasta dejó escapar, en un momento de buen humor, el picaresco *soneto* que dejamos copiado. No hubo de faltar, porque nunca falta, amigo oficioso que llevase á *Lope* noticia circunstanciada de los desenfados de *Cervantes*, y aún, tal vez, de la obra que escribía, y aquí comenzó, entre los años 1602 y 1603, la verdadera y declarada rivalidad entre ambos ingenios.

*Lope*, que, por el incienso que en sus aras quemaban, se estimaba como un Dios en literatura, devoró en silencio, por entonces, aquélla que debió estimar ofensa; pero de regreso en Toledo, y con fecha 14 de Agosto de 1604, escribió á un médico, cuyo nombre se ignora, cierta carta, que hasta ahora sólo se ha publicado en fragmentos, y en la cual extrañaban los críticos que se hable del *Quijote*, cuando todavía no estaba impreso, extrañeza que cesa conociendo que la obra se escribió en Sevilla, donde *Lope* estuvo en aquel tiempo, y el festivo *soneto* de *Cervantes*, al cual sirve como de desquite la carta citada, que dice así:

«Siendo el portador tan zierto, no sé que escriba á Vm. que él no pueda referir mejor. *Las nuevas que del aumento de Vmd. den crédito, cosa tan importante á su profesión, son para mí de tanto gusto*, que deseo lleguen á la suma estimación; que será su facultad con el cuidado de la mayor salud donde le pondrán las manos que le han hecho i que... mil veces i gustaré que V. le signifique cuán contento estoi de esto, *la parte que me alcanza* i lo que á todos nos obliga.

»*Yo tengo salud, i toda aquella casa. D.ª Juana está para parir, que no haze los menores cuidados. Toledo está caro, pero famoso*, i camina con propios y estraños al paso que suele: las mujeres hablan, los hombres tratan, la Justicia busca dineros, no la respetan como la entienden, *representa Morales,* silva la gente: unos caballeros están presos porque eran la causa de esto: pregonóse en el Patio que no pasase tal cosa, i así apretados los Toledanos, por no silvar se p..., que para el Alcalde mayor ha sido notable desacato, porque estaba este día sentado en el Patio. Aplicó esto porque hizo *La Rueda de la Fortuna*, comedia en que un Rei aporrea á su mujer, i acuden muchos á llorar este paso, como si fuera posible.

»*Morales no me habla porque me envió un pavo i no le quise rezibir: á la verdad, yo no tuve puerta por donde entrase, porque está hecha á medida de carneros, vaca i conejo á la noche;* y si hai gallina mal para el dueño, que álguien está enfermo en casa. —*De Poetas no digo: buen siglo es éste. Muchos están en zierne para el año que viene; pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe á don* QUIJOTE. Dicen en esta ziudad que se viene la Córte para ella. Mire Vm. por donde me voi á vivir á Valladolid, porque si Dios me guarda el seso, no más Córte, coches, caballos, alguaziles, músicas, rameras, hombres, hidalgos, poder absoluto i sin P... disoluto, sin otras sabandijas que cria ese Oczeano de perdidos, Lothos de pretendientes i escuela de

desvanezidos. Vm. *viva, cure i medre,* i ande al uso; no cumpla cosa que diga, ni pague si no es forzado, ni favorezca sin interés, ni guarde el rostro á la amistad... no más, por no imitar á *Garcilaso* en aquella *figura correctionis*, cuando dijo:

*«A sátira me voi mi paso á paso:»*

*cosa para mí más odiosa que mis librillos á Almendarez, i mis comedias á Zervantes. Si allá murmuran de ellas algunos que piensan que las escribo por opinión, desengáñeles Vm. i dígales que por dinero.* Dios guarde á Vm., i *le guarde de Vergara el Zirujano Real*, que ya le damos este atributo como á monesterio con túmulo, *pues no ha curado tanto con las manos cuanto ha destruído con la lengua.* De la mía guarde Vm. la segunda parte de esta carta; i lo que digo azerca de esos casamientos que me dize este amigo que se tratan, *lo que le aconsejo que lo mire bien; que duerma sobre ello antes que sobre ella, porque es una carzel de la libertad i una abreviatura de la vida, i quien se casa por cuatro mil, dará dentro de pocas horas cuarenta mil por no se haber casado:* pero Vm. es mui cuerdo, i lo mirará mejor que yo. De Toledo y Agosto 14 de 1604. — Lope de Vega Carpio.»

No debió ser esta la única epístola que sirviera de desahogo á la bilis de *Lope*. *Cervantes* hubo de traslucir el juego, y le asegundó, ora con los versos

que puso antes de la primera parte del *Quijote* (1), ora, ya en fines de 1608, con el otro soneto, tantas veces citado, que dice:

SONETO DE MIGUEL DE CERVANTES CONTRA LOPE

Hermano Lope, bórrame el Soné
De versos de Ariosto y Garcilá,
Y la Biblia no tomes en la má,
Pues nunca de la Biblia dices lé.
También me borrarás la Dragonté,
Y un Librillo, que llaman del Arcá,
Con todo el Comediaje y Epitá,
Y por ser mora quemarás á Angé.
Sabe Dios mi intención con San Isí;
Mas puesto se me va por lo devó,
Bórrame en su lugar el Peregrí:
Y en quatro Lenguas no me escribas có,
Que supuesto que escribes boberí,
Lo vendrán á entender quatro nació:
Ni acabes de escribir la Jerusá;
Bástale á la cuitada su trabá.

Cosa es de extrañar que tantas notables personas como antes de ahora se han ocupado de esta especie de guerra literaria entre *Belardo* y *Cide Hamete* no hayan notado la íntima relación que existe entre la carta de *Lope* y el soneto de *Cervantes*.

(1) Véase el erudito artículo intitulado *Cervantes y Lope* en 1605, escrito por el Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, publicado en la *Revista Española* (Madrid—Fortanet—1862), tomo 1.º, núm. 3.º

En aquélla dice el *Fénix de los Ingenios* que nadie había tan necio que alabase á *Don Quijote;* en éste aconseja el Manco de Lepanto al autor de *Angélica* y del numeroso *Comediaje*, queme sus obras y no escriba boberías; las pullas van de escrito á escrito, de autor á autor. *Cervantes* siguió la máxima de herir por los mismos filos.

Al soneto contestó *Lope* con otro algo más desvergonzado y menos bello:

RESPUESTA DE LOPE

Pues nunca de la Biblia digo lé,
Ni sé si eres *Cervantes,* co, ni cú,
Solo digo que es Lope Apolo, y tú
Frison de su carroza, y puerco en pié.
Para que no escribieses, orden fué
Del cielo que mancases en Corfú.
Hablaste buey, pero dixiste mú.
¡Oh mala quixotada que te dí!
Honra á Lope, potrilla, ó guay de tí!
Que es sol, y si se enoja, lloverá!
Y ese tu *Don Quixote* baladí,
De cul... en cul... por el mundo va,
Vendiendo especias y azafran romí,
Y al fin en muladares parará.

Imposible parece que, á pesar de lo que en el epígrafe digan dos copias antiguas del primer soneto, haya quien lo atribuya todavía á D. Luis de Góngo-

ra, cuando en el segundo se expresa terminantemente quién era el autor á quien se contestaba.

Yo he estimado siempre por de *Cervantes* el uno, y el otro por de *Lope*. Existen en el primero giros, expresiones y versos que parecen caídos de la pluma de *Cervantes*. El estilo es enteramente igual, y esto lo afirmo con la autoridad de D. Manuel José Quintana, juez irrecusable en estas materias (1). Y, por último, el testimonio coetáneo de estar dirigida la respuesta contra *Cervantes* parece que no debe dejar lugar á dudas.

También estimo el segundo soneto por obra de *Lope*, que al decir

«Y ese tu *Don Quijote* baladí,
De cul... en cul... por el mundo va»,

quiso, sin duda, vengarse del otro verso final en que *Cervantes* dijo:

«Cág... en vos, en él y en sus poesías.»

Entre ambos libres desenfados, parece que se encuentra afinidad y relación. Pero en lo que no se ha reparado hasta ahora, es en la contestación dada por *Cervantes* á ese segundo *soneto,* que yo creo escrito por *Lope.*

El de *Cervantes*, censurando nominal y graciosa-

(1) Véase el apéndice 1.° á su vida de Cervantes, impresa en el tomo XIX de la *Biblioteca de Autores Españoles.*

mente las obras de aquél, parece ser escrito antes del año 1608, cuando se disponía á la publicación del poema que tituló *La Jerusalén* (1). La respuesta no debió hacerse esperar, y podemos referirla al mismo año de 1609. Por entonces debía estar *Miguel de Cervantes* borroneando los primeros capítulos de la *Segunda parte del Ingenioso hidalgo,* y en uno de ellos hizo saladísima alusión al *soneto de Lope*, indicando el poco aprecio que le merecía.

Había dicho el Fénix de los Ingenios:

«Honra á *Lope,* potrilla, ó guay de tí!
QUE ES SOL, Y SI SE ENOJA, LLOVERÁ!»

*Cervantes* recoge la expresioncilla, y en el capítulo primero hace refiera el barbero Maese Nicolás el cuento del Licenciado que estaba en la *casa de locos* de Sevilla, y á quien hace que otro loco amenace *con no llover* en todo su distrito y contorno, por tres años enteros, como lo podía hacer, porque era *Júpiter Tonante;* á lo cual el Licenciado contesta volviéndose al capellán del Arzobispo: «No tenga vuestra merced pena, señor mío, *ni haga caso de lo que este loco*

---

(1) Este poema fué escrito por Lope de Vega muchos años antes.

En carta al Duque de Sessa, fecha en Toledo á 3 de Septiembre de 1605, decía Lope: «Mi Jerusalén envié á Valladolid para que el consejo me diese licencia: «ymprimirela muy aprissa, y el primero tendrá v. ex.ª: es cosa que he escrito en mi mexor edad, y con estudio diferente que otras de mi juventud, donde tiene más poder el apetito que la razón.»—(Nota de D. C. A. de la B.)

*ha dicho,* que si él es *Júpiter* y *no quisiere llover,* yo que soy Neptuno, el padre y dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester.»

La alusión no se puede presentar más transparente; el velo de la alegoría es aquí tan sutil, que la vista más corta puede traspasarlo.

Don Quijote, al escuchar tales palabras, exclama: «¿Pues este es el cuento, señor barbero, que, por venir aquí como de molde, no podía dejar de contarle? ¡Ah, señor rapista, y cuán ciego es aquel que no ve por tela de cedazo!» De este modo se desemboza más todavía la alusión; pero para que la respondan los curiosos, ocurre aquí una pregunta: ¿Por qué razón en el *Prólogo* de la segunda parte del *Quijote* hay dos cuentos de locos, y en el capítulo primero otro de loco también? Nótese que dos de esos cuentos son de los locos de Sevilla; porque yo he sospechado si el viaje de *Lope de Vega* á Andalucía, cuya causa hasta hoy se ignora, sería motivado por alguna enfermedad cerebral, nada extraña en una cabeza tan activa como la del insigne escritor. En Sevilla sufrió éste dos enfermedades, que quizá fueron consecuencia de otra anterior (1).

---

(1) No hay noticia alguna de enfermedades cerebrales del *Fénix de los Ingenios.* De su vida y permanencia en Andalucía debieron ser causa sus amoríos, y principalmente los que tuvo con *Lucinda* después de procesado por otro amancebamiento con doña Antonia Trillo. Padeció, sí, en Sevilla dos peligrosas enfermedades, en que le asistió *doña Angela Vernegali,* á quien, agradecido, dedicó su comedia *La Corona merecida,* y la *segunda parte* de sus rimas humanas.—(Nota del Sr. D. Cayetano A. de la Barrera.)

La desavenencia, pues, que tuvo principio en Sevilla, por los alegres desenfados de *Cervantes* que continuó con los desahogos epistolares de *Lope* y prosiguió con las embozadas críticas del *Peregrino*, consignadas en las poesías que anteceden á la *Primera parte del Ingenioso hidalgo,* y con los *sonetos* que mutuamente se fulminaron ambos escritores, no había concluído del todo cuando *Cervantes* empezó la segunda parte de su obra.

Poco tiempo después, parece que hubieron de volver á su antigua amistad *Cervantes* y *Lope*, aunque la reconciliación fué más completa de parte del primero, por su mismo carácter más franco y sincero que el del segundo. Carta existe de Lope de Vega, dirigida al Duque de Sessa, en 2 de Marzo de 1612, en la cual, sin alabanza ni vituperio, hace curiosísima é interesante mención de *Cervantes*, pues por ella sabemos que éste, anciano entonces de sesenta y cinco años, usaba anteojos, por lo cansado de su vista, y malos por su escasa fortuna. La carta es poco conocida, y por esta razón no dudamos en incluirla. Dice así:

«Beso á V. E. los piés por la merced de las cartas, porque cada día quiere obligarme de nuevo con las muchas que me hace: *Yo se las dí al contador Barrionuevo: quedó tan agradecido, que prometió la primera misa á V. E. si aquellos Monseñores le volviesen á España con lo que pretende. Mi brazo aún no está para escribir*, i así no van despachados, señor Excmo., aquellos papeles: irá, á lo que pienso,

con el primer ordinario, *porque me ha dicho el cirujano que con esta última cura tendré salud, porque el hueso no está fuera de su lugar;* si bien yo le he respondido que Dios castiga agora en mis huesos los pecados de mi carne. *Donaire me ha hecho, Sr., el consuelo del malparto; ya me sabía yo el remedio; pero nunca fuí tan buen Astrólogo que fiase más de las cosas por venir que de las pasadas; fuera de que quien ve á una parida, i sus achaques, y piensa volverla á ver en sus brazos, ó es caballo, ó.....* Por las tercianas no quedo desconsolado, porque es la primera cosa que no he creído á V. E.; mas como ya se van acabando las causas de las dilaziones, acójese V. E. á Sagrado de la indisposizión, no sólo para no volver, pero ni aún para escribir. Las CHACONAS *no se han oído en este lugar; por ventura, tuvieron principio en Valladolid, que es costumbre de algunos Chancilleres de esas Audiencias.* Gonzalo vino; no me habló en lo que V. E. me había escrito. *Aquí está el marido de aquella persona. No oigo mal sus diligencias, aunque no sé si adivino bien. Las* ACADEMIAS *están furiosas: en la pasada se tiraron los bonetes dos Lizenziados: yo leí unos versos con unos antojos del Zervantes, que parecían huevos estrellados mal hechos.* Ya sabrá V. E. el fin del pleito del Condado de Alba: llevóle D. Enrique: no se excusan parabienes. Envíele V. E. unas narices. Dios guarde á V. E. D.ª Juana y Carlos besan á V. E. las manos. —De Madrid i Marzo 2 de 1612.—LOPE DE VEGA CARPIO.»

Paréceme que es esta la ocasión de examinar los lugares todos de las obras de *Lope*, en que menciona á *Cervantes* ó hace referencia á sus escritos. En el inmenso cúmulo de las obras de *Lope de Vega*, tanto dramáticas como épicas y narrativas, incluyendo las que hizo en prosa y las que escribió en verso, que, según cálculo del Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, formarían cincuenta y ocho tomos de la Biblioteca de autores españoles, sólo han registrado los eruditos siete lugares en que se hable de *Cervantes* y de sus obras. Con su prolijidad y maestría acostumbradas, los ha reunido mi buen amigo, el tantas veces citado D. Cayetano A. de la Barrera, y son los siguientes:

1.° En *La Dorotea*, 1598:

(Primera parte. Escena II.) «*¿Qué mayor riqueza para una mujer que verse eternizada?*... La Diana de Montemayor fué una dama natural de Valencia de Don Juan, junto á León; y *Ezla su río y ella serán eternos por su pluma*. Así la *Filida* de Montalvo; la GALATEA DE CERVANTES, la *Camila* de Garcilaso...»

2.° En la misma obra:

(Segunda parte. Escena II.) «*Ludovico*.—Deseo quien escriba sobre Garcilaso, que hasta ahora no le tenemos.—*César*.—*Grandes Poetas son los de esta edad*, pero más querrán ellos imprimir sus obras que ilustrar las ajenas....» (Enumera seguidamente 29 poetas, empezando por D. Diego de Mendoza y colocando á *Miguel de Cervantes* en el vigésimo lugar.)

3.° En *La Arcadia*, libro 5.°:

«Finge *Lope* colocados en el *Palacio de las ciencias y de la poesía* varios retratos de varones, que para tiempos futuros estaban puestos entre ellos: Góngora, los Argensolas, Juan Rufo y *Miguel de Cervantes*.»

4.° En *Las Fortunas de Diana*, 1621:

«También hay libros de novelas, dellas traducidas de italianos y dellas propias, en que no les faltó gracia y estilo á *Miguel de Cervantes*.»

5.° En *El Laurel de Apolo*, Silva 8.ª, 1630:

En la batalla donde el rayo austrino,
Hijo inmortal del águila famosa,
Ganó las hojas del laurel divino
Al Rey del Asia en la campaña undosa,
La fortuna insidiosa
Hirió la mano de Miguel Cervantes;
Pero su ingenio en versos de diamantes
Los del plomo volvió con tanta gloria,
Que por dulces, sonoros y elegantes
Dieron eternidad á su memoria,
Porque se diga que una mano herida
Pudo dar á su dueño eterna vida.

6.° *El Premio del bien hablar*, 1635, parte XXII:

(Jornada I, escena X):

DON JUAN

«¿No es Leonarda discreta? ¿No es hermosa?

MARTIN

¿Cómo discreta? *Cicerón, Cervantes,*
*Juan de Mena,* ni otro después ni antes,
No fueron tan discretos ni entendidos.

7.° *Amar sin saber á quién*, 1635, parte XXII:

(Jornada I, escena VI):

LEONARDA

Después que das en leer,
Inés, en el *Romancero,*
*Lo que á aquel pobre Escudero*
*Te podría suceder.*

INÉS

*Don Quijote de la Mancha,*
*Perdone Dios á Cervantes,*
Fué de los *extravagantes*
Que la crónica ensancha.

En estos siete lugares no encontramos, á la verdad, en los labios de *Lope* toda la lealtad, toda la expansión que sería de desear; el último, sobre todo, es punzante y equívoco.

Pero veamos también los pasajes en que *Cervantes* habla de *Lope de Vega,* citándole por su nombre.

1.° Prólogo de las ocho comedias y ocho entremeses nuevos, nunca representados. Año 1615. En Madrid, por la Viuda de Alonso Martín:

«Y entró luego el monstruo de la naturaleza, el gran *Lope de Vega,* y alzóse con la monarquía cómica: avasalló y puso debajo de su jurisdicción á todos los farsantes: llenó el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas...»

2.° Entremés de la *Guarda cuidadosa:* Recita el soldado una glosa improvisada sobre el verso:

«Chinelas de mis entrañas.»

y dice el Zapatero:

«A mí poco se me entiende de trovas; pero éstas me han sonado tan bien, que me parecen de *Lope*, como lo son todas las cosas que son ó parecen buenas.»

Prescindo, por no alargar este trabajo mucho más de lo que reclama la índole de la obra, de los otros lugares, tanto del *Quijote* como de las *Novelas*, en que indirectamente censura *Cervantes* los que juzgaba defectos en las comedias de *Lope de Vega*, y de propósito he dejado para el fin el que se toma como elogio en el libro II del *Viaje del Parnaso,* y que, á mi modo de entender, y por la idea que tengo formada del poema, es censura y burla, y muy amarga. Por lo que respecta á la índole general de ese librillo en verso, que bajo el título de *Viaje del Parnaso,* y con el antifaz de imitar el inofensivo de César Caporali, salió á luz de las prensas de Alonso Martín en 1614, no es este el lugar de hablar extensamente. Ya en otro lugar llamamos la atención sobre

la *piara gruñidora* de poetas españoles, convertidos por Venus en *calabazas* y *odres*; pintura cómica de primer orden, y satírica como la que más (1).

Ha de notarse desde luego que *Lope de Vega* no estaba en la lista de los poetas llamados á la defensa y guarda del Parnaso, que Mercurio entregó á *Cervantes*; en aquella reseña no se habla del *Fénix de los Ingenios*, y después, en el canto 2.° le llueve inopinadamente una nube, siendo de notar que, aunque se dice, á manera de elogio:

> Llovió otra nube al gran Lope de Vega
> Poeta insigne á cuyo verso ó prosa
> Ninguno le aventaja ni áun le llega,

es el último poeta de los llovidos, que fueron causa de que Mercurio cogiese la *criba* y zarandease á los *poetas*, principiando por los de *gramalla*, es decir, por los de traje talar; y *Lope* era clérigo en 1615.

. . . . . .

Sospéchome que *Lope de Vega* fué entre los arrojados por la criba, confirmándome en esta idea el ver que después en todo el poema no vuelve á sonar nombre tan famoso.

Prescindiendo de las cuestiones literarias que entre ambos ingenios pudiera causar momentánea frialdad, yo creo que *Cervantes* y *Lope de Vega* nunca fueron verdaderos amigos, nunca pudo haber en-

(1) *El Compás de Sevilla*.—Recuerdos de Cervantes.—Sevilla, Tarascó, 1870.—Tirada de 100 ejemplares.

tera franqueza y cordialidad en su trato. La diferencia quizá estaba en sus mismos caracteres.

Tal vez *Lope* comprendía todo el valor del estropeado novelista, y sentía involuntarios celos de que alguna vez pudieran ser postergadas sus obras á las de *Cervantes*. Quizá éste, aunque generoso y bueno, miraba indignado los aplausos que á *Lope* se tributaban, las ovaciones de que era objeto el *Fénix* por parte de aquellos mismos cortesanos que ni tenían una palabra de alabanza para el escritor pobre é ingenioso, ni le alargaban una mano de protección que aliviase su triste suerte, ni supieron luego depositar una flor sobre su modesta sepultura.

# EL CONDE DE LEMOS

## PROTECTOR DE CERVANTES

ESTUDIO HISTÓRICO

## PARTE PRIMERA

(1576-1609)

### I

RANDE y extraordinaria animación se notaba en el Palacio Real de Madrid, morada á la sazón del Rey D. Felipe III, en una mañana fría y lluviosa de los primeros días del mes de Diciembre de 1599. Los cortesanos entraban y salían presurosos, deteniéndose á veces en la antecámara de las regias habitaciones, donde todos hablaban y cuchicheaban de los acontecimientos del día.

Magnates, guardias y cata-riberas discurrían por el salón en amigable consorcio, y uno de éstos con aire de satisfacción decía:

—Mayor y más lucida Corte tenemos hoy en la otra antesala del Marqués, que usarcedes en ésta.

—No es cosa extraña, replicó uno de los ujieres; van á felicitar al Marqués, porque S. M., Dios le guarde (y al decir esto hizo una profunda reverencia, y con él los demás concurrentes), le ha favorecido en el nombramiento de Duque de Lerma.

—Y nunca he visto al Marqués tan franco, tan comunicable como desde que le hacen Duque. Me dió al verme un golpecito en el hombro, y me ofreció que muy luego saldría proveído.

—Llueven las venturas en casa del ministro. Hace muy pocos días desposó á su hija, la hermosa doña Catalina, con el Marqués de Sarriá, su primo-hermano, y presto habremos de tocar las consecuencias de tal enlace.

—Y monta, que S. M. la Reina (nuevas inclinaciones de cabeza) ha hecho merced á la nueva Duquesa de la carroza con las pías que le dió el Duque de Mantua á S. M. pasando por Italia, la cual es muy rica pieza.

—Ayer, sin ir más lejos, salió en ella la Duquesa con otras señoras.

—Todo se lo merecen, y Dios se lo aumente, dijo el cata-ribera. Yo me voy de aquí á cumplimentar al Marqués y á la hija del nuevo Duque.

—Y yo al igual, dijo otro de los pretendientes. Voy á visitar al de Sarriá con carta de mi deudo D. Juan de Arguijo, que tantos obsequios hizo en Se-

villa á su suegra la Marquesa de Denia en el mes de Octubre pasado.

—Si carta lleváis de Arguijo, gran cosa lleváis, que el Marqués nunca deja á un lado las recomendaciones de sus amados poetas.

## II

Poco más de un mes había transcurrido.

Era á mediados de Enero del año 1600, y había grandes novedades en Palacio, que traían preocupados á los cortesanos del Duque de Lerma y del Rey Felipe III. La camarera mayor, Duquesa de Gandía, había salido para Alcalá, privada de su cargo; y se llevó el rigor hasta el punto de preceptuar que ningún caballero la acompañase. De esto y de otras mutaciones se hablaba acaloradamente en los numerosos grupos que ocupaban la antecámara del Rey.

—¡Lástima grande, decía un oficial de la guardia, que nos quiten el Marqués de Camarasa!

—Es un valiente capitán y un cumplido caballero, decía otro de los interlocutores.

—Pero no lo es menos el que S. M. (y al decirlo se inclinó con reverencia el anciano obeso que hablaba, y lo mismo hicieron todos los del corrillo) tiene señalado para sucederle.

—Pues qué ¿lo sabe ya nuestro querido músico?, preguntó el oficial.

—Si me ofrecéis callar y guardar para vosotros el

secreto, os lo confiaré, tal como me lo ha dicho un amigo.

—Hablad, hablad, señor Espinel, y lo tendremos reservado.

—Pues, como sabéis, mi discípulo, que así le llamo y él me dice maestro, Lope Félix, me consulta sus versos.

—Y hace perfectamente, porque oído músico más delicado...

—Ni genio más descontentadizo, dijo entre dientes el oficial...

—Pues Lope, que hace años sirve de secretario al joven Marqués de Sarriá, yerno y sobrino del Duque de Lerma, me dijo que su señor es el designado para mandar la guardia de la Real Persona.

—¡Brava elección sería!

—¡Y tan buena!

—Mozo es, pero *florido en años y en prudencia cano*, según dice en su alabanza mi buen cordobés Don Luis de Góngora. Lo que yo dudo es que el Marqués acepte semejante encargo.

—Yo también tengo para mí que el Duque ha de reservarle para mayores empleos, añadió el oficial.

—¿Y es cierto que el Marqués hace tanta estima de Lope Félix de Vega?

—No solamente le confía todos sus secretos, y lleva todas sus cartas, sino que el año último, antes de la expedición de la Corte á Valencia para recibir á nuestra Soberana, llevó el Marqués su condescendencia y las muestras de su afecto hasta el punto de

encomiar con dos preciadas redondillas el poema castellano de San Isidro.

—Holgaría de leerlas.

—Pues escuchadlas, que es igual; téngolas de memoria, como otras muchas.

«Tan alto alzastes el vuelo
Cantando á *Isidro*, que vos
Hacéis que el santo de Dios
Hoy suba otra vez al Cielo:
Y por haberle subido
Queda, historiador sagrado,
*Isidro* más estimado,
Y vos á Dios parecido.»

—Poco se me alcanza de poesía; mas, con todo eso, no me parecen mal las redondillas.

—Yo vos las marco por buenas, dijo Espinel retirándose de los guardias, y podéis decir que al leerlas educáis el oído en el buen concepto de las antiguas coplas castellanas.

## III

Razón tenían de dudar los guardias del Rey Don Felipe.

A pesar de todas las variaciones que se hicieron en el personal de la servidumbre palaciega, no entró el Marqués de Sarriá en ninguno de los puestos vacantes, aunque todos fueron ocupados por personas afec-

tas al Duque de Lerma. Y es que, en efecto, el favorito de Felipe III reservaba á su yerno para más altos empleos.

En el año de 1601, falleció D. Fernando Ruiz de Castro, sexto Conde de Lemos, sucediéndole en el título y estado su primogénito el Marqués de Sarriá, el protector de Lope de Vega, el amigo de Vicente Espinel.

Al pronto se habló del nuevo Conde para el virreinato de Nápoles; mas, dejándolo en suspenso, se le confirió la Presidencia del Consejo de Indias, cuando apenas contaba veinticinco años.

Personaje de tan altas prendas, que en tan temprana edad era propuesto como digno de los más elevados cargos, y que andando el tiempo fué uno de los pocos que tendieron al gran *Miguel de Cervantes* una mano que le sacaba de la miseria y del abatimiento, haciéndose por estos rasgos de su noble corazón tan simpático á la posteridad, como admirable por sus demás merecimientos, bien tiene el de que nos ocupemos en dar á conocer los sucesos de su vida.

## IV

D. Pedro Fernández de Castro nació en Galicia, probablemente en Monforte, pueblo de los estados de su padre, en el año 1576. Fué hijo del ya nombrado Don Fernando y de D.ª Catalina de Sandoval, hermana del Marqués de Denia, que luego fué Duque de Lerma.

Dice Vicente Espinel (1) que «desde niño tierno »descubrió tanta excelencia de ingenio y valor, »acompañado de ingenuas virtudes, que, habiéndolo »puesto su Rey en los más preeminentes oficios y »cargos que provee la Monarquía de España, ha »sacado milagroso fruto á su reputación, siendo muy »grato á su Rey, muy amado de las gentes subordi- »nadas á su gobierno, y muy loado de las naciones »extranjeras.»

La educación que recibió fué proporcionada á sus talentos y á las esperanzas que en él fundaba su noble casa. Cultivadas por buenos estudios sus felices disposiciones, fué dando muestras de clarísima inteligencia y vivo ingenio, al par que de natural noble y generoso.

Como primogénito de la casa de Lemos, usó en sus primeros años el título de Marqués de Sarriá.

Ya por esta época debía de ocuparse D. Pedro en ejercicios poéticos, pues á ellos debe referirse lo que Lope decía en la *Epístola* dirigida al Conde, que insertó en *La Filomena* (Madrid, en casa de la viuda de Alonso Martín, 1621), aunque escrita á lo menos en el de 1608.

«Estilo superior, divina mano,
Pluma sutil de peregrino corte,
Arte divino, contrapunto en llano.

(1) *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregon* — Madrid: Juan de la Cuesta, 1618.—Relación 1.ª—Descanso 23.

Soys del mar de escribir lucido Norte,
Pero direys que son lisonjas éstas,
Como me dan los ayres de la corte.
Aunque si son verdades manifiestas,
Díganlo las *epístolas* divinas
*Que os escuché con tal primor compuestas.*»

Por desgracia no se conservan, ó á lo menos nunca las hemos visto, esas epístolas tan celebradas, ni otros rasgos poéticos de esta época, fuera de las dos redondillas con que en 1599 concurrió al encomio del *Isidro*, y ya dejamos recogidas.

## V

En la primavera de aquel mismo año, por el mes de Abril, se había trasladado la Corte á Valencia para recibir á Doña Margarita de Austria.

Con los demás cortesanos fué el Marqués de Sarriá, acompañado de su secretario, que escribió poética relación del viaje, y formó parte de los treinta y seis nobles que acompañaron al Marqués de Denia á Vinaroz á dar el primer saludo á la Reina. Iban todos vestidos de encarnado y blanco, con pasamanos de oro, y sendos criados con los mismos colores y pasamanos de seda. Venía D.ª Margarita á casarse con Felipe III, y el Rey quiso verla antes de ser conocido; salió secretamente de Valencia con el mismo traje que llevaban los caballeros, y se confundió entre ellos: vió á la Reina, y quedó muy contento de la

hermosura, buena gracia y discreción de Su Majestad, según dice Luis Cabrera de Córdoba (1).

Al volver la Corte á Madrid ocurrieron en el Palacio las novedades que reseñamos al empezar, y se trató de conferir el mando de la Guardia Real al Marqués según dice el mismo cronista.

## VI

Sobrino y yerno del gran favorito del Monarca, de aquel omnipotente señor que debió al afecto de Felipe III la conservación de un puesto á que no le destinaron dotes especiales de talento, ilustración ni carácter, menos el afecto de la nación, estaba llamado el Conde de Lemos á representar gran papel en la corte española.

Las simpatías de que gozaba eran generales; su mérito y sus talentos reconocidos por todos; natural era que el Duque de Lerma tratara de utilizar para su propia popularidad las altas prendas de su yerno.

Tratóse de conferirle, como único destino correspondiente á sus méritos, uno de los virreinatos, y se pensó en el de Nueva-España; mas debió de rehusar el de Lemos el abandonar su patria, ó no contentó al de Lerma separarse de su hija;... es lo cierto que fué nombrado para el cargo D. Luis de Velasco, Marqués

(1) *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 á 1614.*

de Salinas; y que, aun cuando en aquellos días se habló en la corte de que al Conde de Lemos se le concedería el virreinato de Nápoles, como todavía no había concluído el Gobierno del Conde de Benavente, tales rumores, si algún fundamento tuvieron, no pasaron por entonces de meras hablillas de palaciegos.

## VII

El Conde con su esposa se marchó á Galicia á mediados del año 1607; se estableció en su pueblo de Monforte, y lejos del movimiento cortesano, se entregó de lleno á sus estudios y aficiones.

Allí, al lado de su esposa, en el retiro del hogar, rodeado de las bellezas naturales, y exaltada su imaginación al contemplarlas, debió de escribir muchas poesías; que como dice el autor de quien luego habremos de ocuparnos, «el sosiego, el lugar apacible, »la amenidad de los campos, el murmurar de las »fuentes, la serenidad de los cielos, son grande parte »para que las musas más estériles se muestren fe»cundas.»

Pocas composiciones poéticas del Conde de Lemos se han salvado del olvido, y solamente podremos dar cabida á dos que se conservan en la Biblioteca Nacional, una de ellas publicada, inédita la otra. Unicamente con la indicación de su autor, pero sin epígrafe alguno, en el Códice M.-86, al folio 88 encontramos el siguiente

## SONETO DEL CONDE DE LEMOS

Montaña inaccesible, opuesta en vano
al atrevido paso de la gente,
ó nieblas humedezcan tu alta frente,
ó nieve ciña tu cabello cano.

Caystro mayoral, en cuya mano
en lugar de bastón se ve el tridente,
con su consorte amada, Sol luciente
de Rayos negros, Serafín humano;

Tu cerviz dura pisa, y la pastora
yugo te pone de cristal calzada
coturno de oro, arminio en piel vestida;

Huirá la nieve de la nieve agora,
ó ya de sus dos blancos pies vencida,
ó ya de sus dos Soles desatada.

Debemos advertir que en las obras de Don Luis de Góngora, recogidas por D. Gonzalo de Hoces y Córdoba, corre como suyo este *soneto*. De mayor importancia y mucho más agradables son las *décimas* que se encuentran al folio 49 del mismo Códice. Dicen así:

## DEL CONDE DE LEMOS

¿Cómo podré prevenirme
contra el mal de mi desdicha,
si con el bien de mi dicha
apenas puedo avenirme?

Dexe ya de combatirme
el esperar y el temer,
que no puedo ya tener
la esperanza que he tenido,
pues sobre haberla perdido
no tengo ya qué perder.

Sin ninguna confianza
vivo ocioso en mi cuidado,
pero, en un desesperado,
¿de qué ha de haber esperanza?
¡Ay de mí! que nadie alcanza
aqueste despecho esquivo;
yo sólo soy quien lo escribo,
yo sólo soy quien lo siento;
él me tiene sin aliento,
ni bien muerto, ni bien vivo.

Ninguna cosa procuro,
porque ninguna deseo;
todo lo examino y veo,
y de nada me aseguro.
Ni me quexo ni me apuro;
hállome sin resistencia,
sufriendo hasta mi paciencia;
y en estado tal estoy,
que por doquiera que voy
no soy más que una apariencia.

Pero por no andar conmigo
obro á veces tan acaso,
que ni siento lo que paso
ni consiento lo que digo.

Téngome por enemigo
después que la causa dí;
si con causa me perdí
ora de cuerdo ó de loco,
dáseme de mí tan poco
que ni aun sé parte de mí.

## VIII

Tales y tan agradables esparcimientos ocupaban al Conde, cuando al finalizar el mes de Octubre del año 1609 fué enviado á llamar de la Corte con mucha priesa. Entendióse que era para ir en las galeras que habían de regresar á Italia, á servir el cargo de Virrey en Nápoles, para el que estaba proveído.

Y así era en efecto.

---

# PARTE SEGUNDA

## (1610-1616)

## I

—Pasad adelante, señor Miguel, que aunque estamos por todo extremo atareados descolgando las tapicerías de los aposentos y preparando la ropa para enviar á embarcar para Nápoles, todavía el Conde, mi señor, holgará de veros antes de pasarse á posar en Palacio, en el cuarto del Duque, su tío.

—Bien está, señor Santillana; pero andad más aprisa por vida vuestra, para que lleguemos. Bueno será que mováis más los piés y menos la lengua.

—No lo puedo remediar, señor *Cervantes*; soy locuaz, demasiado charlatán cuando veo personas de las de mi agrado. Y como á vos os vemos tan de tarde en tarde por acá... Desde la enfermedad del Conde, mi señor, hace ahora dos meses no os he vuelto á ver.

—¿Y cómo le va de salud?

—Tal cual; así, así; medianillamente, aunque él no lo confiesa. Pero á mí, que le he criado, no puede engañarme. Aquellos crecimientos que tuvo por Diciembre fueron malignos, y á todos nos pusieron en cuidado por su poca complexión y la debilidad de cabeza.

—Pero de entonces hasta ahora no ha vuelto á resentirse...

—A Dios las gracias. Y cuenta que bien me lo he temido, y también lo temía mi señora la Condesa, que fué golpe inesperado, y que mucho pesar le causó la súbita muerte del secretario Ramírez de Arellano.

—¡Pobre D. Juan! Hombre era de grande estima, y merecía toda la confianza del Conde. Nunca olvidaré que á él debí mi entrada en esta casa...

—Mucho os estimaba, aunque con razón, señor *Cervantes*; pues bien sé que os habíais conocido en vuestras mocedades en las jornadas de Italia, y muchas veces me refirió que erais un buen camarada en

la pelea por vuestro valor, y en el aposento por vuestro genio alegre, que siempre encontrabais modo de hacer llevaderos los trabajos.

—Eso se borre, Santillana, que hace muchos años es pasado; y decidme, ¿cuándo piensa partirse el Conde para su gobierno?

—Todavía no lo ha dicho, y pienso que ha de tardar; porque dicen que no ha de partir hasta dejar sentenciado el pleito que tiene con el Conde de Monterey sobre el estado de Viezma. Y á Dios quedad, que no tardará en venir aquí S. E., y no quiero que me encuentre parlando, parlando y mano sobre mano cuando sobra faena para todos.

## II

Triste y meditabundo, apoyado sobre el antepecho de una ventana, permaneció algunos minutos *Miguel de Cervantes,* descansando la frente sobre sus manos. El ruido de una puerta que se abría le sacó de sus cavilaciones, y al levantar la vista se encontró frente á frente con el Conde de Lemos.

—Preciso ha sido para veros que os enviase á llamar, señor *Cervantes*, dijo aquél con acento bondadoso, y como entre grave y chancero, pues, á lo que parece, no hacíais cuenta de volver tan presto.

—Desde el día en que vine á daros la enhorabuena por la merced que S. M. os había hecho, os declarasteis tan franca y resueltamente verdadero señor y bienhechor mío, que he temido ser molesto...

—Eso no se diga, que me enojaréis de veras: jamás cansan los hombres de talento; y si la adversidad los persigue, gracias doy al cielo que ha puesto en mis manos los medios de reparar su mala fortuna. Por otro lado, me habéis prometido continuar sin tregua la *Historia del famoso manchego,* que tantas otras historias lleva ocultas, y las demás obras que hace tiempo os ocupan, y por ello mis beneficios dejan de ser graciosos, desde que dan en interesados.

—Nobleza es, señor, disimular el beneficio; pero esto es inútil hacerlo para un corazón agradecido. Por eso, antes de calzar las espuelas á *D. Quijote* en su tercera salida, y de poner mano en la continuación de *La Galatea,* de quien sé está aficionado V. E., he recogido algunas obras mías de las muchas que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño, con el deseo de mostrar el mucho que tengo de serviros.

—¿Y cuáles son esas obras, señor *Cervantes*?

—Novelas breves son, aunque misterio tienen escondido que las levanta; y tanto, que á no haberse labrado en la oficina de mi entendimiento, presumieran ponerse con las más pintadas.

—Mucho me holgaré de verlas antes de que se dé orden de mi partida; y desde luego acepto la dedicación, y mi Contador os enviará algunos ducados para que crezcan en brazos de la estampa.

—Dispuestas tengo ya algunas, y enmendadas de como mi ingenio las engendró en los pasados años. De Sevilla recibí, no ha muchos días, algunas de las

que allá dejé en poder de varios amigos, y ocúpame de presente el trabajo de repasarlas. Mas de cualquier modo, ellas vendrán y serán leídas en las veladas de V. E. cuando fuere servido.

—Muy luego será. Y antes de pasar adelante, he de deciros, mi buen *Cervantes,* el motivo por qué os llamaba.

—Ya escucho.

—Pues, como sabéis, murió el buen Juan Ramírez cuando menos lo esperábamos, y cuando yo le reservaba el puesto, debido á sus merecimientos, de Secretario de Estado y Guerra del virreinato. Para llenar tan grande falta pensé en Lupercio Leonardo, y aunque temí que no aceptara, le escribí sobre ello, y muy luego debe llegar á Madrid en compañía de su hermano Bartolomé, y trayéndome además á su hijo D. Gabriel, de cuya felicísima memoria debéis estar informado.

—No puede caber duda de que con esos oficiales la Secretaría de Nápoles dará envidia al mismo Parnaso.

—Pues aún pienso confiarles el encargo de que lleven en calidad de agregados el mayor número posible de los buenos poetas de España.

—Yo os aplaudo el pensamiento; que por una parte favorecéis la poesía, que harto desvalida anda en estos tiempos, y por otra lleváis esparcimiento de los grandes cargos de la gobernación de un reino, tan ilustre como corresponde á la alteza de vuestro ingenio.

—Harto me pesa que vuestra edad y vuestros achaques sean impedimento para que me acompañéis, señor *Cervantes*.

—No lo fueran, señor, tales que no los venciera mi deseo de serviros, sin la dura carga que en mis hombros veo, de mujer é hijos, hermana y sobrina, que la fortuna me cargó pesada.

—Mas no creáis que por la ausencia habré de olvidar vuestros cuidados.

—Ni yo he de echar en olvido vuestros beneficios y bondades; y muestra serán de ello las obras que allá he de enviar bajo de vuestro nombre y protección, declarándoos siempre mi verdadero señor y firme amparo.

—Pues á Dios quedad; y festejaremos en amigable academia la llegada de los Leonardos con la lectura de esas obras que me decís os ocupan. ¿Cómo pensáis intitularlas?

—*Novelas Ejemplares;* porque no hay ninguna de que no se pueda sacar algún ejemplo provechoso.

## III

El tiempo señalado para la partida del Conde de Lemos estaba muy próximo. Todos los preparativos se habían terminado con la ostentación y pompa correspondientes al rango del personaje y altísimo cargo de que iba investido. El Rey le hizo merced de cuarenta mil ducados para ayuda de costa de la jornada.

Por su parte, el Secretario Lupercio Leonardo y Argensola había cumplido á maravilla el encargo que el Conde le confiara, y se encontraba en Madrid con su esposa Doña María Bárbara de Albión, su hijo y el Rector de Villahermosa, su hermano, todos dispuestos á trasladarse á Nápoles á la primera orden.

Presta se encontraba también la lucida corte de ingenios que había de acompañarlos. La elección había dado motivo á mucho escándalo y movimiento, intrigas y disgustos en el círculo literario de la corte. En las gradas de San Felipe no se habló de otra cosa en muchos meses. El *mentidero de Madrid* abultaba las novedades y aumentaba las noticias.

Entre los elegidos figuraban el Doctor D. Antonio Mira de Amescua, Arcediano de Guadix, su patria, notable poeta dramático alabado por *Cervantes* y por Lope de Vega; Gabriel de Barrionuevo, también poeta y autor de varios entremeses muy agudos y celebrados; Antonio Laredo y Coronel, Francisco de Ortigosa, y algunos otros jóvenes de claro talento, pero de menor nombradía.

Quevedo no quiso ir por entonces. Entre los desdeñados entraron D. Luis de Góngora, Cristóbal de Mesa y *Miguel de Cervantes*. Todos, según decía el *mentidero*, por su condición; según sus amigos, por su edad y sus achaques (*Cervantes* tenía sesenta y tres años, Góngora cincuenta, Mesa cuarenta y seis.) Si hubo otra causa ó razón, no se ha llegado á saber

Góngora se quejó en un soneto notable, diciendo:

El Conde mi señor se va á Napóles
y el Duque mi señor se va á Francia,
Príncipes, buen viage, que este día
Pesadumbre daré á unos caracoles.
Como sobran tan doctos españoles
A ninguno ofrecí la Musa mía,
A un pobre albergue sí de Andalucía,
Que ha resistido á Grandes, digo á soles.
Con pocos libros libres (libres digo
De espugnaciones) paso y me paseo,
Ya que el tiempo me pasa como higo.
No espero en mi verdad lo que no creo;
Espero en mi conciencia lo que digo;
Mi salvación es lo que más deseo.

Mesa se quejó también en términos muy claros, dirigiéndose al mismo Conde. *Cervantes* calló por entonces, fiando en las promesas que se le habían hecho; después, en el *Viaje del Parnaso,* se lamentó del olvido de los Argensolas, diciendo:

Que tienen para mí á lo que imagino
La voluntad como la vista corta.

Triunfante asimismo el Conde de Lemos, y muy gozoso por haber obtenido sentencia favorable en el pleito que sostenía con el Conde de Monterey, pues aunque la renta que ganó no pasaba de 4.000 duca-

dos, era hacienda de cualidad en Galicia, pasó á Lerma, donde se encontraban los Reyes, á despedirse de ellos, en los primeros días del mes de Mayo.

## IV

A 17 de Mayo de 1610 partieron de Madrid los Condes de Lemos para ir á embarcarse en Vinaroz. Fueron acompañados de toda la nobleza de España, y con grave aparato y demostración de grandeza, como requería el cargo que llevaban.

En Vinaroz los aguardaban las seis galeras de la escuadra de Nápoles, que el Rey les había mandado dar, y con ellas debía volver á España el Conde de Benavente, que cesaba en el cargo de Virrey.

La navegación fué próspera y feliz; y en los primeros días del mes de Junio dieron vista á la capital ilustre que se sienta á la falda del Pausilipo, y tomó el Conde de Lemos posesión del cargo que el Rey le confiaba.

## V

Grato recuerdo quedó en el reino de Nápoles de la gobernación del ilustre Conde.

Atento á la buena administración del Estado y á proteger los hombres industriosos, era inexorable y severísimo con los malvados y vagabundos que allí acudían de todas partes por la mucha comodidad y holgura en el vivir. De su justicia se citan ejemplos admirables.

Para la guardia de su persona y debida ostentación del cargo, tenía lucidísima escolta de españoles que vestían calzas enteras, armas doradas, picas con fundas de terciopelo, y penacho en el morrión con bravos cuellos y puños abiertos (1).

Las obras de embellecimiento y utilidad de la corte le merecieron señalada preferencia.

Ahí quedaron como insignes testimonios de su ilustración y amor á las artes el suntuoso palacio de los virreyes, el magnífico edificio de la Universidad, las grandes obras para reducir á campos amenos y salutíferos las lagunas y pantanos pestilenciales, y para conducir desde el Vesubio las aguas que hermosean la ciudad y fertilizan sus deliciosas vegas (2).

Mas á pesar de todos los cuidados no se descuidaban las letras. Había juntado el Conde-Virrey una lucida Academia de la que fueron iniciadores Lupercio Leonardo y Argensola, y el napolitano Juan B. Manzo, Marqués de la Vila. Llamáronla de los *Ociosos;* y en efecto, en ella pasaban los ratos que les dejaban vagar las tareas de la Secretaría todos los poetas que el de Lemos había llevado de España, y los principales de Italia.

Brillaba en aquellas agradables reuniones el joven D. Gabriel Leonardo por su felicísima memoria

---

(1) *Comentarios del Desengaño,* ó sea Vida de D. Diego Duque de Estrada, escrita por él mismo (Ms. de la Biblioteca Nacional.) *Memorial histórico español.*—Tomo XII.—Madrid: Imprenta Nacional; 1860.

(2) Navarrete.—*Vida de Cervantes,* pág. 183.

y festivo ingenio. Y no menos brillaba el insigne Virrey, cuyos elegantes versos excedían á los de Homero y Virgilio, al decir de sus comensales.

Recitábanse todas las noches las poesías que los escritores habían emborronado en la oficina; se aplaudían y corregían lo mismo las buenas que las malas, y se daban temas forzados de extraños asuntos para procurar recreo y variedad. Todos los ingenios que de diversos puntos llegaban á Nápoles, eran admitidos y obsequiados.

En entrando de las puertas adentro ninguno podía hablar, á menos que fuese en verso, so pena de ir pagando nieve y confitura, según el delito; con graciosísimas acusaciones y pleitos.

## VI

Representaciones de improvisadas comedias, por todo extremo disparatadas y graciosas, solían amenizar las veladas.

Memoria de una de éstas, que debió de ser harto célebre, nos ha conservado en sus *Comentarios* el mencionado D. Diego Duque de Estrada.

Era la bajada de Orfeo al reino de Plutón en busca de su consorte:

«Que no pudo á peor lugar
Llevarle tan mal deseo,»

según decía Quevedo.

Tocó el papel de Orfeo á cierto capitán Anaya, hombre de ingenio y chispa, que sacó por cítara unas parrillas forradas de pergamino, con que hacía un ruido desapacible. Representó *Proserpina* Bartolomé Leonardo y Argensola, cuya gorda catadura excitaba grandemente la risa del auditorio, y que llegó al extremo cuando le vieron acercarse á Plutón (que lo figuraba el secretario Laredo, sentado sobre un armario que le servía de trono) y decirle con mil dengues y remilgos:

Soy Proserpina; estoy en la morada
Del horrible rabioso cancerbero,
Que me quiere morder por el trasero...

á lo que Plutón contestó gravemente:

Bien hay en qué morder, no importa nada.

La función acabó en tragedia, ó á lo menos tragicomedia; porque al bajar Plutón del armario, cayó éste encima de los otros actores, saliendo todos, cuál más, cuál menos, lastimados.

## VII

Entre los muchos viajeros que visitaron al Conde en su capital, no pueden dejar de recordarse tres españoles insignes: D. Francisco de Quevedo Villegas, que fué allá fugitivo á consecuencia del caballe-

resco suceso de la iglesia de San Martín, en la noche del Jueves Santo del año 1611. El Gran Duque de Osuna, Embajador de España en Venecia, y el Conde de Villamediana, célebre en nuestra historia literaria por sus desenfadadas sátiras y por su trágico fin.

## VIII

Un desgraciado suceso vino á turbar la alegría de la ilustrada corte del Virrey.

En el mes de Marzo de 1613, falleció inopinadamente y tras brevísima enfermedad el secretario Lupercio Leonardo y Argensola.

El dolor del Conde de Lemos fué grandísimo.

La *Academia de los Ociosos* le consagró suntuosas exequias. Concurrieron los Príncipes y personajes notables de toda Italia; hubo poesías latinas, italianas y españolas; y en el túmulo, de maravilloso artificio, levantado para aquella fúnebre solemnidad, se colocaron inscripciones con grandes alabanzas del finado.

## IX

Vacante la plaza de cronista del reino de Aragón, que desempeñaba Lupercio Leonardo, quiso continuar en ella su hermano Bartolomé, para lo cual envió sus memoriales á los Diputados de la Corona; y para facilitar y esforzar sus pretensiones, escribió

también el Conde de Lemos á aquellos señores en los siguientes términos:

«El Secretario Lupercio de Argensola, cronista de »ese Reyno, es muerto, dexándome con el senti- »miento que se debe á la falta de tan gran sugeto, de »cuyo ingenio Aragón y toda España esperaba justa- »mente grandes frutos. Ha conformado su muerte »con la integridad de su vida, con lo qual, y con su »hijo que le sucede, hallo algún consuelo. Al oficio »de cronista que ahora vaca, y V. S. ha de proveer, »á mi juicio, supuesto que en la elección se ha de »atender á los méritos, que la obra y el ministerio »piden, no hay en España quien tenga tanto derecho »como el Doctor Bartholomé Leonardo, hermano del »difunto: pero no inferior ni casi en la edad. Mucho »antes que Lupercio con orden de ese Consistorio »tratase de continuar los Anales de Zurita y de pro- »seguirlos hasta nuestros tiempos, tenía el dicho »Rector hecho aparato y estudio para el mismo efecto. »De su caudal, de su estudio, y lenguaje latín y »español, casi en todos los Reynos de Europa hay »noticias y aprobación. Por lo qual, y por acudir á »mis obligaciones, que son tan sabidas, le suplico »á V. S. se sirva de darle este oficio; pues demás de »la merced que yo recibo, cumplirá ese Consistorio »con su conciencia y con el deseo universal, que sin »duda se endereza á lo mismo. De la importancia del »negocio, de la suficiencia de la persona propuesta, y »como he dicho, de mis obligaciones, se puede infe- »rir que no lo pido por cumplimiento, sino con las

»mayores veras que puedo, y de las mismas causas »infiero que hago lisonja á ese Consistorio y á ese »Reyno con habérselo suplicado.—Nápoles, 18 de »Marzo de 1612 años.—*El Conde de Lemos.*»

A pesar de tan buena recomendación, no obtuvo entonces Bartolomé el empleo de cronista que apetecía.

## X

Algunos meses después de este desgraciado acontecimiento, recibió el Virrey, con una carta de *Miguel de Cervantes*, la *Dedicatoria* del libro de *Novelas Ejemplares,* de que le había hablado antes de su salida de España, que venía fechada en 13 de Julio de 1613. Después dirigió *Cervantes* nueva carta al Conde para que admitiese la dirección de las *ocho comedias y ocho entremeses nuevos, nunca representados;* y no se hizo esperar la de la *Segunda parte del Ingenioso caballero D. Quijote de la Mancha*, ya aceptada por el Conde, como la de las *Novelas,* antes de su salida de Madrid.

En todas ellas aparecen las muestras del agradecimiento del escritor á los beneficios que la mano liberal del Conde de Lemos le prodigaba. Y es altamente satisfactorio el considerar que si el ilustrado magnate era el sostén y el amparo del escritor desvalido, éste en los rasgos de su pluma consagraba á la inmortalidad el nombre de su bienhechor.

Más debe el Conde de Lemos la fama de su nom-

bre y la inmortalidad de su fama á los libros que le dedicó *Cervantes*, pobre y obscurecido en Madrid, que al suntuoso palacio que, para mansión de los Virreyes, hizo levantar en Nápoles, y á los otros edificios con que engalanó la ciudad. De aquellos nadie recuerda hoy al autor, y han sido eclipsados por otros más ricos y más modernos. Las obras de *Cervantes* no han sido superadas y eternizan el nombre de sus favorecedores.

Sobre estar enfermo, estaba muy sin dinero el soldado de Lepanto, cuando en el último día del mes de Octubre de 1615 firmaba la *Dedicatoria de la Segunda parte del Quijote;* pero, *en Nápoles tengo*, decía, *al Conde de Lemos que me sustenta, me ampara y hace más merced que la que yo acierto á desear.*

## XI

Por muerte de Lupercio Leonardo, había confiado el Conde la Secretaría del virreinato á D. Gabriel Leonardo de Albión, su hijo.

Joven que apenas contaba veintiseis años, era, sin embargo, el D. Gabriel aventajadísimo y diestro en el despacho de los negocios; y de tan feliz memoria, que en una ocasión relató al Conde más de cien memoriales, sin equivocar las pretensiones, con haberlos leído una sola vez.

Otra demostración de su memoria prodigiosa refiere D. Diego Duque de Estrada, en su *Vida* citada antes. Dice que habiendo compuesto en cierta

ocasión diez décimas para recitarlas en la Academia, se las enseñó á D. Gabriel, el cual le dijo que las tenía escritas y las sabía de memoria. «*Enojóme tanto*, dice Duque de Estrada, *que quise »desafiarle, y empuñé la espada, diciéndole que no »era yo hombre que vendía por mío lo que él sabía »de memoria. Rióse de mi cólera diciéndome, pues »escuche: y díxome las diez décimas, sin que fal- »tase un tilde. Yo entré más en cólera, jurando »que había de matar al paje que me había tomado el »original; pero viéndome determinado, me dixo: »fuera cólera, y seamos amigos; que lo mismo hago »con una comedia y con un sermón.*»

Su propio padre, Lupercio Leonardo, escribía desde Aragón á Justo Lipsio, y hablándole de su hijo le decía: «*Filius est mi Gabriel, qui non dum decimun quintum annum aetatis explevit* (la carta está fechada en 9 de Diciembre de 1602, y, por lo tanto, se deduce que había nacido en 1588, que fué el siguiente al del enlace de Lupercio con Doña María Bárbara) *latinae: grecoeque linguae non ignarus; moribus candidissimis, puer meliori aevo, meliore patre dignus.*»

En manos tan expertas ponía el Conde la administración del reino, y á tales hombres confiaba el despacho de los arduos negocios de su gobernación; por eso no es de extrañar que los napolitanos vieran con señaladas muestras de disgusto cómo se iba aproximando el término del sexenio, y que demostraran sus sentimientos de adhesión, de afec-

to al Conde de Lemos cuando llegó el fin de su gobierno.

## XII

Cuando el Conde se disponía en Nápoles para emprender su viaje á España, se encontraba en Madrid á las puertas de la muerte, solo, triste, postrado y sin recursos, *Miguel de Cervantes Saavedra*.

El deseo más ardiente del gran escritor era saber la llegada del Conde á los puertos españoles. Con ella esperaba ver mejorar su suerte, aumentar sus recursos, harto escasos y reducidos para tan penosa enfermedad como la hidropesía, que le aquejaba; y tanto era su anhelo, que hasta creía había de prolongarse su existencia para besar las manos de su bienhechor.

No quiso Dios darle tan gran consuelo. Crecen las ansias, las esperanzas menguan; el tiempo es breve, el temor grande... Recibe el escritor ilustre la Extremaunción devotísimamente y con humildad cristiana, el lunes santo 18 de Abril de 1616; y al día siguiente, aprovechando un momento de tranquilidad, escribió al Conde aquella *Dedicatoria* sin igual, digna, como dice uno de sus biógrafos, de que la tuvieran presente todos los grandes y todos los sabios del mundo, para aprender los unos á ser magníficos, y á ser agradecidos los otros.

«*Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo tan celebradas, que comienzan*

Puesto ya el pie en el estribo,

*quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta epístola, porque casi con las mismas palabras puedo comenzar diciendo:*

Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran Señor, ésta te escribo.»

Tal fué el último recuerdo que *Cervantes* consagró al de Lemos. Al llegar éste á su palacio de Madrid recibió tan interesante *Dedicatoria,* con el pesar que puede imaginarse; y es de creer que por sus cuidados se dieron á la estampa *Los trabajos de Persiles y Segismunda.*

---

## PARTE TERCERA

(1616—1622)

### I

Divulgada la noticia del regreso del Conde, trasladáronse á Valencia, donde debía desembarcar, muchos de sus amigos y favorecidos, para recibirle

y abrazarle. Con ellos fué también *Lope de Vega*, que adoleció de una enfermedad bastante grave en aquella ciudad.

Al llegar á la Corte fué recibido el Conde de Lemos con grandes demostraciones; se le confió la presidencia del Consejo de Italia, y se le nombró gentilhombre de Cámara para el cuarto del Príncipe Don Felipe.

Ya en aquel tiempo comenzaba el Duque de Lerma á sentir que su poder é influencia vacilaban. El confesor del Rey, el célebre Fr. Luis de Aliaga, iba minando sorda y disimuladamente el terreno al favorito; y, para mejor logro de sus intentos, buscó y encontró, donde menos pudiera esperarlo, poderosos auxiliares. El hijo mayor del Ministro, Duque de Uceda, y el primer Secretario, Don Rodrigo Calderón, se unieron al Confesor para ayudarle en sus maquinaciones. La ingratitud se coligó con la soberbia; la ambición del mando fué lazo de la unión.

Conocía el de Lerma que un poder extraño y misterioso iba oponiéndose á su valimiento; pero no atinaba de dónde podía venir el golpe. No era fácil sospechar tanta perfidia.

El Duque temió, ó más bien adivinó, que la intriga se fraguaba entre la servidumbre del Príncipe. Entonces encargó al de Lemos se hiciera dueño de la amistad y confianza de aquél, procurando debilitar el influjo de muchos, de quienes, con harta razón, sospechaba. Pero ya fué tarde.

## II

Formábase la nube que había de descargar el rayo sobre el omnipotente Ministro. La atmósfera cortesana se iba cargando de intrigas. Pero adelantaban lentamente. El centro principal estaba en el cuarto del Príncipe D. Felipe, donde el gentil-hombre Don Gaspar de Guzmán comenzaba á dar muestras de lo que había de ser luego el Conde-duque de Olivares.

El Conde de Lemos, atento por una parte á cuanto podía traslucirse entre la servidumbre del Príncipe en interés de su tío el Duque de Lerma, empujando por otra el favor de que con aquél gozaba el enemigo, deseoso de derrocarle, no abandonaba por eso el estudio, ni dejaba el trato de sus amigos literarios.

Tuvo lugar entonces, en el mes de Octubre de 1617, la dedicación de la Iglesia Colegial de Lerma, acto que se verificó suntuosa y solemnísimamente. Asistió á las fiestas el Rey Felipe III; y cerca del anochecer del día 16, en la iglesia de San Blas, en un teatro muy adornado, con buena disposición y traza, se representó la comedia titulada *La casa confusa*, que el Conde de Lemos había escrito para aquella ocasión.

Sobremanera agradó al auditorio; y eso que verosímilmente debió separarse mucho del estilo de las que el público escuchaba en los teatros, cuando la calificaron por la primera cosa más conforme al Arte que se ha tenido en España.

Para la representación estuvieron unidos los comediantes mejores de diferentes compañías, bajo la dirección del famoso Pinedo.

Dió á fábula con nombre de *Confusa*
Límite alegre, en popular estilo;
Escribió Apolo, recitó la musa,
Añudando los labios á Zoílo:
Pluma, pues vuelas torpemente, escusa
Honores del que dellos es asilo;
Dió á la comedia fin, como al deseo,
Honesta Venus, lícito Himeneo.

Esto dice de la comedia el riojano Francisco López de Zárate, en el *Descripción poética de las fiestas de Lerma.*

La obra, sin embargo, á pesar de tan circunstanciadas noticias, y de figurar en los catálogos de Medel y de Huerta, no es conocida.

También *Cervantes* nos dice en *El viaje del Parnaso*, haber escrito una comedia titulada *La confusa*, que pareció en los teatros admirable, pero que tampoco ha podido descubrirse hasta hoy.

## III

Era uno de los primeros días del mes de Octubre de 1618.

Unidos se encontraban en la antecámara del Príncipe el Conde de Lemos y su primo el joven D. Fer-

nando de Borja, Comendador Mayor de Montesa, entregados á una grave conversación y de sumo interés, según las apariencias y sigilo con que hablaban, cuando fueron interrumpidos por un portero de Cámara, que entregó al de Montesa un pliego sellado de orden de S. M.

Abrirlo y palidecer, todo fué una misma cosa. Recogiólo el Conde de Lemos, lo leyó con rapidez, y palideció igualmente. Era orden soberana, desabrida y seca en el fondo como en la forma, para mandar á D. Fernando que nunca más volviese á hablar á solas con el Príncipe D. Felipe.

La intriga palaciega había triunfado. La influencia del confesor Aliaga empezaba á manifestarse. El Conde de Lemos hizo en aquel mismo punto la renuncia de sus cargos, conducta que imitó el Comendador de Montesa.

## IV

Dos días después fué comunicada al Duque de Lerma la orden que le preceptuaba salir de la Corte.

El Duque de Uceda, su hijo primogénito, le sucedió en la privanza y en el Ministerio. En la servidumbre de Palacio hubo grandes mutaciones. Las sátiras contra los caídos fueron muchas y corrieron por todas partes. ¡Espejo y desengaño fué la caída del Duque de Lerma, que siempre deben tener en la memoria los poderosos!

El Conde de Lemos, disgustado de tantas miserias,

quiso apartarse de los lugares donde tenían cabida, y sin más compañía que la de su esposa, se retiró á su villa de Monforte, y volvió á entregarse por completo á sus placeres favoritos, al estudio y á la poesía, huyendo de todo linaje de intrigas.

Tal vez su amigo Bartolomé Leonardo y Argensola hubo de preguntarle la causa de su voluntaria salida de la Corte:

Que, puesto que el dejarla en coyuntura
Que todos esperaban lo contrario
Les pareció elección de su cordura.
Porque el juicio de la Corte es vario,
Nos dijese la causa verdadera
Que lo redujo al trato solitario.

Y bien creemos que las razones que el mismo Bartolomé pone en boca del Conde, deben de ser, puestas en verso, las mismas que éste le diera para explicar su resolución. Merecen conocerse, y á no ser tan largo el pasaje, de buena gana lo insertaríamos íntegro. Oigámosle:

La ingratitud, que ocupa el poderío
De la Justicia, acrecentó accidentes
Tales, que ocasionaron mi desvío.
. . . . . .
Aquí ni la ambición finge á porfía,
Ni el inocente arado ó ruda azada
Ofrece á la privanza idolatría.

A la privanza, que con ver la espada
Que sobre su cerviz del pecho pende
Al pelo sutilísimo añudada.
Tanto á evitar los émulos atiende,
Que la virtud, que en otros pechos mira,
Sólo por benemérita le ofende.
No ve que si el favor se le retira
Y de las dos fortunas vence aquella
Que la gracia Real convierte en ira:
Luego sus confidentes atropella, etc.

. . . . . .

## V

Compartía el Conde los días en la meditación, el estudio y el cultivo de los campos. En la paz del hogar, con la felicidad del cariño de su esposa, transcurrían las largas veladas del invierno, y durante ellas bosquejaba sus obras poéticas, que por desgracia se han perdido; ó bien se entregaba al dulce placer de la correspondencia con sus amigos.

Al recuerdo de sus desengaños en la Corte se debió, sin duda, una de las pocas obras de su ingenio, que han logrado salvarse del olvido, y nunca se ha impreso, que sepamos. Bien es verdad que también algún crítico ha llegado á negarle la paternidad, suponiéndola compuesta por su inmediato sucesor.

Nos referimos á la que se intitula: EL BUHO GALLEGO.

Es una especie de apólogo en prosa, ó más bien

novela satírico-política, en que, bajo la forma de una ingeniosa alegoría, se trata de graves cuestiones. Los personajes son aves que concurren ó asedian al Buho para que abandone el soto de los Manzanares. En *El Buho Gallego*, cuyas heroicas virtudes envidiaban otras aves, fácil es reconocer al buen Conde, á quien los desengaños llevaron á vivir en Galicia, donde había nacido, y de igual manera reconocerían los contemporáneos á los palaciegos y cortesanos pintados en los tordos, en el pavo andaluz, en el sisón manchego, en el cuco aragonés y en todos los demás que allí se diseñan.

Para que no falte en este *Estudio* una muestra del estilo de la desconocida fábula, insertaremos aquí su principio, tomándolo del M. S. que tenemos á la vista.

## VI

Historia de *El Buho Gallego con las demás aves de España*, compuesta por el Excelentísimo Sr. Marqués de Sarriá, Conde de Lemos, en este año de 1620.

Erase un día de Abril florido, al tiempo que la estrellada diosa, vencida en la lucha del Aurora, corrida caminaba á los fines del ocaso; entonces los no enseñados Pajarillos, en tonos acordados, cantaban melosa (aunque confusamente) el triunfo de la venzedora; y ella, más penosa de haber dejado el tálamo de su dulce Amante que gloriosa del venzi-

miento presente, sin cesar derramaba tiernas lágrimas, que al mismo tiempo su consorte convertía en perlas y fino aljófar: venía, pues, el apuesto jayán con rostro alegre subiendo el recuesto del Oriente, culpando su tardanza por el lento paso del toro, en que tres días había que andaba caballero, sus dorados raios pregonaban ya por los más altos collados su llegada, y al tiempo que de ellos recibe la corona Guadarrama, el Buho Gallego, cansado de las largas y prolijas centinelas de las lóbregas y espaciosas noches de frío Ibierno; pensando tener algún descanso en tan alegre día, salió al Soto del humilde Manzanares, acaso bien descuidado del ocaso, ya sacudiendo sus alas del húmedo rocío de la noche, pensando reposar y gozar á su salvo de sol hermoso, le vino un penoso hazar, que al mismo punto le descubrieron una manada de tordos, ó sanchitos, que desde lo alto de un álamo cantaban en vascuense: Hora fuese envidiosos de que el Buho hubiese madrugado antes que ellos, ó envidiando otra virtud más heróyca que acaso conozían en él, y no les estaba bien confesarla, ó por lo que ello fuese; ellos se derramaron por el Prado, y convocaron á las demás aves de España á que, con razón ó sin ella, le obligasen á dejar el Prado; las cuales, por el amor que á los tordos tenían, con facilidad contusamente se resolvieron á su opinión; y juntas de tropel le acometieron con furia franzesa, pensando de aquella vez no dejarle cañón.

Nuestro Buho, reportándose lo que pudo, requirió

sus armas, y afirmándose en buena postura, resistió aquel primer ímpetu, y cuando vió que estaban aplacadas y en términos de poder mostrar con razones la poca que habían tenido en quererle ofender, y que no solamente no les había dado causa para ello, pero hécholes siempre mui particulares beneficios, dignos de perpétuos agradezimientos, limpiándoles y guardándoles sus tierras, echándoles de ellas las árabes y africanas aves, en tiempos que se las tenían ocupadas y puestas en extrema necesidad, convencidos con buenas razones á que le escuchasen, y haziéndoles un largo parlamento de las causas que había, para que no solamente no le aborreciesen, pero venerasen y reverenciasen; no sé si viéndose atajadas y corridas de lo hecho, porque el Buho les probó haber en su beneficio hecho bienes tantos que con ninguno le podían remunerar; buscaron caminos, aunque aviesos, para salir de tanta obligazión; y haciendo pleito el caso, sin fundamento de razón de justicia ni razón de derecho, le metieron á vozes, y cada uno de palabra, fué calumniando al Buho, no respetando virtud alguna que en él hubiere, y determinaron que cada una de ellas por sí, y en nombre de su patria, le capitulasen, y que el Buho satisfiziese por escrito.

Este acuerdo al Bubo le estuvo muy á cuento, á lo que mostró en su semblante; y así, olvidadas de las Armas, desterrada toda cólera, se sentaron á la sombra de un chopo frondoso, y rodearon al Buho Gallego un Tordo Vizcaíno, un Cernícalo Navarro, un Cuco Aragonés, un Milano Cathalán, una Mirla Va-

lenciana, una Golondrina de Murcia, un Pavo Andaluz, un Gilguero Portugués, cerraron el corro. El Ganso Castellano y el Sisón Manchego, como dueños del prado en que se hallaban, se sentaron dentro del corro, de manera que estaban en oposición del Buho. *Quien* así las viera *juntas aquel día, le pareciera junta de Córtes,* y á la verdad mucho se le parescía, porque estas aves, como digo, tomarían cada una la voz de su patria para sólo acusar el Buho, por salir de la obligazión que les probó tenerle; el agraviado de esto, deseoso de sacar de las tinieblas la sinrazón que sus émulos tenían para aborrecerle, primero que entrase en disputa particular, á todos en general les dijo, que si había alguna entre ellas que fuese de su bando, ó por lo menos se hallase desapasionada sin legítima causa de aborrezerle. Y aunque á la verdad estaba cierto que ninguna la tenía, hizo esta pregunta el Buho para si alguna de ellas se mostraba desapasionada, hacerla Juez de la causa. Todas ellas, á una voz, unánimes y conformes, respondieron que no= No penséis (dijo el Buho), que poco ufano quedo de esa respuesta, porque me da nuevos bríos de aszender á maior presunción, porque no hay cosa que más pregone y descubra la virtud que la envidia y aborrezimiento, y cuando no se hallara otra cosa ó razón para probaros que á todos os soy superior, sólo esta fuera, fuerza bastante, porque á la verdad nunca son envidiados los súbditos flacos, tímidos humildes, vestidos contrahechos, sino aquellos que ocupan altos y eminentes Lugares, ó tienen por razón de más

nobleza, antigüedad y limpieza, más acción á ocuparlos, y aunque de esta parte os pudiera traer muchas consecuencias, basta la que tenemos entre manos, que no me podéis negar que la nación española de todas es la más aborrecida y odiosa, no pienso que ignoréis la causa, pero de nuevo quiero referirla.

. . . . . .

## VII

Ocupado debía estar todavía en la composición y lima de su apólogo el Conde de Lemos, cuando recibió la visita de D. Juan de Espinosa, que se presentó en Monforte, fiando su acogida en una carta de Don Luis de Góngora. Tiempo había que el poeta cordobés no se comunicaba por escrito con sus Mecenas, y aprovechó la partida de Espinosa para solventar su deuda.

La carta decía así:

«*Exmo. Sr.:*

»He hallado mensajero de mi carta, i abogado de »mi culpa, que por tal juzgo la omision que he tenido »en besar a U. Ex. la mano por escrito. I assi me »atrevo ahora a romper el silencio, o por mejor de»cir, el encogimiento, suplicando a U. Ex. quando »no me perdone, no me castigue en su gracia, negán»dome el nombre de Capellan, i criado U. E. de que »yo tanto me honro. Sírvase U. E. de mandarme, »como es justo para que no esté ociosa una voluntad

»tan rendida. Guarde Dios a U. E. largos i felices »años con el acrecentamiento de Estados, que a sus »Capellanes nos importa. Madrid i Octubre 2. de »1620. años.=Exmo. Sr.=Besa los pies de U. Exm.= »Don Luis de Góngora.»

El Conde le contestó desde la Paradela en los siguientes términos:

«En qualquier tiempo que lleguen sus Cartas de »U. M. a esta casa, han de ser bien recibidas; porque »se que le nace del corazón la afición que tiene á las »cosas délla, i que el dejar de escribir a los amigos »no induce olvido, mayormente en quien tiene su in- »tencion tan bien probada, como U. M. Todo lo de- »mas que á este propósito pudiera decir, remito á »D. Juan de Espinosa, que ha hallado, poco ó nada, »en que ejercitar el oficio que U. M. le encargó de su »Abogado, i mucho en que echar de ver el deseo, que »por acá ai de acudir a cuanto se ofreciere del servi- »cio de U. M. como lo haré Yo a todos tiempos. »Guarde Dios, etc. Paradela, 25. de Octubre 1620.»

Tan afectuosa epístola movió á Góngora el deseo de hacer una visita al Conde en su villa de Monforte, y allá se dirigió en la Primavera del año 1621. El recuerdo de su permanencia al lado del ilustre magnate, fué consignado por el poeta en este soneto:

«Llegué á este Monte-fuerte coronado
De torres convecinas á los cielos,
Cuna siempre Real de tus abuelos

Del Reino escudo y silla de tu Estado.
El templo ví á Minerva dedicado,
De cuyos geométricos modelos,
Si todo lo moderno tiene zelos
Tuviera envidia todo lo pasado.
Sacra erección del Príncipe glorioso
Que ya de mejor púrpura vestido
Rayos ciñe de luz, estrellas pisa.
Oh! cuánto deste monte imperioso
Descubro! Un mundo veo! Poco ha sido,
Que seis orbes se ven en tu divisa.»

## VIII

Más de un año hacía que el buen Conde no recibía noticia alguna de sus doctos amigos de Aragón, cuando en voluminoso pliëgo llegó á sus manos una carta del Rector de Villahermosa, y con ella, sometiéndola á la censura y aprobación del ilustre prócer, una elegante cuanto interesantísima epístola en tercetos, que aquél dirigía á D. Fernando de Borja, y en la cual, bajo el disfraz del retirado del *gabancillo verde,* se describía la vida tranquila y feliz del Conde, lejos del bullicio cortesano, y se apuntaban discretamente las causas de su extrañamiento, tomándolas tal vez de cartas escritas por el Conde mismo, cuando él las calificó de *traslado muy puntual de la verdad.*

La *Epístola* es una de las mejores de Bartolomé Leonardo, tal vez porque el asunto prestaba amplísi-

mo campo á la inspiración filosófica del grave poeta. Desde luego se anuncia interesando.

Para ver acosar toros valientes
(fiesta africana un tiempo i después goda
que hoy les irrita las soberbias frentes).
Corre agora la gente al coso, i toda
ó sube á las ventanas i balcones
ó abaxo en rudas tablas se acomoda.
Así miraron Étnicas Naciones
míseros reos en Theatro impío
expuestos al furor de sus Leones.
Que tanto importa ver, Fernando mío,
de nuestra plebe un número liviano
que entra á pie con un toro en desafío:
Que ardiendo en la Canícula el Verano,
ni Edad, ni Sexo en todo el pueblo habita;
que falte al espectáculo inhumano?
Yo no concurriré por mi exquisita
austeridad, aunque el benigno indulto
ver fatigar las fieras me permita.
Y así te escribo, mientras que el tumulto
vulgar nuestro cuartel desembaraza
i en grata soledad me dexa oculto.

Escrito en nuestros días podrá parecer este relato á algunos lectores. Pasa después el Rector á explicar al de Montesa las causas que le mueven á no seguir el consejo que le daban de volver á la Corte.

Donde premia los méritos España;

y poniendo en contraste los excesos cortesanos con la sencillez de la vida campestre, se resuelve á pintar la

Soledad voluntaria de un amigo

que se ajustaba con el modelo,

Del cuerdo labrador que pinta Horacio,

y que no era otro que nuestro Conde de Lemos en su señorío de Monforte.

Censura y aprobación del contenido de esta preciosa epístola, envió el labrador á Bartolomé Leonardo, en fecha 9 de Agosto de 1621, en la siguiente carta:

## IX

«*Válgame Dios, Rector de Villapulcra, y qué profundo ha sido nuestro sueño! De aquí saco por cuenta cierta que Vm. y yo, que no somos más que yo y Vm., que quiere decir dos, hemos parecido siete de un año á esta parte. Ya ve dónde voy á parar con mi erudición; pues yo le perdono el silencio pasado, si todo este tiempo se ocupó en lamer el parto de los desiguales: y como quiera que sea le perdono su silencio por lo bien que habla en sus Tercetos. Elegantísima cosa, mi Rector, y un traslado muy puntual de la verdad.* Dæmonium habes, *y sino* quis tibi dixit *que tenemos en Monforte dos raleas de pan, uno que mira á la familia, y otro que miramos yo y mis comensales con mucho gusto, porque es muy blanco y muy sabroso, obra de un ingenio ó artificio*

*Portugués, que llaman ruedas alvares, traídas por arte mía, que es como decir arte del diablo, por el estrecho de Magallanes, Danian y todos los demás estrechos que encierran en sí, y con abreviatura, mire qual será un paso qne ha por nombre la cuesta de Velesar. Diferente es el paso de su capítulo, que dice así:*

> Quién sufrirá el silencio de una aldea
> desde que el sol su plebe agreste envía
> á sudar en los campos la tarea?
> Queda entonces tan sorda y tan vacía,
> que ni una voz (y á veces ni un ruido)
> suena en las horas útiles del día.

*¡Qué* plebe agreste, *qué* sudar la tarea, *qué* horas útiles! *Mal haya quien tal dixo, porque no lo dixe yo, ya se entiende que es de las maldiciones que amagan y no dan. Llenísimos vienen estos versos, no ha hecho mejor cosa en su vida, sólo me dá un tantirrico de fastidio aquella palabra,* ni un ruido. *Porque esta palabra está ya tomada en sentido de dependencia, y él la toma en su primitivo significado que es* sonido. *Dirame que también se dice* hacer ruido. *Respondo que como lo uno y lo otro nace del uso, no podemos desquiciarlo, y convinar de nuevo las voces; y si todavía tiene gana de porfiar y defenderse, podrá decir que no trueca estos frenos, ni hace más que restituir* in pristinum *ó al propio la palabra que anda desfigurada por tiranía del uso; y ansí tomó la pala-*

*bra* ruido *en su primitivo significado, esto es, para significar* sonido, *de lo que hay muchos exemplos en los Poetas Castellanos: y D. Diego de Mendoza dixo:*

Que yo callo aunque importuno,
huyendo de dar escusa;
porque quien la da, se acusa
si no se la pide alguno.

*He allí* importuno, *que significa, porque* sic voluit usus, *hombre prolixo, aunque en su propiedad quiere decir fuera de tiempo, y D. Diego le restituye á este sentido, que es el propio y primitivo.*

*No sé si he dicho algo, ó me he quebrado la cabeza.* Si vis enmendari, volo; ego te baptizo; *y digo ansi:*

Queda entonces tan sorda y tan vacía
que ni voz, ni otro objeto del sentido.

*Y si no para evitar la afectación ó vulgaridad filosófica:*

Que ni una voz, ni aun el menor ruido
suena en las horas útiles del día.

*Que aunque se quita ansí aquella palabrita* y á veces, *no hace falta, y antes queda más encarecido el silencio de una aldea.* Dixi: *y pásome al Turco.*

*Vm. presupone que me ha enviado ya dos veces la dedicatoria de Don Juan Witrian y sus intentos, y yo lo creo ansi, porque es muy honrado presbítero de Cartago, ó Cesaraugusta, que para mi que vivo en Monforte es todo uno; y digo verdad que hasta ahora no había llegado á mis manos nada de esto. Vm. acete la honra que me hace su amigo, y le dé infinitas gracias de mi parte, ofreciendo no sólo estimación de su buen ánimo, pero toda la gratitud que se le debe: tanto más habiéndome escogido por compañero con exclusión de otros, y tales, en esa traducción. Espérola ya con particular alborozo. Vm. le anime y pida en nombre de entrambos que la dé presto á la estampa; que aquí y donde quiera que me hallare, me honraré siempre mucho de verme impreso por mano de un hombre tan docto y tan insigne.*

*Vuélvome á la descripción del cortesano, y sepa que he gustado mucho del gavancillo verde: lindamente lo dice todo, y muestra como se han de juntar con gentileza virtudes contrarias en un sugeto. Digo que me agrada, no hay que decir. Del resto no se diga:* inopem me copia fecit: *y nuestro amigo el Virey puede adivinar harto, pues ha tantos días que traemos conformes dos corazones. Por horas. aguardo que mi madre me avise de Madrid; pero yo le prometo que estoy tan á mi placer, que nunca me parece que tarda este aviso. O gran felicidad!* Si non possis quod vis, vellis quod possis. *Lindos ratos me paso con los libros, y encomendarme á Dios. Todo*

*es risa,* mihi crede, nisi vivere jocunde; etc., severe mori. *Guarde Dios á Vm. como deseo.*

*Monforte 9 de Agosto de 1621.*

*A Gabriel mis encomiendas, y déle Dios lo que merece.*

El Conde de Lemos y de Andrade.»

## X

Según vemos en el contenido de esta carta, esperaba el de Lemos el poder correr á Madrid al lado de su madre. Quizá le inspiraba aquella confianza la variación ocurrida en el Gobierno al subir al trono Felipe IV. Tal vez no esperaba el rápido encumbramiento del nuevo favorito; ó creía que éste su antiguo compañero en el cuarto del Príncipe, haría justicia á las nobles cualidades de su carácter. Mucho se equivocaba. Conocía muy poco, á pesar de haber vivido siempre en la corte, los estrechos horizontes de la envidia palaciega.

Enfermó de gravedad, en Tordesillas, el desterrado Duque de Lerma. Para asistirle acudió allí su sobrino. Apenas convaleciente el enfermo, recibió aquél orden para que sin pasar á Madrid se tornase á Monforte.

En Agosto del siguiente año de 1622 fué atacada á su vez de gravísima dolencia, que muy luego la condujo al sepulcro, la anciana madre del Conde. Solicitó y obtuvo licencia del Rey para que su hijo pudiera venir á su lado; y acudiendo presuroso tuvo el

Conde de Lemos el consuelo de cerrar los ojos á su cariñosa madre.

A los dos meses no cumplidos murió el Conde, á 19 de Octubre de 1622. Hubo sospechas de que la muerte no había sido natural. A dar peso á esta conjetura concurre el billete que Lope de Vega escribió por aquellos días á su gran amigo el Duque de Sessa, y que se conserva autógrafo en la colección de sus cartas (1). Cada una de las frases del billete merece estudio y especial meditación:

«Duque mi Señor, yo no sabía nada del CONDE, »que Dios tiene; y prometo á V. E. que me ha dado »tal pesadumbre qual en mi vida la he tenido: por »ahora haze un año que sucedió la primera desgra- »cia: para la que es tan grande no hay consuelo, y »más habiendo caydo en ombre tan bien quisto; mu- »cho hay que hablar, y que no es para papel: yo »aguardo á V. E.; á quien me guarde Dios como yo »he menester.

»LOPE.»

## XI

Ante tamaña desgracia lloraron todos en la Corte de España; los menos, públicamente; los más, en secreto y con terror.

Contaba el Conde de Lemos cuarenta y seis años

(1) Archivo de la casa de Altamira.—*Cartas de Lope*, tomo XI, número 106 de las contenidas en él.

de edad cuando le alcanzó la muerte. De su matrimonio no había tenido sucesión.

Sobre lo que sucedió en su fallecimiento, dejemos hablar á un docto escritor (1):

«Su entierro fué suntuoso. Acompañaron al ca»dáver desde la casa mortuoria al Convento de las »Descalzas Reales, donde se le depositó, las Comuni»dades religiosas con hachetas encendidas; los señores »y grandes, vestidos de luto; cincuenta pobres y to»dos los criados de la casa. Iba descubierto, vestido »de blanco, manto Capitular de Alcántara, cuello »abierto y espada dorada, en hombros de los caba»lleros de su Orden. Presidían el fúnebre cortejo el »Conde de Castro, D. Francisco, hermano y sucesor »del difunto, el Conde de Benavente, y D. Duarte de »Portugal.»

## XII

Fué D. Pedro Fernández Ruiz de Castro y Osorio, Conde de Lemos, de Andrade y Villalba, Marqués de Sarriá, Comendador de la Zarza en la Orden de Alcántara.

Su retrato, grabado por Besanzón para la *Colección* de los *Españoles ilustres* que publicó la calcografía de la Imprenta Real á fines de la anterior centuria, nos le representa de noble y agraciada

(1) El Sr. D. Cayetano A. de la Barrera, en su *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español*, obra premiada por la Biblioteca Nacional en el Concurso de 1860.

fisonomía, frente espaciosa, nariz aguileña, boca simpática y expresiva y apuesto continente. Mucho debe tener de la figura del Conde; pues procede del *Teatro heroico-político del gobierno de los Virreyes de Nápoles*, y allí debieron retratarle buenos artistas, cuando contaba treinta y cuatro años.

No conocemos el epitafio que debió ponerse en la sepultura del Conde. Para llenar esta falta, terminaremos copiando el *Elogio* que le consagró *Lope de Vega*, en el *Laurel de Apolo,* seis años después de haber fallecido:

Galicia nunca fértil de Poetas
Mas sí de casas nobles,
Ilustres Capitanes y Letrados,
Por no dexar sus partes imperfectas
Cual blanca palma entre robustos robles,
Por donde los cabellos coronados
De mirto y de verbena,
El Sil anciano blandamente suena,
Un Príncipe llamaua
De Lemos, y del Monte de Helicona,
Porque juntar pensaua
Al coronel de perlas
Del Árbol de las Musas la Corona,
Y de un círculo solo componerlas,
Que perlas y laureles juntamente,
Adornan bien de un gran señor la frente.
Mas como ya pisaua las Estrellas,
O le besauan ya las plantas ellas,

Con manto militar, insignia verde
El claro y siempre amado señor mío,
Las esperanzas pierde
Y boluiendose Mar, anega el Río,
Que entrándose en el llanto de sí mismo
De Río se hizo Mar, de Mar Abismo
Y todos juntos, Río, Mar y enojos
No pueden igualarse con mis ojos.

# NOTICIAS CURIOSAS

## PARTICULARIDADES Y ANÉCDOTAS RELATIVAS Á CERVANTES Y AL QUIJOTE

---

### PRIMERA SERIE

En las obras que alcanzan celebridad y en las vidas de los hombres ilustres, todo es interesante y ameno. La posteridad desea tener conocimiento exacto de los menores detalles, de las más pequeñas aventuras, de lo que parece más insignificante, cuando se relaciona con los genios que la ennoblecen, con sus costumbres y caracteres; y nada quiere ignorar de los elementos que pudieron contribuir á sus inspiraciones y entraron á formar parte de sus obras.

Volúmenes enormes podían llenarse con las anécdotas que se han escrito, verdaderas ó supuestas,

con relación á la *Divina Comedia*, á la *Jerusalén libertada*, á la *Ilíada* y á *Los Lusiadas;* sobre Virgilio y sobre Camoens, y de los hechos de César, de Cristóbal Colón, de Napoleón el Grande y de *Cervantes*. Pueril y excusado trabajo, además, sería el de querer comprobar esta afirmación acumulando citas que ocurren á cualquiera fácilmente.

Si hemos apuntado la idea, ha sido como disculpa anticipada por la nimiedad de algunos de los rasgos que pueden acudir á nuestra memoria y salir de la pluma al recordar la varia suerte de la inimitable obra de entretenimiento, de la primer novela de todas las literaturas, de *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha;* porque bien se nos alcanza que podrán ser tachados de nimiedades, y aun de menos, si no se tiene el ánimo dispuesto y el paladar acostumbrado, por decirlo así, para saborear tales minucias literarias, ó no despiertan la curiosidad por referirse á tan hermoso libro y á su autor incomparable.

## I

### NOTICIAS ANTICIPADAS

A la verdad, la obra de *Cervantes* parecía predestinada á gran celebridad. ¿Cómo explicaremos, á no creerlo así, que no habiéndose entregado el *Quijote* á la imprenta hasta el último tercio del año 1604 (el privilegio concedido á *Cervantes* tiene fecha del 26

de Septiembre, y hasta entonces no pudo darse principio á la impresión), ya Lope de Vega se adelantase á manifestar su desagrado en carta fecha en Toledo á 14 de Agosto, en la que escribía: «*De poetas, no digo; buen siglo es este. Muchos están en ¿ierne para el año que viene; pero ninguno hai tan malo como* ZERBANTES, *ni tan necio que alabe á* DON QUIXOTE...?» La carta se conserva escrita de puño y letra de Lope; la mención es por demás extraña, no habiéndose impreso la novela.

Más de un mes antes del privilegio concedido á *Cervantes,* con la fecha de 22 de Agosto de 1604, se había dado licencia á Francisco Ubeda (seudónimo tras el que se ocultaba Fray Andrés Pérez) para imprimir un libro de entretenimiento, titulado *La Pícara Justina,* cuya edición debió ponerse á la venta al empezar el año 1605, pues ya en ese mismo la reimprimió en Barcelona el impresor Sebastián Cormellas. ¿Qué explicación tienen, por tanto, los versos que el autor pone en el capítulo IV del libro II, parte 3.ª, donde dice:

«Soy el Rey- de Picardi-
Más que la rud- conoci-
*Más famo-* que Doña Oli-
*Que Don Quijo-* y Lazari-
Que Alfarach- y Celesti-?»

¿Cómo podía ser *famoso* Don Quijote, cuando aun no había salido á luz la historia de sus aventuras?

No podrá tacharse de exageración al cervantista que sostenga que el libro que merece censuras de célebres escritores y se dice famoso antes de que pueda ser conocido, es un libro predestinado.

## II

### ERRATA NOTABLE

El *Quijote* debió aparecer al público á principios del año 1605. Lo persuade la fecha de la fe de erratas, que demuestra estaba terminada la impresión en 1.° de Diciembre de 1604; lo confirman los hechos, pues en 26 de Febrero y en 25 de Marzo de 1605, ya se dieron licencias en Lisboa á los editores Jorge Rodríguez y Pedro Crasbeeck para que pudieran reimprimirlo.

Estas licencias causaron gran alarma al librero Francisco Robles, que había comprado á *Miguel de Cervantes* el derecho de imprimir *El Ingenioso hidalgo,* y para prevenir la reproducción de ediciones en los reinos que formaban la corona de España, solicitó y obtuvo nuevo privilegio que comprendía á Aragón y Portugal, y puso en circulación inmediatamente nueva edición. Por cierto que insertó en ella el certificado de Portugal, pero no el de Aragón, y la misma falta se nota en la edición de 1608.

Las dos ediciones hechas por Juan de la Cuesta en el año 1605, son del todo diferentes, según se conoce por un simple cotejo. La precipitación con

que se hacía la segunda, se nota desde la página misma de la portada, en la que se dice «*Dedicada*... al Duque de Béjar, *Conde de Barcelona*» (título que solamente correspondía á los reyes de España), y se le pone señor de las villas de Capilla, Curiel y *Burgillos*.

## III

### PRIMERAS CORRECCIONES

A Lisboa y á otros puntos debieron expedirse muy pronto los ejemplares de la edición primera. Por alguno de ellos se copiaron las ediciones hechas en Lisboa por Jorge Rodríguez, en 4.°, y por Pedro Crasbeek, en 8.°; y la demostración es muy fácil, y ya la hemos hecho á otro propósito.

Llama la atención, que á pesar de lo atropellado y presuroso que anduvo el librero Robles para que saliera la nueva edición, todavía tuvo tiempo para poner manos en la obra de *Cervantes*, haciendo la variación y trueco de unas frases que desde luego debieron parecerle disonantes. En el cap. XXVI, al quedarse solo el buen hidalgo de la Mancha en las asperezas de Sierra Morena, cual otro Amadís de Gaula en las de la Peña Pobre, exclamaba:

«Ea, pues, manos á la obra, venid á mi memoria cosas de Amadís, y enseñadme por donde tengo de comenzar á imitaros; mas ya sé que lo más que él hizo fué rezar *y encomendarse á Dios: ¿pero qué haré de rosario que no le tengo? En esto le vino al*

*pensamiento cómo lo haría, y fué que rasgó una gran tira de las faldas de la camisa que andaua colgando, y dióla honze ñudos, el vno más gordo que los demás*, y esto le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo, donde rezó un millón de Ave Marías...»

En la segunda edición desapareció una parte de este concepto que, sin duda, pareció atrevido al librero, pues no creo de *Cervantes* las palabras que se sustituyeron. «Ea, pues, manos á la obra, dice la segunda edición, venid á mi memoria cosas de Amadís y enseñadme por donde tengo de comenzar á imitaros; mas ya sé que lo más que él hizo fué rezar, *y así lo haré yo. Y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque que ensartó, de que hizo un diez.*»

Es de notar que la Inquisición no puso reparo alguno, ni encontró censurable el concepto variado.

Las dos ediciones de Lisboa imprimieron la frase en su forma primitiva, como puede verse en los pocos ejemplares que de ellas se conservan, pues ambas son rarísimas, mucho más raras que las de Madrid de Juan de la Cuesta (1).

---

(1) El docto Sr. D. Pedro Salvá, ocupándose de la edición de Jorge Rodríguez, al número 1544, tomo II de su *Catálogo*, dice: «Si bajo el punto de vista literario las ediciones de Madrid tal vez sean preferibles á la portuguesa, *ésta las aventaja de mucho en cuanto á rareza;* conozco algunos ejemplares de aquéllas; DE ÉSTA NO HE VISTO OTRO.» He tenido ocasión de ver cuatro ejemplares de la de Rodríguez: el que fué de Salvá, vendido en París en 1892; el que posee D. Leopoldo Rius, en Barcelona; el del marqués de Jerez de los Caballeros, en Sevilla, y el que tengo en mi colección. Salvá no logró adquirir el de Pedro Crasbeeck, sin duda *el más raro de todos*, de que poseo un precioso ejemplar.»

Y á la verdad, ese párrafo hace falta en su lugar, en los términos mismos en que fué escrito por *Cervantes*; porque más adelante, en el cap. XXXV, al penetrar cuantos en la venta se encontraban en aquel camaranchón donde sostenía D. Quijote descomunal batalla con los gigantes cueros de vino tinto, le hallaron en el más extraño traje del mundo. Estaba en camisa, «*la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detrás tenía seis dedos menos...*» ¡Como que le faltaba la *gran tira* que el loco le había arrancado antes!

Como en el estudio de la grande obra de *Cervantes* nunca dejan de encontrarse novedades, ha poco tiempo tropezamos con otra corrección hecha en las dos ediciones de Lisboa, que no fué aceptada por ninguna de las castellanas.

En las dos impresas por Juan de la Cuesta y publicadas en 1605, en el cap. XIII, que corresponde á la parte segunda de las cuatro en que entonces se dividía el tomo primero, encontramos el pasaje siguiente: Encaminábanse Don Quijote y los que le acompañaban á aquel punto de la sierra donde debía tener enterramiento el cuerpo del pastor Grisóstomo, y por la conversación del Hidalgo pronto vinieron en conocimiento los caminantes de su falta de juicio: «Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condición, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decían que les faltaba, al llegar á la sierra del entierro, quiso darle ocasión á que pasase más adelante con sus disparates. Y así, le dijo:

*Paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las más estrechas profesiones que hay en la tierra; y tengo para mí que aun la de los frayles Cartuxos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podía ser, respondió nuestro Don Quixote, pero tan necesaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponello en duda. Porque si va á decir verdad, no hace menos el soldado que pone en execución lo que su capitán le manda, que el mesmo capitán que se lo ordena. Quiero decir, que los religiosos, con toda paz y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra: pero los soldados y caualleros ponemos en execución lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros braços y filos de nuestras espadas. No debaxo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el Verano y de los erizados yelos del Invierno. Assí que somos ministros de Dios en la tierra y braços por quien se executa en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra y las á ella tocantes y concernientes no se pueden poner en execución sino sudando, afanando y trabajando, síguese que aquellos que la professan tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sossegada paz y reposso están rogando á Dios favorezca á los que poco pueden. No quiero yo dezir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de cauallero andante como el del encerrado religioso, sólo quiero inferir, por lo que yo padezco, que sin duda es más trabajoso y más aporreado,* etc.»

Esta comparación entre la vida sosegada del reli-

gioso y la trabajosa del caballero, puesta en boca de un monomaníaco por el autor ilustre, pasó sin tropiezo ante los censores de la obra en Valladolid; pero en Lisboa fueron más escrupulosos y no la miraron con buenos ojos, pues lo mismo en la edición hecha por Jorge Rodríguez que en la de Pedro Crasbeeck falta todo lo que hemos copiado en letra cursiva, enlazándose los conceptos de manera que no pudiera ser muy notable la falta.

Y es de advertir que solamente en las dos ediciones de Lisboa se hizo esa supresión, pues tanto en la tercera de Madrid de Juan de la Cuesta en 1608, después que ya podía ser conocido en España aquel escrúpulo, como en las de Bruselas de 1607 y Milán de 1610, se encuentra el pasaje en la forma que lo escribió *Cervantes*. Aunque también debemos convenir que el concepto es sobrado dudoso y atrevido, escrito por un soldado de Lepanto y de las Terceras, que había observado con disgusto las mezquinas y escasas recompensas otorgadas á los gloriosos defensores de la patria.

Muy poco tiempo después puso mano en el texto del *Quijote* otro corrector desconocido, pero no desacertado.

La primera edición de *El Ingenioso hidalgo* que se hizo fuera de España, es la que estampó en Bruselas Huberto Antonio en el año 1607, tan preciosa como todas las que salieron de sus talleres, y hoy extremadamente rara.

El texto, dice el inteligente cervantista inglés

Mr. Henry Edward Watts, fué revisado por algún lector asaz perito que, espontáneamente (sin autorización de nadie), hizo en él varias correcciones, con acierto tal, que algunas adoptó más tarde la Real Academia Española. La más notable de todas es el intento de poner en orden los pasajes que se refieren al robo del rucio de Sancho Panza, tan trocados en las ediciones de Juan de la Cuesta.

Parece que en Bruselas fué también donde apareció alterado por primera vez el título de la obra. En el año 1662, el editor Juan Mommarte, publicó una edición, que fué la primera que salió adornada con láminas, y la llamó VIDA Y HECHOS *del Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha*, título muy conforme con el gusto de la época, pero muy alejado de lo que pensó *Cervantes*.

## IV

### ¿FALTAN CAPÍTULOS EN EL QUIJOTE?

Hace muchos años, en los primeros del siglo XIX, circuló entre los literatos de toda Europa la estupenda noticia de que existían muy ocultos en una biblioteca pública de Alemania algunos capítulos del *Quijote,* cuya publicación no se había permitido en España en el siglo XVII, y habían quedado inéditos y desde entonces desconocidos.

¡Eran autógrafos de *Cervantes!* ¡Se trataba de un trozo desprendido de *El Ingenioso hidalgo!* Calcule

el menos impresionable de los lectores la sensación que produciría tal anuncio. Y se dió al asunto toda la gravedad, importancia y prosopopeya que convenía. Llegaron los papeles desde la biblioteca de Francfort á manos del ministro plenipotenciario de Prusia en París, pues se quería consultar á los más ilustres literatos y á las Reales Academias, disponiéndose aquél embajador á remitirlos á Madrid con las seguridades convenientes, por mediación de la Estafeta oficial... pero no fué necesario tanto.

Habían pasado algunos años. Era ya á fines de 1823. Los sucesos políticos de España habían producido graves trastornos. La entrada en nuestra patria de los cien mil franceses al mando del duque de Angulema, y la reacción violenta que se inició al salir de Cádiz el rey Fernando VII, hicieron emigrar á cuantos más ó menos directamente habían tomado parte en la jura de la Constitución y en el gobierno liberal desde el año 1820 al de 1823, y se encontraban en París casi todos los hombres ilustres de España en ciencias y en las letras, como en artes y en política.

Tuvo el buen acuerdo el embajador de Prusia de consultar con eminentes literatos españoles, y fué tal y tan decidida la opinión que éstos manifestaron, que para evitar un paso en ridículo se devolvió inmediatamente el manuscrito á la biblioteca de Francfort, de donde nadie ha pensado en ir á sacarlo desde entonces.

Y es de lamentar, á pesar de todo, que no se haya

dado á la prensa ese intento de adición á las aventuras de Don Quijote, sea quien fuere su autor, aunque no lo mereciera por su mérito intrínseco, siquiera á título de curiosidad.

### *Capítulos de mi* Don Quijote de la Mancha, *no podidos publicar en España*

Tal era el epígrafe del manuscrito, según lo escribe D. Diego Clemencín, refiriéndose á un documento que tiene la Real Academia de la Historia, y parece debían ser colocados después del capítulo LXII de la *Parte Segunda;* pues en la visita á la imprenta, que en él se refiere, vió Don Quijote las esquelas de invitación para un baile de máscaras en el palacio del gobernador de Barcelona, y ofreció asistir á él con su escudero; preparándose de este modo la ingerencia de los nuevos.

El primero de estos capítulos trata *de lo que sucedió á Don Quijote en un baile de máscaras.*

Copiamos el extracto que hizo Clemencín:

«Don Quijote se presenta en el baile armado y sin máscara, y Sancho vestido de disciplinante, en compañía de los amigos de Don Antonio. Por sugestión de éste, una dama requiebra á Don Quijote y le pide la saque del cautiverio en que la tiene un viejo tutor, quien para apoderarse de su hacienda trata de casarse con ella. Después Sancho, despeluznado y desenmascarado por los tirones que le habían dado los muchachos y los que no lo eran, dice á su amo que

ha visto los preparativos para la cena, y para disfrutarla desea que se acabe el baile. Al sentarse á la mesa los convidados, la dama quiere ponerse al lado de Don Quijote; el tutor se lo impide, ella llora y se queja al caballero manchego, quien enristrando su lanza arremete al tutor y derriba la mesa, y se concluye la fiesta con una paliza dada á Don Quijote y algunos palos de añadidura á Sancho.»

El segundo capítulo se intitulaba: *Desenlace de la aventura ocurrida en las máscaras.*

«Don Quijote se cura casi repentinamente con su famoso bálsamo. La dama enamorada va á verle, y Sancho, que había oído una cierta conversación entre ella y Don Antonio, se lo avisa á su amo, quien echando la culpa de todo á los encantadores, accede á las instancias de Don Antonio para ir á las galeras que estaban en el puerto, lo que regocija mucho á Sancho, por no haberlas visto nunca en su vida.»

Y entonces llegaba su vez al actual capítulo LXIII, que refiere la visita á las galeras y lo mal que le avino con ellas á Sancho Panza, que debería pasar á ser el LXV.

## V

### PRIMERA VARIACIÓN

#### LA DEDICATORIA

La segunda edición de *El Ingenioso hidalgo* que se imprimió fuera de España, novena en orden entre las conocidas hasta hoy con certeza de la *Primera*

*parte,* es la estampada en Milán *por el heredero de Pedromártir Locarni* y *Iuan Bautista Bidello*, en el año 1610.

Es un precioso volumen en 8.°, hoy también de extremada rareza; y los editores suprimieron la *Dedicatoria* de *Cervantes* al Duque de Béjar, y la sustituyeron con otra suscrita por los mismos, dirigida al Conde Vitaliano Vizconde. Por ser la primera variación que se hizo en el *Quijote*, por los conceptos que en ellas se estampan, y por ser casi desconocida para los que no son muy versados en la literatura cervantina, juzgamos de curiosidad el insertarla.

*«All' illmo. Señor Sig. Conde*
*Vitaliano Vizconde.*

»Cumple á los grandes como lo es V. S. Illustriss. el entender todo género de lenguas principales con las cuales se han de tractar los mayores negocios, que en el discurso de tiempo se les puedan ofrecer. Y habiendo nosotros sabido que entre los más graves estudios en que V. S. Illustriss. pasa su pueril edad *tiene á las vezes gusto de la lengua castellana, agora hecha muy familiar á los Caballeros de esta ciudad tan noble;* por esta razón nos atrevemos á dedicar á V. S. Illustriss. el libro español del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha,* que de nuevo hemos impreso, *sin hazerlo traduzir en lengua toscana, por no le quitar su gracia, que más se muestra en su natural lenguaje que en cualquiera traslado.* Vaya

por toda Italia este libro con el escudo del nombre de V. S. Illustriss., de cuya resplandeciente y antigua nobleza no es menester decir muchas palabras en esta carta, pues con muchas no se acabaría. Bástanos suplicar á V. Sig. Illustriss. se sirva de conservarnos con el libro en su buena gracia. Y guarde Dios siempre y acreciente su Illustriss. persona como puede y nosotros deseamos. De Milán á 24 de Julio de 1610.

»Illustriss. Sig.

»Criados de V. S. Illustriss. que sus manos besan,

»*Los herederos de Pedromártir Socarni*
»*y Juan Bautista Bidello.*»

Nueva prueba ofrece esta *Dedicatoria* de que en los principios del siglo XVII *era muy familiar* á la nobleza italiana la hermosa lengua española; y así se explica que tantos y tantos libros de historia, de literatura, muchos de ciencia y artes y hasta algunos *de caballería,* se estampasen primorosamente en Milán, en Nápoles y en Venecia. Pero no es menos de notar el aprecio en que se tenía el lenguaje de *Cervantes*, cuya obra no se traducía *por no le quitar su gracia, que más se muestra en su natural lenguaje, que en cualquiera traslado;* y á la verdad no diría más en la época presente el más apasionado cervantista.

## VI

### ALUSIONES EN «EL QUIJOTE»

Indudablemente las primeras alusiones que los contemporáneos de *Cervantes* creyeron ver en su libro, fueron á personajes de la corte; si de algo embozado se le calificó fué de sátira política.

Era apreciación equivocada; pero error nacido de la profundidad misma de la obra en su aparente superficialidad.

Las alusiones á empresas del emperador Carlos V, parecen del todo inverosímiles. *Cervantes* siempre habló con entusiasmo de aquel rayo de la guerra, y nada hay en el tono general de su obra, ni en el carácter de *El Ingenioso hidalgo,* que fundadamente pueda referirse al del gran monarca de la casa de Austria, ni tomarse por parodia de su glorioso reinado. No fueron, sin embargo, del todo gratuítas las sospechas de los lectores, aunque bajo otro concepto, y en algo pudieron encontrar asidero los maliciosos para dar pábulo á las suposiciones.

En el *Epítome de la vida y hechos del invicto Emperador Carlos V*, que escribió D. Juan Antonio de Vera, Figueroa y Zúñiga, conde de la Roca, refiere que: «tal vez le quitaron la espada desnuda de la mano, que, sin poderla sustentar, *aspiraba á esgrimir con las figuras armadas de los tapices;* y otras le cogieron con el instrumento que más á mano halló,

*irritando por entre las verjas de una jaula los leones que había en ella,* con tan posible peligro, que por asegurarle las cerraron de todo punto.»

Estas y otras semejantes anécdotas de la niñez de Don Carlos, corrían entonces de boca en boca y fueron de todos conocidas; y bien se comprende cuán fácil cosa era que se evocara su recuerdo después de leída *la descomunal batalla que tuvo Don Quïjote con unos cueros de vino;* ó de ver al hidalgo esgrimir la espada contra las figuras del retablo de Maese Pedro, que si no eran tapices cerca le andaban, y desafiando la fiereza de los leones sin reparar en el peligro. No es necesario tanto para que en la imaginación del pueblo nazca y se grabe una conseja, se fije un concepto cuyas proporciones vayan creciendo gradualmente y separándose de la verdad primitiva hasta formar una historia completa y destituída absolutamente de fundamento.

Fácil era que *el Caballero de los Leones* recordase al Emperador, más aún si se pararon mientes en el epitafio que el bachiller Sansón Carrasco puso en la sepultura de Don Quijote, expresando que

Tuvo todo el mundo en poco:
*Fué el espantajo y el coco*
*Del mundo,* en tal conyuntura,
Que acreditó su ventura
*Morir cuerdo* y vivir loco.

Sin ser vulgo ni pasarse de maliciosos, vienen á

la memoria, al leer tales conceptos, la vida del vencedor de Pavía y los últimos años del solitario de Yuste.

Cierto parece que en los despachos de Simón Contareni á la Señoría de Venecia, y de algún otro embajador, se indicaba que se había publicado en Madrid un libro con el título de *Don Quijote,* que era sátira embozada contra la privanza y gobierno del Duque de Lerma.

Aún más explícitos, según lo manifestado por sir H. Rawdon Brown, que estuvo encargado por el ministro de Negocios Extranjeros de Inglaterra de examinar los archivos secretos de Venecia, hubieron de ser los embajadores Francisco Priuli y Francisco Morosini, denunciando en primer lugar la insignificante protección que prestó el Duque de Lerma á los planes de Emmanuel Filiberto de Saboya; protección que fué contraproducente, y que, á su decir, parodiaba *Cervantes* en la aventura del muchacho Andrés, vapuleado por el ganadero Haldudo, y *más recia-mente después de la protectora intervención del Ingenioso hidalgo;* representando éste al Duque de Lerma, Haldudo á Enrique IV de Francia, y siendo el castigado Andrés el monarca saboyano.

Conforme á lo que de los mismos despachos se desprende, Sancho Panza sería ridícula é intencionada representación de D. Pedro Franqueza, uno de aquellos dos Secretarios, hombres de la mayor confianza, que despachaban todos los negocios al Duque de Lerma, y al cual fueron entregados *tres* de los *cinco* hijos de Emmanuel de Saboya cuando fueron

llamados á España para que aquí vivieran y fueran conocidos, en la previsión de que, por falta de sucesión del rey Felipe III, pudiera recaer la sucesión de la corona en el príncipe Felipe, como hijo de la hermana del Rey, Doña Catalina de Austria.

A esta llegada, de *tres de los cinco* hijos de la Princesa, alude claramente, en sentir de Sir H. Rawdon Brown y de los despachos que registrara, la letra *primera de pollinos*, firmada por Don Quijote en las asperezas de Sierra Morena, mandando á su sobrina entregara á Sancho Panza (D. Pedro Franqueza) *tres de los cinco* que había dejado en casa.

El nacimiento de Felipe IV en 8 de Abril de 1605 dió término á aquellas esperanzas, poniéndolo también á muchas intrigas cortesanas; y á esto sin duda, en consonancia con lo anterior, aludió *Cervantes* al escribir en el romance que incluyó en *La Gitanilla:*

Esta perla que nos diste,
Nácar de Austria, única y sola,
¡Qué de máquinas que rompe!
¡Qué de designios que corta!
¡Qué de esperanzas infunde!
¡Qué de deseos malogra!
¡Qué de temores aumenta!
¡Qué de preñados aborta!

Tanto aquellas como estas alusiones, hijas pueden ser de la malicia de los lectores, rebuscadas por la pasión ó deducidas por la agudeza de ingenio sus-

picaz; pero hay en la parte primera del *Quijote,* al capítulo XIX, una aventura, *que sin artificio alguno verdaderamente lo parecía,* y que es recuerdo indudable de un suceso reciente que ocurrió en el tiempo que *Cervantes* vivió en Andalucía, y de cuyas circunstancias, ó de algunas de ellas á lo menos, pudo ser testigo presencial el gran escritor.

Refiere el P. Fr. Jerónimo de San José en la *Vida* que escribió *del beato P. San Juan de la Cruz* (1), que el sábado 14 de Diciembre del año 1591 falleció en el convento de Ubeda aquel admirable religioso, víctima de fiebres que había tiempo le aquejaban. Fueron muchos los casos milagrosos que acompañaron á su muerte; y movidos de su gran devoción los Sres. D. Luis Mercado y Doña Ana de Peñalosa, fundadores de un convento de Carmelitas en Segovia, sacaron orden del Consejo Real y patente de la religión, según expresa el cronista, para trasladar el cuerpo del venerable desde Ubeda á Segovia.

No pudo tener efecto la traslación la vez primera que la intentaron, á los nueve meses de habérsele dado sepultura, porque el cuerpo se encontraba fresco y flexible, despidiendo una agradable fragancia; y se contentaron por entonces con cortarle para reliquia uno de los tres dedos con que escribía, que estaban lúcidos y transparentes.

---

(1) *Obras espirituales que encaminan á un alma á la más perfecta unión con Dios...*, por el... beato P. San Juan de la Cruz. En Sevilla, por Francisco de Leefdael, 1703; un tomo en folio marquilla.

«Al año siguiente, pasados otros nueve meses (en 1593), volvieron con los mismos despachos: desenterrándolo á deshora, y hallándole entero, aunque más enjuto, un alguacil de corte lo acomodó en una maleta para mayor disimulo. En su ejecución sucedieron algunas maravillas. *La más notable fué que antes de llegar á Martos, por donde iban el alguazil y sus compañeros por desmentir las espías, de repente se les apareció un hombre, que á grande vozes les dixo*: ¿Dónde llevays el cuerpo del santo? Dexadle donde estaba. *Aunque causó pavor al alguazil, pasó adelante.*»

Otros escritores añaden que no fué una, sino varias las apariciones misteriosas que intentaron impedir el viaje del alguacil, y una de ellas la de un hombre á caballo que les preguntó qué era lo que allí llevaban. Léase después de tales antecedentes la aventura *del cuerpo muerto* que llevan á enterrar de Baeza á Segovia, y no se dudará de la alusión que encierra, por más que *Cervantes*, con singular ingenio y consumada maestría, la revista de novelescos accidentes para no ofender el sentimiento religioso que inspirara aquel piadoso robo, ni la veneración del santo á quien se refería. Aun así, nos llama la atención que se permitiera estando todavía tan recientes los hechos.

Muchas, muchísimas alusiones debe contener el *Quijote* á personajes y sucesos que el autor pudo observar por sí mismo; lo difícil es conocerlas y señalarlas sin incurrir en error, ni dejarse llevar de la

fantasía á espacios imaginarios, como á más de un escritor ha sucedido. Hace dos siglos y medio podían descifrarse muchas; hoy se hace casi imposible conocerlas.

Terminaremos recordando la discretísima reflexión de D. Martín Fernández Navarrete, que apreciando debidamente la elevación de la crítica cervantina, su universal comprensión y alcance, defiende al autor de la nota de inverosímil con que algunos califican el gobierno de Sancho en la Ínsula, y dice: «Observación práctica hecha por el mismo *Cervantes* y acomodada en esta invención; *la cual es por esto* (añade Manuel Faria y Sousa) *tan verosímil, como cierto haber muchos Sanchos Panzas en tales gobiernos; y de esta manera escriben y piensan y reprenden los grandes hombres*. Otras impugnaciones hay más detenidas, aunque disfrazadas con un velo muy delicado, por ser de tal naturaleza que podían acarrearle persecuciones en descrédito de su religiosidad y patriotismo. Quien lea con atención las aventuras de la cabeza encantada, del mono adivino, la inopinada y silenciosa prisión de Don Quijote y de Sancho por los criados del Duque, el fingido funeral de Altisidora, aventuras que califica del *más raro y nuevo caso* de cuantos se contienen en su historia, comprenderá fácilmente que encierran alusiones misteriosas que no le era lícito desenvolver...»

# SEGUNDA SERIE

## I

Muy poco tiempo después de haber salido al público, estampada por el conocido impresor Juan de la Cuesta, la *Primera parte de El Ingenioso hidalgo*, era ya grande su celebridad y bien conocido su mérito. Justifican lo primero seis ediciones, cuando menos, hechas en España en el mismo año 1605; la de Bruselas, 1607; la de Madrid, 1608, y las de Milán, 1610, y Bruselas, 1611, pues todas ellas demuestran que se habían agotado las anteriores, y por eso son hoy tan extremadamente raras. Y esto cuando aun no se había dado á luz más que una parte de la historia del héroe, por donde se viene á entender cuan bien informado estaba *Cervantes* al escribir en el capítulo tercero de la *Segunda parte*: «tengo para mí que el »día de hoy están impresos más de doce mil libros de »la tal historia; si no díganlo Portugal, Barcelona y »Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama »que se está imprimiendo en Amberes.»

Lo segundo se acredita por la referencia que hace un escritor contemporáneo, de cuya exactitud y veracidad no puede dudarse, y mucho menos teniendo en cuenta la calidad de las personas de que habla.

Cuenta Baltasar Porreño, en su libro *Dichos y hechos del rey Don Felipe III* (1), que estando aquel monarca asomado á uno de los balcones del antiguo alcázar de Madrid, «espaciando la vista, observó que »un estudiante, junto al río Manzanares, leía un li»bro, i de quando en quando interrumpia la leccion, »i se daba en la frente grandes palmadas, acompa»ñadas de extraordinarios movimientos de plazer i »alegria; i dijo el Rey: *Aquel Estudiante ó está fuera »de sí, ó lee la Historia de Don Quijote:* i luego se »supo que la leía, porque los palaciegos suelen inte»resarse mucho en ganar las albricias de los aciertos »con sus amos en lo que poco importa.»

Con harta razón observan algunos biógrafos de *Cervantes*, haciendo comentario á esta anécdota, que el aprecio en que el rey D. Felipe tenía *El Quijote*, no le movió á ocuparse en proteger á su autor; así como tampoco los cortesanos que corrieron á investigar las causas de la alegría y transportes del estudiante, y supieron pedir albricias al soberano, celebrando su perspicacia, se acordaron de decir que el escritor de la regocijada historia era un veterano inválido y necesitado, siendo obra al par meritoria y patriótica el aliviar su triste situación.

Era esta, por desgracia, harto notoria, tanto en España como en la nación vecina, donde se buscaban con avidez sus escritos, y se multiplicaban las ediciones de *El Ingenioso hidalgo*, que muchos leían en su

(1) Madrid: Sánchez, 1663, en 8.°

lengua original, común entonces á todas las personas instruídas.

Desempeñaba el licenciado Francisco Márquez Torres los cargos de capellán y maestro de pajes del Arzobispo de Toledo Don Bernardo de Sandoval y Rojas, cuando al comenzar el año 1615 llegó á Madrid como embajador de Francia el Duque de Mayenne para apresurar la terminación de los casamientos concertados desde tiempo atrás, y que pasara allá la Infanta Doña Ana de Austria, prometida del Delfín Luis XIII, y futura madre del gran Luis XIV. El Duque traía lucido y numeroso acompañamiento de nobles franceses, caballeros de gran ilustración apasionados de las letras españolas. Visitó el embajador al Cardenal, cumpliendo las leyes de la etiqueta cortesana; y cuando el Príncipe de la Iglesia fué á pagar la visita al Duque, acompañado de sus familiares, se entabló entre éstos, y los que componían el séquito del de Mayenne, un diálogo interesantísimo, que es preciso leer en los términos mismos en que lo escribió el licenciado Márquez Torres, para que no pierda ni un detalle de su veracidad y carácter (1).

«Certifico con verdad, escribe, que en veynte y

(1) Es ciertamente muy de extrañar, que siendo de tan alto interés esta aprobación del licenciado Márquez Torres, se encuentre suprimida en muchas ediciones del *Quijote*, especialmente en las catalanas, sin exceptuar la lujosísima de los Sres. Montaner y Simón (Barcelona, 1880), que dirigió el célebre comentador y entusiasta del *Ingenioso hidalgo*, D. Nicolás Díaz Benjumea.

»cinco de Febrero deste año de seyscientos y quinze, »auiendo ydo el Ilustríssimo señor Don Bernardo de »Sandoval y Rojas, Cardenal Arçobispo de Toledo »mi señor, á pagar la visita que á su Ilustríssima »hizo el Embaxador de Francia, que vino á tratar »cosas tocantes á los casamientos de sus Príncipes y »los de España, muchos Caualleros Franceses, de los »que vinieron acompañando al Embaxador, tan cor- »teses como entendidos y amigos de buenas letras, »se llegaron á mí, y á otros Capellanes del Cardenal »mi señor, deseosos de saber qué libros de ingenio »andauan más validos, y *tocando acaso en este que* »*yo estaua censurando*, apenas oyeron el nombre de »Miguel de Ceruantes, cuando se començaron á ha- »zer lenguas, encareciendo la estimacion, en que assi »en Francia, como en los Reynos sus confinantes, se »tenian sus obras, *La Galatea*, que algunos dellos »tiene casi de memoria, la primera parte desta, y las »Nouelas. Fueron tantos sus encarecimientos, que »me ofrecí lleuarles que viessen el autor dellas, que »estimaron con mil demostraciones de viuos deseos. »Preguntáronme muy por menor su edad, su pro- »fession, calidad y cantidad. Halléme obligado á de- »zir que era viejo, soldado, Hidalgo y pobre, á que »uno respondió estas formales palabras: ¿Pues á tal »hombre no le tiene España muy rico, y sustentado »del erario público? Acudió otro de aquellos caualle- »ros con este pensamiento, y con mucha agudeza y »dixo: Si necesidad le ha de obligar á escriuir, plega »á Dios que nunca tenga abundancia, para que con

»sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el »mundo.»

Preciosa narración, con todos los signos de histórica y verdadera, es la que antecede. Los hechos todos son rigurosamente exactos. La venida del Embajador, la visita del Prelado y las fechas en que el licenciado Márquez Torres tenía en su poder la segunda parte del *Quijote* para su censura. Ninguna razón se alcanza para que el eclesiástico censurante faltase á la verdad y se lanzara á inventar anécdotas. Ni aún puede alegarse como causa el deseo amistoso de llamar la atención del Cardenal sobre la triste situación del escritor. Era de aquél muy conocida, y procuraba aliviarla constantemente. El último escrito de *Cervantes*, un mes escaso antes de su muerte, es para dar gracias al Arzobispo de Toledo por las mercedes que le hacía. Conservaba el original nuestro querido amigo el ilustrado general Marqués de San Román, y siempre se lee con delicia la expresión de la gratitud de aquella noble alma:

*Muy ilustre Señor.*

*Ha pocos días que recibí la carta de vuestra Señoría Ilustrísima y con ella nuevas mercedes. Si del mal que me aquexa pudiera haver remedio, fuera lo bastante para tenelle con las repetidas muestras de favor y amparo que me dispensa vuestra Ilustre Persona; pero al fin tanto arrecia, que creo acabará conmigo aun cuando no con mi agradecimiento; Dios nuestro Señor le conserve egecutor de tan Santas*

*obras, para que goze del fruto dellas allá en su santa gloria, como se la desea su humilde criado que sus muy magníficas manos besa. En Madrid, á 20 de Marzo de 1616 años.*

*Muy Ilustre Señor.*

MIGUEL DE CERBANTES SAAVEDRA.

## II

Las dos anécdotas que dejamos referidas pueden ser consideradas rigurosamente auténticas. No era posible que Baltasar Porreño atribuyera hechos ó dichos falsos al rey su señor, ni puede admitirse que el licenciado Márquez Torres faltara á la verdad en un documento de la mayor formalidad, y cuando cumplimentaba una orden de su superior, el Vicario general de Madrid.

Lo que pasamos á contar no se apoya en tan sólido fundamento. Refiérese en la vida de fray Miguel de los Santos, que, siendo novicio y recién llegado de Pamplona á Madrid, hubo de llevarle el Rev. P. fray Juan de la Concepción al beaterio de la calle del Mesón de Paredes, donde habían tomado el hábito la hija natural de *Cervantes*, doña Isabel de Saavedra, y doña Marcela, hija de Lope de Vega. Por acaso estaban juntos en el locutorio ambos ingenios, visitando á sus hijas, cuando llegaron los religiosos; y trabándose animada conversación, recordó *Cervantes* que en tiempo del rey Don Felipe II había sido ahorcado en la Plaza Mayor de Madrid, por cómplice, y

tal vez autor, de la impostura del pastelero Madrigal, que fingía ser el rey Don Sebastián, un religioso agustino, llamado fray Miguel de los Santos, homónimo, por tanto, del novicio que estaba allí presente, y con su habitual gracejo dijo á éste:—Cuidado con imitar á vuestro tocayo en la travesura.—Y Lope de Vega, recogiendo la alusión, añadió con picaresca sonrisa, fijando su mirada en doña Isabel:—Ni á vuestro tocayo Miguel de Cervantes en las suyas.

Muchas dificultades ocurrían para aceptar por verdadera esta anécdota, aunque reviste cierto carácter. La escribió, sin embargo, D. Antonio Capmany y Montpalau en la vida de fray Miguel de los Santos, y la han acogido los señores D. Jerónimo Morán y D. Nicolás Díaz Benjumea en sus novísimas biografías de *Cervantes*.

Dificultades saltaban, desde luego, á la vista; mas hoy son ya escollos insuperables, si hemos de dar entero crédito á documentos que han visto la luz pública últimamente, y de los que aparece que doña Isabel de Saavedra, casada en primeras nupcias con don Diego Sanz, de cuyo consorcio tuvo una hija, y después del fallecimiento de aquél con D. Luis Molina, no pudo ser religiosa en tiempo alguno (1). Mal pudieron, por lo tanto, reunirse en el locutorio *Cervantes* y Lope con los religiosos que menciona el

(1) Véase el interesante librito publicado por el eminente cervantista Sr. D. Manuel Foronda, *Cervantes en la Exposición*.

historiador, ni pronunciar el *Fénix de los ingenios* las palabras que se le atribuyen.

## III

Pero la vida de *Cervantes* parece destinada á irse completando cada día con nuevas noticias. Más de un siglo después de su muerte, solamente se conocían con certeza los datos que dejó consignados en sus obras señaladamente, en los prólogos de las *Novelas exemplares* y de las *Ocho comedias y ocho entremeses,* en los tercetos de *El viaje del Parnaso* y en la dedicatoria de la *Galatea,* datos que supo aprovechar discretamente D. Gregorio Mayans para construir la primera vida que se formó del ilustre ingenio.

Luego empezaron las investigaciones pertinaces de los eruditos, coronadas con éxitos sucesivos, satisfactorios cada vez más, trayendo D. Vicente de los Ríos á las *Pruebas* con que ilustró su trabajo, documentos nuevos y noticias de obras en que se habla de *Cervantes,* como la *Historia y Topografía de Argel*, del abad de Frómista fray Diego de Haedo; D. Antonio Pellicer aumentó el caudal de los hechos relativos á la vida del escritor ilustre, con el hallazgo de la causa formada en Valladolid por la muerte violenta de D. Gaspar Ezpeleta, y en el trabajo imponderable de D. Martín Fernández Navarrete quedaron aclaradas de una manera completísima las circunstancias del cautiverio en Argel, y muchas de

las comisiones que desempeñó en Andalucía entre los años 1588 á 1600, con los documentos encontrados en el Archivo en Indias.

Parecía que en existencia, ya de sí tan accidentada, no habría de poderse añadir ningún acontecimiento notable y ruidoso. Sin embargo, en un documento publicado por D. Jerónimo Morán, parece que se descubre la causa que obligó á *Cervantes* á salir de España en su primera juventud, si es que á él se refiere la indicada cédula, y en el poder que ante notario otorgó en Sevilla á favor de Fernando de Silva en Febrero de 1588, consta de un modo indudable que fué excomulgado por el Vicario de la ciudad de Écija (1).

Estudiante y camarero de un cardenal, soldado y cautivo, comisionista y poeta, cómico, alcabalero y escritor; excomulgado aquí, preso acá, procesado acullá; perseguido por envidiosos, protegido por muy pocos, censurado por muchos, elevado á la cumbre de la gloria por la posteridad... ¿pueden darse más peripecias reunidas en la vida de un solo hombre?

---

(1) Es circunstancia digna de consignar, que siendo absolutamente ignorada antes del año 1738 la vida de *Cervantes*, hasta el punto de no saberse el lugar de su nacimiento, pueda hoy decirse que no hay ninguna otra de español ilustre cuyos hechos principales se justifiquen con tanto número de documentos. Recientemente han venido á aumentar estos comprobantes, los coleccionados por el estudioso y modesto literato Sr. D. Cristóbal Pérez Pastor, que se elevan á 54, enteramente desconocidos y que esclarecen muchos puntos que hasta ahora son objeto de cuestión entre los cervantistas.

Pues aun restaba algo por saber. Hace muy poco tiempo, un célebre marino de Francia, el almirante Jurien de la Gravière, examinando los archivos de la Municipalidad de Nápoles, para sacar documentos con que enriquecer su obra titulada *La guerra de Chipre y la batalla de Lepanto*, que se imprimió en París en el año 1888, encontró un nuevo y curiosísimo dato para la vida de nuestro *Miguel de Cervantes*.

Conocido es de todos el heroísmo del soldado español en aquel día memorable, en que combatió con tanto denuedo á pesar de encontrarse enfermo con calenturas; y también recordamos con entusiasmo, como él las recordó siempre con noble orgullo, las gloriosas heridas que en el combate recibiera. Desembarcado luego en Mesina, visitado en el hospital de sangre por el hijo del rayo de la guerra, por D. Juan de Austria, generalísimo de las armadas coligadas, que alabó su valor y le concedió ventajas en sus haberes, allí permaneció hasta que sanó completamente de sus heridas.

Más de un año, dice en el *Viaje del Parnaso*, que permaneció en aquella ciudad; pero lo que no sabíamos y ha descubierto Mr. Jurien de la Gravière, eran sus ocupaciones en aquel período de tiempo. En efecto, en las nóminas de pagos del Consejo Real de Nápoles, correspondientes á los meses desde Enero á Junio del año 1572, se encuentra la orden de abono de dos ducados al mes á *Miguel de Cervantes*, *portatore di mazza* (1).

(1) Se insertan copias de varias órdenes de pago en la obra titulada *I Napolitani a Lepanto*, que escribió y publicó Luis Conforti.

*Macero del Consejo de Nápoles,* fué, pues, también el autor del *Quijote;* aunque puede sospecharse que nunca ejerciera el cargo, sino que fuese el tal asiento para justificar el pago de aquella pequeña suma dada como socorro á los soldados heridos en la batalla naval.

## IV

Mas dejemos ya en paz á *Cervantes* y recojamos alguna anécdota poco sabida, demostrativa de la celebridad de *El Ingenioso hidalgo*, en época en que aun no se había desbordado el torrente del cervantismo, ó sea la pasión por la lectura, estudio é interpretación de la obra inmortal.

Sir Arturo Wellesley, duque de Wellington, jefe de las tropas inglesas que auxiliaban á las españolas á rechazar las huestes del gran capitán del siglo, cubierto de laureles y de gloria, hizo su entrada en Sevilla en 11 de Enero de 1813. El entusiasmo meridional se manifestó en toda su exageración para recibir al héroe de Arapiles; cubrieron tropas la carrera desde la puerta de San Fernando hasta las casas de D. Mateo de Ureta, en la calle de la Laguna, donde habían preparado alojamiento al Duque; acompañaron al carruaje toda la carrera con teas, luminarias y músicas; salvas y repiques aumentaban el estrépito producido por el vocerío y las canciones de la multitud, y al llegar no se cansaban de aplaudirle y aclamarle, haciendo se presentara en el balcón repetidas veces.

Quiso el Ayuntamiento consagrar al insigne caudillo un recuerdo de Sevilla, que trajese siempre á su memoria aquellos momentos de entusiasmo, y nada encontró más propio y más español, que enviarle en una magnífica bandeja de plata la espléndida edición de *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, hecha por la Real Academia Española en 1780, lujosamente encuadernada. El duque de Wellington agradeció extraordinariamente el delicado y expresivo obsequio, ofreciendo en sentidas frases á la representación de Sevilla conservar siempre aquel recuerdo de su patriotismo.

Viajaba por España el conocido literato francés Mr. Paul Laffitte, y entre sus apuntes conservaba el del hecho siguiente, que insertó después en un artículo titulado *Cervantes y su Don Quijote*.

«Un día, durante nuestra permanencia en Madrid, estábamos parados ante la estatua de *Cervantes*, en cuyo pedestal hay un relieve que representa á Don Quijote y á Sancho saliendo en busca de aventuras. Acercóse por acaso una familia de gente acomodada, que caminaban muy despacio mirando á un lado y otro, como provincianos ó extranjeros á los que todo llama la atención. Cuando el padre hubo visto el aludido relieve, gritó:—¡Eh!, Juanito, ven acá; ahí tienes á Don Quijote!—Juanito acudió á la llamada, y exclamó palmoteando:—¡Cierto, vean ustedes al caballero, y vean ustedes á su escudero!—Pronto llegaron los demás individuos de la familia; todos reían, todos hablaban á un tiempo. ¿Conocían, por ventu-

ra, el nombre de *Miguel de Cervantes Saavedra*? No podemos asegurarlo; pero conocían á Don Quijote y á Sancho Panza; eran para ellos amigos antiguos que se complacían en volver á ver.

»Tal es, en efecto, el carácter de esta obra excepcional, que en ella se confunden la ficción y la verdad hasta tal punto, que nos interesamos por el caballero andante y por su fiel escudero como si hubieran existido, nos unimos á ellos y los amamos. El niño á quien se relata la historia de los molinos de viento, ó la de la jaula de los leones, cree fácilmente que Don Quijote existió; y quizá encontraremos todavía en algún lugar de la Mancha más de un mozo de cuadra y de criada de mesón que participen de igual creencia. No habrán leído la obra de *Cervantes*; pero han visto muchas estampas, buenas y malas, que representan sus principales escenas. Quizá ningún escritor del mundo ha sido tan popular como lo es *Cervantes*, en el buen sentido de la palabra; ninguno ha tenido en tan alto grado el don de agradar igualmente á los grandes y á los pequeños, al ignorante como al literato.»

## V

Nació *Miguel de Cervantes*, el más célebre escritor que ha producido España, en la villa de Alcalá de Henares, y fué bautizado en la iglesia parroquial de

Santa María en 9 de Octubre de 1547 (1). Es conjetura muy verosímil que viera la luz el 29 de Septiembre anterior, recibiendo por eso el nombre de Miguel, santo del día en que había nacido; costumbre muy general en los pueblos de ambas Castillas, que continúa observándose en nuestros tiempos, como se practicaba en los antiguos.—Hay un ejemplo curioso.

Lope de Vega nació en 25 de Noviembre de 1552, día en que la Iglesia celebra á San Lope, obispo, y no fué llevado á recibir las aguas regeneradoras hasta el 6 de Diciembre siguiente, conservándole, sin embargo, el nombre del santo en cuyo día había venido al mundo.

Lo propio debió suceder con *Cervantes;* y sería coincidencia notable y peregrina que los dos mayores ingenios de aquella época, cuya celebridad es tan universal, vivieran el término igual de once días antes de ingresar en el seno de la Iglesia.

## VI

En los primeros meses del año 1585, debió ponerse á la venta en Madrid y en Alcalá de Henares el libro

(1) Los que por un espíritu de amor local, con bastante propiedad llamado hoy *de campanario,* se obstinan en sostener que *Cervantes* nació en Alcázar de San Juan, no han fijado la atención en la circunstancia de que en el libro de bautismos de Alcalá de Henares están además de la partida de Miguel, las de sus hermanas Andrea y Luisa, y las de su hermano Rodrigo, hijos todos de los mismos padres, lo que no se encuentra ni puede encontrarse en Alcázar.

titulado *Primera parte de la Galatea dividida en seys libros, compuesta por Miguel de Cervantes.*—La corrección de erratas lleva la fecha de postrero de Febrero, y la *Tassa* la del 13 de Marzo.—En el prólogo á los lectores, y para prevenir objeciones, se advierte *que muchos de los disfrazados pastores lo eran sólo en el hábito.*—El libro se imprimió en Alcalá, por Juan Gracián, y es de la más extremada rareza.

Dos años completos no habían transcurrido, cuando en la misma ciudad, en la propia imprenta, salió á luz la *Primera parte de las Ninfas y Pastores de Henares, dividida en seys libros, compuesta por Bernardo González de Bobadilla.*

Sin hacer alardes de suspicacia, ni extremar la sutileza, y llevado solamente por la perfecta igualdad de ambos títulos, puede cualquier lector sospechar enlace entre una y otra obra, y buscar relación entre ambas novelas pastoriles, creyendo que también la hubo entre sus autores, y aún que quizá la una dió ocasión á la otra, bien por la significación de sus *disfrazados pastores*, bien por las circunstancias embozadas en la narración de aquellas galantes aventuras.

De *Cervantes* no hay que hablar. Han juzgado célebres críticos que la heroína de la *Galatea* es Doña Catalina de Salazar, entonces pretendida, y después mujer del escritor, cuyo nombre, con ligera alteración, es el de la fábula. En los pastores y pastoras se cree están recordados, sin duda alguna, personajes muy conocidos en la república de las letras y en las riberas del Henares.

González de Bobadilla era natural de las islas Canarias; estudió en Salamanca, y, según él mismo asegura, jamás vieron sus ojos las propiedades y términos de la tierra de Alcalá. ¿Qué le movió, pues, á hablar de sus ninfas y pastores? ¿Cuál fué la causa de que pintara riberas que no conocía? Solamente le impulsó á escribir, el haber oído á un su compañero en las aulas salmanticenses, *natural de la famosa Compluto, tantos loores de su río, tan maravillosos cuentos de la tierra y tantas alabanzas de la hermosura de sus damas.* Pero esto no es explicación satisfactoria.

Ahora bien: ese compañero, *de la famosa Compluto* natural, ¿pudiera ser *Miguel de Cervantes?* ¿Podría alegarse esta referencia de González Bobadilla como prueba de los estudios de *Cervantes* en Salamanca donde fueron *compañeros* ambos escritores? ¿Se encontrará en la *Galatea* algún suceso verdadero, más ó menos *disfrazado,* que pudo lastimar al mismo Bobadilla ó á alguna dama ó caballero de su intimidad? Y en este caso, suponiendo que entre los numerosísimos interlocutores que aparecen en las *Ninfas y Pastores de Henares* debe encontrarse *Cervantes,* que dió motivo á la obra, ¿cuál de aquellos puede referirse al autor de la *Galatea?*

Dificilísima, ó por mejor dicho, imposible tarea sería la de querer descifrar hoy alusiones, trescientos años después de escrito el libro, careciendo de una clave, de un indicio siquiera que pudiera guiarnos; pero si en las *Ninfas y Pastores* no se propuso el autor vin-

dicar á algunos ó algunas que se estimasen agraviados ó preteridos en la *Galatea;* si aquella fábula pastoril no se escribió para complemento de ésta, es lo cierto que, por causas desconocidas, la buena amistad de los autores se interrumpió y perturbó años adelante.

En las obras de *Cervantes* encontramos las pruebas, por el desdén y la manera misteriosa con que trata de González Bobadilla en dos ocasiones diferentes.

Ya al terminar el *donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron de la librería de Don Quijote,* y después de haber dejado aparte tan gracioso y disparatado libro como *Las fortunas de amor*, de Antonio de Lofrasso;—«el barbero prosi»guió diciendo: estos que se siguen son el *Pastor de* »*Iberia, Ninfas de Henares* y *Desengaño de celos.* »Pues no hay más que hacer, dijo el cura, sino en»tregarlos al brazo seglar del ama; *y no se me pre*»*gunte el por qué,* que sería nunca acabar.» Aquí la causa quedó oculta.

Muchos años más tarde, en el *Viaje del Parnaso* (cap. IV), uno de los del número hambriento increpa á *Cervantes* por el poco tino con que había llamado á los poetas á la defensa de Apolo, y llenado á unos de alabanzas, á otros de vituperios.

Has alzado á los cielos la fortuna
De muchos, que en el centro del olvido
Sin ver la luz del sol, ni de la luna
Yacían..

Y luego, sin rodeos ni disimulo, añade:

> Fuiste *envidioso*, descuidado y tardo,
> y á las *Ninfas de Henares y Pastores*
> *Como á enemigos* les tiraste un dardo;
> Y tienes tú poetas *tan peores*
> *Que éstos* en tu rebaño...

No tenemos más datos, pero los recogidos dicen bastante para no dudar de la relación existente entre las dos novelas. A *Cervantes* le acusaban de ser *envidioso* de las *Ninfas* y *Pastores de Henares,* y de tenerlos *como enemigos,* cuando *en su rebaño,* es decir, en su novela pastoril los había mucho peores. ¡Curioso sería que se descubrieran unas y otras alusiones!

## VII

Entre los *hijos señalados de Sevilla,* coloca el erudito escritor D. Justino Matute y Gaviria á *Gonzalo Cervantes Saavedra,* celebrado por el autor de la *Galatea* en el *Canto de Caliope.* Con el propósito de conocer la personalidad de este escritor, que llevaba los mismos apellidos que el inmortal Miguel, el docto bibliógrafo D. Cayetano Alberto de la Barrera, en sus *Notas* al canto de Caliope, pasó revista á varios del mismo nombre. Habla de *Fray Gonzalo Cervantes,* quë escribió y publicó en Sevilla dos obras en los años 1614 y 1618; recuerda á *Gonzalo Gómez de*

*Cervantes,* corregidor de Tlascala, que en 1599 dedicó una obra á Eugenio de Salazar, y se fija, por último, en *Gonzalo Saavedra, natural de Córdoba,* que escribió la novela titulada *Los Pastores del Betis*, impresa en Italia en el año 1634, creyendo que á éste puede referirse el elogio de la *Galatea.*

La noticia de que *Gonzalo Cervantes Saavedra* había nacido en las orillas del Betis y de que era militar y poeta, se debe al mismo *Miguel de Cervantes*, y ella debe ser guía segura, que no se pierda de vista al hacer la investigación.

> Ciña el verde laurel, la verde yedra,
> y aun la robusta encina aquella frente
> de Gonzalo Cervantes Saavedra,
> pues la deben ceñir tan justamente;
> por él la ciencia mas de Apolo medra,
> en él Marte nos muestra el brío ardiente
> de su furor con tal razón medido
> que por él es amado y es temido.

*Laurel, yedra y encina,* tejen la corona que debe ceñir Gonzalo de Cervantes, y para mayor claridad se dice que tenía la ciencia de Apolo y los bríos de Marte. Partiendo de este supuesto, he juzgado poco acertada la conjetura de la Barrera, creyendo que no es posible designara *Cervantes* al ingenio *cordobés* que no llevó su primer apellido, y que probablemente era un niño en 1583 cuando se escribió la *Galatea.* En mi sentir el aludido y ensalzado es

el que luego ocupó el puesto de Corregidor de Tlascala.

Pruebas: El poeta celebrado en el *Canto de Caliope* era sevillano, y no podía, por lo tanto, ser el autor de los *Pastores del Betis*.—La patria, á más de los datos expuestos, la expresa categóricamente Rodrigo Méndez de Silva, cuando al decir que la familia de los *Cervantes* estaba desde muy antiguo establecida en Sevilla, cita á Gonzalo Cervantes, famoso soldado y poeta. Lo confirmó Pellicer, añadiendo que éste y el otro, Fray Gonzalo, ambos fueron sevillanos.

La época del elogio también se relaciona mejor con el Corregidor que con el autor del libro de los *Pastores*. El que en 1583 era ya bastante famoso en armas y en letras para merecer corona de laurel y encina, no era fácil publicase novelas pastoriles cincuenta años después, en 1634; y es mucho más probable que en premio de sus servicios militares fuera nombrado en 1599 corregidor en Nueva España. Más aún: si ya en 1583 era celebrado y merecía las coronas de Apolo y Marte, Gonzalo Cervantes, ¿no tendría siquiera veinticinco años? Luego en 1634 tendría sus setenta y seis; edad que más es para pensar en otra vida que para hacer novillos y escribir novelitas en ésta.

Todo induce á creer que el Gonzalo Cervantes celebrado en el *Canto de Caliope* fué el valeroso soldado que en premio de sus servicios obtuvo el corregimiento de Tlascala, y que por sus dotes y aficiones de

poeta cultivó la amistad del escritor Eugenio Salazar, que por aquel tiempo, en que el primero pasó á Méjico, era oidor en la Audiencia de la capital.

---

## TERCERA SERIE

### I

Muchos años han pasado, tal vez una veintena de ellos, que en su carrera se deslizan con desesperante velocidad, desde un día en que muchos amigos aficionados á las letras y más apasionados á *Cervantes* y de las obras de su ingenio prodigioso, hacían cábalas y comentarios con cierta amarga ironía sobre una extraña resolución del célebre escritor Doctor Thebussem, que por entonces acababa de hacerse pública. El estimadísimo autor que con su natural agudeza había hecho creer á más de cuatro en la existencia de aquel Doctor alemán, tan de *Embuste* como su castillo de *Mentir* y su muy completa colección cervantina; que por el largo espacio de ocho años vino dando alimento sabroso á la curiosidad de los literatos con sus *Cartas Droapianas,* recibiendo aplausos de todas partes, anunciaba en alta voz, ó para hablar con más propiedad, en letras gordas, *que se cortaba la coleta*, que abandonaba el culto de *Cervantes* y el estudio del *Quijote.*

Unánimes estuvieron las opiniones en deplorar y

aun censurar aquella retirada. Tan sólo uno de los concurrentes se aventuró á sostener que el Doctor Thebussem no dejaba entonces, ni dejaría en cuantos años el cuerpo le hiciera sombra, de ser cervantista activo, trabajador, entusiasta; y que aquello de *cortarse la coleta* y descuidar á *Cervantes* por la philatelia, por el correo, por la cocina ó por la tauromaquia, tenía tanto de verdad... como otras cosas suyas.

Varias pruebas pudieran ofrecerse que así lo demostrarían á las claras en el tiempo transcurrido; pero he pescado recientemente algunas más graves, que voy á presentar como decisivas, vivitas y coleando.

El excelente artista toledano D. Federico de Latorre, trasladó hace muy poco en una valiente pintura la imagen del gran *Alonso Quijano*, perfecta y detenidamente estudiada; y hubimos de departir por muy larga manera, el pintor y otros amigos, sobre la propiedad con que aquél había representado al personaje, adornando su rostro con largos bigotes.

Terció discretamente el Doctor en la polémica, asegurado que el retrato *le parecía magnífico, superior y admirable;* y añadió que *la carencia de accesorios del cuadro le encantaba, como le encantaba también la supresión de las barbas.* Y como demostración agregaba que el Hidalgo manchego debe representarse *solamente con bigotes,* con arreglo á la clara y categórica descripción del capítulo XIV de la Parte II, en donde el Caballero del Bosque dice: «pe-

»leé con Don Quixote, y le vencí y rendí, y es un »hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y »avellanado de miembros, entrecano, la nariz agui- »leña y algo corva, *de bigotes grandes, negros* y »*caídos*.»

Hubo alguno que se atrevió á replicar, que si bien el texto alegado era fiel y legal, no lo era menos aquel otro del mismo *Cervantes* en donosísimo pasaje del capítulo XXXII, cuando terminada la comida en casa de los Duques «y en levantando los manteles, »llegaron cuatro doncellas, la una con una fuente de »plata, y la otra con un aguamanil, asimismo de pla- »ta, y la otra con dos blanquísimas y riquísimas »toallas al hombro, y la cuarta descubiertos los bra- »zos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin »duda eran blancas) una redonda pella de jabón na- »politano. Llegó la de la fuente y con gentil donaire »y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba »de Don Quixote, el cual, sin hablar palabra, admi- »rado de semejante ceremonia, creyendo que debía »ser usanza de aquella tierra en lugar de las manos »lavar *las barbas*, y así tendió la suya todo cuanto »pudo, y al mismo punto comenzó á llover el agua- »manil, y la doncella del jabón le manoseó *las bar- »bas* con mucha priesa, levantando copos de nieve, »que no eran menos blancas las jabonaduras, no sólo »por *las barbas,* mas por todo el rostro y por los ojos »del obediente Caballero, tanto, que se los hicieron »cerrar por fuerza. El Duque y la Duquesa, que de »nada desto eran sabidores, estaban esperando en

»qué había de parar tan extraordinario lavatorio. »La doncella barbera, cuando le tuvo con un palmo »de jabonadura, fingió que se le había acabado el agua, »y mandó á la del aguamanil fuese por ella, que el »señor Don Quixote esperaría. Hízolo así, y quedó »Don Quixote con la más extraña figura y más para »hacer reir que se pudiera imaginar. Mirábanle to- »dos los que presentes estaban, que eran muchos, y »como le veían con media vara de cuello más que »medianamente moreno, los ojos cerrados y *las bar- »bas llenas de jabón*, fué gran maravilla y mucha »discreción poder disimular la risa.»

*Contradicción tan evidente y trascendental era capaz de producir un cisma,* si un tercero no hubiera acudido á poner paz con el antiguo adagio jurídico: *distingue témpora et concordabis jura.* Es decir, que el Bachiller Sansón Carrasco pintaba á Don Quijote tal cual le había visto y tratado en su casa, durante los meses de su forzosa inacción, limpio, aseado, afeitándose con frecuencia y dejando crecer únicamente *los bigotes grandes, negros y caídos.*

Al llegar al castillo de los Duques, después de un mes ó más de correr sus aventuras, caminando al sol, durmiendo al raso, comiendo mal los más de los días, corriendo por montes y valles, no debía llevar muy en un punto el cuidado de su persona; *las barbas* habrían crecido, acompañando irregularmente á *los grandes bigotes* que sacara de su aldea, y estuvo en su lugar la jabonadura, procediendo *Cervantes,* como siempre, cual fiel y escrupuloso cronista.

*¡Cervantes for ever!*

En confirmación del persistente cervantismo del Doctor Thebussem, puede leerse en el número de *La Ilustración Española* y *Americana,* correspondiente al 8 de Septiembre de este mismo año, un artículo suyo sobre *El Colofón*, en el cual adviértese «que la primera edición del *Quijote* ofrece las menu»das particularidades siguientes:

»No lleva colofón:

»Ni aprobación:

»En la portada llama al señor *Ingenioso Hidalgo*, »y en la tabla *valeroso caballero:*

»Y, por último, pone *finis,* cosa creo que no vista »en libros castellanos. El tal *finis* no debe ser hijo »de los impresores, y sí del autor, que al terminar su »obra escribía en latín ó italiano

»Hoc scripserunt:

»In laudem Dulcineæ... y

»Forsi altro... Y entiendo que se le corrió la plu»ma, é inconscientemente puso *finis* en vez de *fin.*»

El que con tanto amor y sutileza estudia los menores detalles de la edición príncipe de *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, ¿podrá decir con razón que no ha sido, es y será siempre entusiasta cervantista?

Una sola observación al discretísimo artículo.

Esos reparos encontrados en la edición príncipe, son igualmente aplicables á las otras dos que imprimió el propio Juan de la Cuesta en 1605 y en 1608.

## III

Son tantas y tan originales las reminiscencias que en obras muy celebradas se encuentran de los escritos de *Cervantes*, que nunca se acabará de recogerlas. Viene muy á cuento la opinión del docto literato francés Mr. Emile Chasles, que juzga el breve *Prefacio* que puso Moliére á su comedia *Las Preciosas ridículas*, como abreviación francesa del *Prólogo* escrito por *Cervantes* al frente de la Primera Parte del Quijote (1). ¡Moliére inspirado por *Cervantes!*

«*Cervantes* respondió alegremente á sus detracto»res—escribe Chasles—que admiraba su pedantismo, »sus libros atiborrados de citas, sus prontuarios; los »elogios que se prodigaban en griego, su erudición, »sus comentarios, sus notas marginales, su cualidad »de Doctores; pero que él era perezoso por naturale»za y no iría á buscar en los autores lo que él podía »expresar sin ellos; y, por último, que para decir una »tontería lo mismo puede decirse en español que en »latín.»

«Moliére había leído estas burlas cuando escribió »su Prefacio.»

---

(1) *Michel de Cervantes, sa vie, son temps.*—Par Emile Chasles. —Paris.—Didier.—1866, pág. 27.

Nótase, en efecto, cierta analogía en el tono general y muy particular, en ciertos conceptos, como cuando escribe *Cervantes*: «También ha de carecer »mi libro de sonetos al principio, á lo menos de so- »netos cuyos autores sean Duques, Marqueses, Con- »des, Obispos, damas ó poetas celebérrimos; aunque »si yo los pidiese á dos ó tres oficiales amigos, yo sé »que me los darían, y tales, que no les igualasen los »de aquellos que tienen más nombre en nuestra Es- »paña.»

A semejanza dice Moliére: «J'aurais parlé aussi »à mes amis, qui pour la recomandation de ma piece, »ne m'auraient pas refusé ou des vers français ou des »vers latins. J'en ai meme qui m'auraient loué en »grec; et on n'ignore pas qu'une louange en grec est »d'une merveilleuse efficace a la tête d'un livre.»

## IV

Tiene gracia la anécdota quijotesca que refiere Don Julio Enciso en las *Memorias* del celebrado tenor Julián Gayarre (1).

«El libro favorito de Julián Gayarre—dice—era »el *Quijote*. Tan entusiasta se hizo de él, que era »muy raro el día en que no sacase á relucir, en el »curso de sus conversaciones, alguna de las famosas »aventuras del andante caballero ó alguna de las fra- »ses del socarrón Sancho. Mediaba la circunstancia,

(1) *Memorias de Julián Gayarre.*—Madrid.—1891.

»además, de ser el primer libro que había leído en »su vida, y por cierto que lo adquirió de bien extra»ño modo.

»Siendo oficial de herrero en Pamplona, tuvo que »ir á una casa á hacer el arreglo ó compostura de »algunas cerrajas. (Contaría entonces el que luego »fué tenor eminente y celebrado en toda Europa, de »diez y seis á diez y ocho años.) En una de las ha»bitaciones había en el suelo un montón de libros »cubiertos de polvo y arrinconados como cosa »vieja.

»Gayarre, que siempre tuvo gran afición á la lec»tura, cogió uno de ellos y bonitamente se lo guardó »bajo la blusa. Cuando volvió á su casa se encontró »con que el tal libro era la vida del ingenioso hidal»go *Don Quijote de la Mancha*.

»Aquel fué, decimos, el primer libro que leyó, y »tanta gracia le hizo y tan grabado se le quedó en la »memoria, que jamás pudo olvidarlo.

»Verdad es—contaba—que como no tenía otro y »tanto me divertía, lo leí más de treinta veces.»

## V

Uno de los puntos que con mayor atención y cuidado han estudiado los biógrafos de *Cervantes*, es el de sus relaciones con Lope de Vega, en diferentes épocas de su vida, investigando minuciosamente para ello, y como los indicios más vehementes, las menciones que en sus respectivas obras dejaron con-

signadas el uno del otro cada cual de aquellos grandes ingenios.

Por parte de *Miguel de Cervantes* es fácil la labor. Sus obras son muy conocidas, y en todas ellas, desde el *Canto de Caliope*, en *La Galatea*, hasta el *Prólogo de la Segunda Parte del Quijote,* el elogio es franco, espontáneo, natural, sin reticencia alguna.

No puede decirse lo mismo por parte de Lope de Vega. Recorriendo el historiador de nuestra literatura Mr. W. Ticknor el inmenso cúmulo de sus obras, solamente encontró cinco ocasiones en que se hace mención de *Miguel de Cervantes;* pero tienen carácter tan diferente, tan variado esas citaciones hechas por el *Fénix de los ingenios*, que merecen se llame nuevamente la atención sobre ellas, haciendo notar sus circunstancias.

Es de advertir, que además de las cinco menciones recogidas por Mr. Ticknor, hay otros varios lugares en que Lope nombra á *Cervantes*, y todas voy á referirlas; siendo más de interés la advertencia, cuanto que la primera que he de citar no ha sido utilizada hasta ahora por los cervantistas, aunque se encuentra en una notable comedia de Lope y es de las más francas y expresivas alabanzas.

1.ª—En *La Viuda Valenciana*, comedia que ya tenía escrita Lope de Vega, cuando en el año 1604 dió á la estampa en Sevilla el libro que tituló *El Peregrino en su patria*, en la escena XV del acto

primero, el galán *Otón*, para acercarse á *Leonarda*, se finge vendedor de libros; y al escucharle, dice:

*Leonarda.* ¿Sois librero ó sois galán?
*Otón.* Aqueste es *La Galatea*
Que si buen libro desea
No tiene más que pedir.
Fué su autor *Miguel Cervantes*
Que allá en la naval perdió
Una mano...

2.ª—*El Premio del bien hablar*. También es bastante expresivo, y de comedia antigua, pues ésta figuró en la segunda lista de *El Peregrino*, en su adición de 1618.

Acto primero.—Escena X.

*Don Juan.* ¿No es Leonarda discreta? ¿No es hermosa?
*Martín.* ¿Cómo discreta? Cicerón, CERVANTES,
Ni Juan de Mena, ni otro después ni antes
No fueron tan discretos ni entendidos.

3.ª—*La Dorotea*.—Acción en prosa.—1632.—Dos veces recuerda en ella Lope á *Cervantes*. Y como es sabido, y el mismo Lope lo dice, aunque impresa en aquel año era obra de su juventud, y al publicarse la *corrigió de la lozanía* con que había nacido.

Acto segundo.—Escena II.

*Dorotea.* ¿Qué mejor riqueza para una mujer que verse eternizada? Porque la hermosura se acaba y

nadie que la mira sin ella cree que la tuvo, y los versos de su alabanza son eternos testigos que viven con su nombre. *La Diana* de Montemayor fué una dama natural de Valencia de Don Juan, junto á León, y Esla su río y ella serán eternos por su pluma. Así la *Filida* de Montalvo, la *Galatea de* Cervantes, la *Camila* de Garcilaso, la *Violante* de *Camoes*.....

4.ª—*La Dorotea.*—Acto cuarto.—Escena II.

*César.* Graves poetas son los de esta edad; pero más querrán ellos imprimir sus obras que ilustrar las ajenas. Diego de Mendoza, Vicente Espinel... *Miguel de Cervantes,* el Jurado Rufo... Don Alonso de Ercilla.

*Ludovico.* ¿Qué han impreso hasta ahora?

*César.* Austriadas, Araucanas, *Galateas*...

5.ª—*La Arcadia.*—1599.

Libro Quinto.—Visitando el Palacio de las ciencias y las artes, descorren una cortina, y en el salón ven colocados *para tiempos futuros* los retratos de famosos poetas y entre ellos *Miguel de Cervantes.*

6.ª—Carta de Lope, fecha en Toledo, 14 de Agosto 1604, dirigida á un médico cuyo nombre no se sabe.

Forma singular contraste con los elogios antes copiados. Las relaciones habían cambiado de carácter, y tal variación se advierte la vez primera que se menciona el *Quijote.*

«De poetas no digo: buen siglo es este. Muchos »están en zierne para el año que viene; pero *ningu-* »*no hay tan malo como Zervantes, ni tan nezio que* »*alabe* á Don Quijote...

»No más por no imitar á Garcilaso en aquella »figura correctiones cuando dijo:

A sátira me voy mi paso á paso:

»cosa para mí más odiosa que mis librillos á Almen »darez y *mis comedias á Zervantes*.»

7.ª—Carta de Lope al Duque de Sessa, fecha en Madrid á 2 de Marzo de 1612.

«Las Academias están furiosas: en la pasada se »tiraron los bonetes dos lizenziados: yo leí unos ver- »sos con unos antojos de Zervantes que parecían »huevos estrellados mal hechos.»

8.ª—*La Filomena*.—1621.

Pág. 59.—Las fortunas de Diana.—Novela.

A la señora Marcia Leonarda.

«Fueron en esto los Españoles ingeniosísimos. »También hay libros de Novelas, dellas traducidas »de italianos y dellas propias, en que no le faltó gra- »cia y estilo á Miguel de Cervantes.»

Siempre ha llamado la atención el tono de vanidad protectora en que está escrito este mezquino elogio. La superioridad de las *Novelas ejemplares* sobre las que compuso Lope, fué tan reconocida desde luego, que tal vez ella sería la causa de otros desahogos de éste.

9.ª—*La dama boba.*—Acto tercero.—Escena II.

*Octavio.* Ayer sus librillos ví,
Papeles y escritos varios;
Pensé que devocionarios,
Y desta suerte leí:
*Historia de dos amantes,*
Sacada de lengua griega;
*Rimas de Lope de Vega,*
*Galatea de Cervantes.*
. . . . . .
con mucho disgusto
Los de Nise considero.
Temo, y en razón lo fundo
Si en esto da, que ha de haber
Un *Don Quijote muger*
Que dé que reir al mundo.

10.ª—*Laurel de Apolo.*—1630.—Silva octava.

—En la batalla, donde el rayo Austrino
Hijo inmortal del Aguila famosa
Ganó las hojas del laurel divino
Al rey del Asia en la campaña undosa,
La fortuna envidiosa
Hirió la mano de *Miguel Cervantes,*
Pero su ingenio en versos de diamantes
Los del plomo volvió, con tanta gloria
Que por dulces, sonoros y elegantes
Dieron eternidad á su memoria;

Porque se diga que una mano herida
Pudo dar á su dueño eterna vida.

Este elogio tan hiperbólico cuanto mal fundado, dirigido á los versos, llama la atención, cuando el *Quijote* corría por el mundo hacía veinte años con aplauso, y contaba ya catorce ediciones en España y otras tantas en el extranjero, y no lo recuerda Lope ni remotamente. Verdad, que ninguna de sus obras había alcanzado entonces ni de lejos tal número de ediciones.

11.ª—*El desprecio agradecido.*—Acto primero.—Escena I.

*Sancho.* ¿Y á mí por si no me duermo,
Que me dáis?
*Inés.* A *Don Quijote*
Porque vos y vuestro dueño
Imitáis sus aventuras.
*D. Bernardo.* Dice verdad.
*Sancho.* Y aún sospecho
Que habemos de ser más locos
Si Dios no nos guarda el seso.

12.ª—*El desprecio agradecido.*—Acto primero.—Escena VI.

*Leonarda.* Después que das en leer,
Inés, en el Romancero,
Lo que á aquel pobre escudero
Te podría suceder.

*Inés.* *Don Quijote de la Mancha,*
Perdone Dios á *Cervantes,*
Fué de los extravagantes
Que la corónica ensancha.

Estas referencias, que quizá no serán las únicas que puedan encontrarse, demuestran que Lope de Vega tenía muy presente á *Miguel de Cervantes* y recordaba siempre y no con mucha satisfacción sus obras, como si vislumbrase en ellas una gloria igual ó superior á la suya; y pueden servir de guía de buen origen para apreciar sin error el estado de las relaciones de los dos grandes ingenios en diferentes épocas de su vida.

# Recuerdos de Cervantes

## EL COMPÁS DE SEVILLA

### I

NATURAL de Sevilla creyeron á *Miguel de Cervantes Saavedra* muchos de sus contemporáneos. Por sevillano le tuvieron también el célebre analista Ortíz de Zúñiga y el diligentísimo Don Nicolás Antonio; y nada tiene de extraño ese error si se recuerda el largo tiempo que en Sevilla vivió el autor de *El Ingenioso hidalgo*, el amor con que siempre habló de esta ciudad que era «amparo de pobres y refugio de desechados, en cuya grandeza no sólo cabían los pequeños, pero no se echaban de ver los grandes.»

Sabemos hoy que no vió la luz en este suelo. Pero no por eso dejamos de admirar en sus obras el cua-

dro más completo de las costumbres andaluzas al terminar el siglo XVI.

El fondo está trazado de mano maestra: las figuras se mueven y se agitan ante nuestros ojos como si realmente las viéramos, escuchando de sus labios las ideas y el lenguaje que á cada uno corresponde. Desde los esportilleros y gente ociosa, que jugaban *á presa y á pinta*, *en pie en las barbacanas* (1), hasta el padre jesuíta que con amor se atraía el cariño de los jóvenes al tiempo mismo que los instruía; «que »los reñía con suavidad, los castigaba con misericor»dia, los animaba con ejemplos, los incitaba con »premios y los sobrellevaba con cordura» (2); desde el Sr. Arzobispo que gustaba de leer historias amenas para distraer las calurosas siestas del verano (3) hasta los pícaros graduados en todos los sitios célebres de España, sin excluir el *Potro* de Córdoba ni la *almadraba* de Zahara, ¡qué galería de figuras tan variadas y tan exactas! ¡Qué bien conocía *Cervantes* las costumbres de los rufianes y gentes de mal vivir! ¡Cómo había penetrado en sus aposentos y en los teatros de sus hazañas!

Ora pintaba sus personajes dándoles por fondo la plaza del Salvador con sus adyacentes de las Carnicerías (hoy Mendizábal) y del Pan (4); ora trazaba

---

(1) *La ilustre fregona.*

(2) *Coloquio de los perros.*

(3) *La Española Inglesa.*

(4) *Rinconete y Cortadillo.*—En estas plazas y en las calles contiguas estaba entonces establecido el abasto de la población, no

los perfiles en el matadero, ó en las casas de camas, donde acudían á dormir, y no solos, los muchos forasteros que en Sevilla posaban (1); ora, en fin, movía á sus personajes *desde la Puerta de Jerez hasta los marmolillos del colegio de Maese Rodrigo, que hay más de cien pasos* (2).

Todo lo notaba, todo lo observaba y de todo hacía oportuno uso; lamentándose en la ocasión de cuan descuidada justicia había en aquella famosa ciudad

---

existiendo una plaza á donde pudieran concurrir todos los vendedores.

Dos siglos han transcurrido y todavía conservan sus nombres las plazas citadas, y las calles de la *Caza*, de *Herbolarios* y otras, y aun la posada *de la Fruta* en la calle de Lineros.

(1) *Coloquio de los perros.*

(2) *Idem, ídem.*—Ni la puerta de Jerez ni los antiguos marmolillos existen ya. El ornato público ha exigido que desaparezcan ambas antiguallas, y la piqueta niveladora cayó sobre ellas, sin acordarse para nada de *Miguel de Cervantes*. Pocas, muy pocas personas se apercibieron en Sevilla de aquella destrucción; pero la notó al regresar á ella un ilustre y sabio extranjero, el Sr. D. Antonio de Latour, y le consagró una sentida poesía, en la que, recordando más nuestra buena amistad que mis merecimientos, exclamaba:

Que faisait Asensio, lorsque de *Cervantes*
Un barbare brisa cette relique chére?
Qui faisait, dans sa tour, Fernan le solitaire? (*)

Es la única vez que el nombre del que estos renglones escribe se ha atrevido á entrar en verso sin romper la armonía. Pero son versos franceses y el nombre convertido en agudo, por la índole de la lengua, se hace algo más eufónico. Por lo demás, tal milagro se debe al talento del poeta.

(*) *A mes amis de tous Pays.*—París, 1867, pág. 15.

de Sevilla (1), y cuanto trabajaban las autoridades celosas del bien público para corregir los abusos (2). Y todo pasa ante nuestra vista con tal viveza y animación retratado, que ocupa el lugar de la verdad misma. Más aprendemos de la vida íntima de los ciudadanos de Sevilla con la lectura de una novela de *Cervantes*, que con la de todo el libro de los preciosos *Anales* de Don Diego Ortiz de Zúñiga. ¡Poder inmenso del genio! Un solo rasgo, dos palabras bastan para describir por entero un lugar famoso, para presentar de relieve y con carácter la más difícil ó insignificante figura.

## II

*Cervantes* conocía al dedillo la ciudad de Sevilla, y no descuidaba de dar á cada sitio su carácter, su calificación propia. Sabía que el Rey tenía tres cosas por conquistar, la calle de la Caza, la Costanilla y el Matadero (3): sabía que no se puede reducir á número la gente que concurría al común regocijo desde la Puerta de Jerez al campo de Tablada en el día de san Sebastián, si le hace claro (4): conocía el gran corral

---

(1) *Rinconete y Cortadillo.*

(2) *Coloquio de los perros.*—El Doctor Juan de Salinas, florido ingenio sevillano de quien tendremos ocasión de hablar á otro propósito, satirizó en un valiente diálogo la indolencia del Asistente conde de la Puebla, en cuyo tiempo aumentaron mucho los ladrones en Sevilla.

(3) *Coloquio de los perros*

(4) *La Española Inglesa.*

de los Olmos do está la jacarandina (1), le admiraba la grandeza y suntuosidad de la Iglesia Mayor, el gran concurso de gente que acudía al río en tiempo de cargazón de flota (2); y, por último, no se escapaban á su observación la feria de todos los jueves del año, ni el mal baratillo que se hace fuera de la puerta del Arenal (3). Consignada dejó también en *El Ingenioso hidalgo* su opinión de que Sevilla era «lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada esquina se ofrecen más que en otro alguno» (4).

Pero había entonces en la ciudad un sitio muy señalado donde los hechos escandalosos se sucedían con harta frecuencia y que hirió vivamente la imaginación del gran escritor. Cuatro veces á lo menos, hace mención en sus obras del *Compás famoso,* donde se reunían pícaros y gente de mal vivir. Allí había buscado aventuras el ventero socarrón que armó caballero al Hidalgo Manchego (5). ¡Brava pieza debe ser también aquel

. . . . . Barrabás,
Andaluz, mozo de mulas,
*Canónigo del Compás,*

á quien sacó á bailar Carriazo en la Posada del Sevillano!

---

(1) *El rufián dichoso.*—Jor. 1.ª
(2) *Rinconete y Cortadillo.*
(3) *Idem idem.*
(4) *Don Quijote.*—Parte 1.ª, cap. XIV.
(5) *Idem,* cap. III.

Era el *Compás* la entrada á la mancebía, el ingreso de la casa llana y venta común, mesón del Infierno donde estaban los bagajes del ejército de Satanás, según decía el pobre Tomás Rodaja.

Sitio tan famoso y del cual tan apenas resta memoria, bien merece que le dediquemos algunos renglones, siquiera por el lugar que ocupa en los recuerdos de *Cervantes*.

Estuvo situada la mancebía de Sevilla en un punto que entonces era extremo de la ciudad, adosada al muro antiguo que corría desde la puerta vieja de Triana á la del Arenal, y separada de la ciudad por una tapia que tenía una sola puerta en el sitio que se llamó luego arquillo de Atocha. El espacio que se extendía delante de la puerta de la casa pública era llamada el *Compás*, nombre que ha conservado hasta hace muy pocos años. Tenía, además, un postigo en la muralla para comunicar al campo, pero se ignora su situación. El *Compás* era muy extenso, pues no existían por aquel lado habitaciones á causa de la gran laguna de aguas y lodazales que, por estar muy baja toda esa parte de la ciudad, se conservaban casi todo el año (1). Desde la muralla al río no había edi-

(1) Esta laguna que hasta hoy da nombre á la calle que ocupó, así como la que existió en la Alameda de Hércules, provenían de la desigualdad de aquellos terrenos, por los que en tiempos muy remotos corría un brazo del Guadalquivir, al decir de los anticuarios. Rodrigo Caro lo describe así: «Es cosa casi evidente, que dividido el río en dos partes, el mayor brazo de su corriente entraba por donde ahora están hechos los grandes reparos y terraplenos de la Almenilla de Septentrión de la ciudad, porque allí viene derecha la antigua

ficio alguno; el terreno que ahora ocupan los arrabales de la Cestería y Carretería, era un extendido campo, lleno en su mayor parte de eneas y juncos, que iba declinando hacia el río y que servía de abrigo y refugio á gentes de mala vida y desertores de cárceles y galeras; bosque de difícil exploración, mencionado con triste celebridad en antiguas memorias y acuerdos capitulares de Sevilla pertenecientes al siglo XVI.

Desde estos lodazales, desde ese bosque penetraban los pícaros en la mancebía, por un trozo de la cerca que estaba arruinado, y maltrataban á las mujeres, y las robaban, hasta que la ciudad dispuso en 1592 la recomposición de la muralla.

Dentro del recinto cercado en que moraban las mujeres y que era llamado *El Compás*, había muchas casillas miserables, propiedad ¡cosa rara! de Iglesias, de Conventos, de Capellanías, de Hospitales y de sujetos particulares (1). Eran algunas también fabrica-

---

madre del río, y bate con toda su furia (como detenido violentamente y contra su natural curso) que á lo que parece, entraba derecho por allí, é iba por la Alameda y calle del Puerco hasta el barrio del Duque; y de allí por la calle de las Sierpes, hasta la plaza de San Francisco, y puerta del Arenal ó por allí cerca, donde se juntaba con el otro brazo más occidental, dejando toda aquella parte, que hoy es Ciudad, hecha Isla. Esto se manifiesta más, porque en muchas partes, abriendo zanjas en lo muy profundo, hallan arena lavada, que es señal de la antigua corriente del río. (*Antigüedades y Principado de la ilustrísima ciudad de Sevilla, folio* 26.)

(1) La mancebía de la ciudad Medina-Sidonia, por ejemplo, era propiedad del Duque del expresado título. Durante la segunda mitad del siglo XV y en todo el XVI, se subastaba su arriendo por las justicias

das por la Corporación Municipal, y de todas ellas sacaban los propietarios pingüe renta alquilándolas á las mujeres que llaman *del partido* (1). Aquel lugar tenía sus reglamentos especiales. Desde Don Alonso XI, cuando menos, hay *Ordenanzas* para su régimen interior, las cuales fueron incluídas en las de Sevilla que aprobaron los Reyes Católicos en Toledo á 17 de Junio de 1502, y luego se reformaron al comenzar el siglo XVII. Por ellas sabemos que aquel lugar estaba á cargo de unos hombres llamados *Padres de la Mancebía*, que debían tener título y nombramiento del Cabildo, y habían de prestar juramento de guardar las ordenanzas. Prohibido les estaba alquilar ropa y prestar dinero sobre sus cuerpos á las mujeres públicas, bajo pena de perder lo prestado y mil ducados de multa por la vez primera, y doble pena y destierro por cuatro años en la segunda. Sabemos también, que las mujeres necesitaban licencia de la ciudad, y reconocimiento del cirujano para ser admitidas en la Casa llana; que habían de llevar

---

á la par de las dehesas, tierras de pan, almotacenazgo, almoxarifazgo y demás propiedades y derechos exclusivos del Señorío del mencionado pueblo.

Martín Sánchez Nieto, soldado de la hueste del Duque de Medina-Sidonia y lisiado en la conquista de Granada, recibió en 1493 el arriendo de la mancebía en muy bajo precio, como remuneración de sus servicios militares.

(1) Entre las más señaladas costumbres, estaba la de que cada mujer había de poner una tablilla con su nombre sobre la puerta de la casa, donde habitaba, sin duda para evitar equivocaciones á los hombres.

cierto distintivo en el traje (1), y que había días y horas en que no les era permitido usar de su torpe oficio.

La prohibición de que hubiese tabernas y casas de comidas dentro del recinto de la mancebía hizo que los alrededores se llenasen de tiendas y figones (2), que fueron el paradero de toda la gente perdida, rufianes, murcios, bravos y avispones que allí se cita-

---

(1) Los ordenamientos antiguos de D. Alfonso XI, mandaban que las rameras no pudieran salir por la ciudad sin llevar una *toca azafranada* por la cabeza y así se vino practicando largos años. Pero luego ¡capricho de la moda y mayor capricho de las mujeres honradas! dieron éstas en usar para mejor parecer aquella toca que era por la ley padrón de ignominia y señal de la mujer pública. La moda hizo fortuna; todas andaban iguales y confundidas; la ley consignó aquella confusión y tuvo que acudir á otro distintivo. En las *ordenanzas de Sevilla,* confirmadas, como hemos dicho, por los Reyes Católicos en 1502, se dispuso «que las mujeres mundarias trayan un prendedero de oropel en la cabeza encima de las tocas en manera que parezca porque sean conocidas.» Pero todavía la ley quedó burlada; las honradas dueñas siguieron, según parece, el uso de la gente vitanda, tal vez porque ésta parecía bien á los hombres con aquellos adornos que por distintivos se les ponían y en las nuevas ordenanzas de las mancebías de Sevilla, se mandó que de allí adelante cuando anduvieren por la ciudad hubieran de traer mantos negros doblados con que se cubriesen.

Los aficionados á estos estudios hallarán curiosas noticias en la notabilísima obra de Pierre Dufour, *Histoire de la prostitution, chez tous les peuples du monde, etc.*—París, 1851.

(2) Restos de tan originales costumbres los muchos puestos de pescado frito, tabernas y casas de camas que todavía se conservan en las calles de Tintores y Atocha, y en las afueras de la que fué puerta del Arenal. En este último punto había establecido su tienda Inés García, ramera de la mancebía, que pasó á las Arrepentidas y la casaron con un mancebo, y para ayudarse puso un puesto de frutas en frente de la Puerta del Arenal en la parte de fuera junto al muro; según un Memorial de la misma que existe en el Archivo Municipal.

ban para tratar sus asuntos y esperar á las mujeres que salían de las casillas al *Compás*.

El sitio no podía ser más célebre ni estar mejor habitado. Los sucesos escandalosos debían tener allí su natural asiento.

## III

Durante los años de la residencia de *Cervantes* en Sevilla, *el Compás* y la mancebía fueron teatro de ruidosas escenas que debió presenciar el escritor. Por eso nos movemos á indicarlas.

Corría el año de 1592. Más de cinco llevaba de residencia en Sevilla el Príncipe de los Ingenios, habitando en las collaciones de la Santa Iglesia y de San Isidoro aunque se ignora en que casas (1), y debía conocer ya bien las costumbres de la ciudad, cuando por la parte derribada del muro de la mancebía entraron varias noches algunos hombres de mal vivir apaleando á las mujeres, llevándoles lo que podían y robando hasta las puertas, rejas y materiales de las casillas que estaban desalquiladas, próximas á aquel derribo y que eran propiedad del Municipio.

En queja de estos excesos acudió el padre de la mancebía á la Corporación (2).

---

(1) Véanse la *Vida de Cervantes*, escrita por D. Jerónimo Morán.—Madrid.—Imprenta Nacional:—1863.—Y los *Nuevos Documentos para ilustrar la Vida de Cervantes*, publicados por el autor de este artículo.—Sevilla.—Geofrin:—1864.

(2) Reproducimos íntegro el Memorial que es curioso y se encuentra en el tomo 2.° de las Escribanías de Cabildo del siglo XVI, marcado con

Pasemos al año de 1595. Estaba mandado en las Ordénanzas que las mujeres de la casa pública, no pudieran usar de sus cuerpos en días y horas determinadas (1), y que los sacerdotes y monjes que con piadoso anhelo quisieran predicarles para apartarlas de su mal vivir, no pudieran hacerlo sino en el tiempo en que aquellas mujeres no podían recibir visitas de hombres. Sucedía alguna vez que movidos de su celo religioso acudían los predicadores y otros congregados en los días y á las horas del trabajo, y saliendo de sus casas las meretrices con los hombres

---

el núm. 63.—Dice así:—«Sevilla 21 del mes de Mayo de mil quinientos é noventa é un años.—Diego Felipe padre de la casa pública é Mancebía desta ciudad: digo: que V. S. mandó dar comisión al Sr. Veintecuatro Juan Antonio del Alcázar para que mandara cerrar el portillo de la cerca que está caída por la banda de la Laguna, y aunque han pasado más de tres meses después que se cayó y se le dió la dicha comisión no se ha cerrado, de donde se han seguido muchos daños, ansi de malos tratamientos que se han hecho y hacen por el dicho portillo á las mugeres por hombres de mala vida, como de destruicion de las casas de la ciudad que están junto al dicho portillo que todas están robadas las puertas y arruinadas paredes y tejados y demás de aquesto por el dicho portillo se hecha mucha inmundicia dentro de la dicha Mancebía que todo podrá ser causa de males y enfermedades.—Pido y suplico á V. S. pues este reparo es de tanta importancia, mande que luego se cierre el dicho portillo y se repare la demás cerca que está á punto de sé caer sobre otras casas que también son de la ciudad.»

(1) Minucioso es en esto el capítulo XV de las ordenanzas de la casa pública. Manda que las mujeres no usen de su torpe oficio en las nueve fiestas de Nuestra Señora, ni en los primeros días de las Pascuas, ni el día de Corpus ni el de la Trinidad, ni desde el día de la Magdalena hasta la Pascua de Resurrección; y en los domingos y demás fiestas de todo el año no habían de ganar hasta después del medio día, en cuyo tiempo había de estar cerrada la puerta y postigo, pena de dos mil maravedís al padre que mandase abrir contraviniendo á la Ordenanza.

que las acompañaban, tenían lugar escenas poco edificantes, en las cuales si respetaban al sacerdote, solían no salir bien librados los cofrades legos. Tal ocurrió en el citado año, y algo grave fué el escándalo cuando el Presbítero Agustín de Figueroa acudió también en queja al Cabildo, pidiendo se alzase el muro hundido por donde se entraba la gente (1).

Para conocer el teatro de los sucesos y los personajes que ordinariamente tomaban parte en ellos, creemos basta con lo apuntado.

*Cervantes* conocía muy bien aquel apartado lugar; su observación había comprendido lo que era y siempre que puede lo señala á la descuidada justicia de la gran Sevilla.

## IV

Había llegado, sin embargo, el tiempo de que el foco de corrupción se extinguiera. Dos personajes ilustres, el uno por su posición, el otro por su talento é influencia, le dieron rudos ataques antes de que por el gobierno se preceptuara su extinción.

Don Aloso Fajardo, obispo de Esquilache, se propuso lanzar del *Compás* á las mujeres públicas y de sus alrededores á la gente perdida que las acompañaba, pues ya los sitios cercanos á la Laguna

---

(1) El Memorial se encuentra en el Archivo Municipal, siglo XVIII, sección especial 1.ª, tomo 7.º, número 20.

iban mejorando algún tanto con la proximidad de las nuevas casas del Cabildo secular, donde se reunía el Ayuntamiento desde 1556, y era oportuno trasladar aquel *comercio* á lugar más apartado y recóndito.

Al efecto, presentó instancia en 1575, cuyo original hemos visto (1), en la que pedía el Cabildo el área que ocupaba la mancebía, para fundar con sus propios recursos un convento de Agustinos bajo la advocación de las santas Justa y Rufina.

La Comisión Capitular y el Asistente accedieron, y se propuso indemnizar á los dueños de las fincas de la mancebía y que ésta se trasladase al muro de la puerta Real. Pero el Cabildo de Jurados opuso varias razones al pensamiento, y aun cuando se atendió á lo pedido por el señor Obispo, no por eso perdió su sitio la mancebía, pues la fundación se hizo á la parte de fuera de la muralla alzándose al fin el suntuoso convento del Pópulo, hoy cárcel nacional.

Esta primera tentativa no tuvo el resultado de trasladar la casa pública. En el año 1615, la combatió con mejor éxito el celebrado poeta sevillano Dr. Juan de Salinas. Incansable en promover cuantas mejoras estaban á su alcance en la ciudad que le vió nacer, y más incansable en buscar recursos para mejorar la suerte de los pobres enfermos que acudían al hospital de San Cosme y San Damián (vulgo de las Bubas) de que fué administrador desde 1601 hasta su

(1) Archivo Municipal, Escribanías siglo XVI, tomo II, núm 1.°

muerte ocurrida en 1643, acudió al Cabildo con una petición, de la que se dió cuenta en 10 de Junio de 1615 (1). Exponía las necesidades del hospital en ropas, agua y reparos «*y buscando arbitrios,* decía, *para remediarlas ha hallado unos sitios en la Laguna llenos de muladares que se pueden vender para labrar casas.*» Por voto unánime se dijo: «que no »tiene ningún inconveniente el Cabildo en lo que se »pide; antes, será de mucho provecho para el adorno »y policía de la ciudad y conservación de la salud de »los vecinos de aquel barrio.» Sabía el Dr. Salinas por demás, que la diligencia es madre de la buena ventura, y negoció tan activamente en Madrid, que en 10 de Julio se expidió la Real cédula, mandando al Asistente y Cabildo y Ayuntamiento de Sevilla, hicieran: «*traer al pregón los solares que quedan en la Laguna.*»

Con las nuevas edificaciones recibió la mancebía golpe mortal. El sitio cambió de aspecto, la población se aumentó en aquel extremo de la ciudad, *el Compás* fué quedando en abandono, y hubiera concluído indudablemente la mancebía por la fuerza de las circunstancias; pero el Rey se anticipó. Por pragmática de 10 de Febrero de 1623 (2), prohibió Felipe IV las mancebías y casas públicas en todo el Reino.

---

(1) Debo esta noticia, como otras de las insertas en este artículo, al Sr. D. Antonio Fernando García, excelente amigo, y docto como pocos en la antigüedad de Sevilla.

(2) Ley 7.ª, tít. 26, lib. XII.—Novísima Recopilación.

## V

Tal es en abreviado compendio la historia del aquel *Compás famoso* que tantas veces recordó *Cervantes* en sus escritos.

De allí fué *padre*, ó alcaide, que así define el vocablo del mismo escritor, por los años de 1534, aquel Carrascosa que introduce en la comedia titulada *El Rufián dichoso* y que da cuenta de su persona, diciendo:

> Soy de los Carrascosas de Antequera (1)
> y tengo oficio honrado en la República;
> y há-se-me de tratar de otra manera.
> . . . . . .
> Si á un personaje como yo, se lleva
> de aqueste modo, que harán á un mal hombre?

Esta es la vez primera que *Cervantes* se ocupó de la casa llana de Sevilla. Y la colocamos en primer lugar, porque estimamos *El Rufián dichoso* como una de las más antiguas cosas que escribió el inmortal autor, sobre una tradición que debió recoger en Sevilla á su llegada.—La Jornada primera de esta comedia es pariente muy cercana de *Rinconete y Cortadillo,* y en mi sentir, ambas producciones de-

(1) De la dicha ciudad era también *Doña Molinera*, la que calzó la espuela á D. Quijote cuando se armó caballero.

bieron escribirse en una misma época. Así define *Cervantes* en ella la mancebía.

*Tello.*—Decidme, de qué orden es.
*Ant...*—De los de la *Casa llana.*
Es *Alcayde,* con perdón,
señor, de la mancebía
á quien llaman *padre* hoy día
las de nuestra profesión.
Su tenencia es *casa llana*
porque se allanan en ella
cuantas viven dentro della.
*Tello.*—Bien el nombre se profana
en esso de Alcayde y padre,
nombres honrados y buenos.

Como las comedias de *Cervantes* apenas son leídas hoy, pocos deben conocer el gran cuadro de costumbres que describe esa Jornada.

Nunca olvidaba *Cervantes* aquellos lugares que dejamos descritos. En el capítulo 3.° de su obra inmortal *Don Quijote* se fija en la idea de ser armado caballero con todo el ritual de la Edad media; trabaja en ello y se acalora su fantasía, y postrado de hinojos ante el ventero, castellano de aquel castillo donde moraba, le pide la gracia de que le dé la pezcozada. «El ventero (que como está dicho, advierte »*Cervantes*, era un poco socarrón...) le dijo... que él »ansí mesmo en los años de su mocedad se había »dado á aquel honroso exercicio, andando por diver-

»sas partes del mundo buscando sus aventuras, sin »que hubiese dexado los Percheles de Málaga, Islas »de Riaran, *Compás de Sevilla*, Azoguejo de Sego- »via, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, »playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y ventillas de »Toledo... dándose á conocer por quantas Audien- »cias y tribunales hay casi en toda España.»

A un *canónigo del Compás*, andaluz y mozo de mulas, hace Carriazo bailar con la hermosa Argüello, *moza una vez no más*, en aquella animada reunión de la posada del Sevillano.—¡Buenas costumbres debía tener el que por su continua permanencia en el *Compás*, mereció ser llamado *canónigo* de semejante templo! ¡Expresión felicísima y gráfica, maliciosa y picaresca que sólo á un *Cervantes* ó á un *Quevedo* pudo ocurrirse!

Última mención, y no menos digna de estudio que las anteriores, es la que encontrará el curioso en el capítulo V del *Viaje del Parnaso*.

Como yo entiendo, contra la opinión de algunos amigos, cervantistas insignes, que ese poemita, imitación del que escribió César Caporali, es de índole esencialmente satírica, en todas sus partes me parece encontrar el rasgo epigramático envuelto ora en la hiperbólica é inmerecida alabanza, ó ya en los epítetos al parecer vulgares, inocentes ó confusos, que á las veces acompañan á los nombres de los poetas allí citados.

Para mí el *Viaje del Parnaso*, donde tan libre campea el ingenio de *Cervantes*, donde tantas noti-

cias curiosas se contienen, es muy digno de profundo examen, tanto más profundo, cuanto que, como he dicho, por todos lados asoma su dardo sutil la más amarga ironía.

Esto podrán negarlo los que juran que nunca voló la cervantina pluma por la región satírica; pero ni los más puristas negarán que es cáustico, satírico hasta el último extremo el lance referido en el capítulo V del *Viaje*. Allí Neptuno hace volcar la nave que conducía los *poetas memos,* y da con ellos en el mar amenazando anegarlos. Venus Acidalia, movida á compasión, quiere salvarlos, y vista la enemiga del Dios del húmido tridente, no encuentra medio mejor que convertirlos en *calabazas* y en *hinchados odres* y valientes; sopla Boreas y lleva

. . . . . á la piara gruñidora
En calabazas y odres convertida
A los Reynos contrarios del aurora.

Con ellas y por ellas se hace notar España, y tanto que luego sucede á *Cervantes* una extraña fantasía. Oigámosle:

Después desta mudanza que hizo el cielo
. . . . . .

No veo calabaza luenga ó corta,
Que no imagine que es *algún poeta*
Que allí se estrecha, encubre, encoge, acorta.

¿Pues qué cuando veo un cuero? ¡O mal discreta
Y vana fantasía, así engañada,
Que á tanta liviandad estás sujeta!

Pienso que el piezgo de la boca atada
Es *la faz de un poeta,* transformado
En aquella figura mal hinchada.

¿Podrá mostrársenos escrita en castellano caricatura más completa y significativa? ¿Imaginaron el Bosco, Goya mismo, nada tan intencionado y ridículo? Si esto no es sátira, deseamos se nos diga qué nombre puede dársele.

Pero viniendo á nuestro propósito, cuando en mayor embarazo se encuentra la canalla poética bregando entre las olas, y procurando ganar la amada orilla, exclama *Cervantes:*

Y sé yo bien, que la fatal cuadrilla
Antes que allí, holgara de hallarse
En el *Compás famoso de Sevilla.*

El rasgo no es nada benigno. Aquellos poetas, más bien que escalando el Parnaso, apetecerían estar entre las mujeres de la *Casa llana.*

Como el *Viaje del Parnaso* se escribió en 1614, la alusión demuestra que *Cervantes* nunca olvidó las escenas que en el *Compás* había presenciado, y antojósele convidarlo con fama universal y eterna. Y si en la región meridional de España, y á corta distan-

cia de la metrópoli andaluza, los edificios y lápidas de Castilleja y de la Rábida nos recuerdan el valor de Cortés y la ciencia de Colón, el famoso

COMPÁS DE SEVILLA,

borrado ya del suelo de la ciudad, pero vivo, potente y galano de los escritos del *Soldado de Lepanto*, nos muestra el estado del vicio, que sin máscara ni disfraz se ostentaba repugnante en las edades pasadas, y el talento del *Gran Escritor* enderezando su poderosa sátira contra males y abusos que conocía, pero que no estaba en su mano el extirpar.

# ¿ESTUDIÓ CERVANTES

## EN SALAMANCA?

En el año 1819, D. Martín Fernández de Navarrete dió publicidad en su *Vida de Cervantes* á la noticia que le comunicó D. Tomás González, catedrático de retórica que fué de Salamanca, relativa á haber visto entre los apuntamientos de sus antiguas matrículas el asiento de *Miguel de Cervantes* para el curso de Filosofía, durante dos años consecutivos, con expresión de que vivía en la calle de Moros (pág. 272).

Desde entonces hasta hoy, gran número de cervantistas y de literatos españoles y extranjeros han examinado los libros y apuntes de la Universidad salmantina, sin haber podido encontrar rastro de

semejantes matrículas; y salió á luz en el año 1849 una reseña histórica de la misma escrita por los señores D. Manuel Dávila, D. Salustiano Ruiz y don Santiago D. Madrazo, catedráticos de aquella escuela y muy amantes de sus glorias, en la cual insertaron un extenso catálogo de españoles ilustres que en ella hicieron sus estudios, sin que aparezca entre los mismos el nombre de *Cervantes*. La noticia, por tanto, no goza de gran crédito. Para mí es mucho menos que incierta: la tengo por inexacta.

Pero si queremos aceptarla por un momento y buscar en la vida del escritor *un claro* donde podamos colocar esos dos cursos de Filosofía, ciertamente, no hemos de ir á los años 1581 á 1583, como pretende la distinguida poetisa señora doña Blanca de los Ríos. Tal fecha es, á mi parecer, inadmisible á todas luces.

Nacido en 1547, contaba *Cervantes* treinta y cinco años en el de 1582; había corrido varia y desgraciada fortuna siendo soldado y cautivo, y, después de arrostrar gravísimos peligros, volvía á su patria estropeado de una mano, cubierto de heridas y falto de recursos.

No parece natural que en tales condiciones le ocurriera el pensamiento de ir á matricularse en la Universidad de Salamanca, lejos de su familia, para emprender una carrera á la que no le llamaban ya sus circunstancias. Años antes, en 1575, cuando desde Italia regresaba á España, traía expresivas recomendaciones, no menos que de Don Juan de Austria

y del Duque de Sessa, para que el Rey le concediera el mando de una compañía. Al cabo de cinco años de soportar las penalidades de la durísima suerte del esclavo en Argel, que con tan admirables rasgos dejó escritas en varias de sus obras, á los treinta y cinco de edad, y con sus gloriosas cicatrices, no es posible figurarse que fuera á abrazar la alegre vida del estudiante, y á alternar en Salamanca con aquella juventud bulliciosa, más amiga *del baldeo y rodancho que de Bartulo y Baldo.*

Todos los datos conocidos concurren á indicar que á su regreso á España pensó *Cervantes,* desde luego, en mejorar su fortuna, y se dedicó á las comisiones y negocios en que después se le encuentra ocupado, y que llenaron muchos años de su existencia.

Vienen directamente á confirmar esta creencia las cartas dirigidas al Secretario Mateo Vázquez de Leca por el Licdo. Santoyo de Molina en el mes de Abril de 1584, en que, informándole sobre las propuestas de varios sujetos para puestos vacantes, menciona á *Cervantes* y dice:—*El Cervantes es muy benemérito, y sirvió ya en el partido de Montanchez muy bien* (1); por donde se comprende que en tiempo anterior ya se había ocupado *Cervantes* en comisiones del Consejo.

Igual significación puede darse á la carta de pago otorgada el 30 de Diciembre de 1585 á favor de la

(1) *Cervantes en Valladolid, ó sea descripción de un MS. inédito portugués*, por D. Pascual de Gayangos.—Madrid, F. Fernández, 1884.

casa banca Baltasar Gómez del Águila y Compañía, pues en ella aparece que *Cervantes* había entregado en Sevilla, en los primeros días del mismo mes, á los comerciantes Diego de Alburquerque y Miguel Angel Sambias ciento ochenta y siete mil maravedís, recogiendo libranza para hacerlos efectivos en Madrid, según consta por el documento original publicado por el docto presbítero D. Cristóbal Pérez Pastor (1); debiendo suponerse que aquella cantidad fuese producto de negociaciones más antiguas, y muy probable, como dice el mismo colector, «que »esta carta de pago sea el último documento de al»guna comisión que para Sevilla se confiara á *Cer»vantes*.»

Si abandonando esa conjetura se desea buscar *un claro* en la vida del escritor inmortal donde puedan tener cabida esos dudosos años de Filosofía cursados en Salamanca, lógico y natural sería fijarse entre los de 1559 y 1569, cuando *Cervantes* tenía entre doce y veintidós años de edad, período el más apropiado para cursar las aulas, para cultivar la inteligencia, adquiriendo conocimientos con más facilidad que en otras épocas de la vida; que entonces la atención se detiene con mayor fuerza en el estudio, se fija más que cuando se ha entrado de lleno en los azares de la existencia y la distraen otros cuidados, los negocios y las pasiones.

(1) *Documentos cervantinos*. — Madrid, Fortanet, 1897. Doc. núm. 26.

Y no sería obstáculo para tal inducción el que el maestro Juan López de Hoyos, en libro publicado en el año 1568, llamara á *Miguel de Cervantes mi caro y amado discípulo* al insertar algunas de sus primeras poesías. Esa frase no significa de modo alguno que la presencia de *Cervantes* fuera actual en el estudio del maestro en aquella época, según quiere interpretarse. No podemos figurarnos á un joven de inteligencia superior, de comprensión pronta, estudiando los rudimentos de la gramática á los veintiún años; siendo bastante que en otros anteriores hubiera recibido sus lecciones para que con afecto de maestro le recordase como *discípulo;* y de tal pudo calificarle en todo tiempo, aunque ambos hubieran alcanzado largos años de vida, pues siempre pensarían con satisfacción en aquellos días de la juventud, y el maestro López de Hoyos en el honor de haber contribuído á la educación del célebre escritor.

Para terminar, no puede ponerse en olvido la circunstancia de que *Cervantes* había nacido y se había criado en Alcalá de Henares, donde se encontraba una Universidad también famosa, fundación del gran Cardenal Cisneros, pues ella hace más improbable que en ningún tiempo fuera á cursar Filosofía en Salamanca.

# DOCUMENTO

PARA ILUSTRAR LA

# BIOGRAFÍA DE CERVANTES

Han salvado de la destrucción los actuales encargados de la custodia del Archivo municipal de Sevilla (1) un curiosísimo expediente, en que declaró como testigo, en 2 de Mayo del año de 1600, *Miguel de Cervantes Saavedra.*

El 18 de Marzo del dicho año, Agustín de Cetina, pagador de las provisiones para las galeras de España, presentó instancia al Ayuntamiento pidiendo se le incluyera en el padrón de los vecinos de la ciudad,

(1) Éranlo á la sazón D. Luis Escudero y Perosso, actual archivero, y D. Felipe Pérez González.

y acompañó interrogatorio, por el cual debían ser examinados los testigos de que intentaba valerse, con el fin de acreditar reunía las condiciones necesarias para que se accediese á su petición.

El primer testigo examinado lo fué Luis de Castro, cuya declaración comienza así: *En la ciudad de Sevilla á 2 días del mes de mayo de* 1600 *años*...

Después de esta declaración, se encuentra la siguiente:

«E luego in cotiᵉ el dho dia mes é año el dho agustin de Zetina para este negº presento por tº á Miguel de Cerbantes vecino desta cibdad en la Collacion de San Niculás del que fué tomado y recebido juramento por Dios en forma de drº y prometió decir verdad y siendo pregᵈº por las preguntas del interogº dixo lo siguiente:

1. A la primerª pregunª dixo que conoce á las partes litigantes y al dho agustin de Zetina desde que vino á esta Cibdad á esta parte que podrá aber doze aˢ y que tiene noticia deste negᵛ y esto respᵉ . . .

Fué pregᵈº por las prgˢ gs de la ley dixo que es de edad de mas de quarenta... y que no es pariente de ningª de las partes ny le tocan las demás gˢ de la ley que le fueron fhas . . . . . .

2. A la segunda pregª dixo que sabe lo contheñido en la pregunta segun y como en ella se contiene; lo que sabe, este tº por la entera noticia que... y por que... el dho tpo atenido este tº con el dho agustin de Zetina muchas qüentas y le ha tratado y co-

munica... y de hordi° el dho tpo y le ha visto bibir... en esta cibdad... todo el dicho tienpo con casa poblada á parte y de por si con... muger gente y familia.... en la coll^n... san Pedro y... sto sabe y resp^e á la pregª. . . . . .

3. A la 3.ª pregª dixo que lo que... dho es la verdad y publico y notorio cargo del dho juramento que Resc... y lo firma de su n^e...

MIGUEL DE CERBANTES.

*(Tiene su rúbrica.)*

Mateo de V...
escriu°»

Agustín de Cetina era, hacía muchos años, pagador de provisiones. En sus libros de pagaduría, que se guardan en el archivo de Simancas, consta que *Cervantes* cobró ya el salario de ciento doce días en el año de 1587, por comisión que desempeñaba en Sevilla, de donde se deduce que se trasladó á esta ciudad en el verano de aquel año, cuando menos.

En Marzo, Abril y Mayo de 1600 vivía *Cervantes* en Sevilla, y era vecino de la ciudad en la collación de S. Nicolás.

Este dato incontestable viene á favorecer la opinión de que el *Quijote* empezó á escribirse en Sevilla. Tradición antigua había en esta ciudad de que en los primeros años del siglo XVII tenía *Cervantes* por costumbre pasear por bajo de los portales de la Plaza de San Francisco en actitud meditabunda, y

que de tiempo en tiempo se detenía dando grandes risotadas.—Los que han sostenido la tradición de la prisión en Argamasilla, y que en la cueva de la casa llamada de Medrano se escribió el libro inmortal, tienen que partir de la hipótesis sentada por Don Martín Fernández Navarrete, que dice: «*Desde fines de 1598 nos han faltado documentos para saber los sucesos de Cervantes en los cuatro años inmediatos, y en ellos pudieron tal vez tener lugar las ocurrencias de la Mancha...*» &c. El Sr. D. Jerónimo Morán dice: «que de Sevilla *desapareció Cervantes á principios del año 1599, desde cuya fecha viene á quedar su historia sumergida en las mayores tinieblas...*» &c.

Bajo este concepto, es de la mayor importancia la declaración que hoy publicamos. Demuestra que en el mes Mayo de 1600 vivía *Cervantes* en Sevilla; más aún: que era vecino de la ciudad, y quita más de un año al tiempo en que hipotéticamente se suponían ocurridos los sucesos de la Mancha.

Si estos son ciertos, debieron suceder en algunos de los años en que *Cervantes* estuvo avecindado en Sevilla. A su paso para Madrid, ó yendo exprofeso á la Mancha con especiales comisiones, conoció á Don Rodrigo Pacheco y á los demás personajes que le sirvieron de tipo para caracterizar los suyos, y de vuelta á su domicilio, *sin querer acordarse del nombre de aquel lugar de la Mancha,* donde tal vez no le dispensaron benévola acogida, empezó á bosquejar su inmortal epopeya, y casi puede decirse con evidencia

que lo haría en la forzada inacción á que se vió condenado, detenido en la Cárcel Real de Sevilla, en el año de 1597, como lo sostiene con su vasta erudición y elevadas razones mi amigo el señor D. Aureliano Fernández Guerra, cuyo solo nombre basta para dar peso á esta opinión.

Diciembre, 1874.

# Un Cervantista Portugués

## DEL SIGLO XVIII

### QUEMADO POR EL SANTO OFICIO DE LA INQUISICIÓN

## PARTE PRIMERA

### I

on grandísima concurrencia de público de todas las clases sociales, y con extraordinaria animación, se representaba en el teatro *do Bairro alto* de Lisboa, en la tarde del día 14 de Octubre del año 1733, una comedia titulada *Vida do grande Don Quixote é do gordo Sancho Panza.*

La *platea*, que hoy llamamos patio, no podía contener el inmenso número de espectadores que en ella se apiñaban; los *aposentos* estaban llenos de damas y señores de la primera nobleza de la corte; y hasta en los llamados *camarotes dos frades* se notaban, á través de las espesas celosías que los disimulaban, las

venerables cabezas de los más graves, caracterizados y reverendos padres de todas las órdenes religiosas, sin exceptuar á los señores inquisidores, que muy de propósito y en gran número concurrían siempre á las primeras representaciones, y llenaban el aposento que á ellos estaba reservado.

Importa á los lectores españoles conocer los pormenores de aquella fiesta escénica, porque la obra era tributo de admiración al mayor ingenio de España, al desventurado é inmortal autor de *El Ingenioso hidalgo;* y también porque la vida del desdichado poeta de aquella obra dramática es verdaderamente interesante, y además casi desconocida en nuestra historia literaria.

Representaba una compañía que había recibido lecciones y ejemplo del célebre español Antonio Rodríguez, que de Madrid pasó á Lisboa, donde colmado de aplausos vió correr los últimos años de su dilatada existencia, dejando muchos y buenos discípulos.

La comedia estaba discretamente escrita en lo general, graciosa y ligeramente dialogada, y sostenía el interés de los espectadores, tanto por la variedad incesante de las escenas, que conservaban mucha de la gracia del original, como por los chistes de que estaba salpicada la obra, y que, sin ser áticos ni mucho menos, llenaban las medidas del gusto del auditorio, acostumbrado á obras muy escasas de mérito y de gracia.

En los bancos primeros, cercanos al proscenio, se

veía á casi todos los poetas portugueses de aquel tiempo; medianos algunos, malos, detestables en su mayor número, que acudían á escuchar la nueva producción dramática de un rival favorecido, con disposiciones de ánimo poco benévolas en verdad.

Los aplausos despertaron la emulación de aquellos escritores; el entusiasmo del público la convirtió en envidia; un suceso, puramente casual, vino á trocar aquellas malas pasiones en abierta enemistad y malquerencia.

Después de una escena originalísima, en la que Don Quijote imagina que los encantadores que le persiguen han mudado á su Dulcinea, transformándola en la figura de Sancho Panza, y que fué calurosamente aplaudida, apesar de su equívoca moralidad y subido color (1), *Caliope,* descendiendo de una

---

(1) Imposible parece que el célebre Bocage formase tan alta idea de esta escena, que hasta le causara extrañeza no se le hubiera ocurrido á *Cervantes.*

«Yendo una vez á visitarlo, durante su última enfermedad (dice »José M.ª de Costa y Silva en su *Diccionario Bibliográfico*), lo en»contré echado de bruces sobre la cama, con un libro en la mano y »riendo como un bobo.—¿Qué libro es ese, le pregunté, que así pro»voca tu hilaridad?—Son las óperas del judío, me contestó, y hallé »aquí en la *Vida de Don Quixote* una idea tan bufa, tan extravagan»te, que me admiro de que se le escapara á *Cervantes.* Y después de »nuevas carcajadas leyó lo siguiente:» (La escena que dejamos indicada en el texto, que es la XVIII de la ópera.) «Concluída la lectura, »muchas veces interrumpida por la risa, prosiguió Bocage: — Vamos, »¿qué te parece? ¿No es éste un remedio del original muy gracioso y »muy propio? ¿Y el judío no supo sacar de él un gran partido produ»ciendo una escena muy cómica? ¡Oh! Esta idea debió ocurrírsele á »*Miguel de Cervantes.*»

nube, arrebató en ella á Don Quijote y á Sancho para llevarlos en socorro del Númen Délfico. Se mudó el teatro en el Monte-Parnaso, y apareció el Dios Apolo rodeado de un enjambre de malos poetas, con los que reñía porfiada batalla. Allí fué Troya.

. . . . . .

—Esperad, bastardos hijos, exclamaba Apolo, que presto vendrá quien sepa vengarme de vuestras injurias.

—Ya no te reconocemos por Dios de la poesía, señor Apolo, gritaban á su vez los poetillas memos: pues cualquiera de nosotros es un Apolo, y cada idea nuestra una nueva Musa.

*Apolo.*—¿Así os atrevéis á profanar el decoro que se debe á mis apolíneos rayos?

*Poetas.*—Toquemos á embestir el Parnaso. (*Caen de una nube Don Quijote, Sancho y Caliope.*)

*Apolo.*—En hora buena vengas, valiente Don Quijote, que sólo tu espada puede asegurarme en el trono y conservar mis laureles. Ven, ven á vengarme de estos poetastros, que sin más armas que su presunción, quieren, no tan sólo emular mi plectro, sino despojarme del Parnaso; y como son las armas y las letras tan fidelísimas compañeras, quiero valerme de tus armas para restauración de mi ciencia; y como esta violencia que se me hace no desdice de las empresas de tus caballerías, te ruego y llamo para que me acorras.

*Don Quijote.*—Señor Apolo, yo tomo sobre mí su desagravio, y ya desde ahora puede sentarse

tranquilo en su trono, que nadie será osado á tocarle.

*Sancho.*—Señor Don Quijote, yo cuido que estoy soñando. Que entre Vm. en el Parnaso no es extraño, porque es algo loco y locos aquí vienen; pero que yo siendo un ignorante esté también á su lado, es lo que me admira; y de ello vengo á concluir que no hay bolonio que no se cuele hoy día en el Parnaso.

*Don Quijote.*—Y dígame por su vida, señor Apolo, ¿cómo se llaman esos poetas que de tal manera os persiguen?

*Apolo.*—Pues esa es la desgracia, amigo Don Quijote, que los poetas que me afligen no son de nombre, y con todo cada uno se cree que tiene más que yo mismo.

*Don Quijote.*—Decidme, poetas de aguachirle; decidme, ranas que graznáis en el charco de Catalina; decidme, cisnes contrahechos, que os zambullís en el lodo de Hipocrene, ¿con qué méritos contáis para competir con el Dios de la Poesía...?

. . . . . .

Ya desde el principio de la escena los aplausos intencionados se habían repetido con mucha frecuencia, y más de un chusco dirigía sus miradas á los bancos ocupados por los poetas; pero al llegar á este punto, al apostrofar Don Quijote á los *poetas de aguachirle*, los aplausos fueron generales, las risas continuas, y todos se volvían á mirar á los escritorzuelos, que sufrieron avergonzados una rechifla estrepitosa.

La ira que aquellos poetastros no podían entonces desahogar sobre el público maligno, descargó sobre el inocente autor de la comedia.

—¡Es un bufón!—decían.

—Es un judío, y obra como tal;—añadían otros.

—Bien se descubre el rabo de sus malas creencias al través de sus intencionados chistes...

—Y después de todo, esto no es más que una mala copia de un célebre escritor español;—decía un tercero en voz alta y campanuda para que llegase á los oídos de la multitud, que se apiñaba á las puertas de la botillería durante el entreacto.

Bajaban de sus *aposentos* los señores inquisidores, y un escritor mal intencionado, llamado Lobo Correa, se atrevió á decir:

—En efecto, asoma el rabo del judío en muchos lugares de la comedia; y es que se va olvidando el autor de que existen en Portugal vigilantes centinelas de la fe, que ya en otra ocasión le obligaron á la abjuración *de levi,* por haberse burlado de doctrinas sustentadas por autores católicos!!

No lo dijo á sordos. Al día siguiente estaban sobre la mesa del Calificador del Santo Oficio todos los escritos del poeta dramático autor de la comedia *Do Grande Don Quixote é do gordo Sancho Panza*, y se comenzaba una información secreta de su vida y costumbres, que andando el tiempo produjo funestos resultados.

Veamos lo que averiguó la Inquisición.

## II

Antonio José de Silva, que en aquella sazón ejercía ya con crédito la profesión de abogado en la ciudad de Lisboa, era hijo de otro notable jurisconsulto, Juan Méndez de Silva, y de su legítima esposa Lorenza Coutinho.

Había nacido en Río Janeiro en el año 1705, y allí corrieron tranquilos los primeros años de su existencia, dando singulares muestras de felicísimo ingenio y disposiciones nada comunes para todo género de estudios.

Trasladada á Lisboa la familia, ya en el año 1726, era Antonio José bachiller en leyes por la Universidad de Coimbra, donde en la temprana edad de veinte años había llamado la atención por su claro entendimiento, su aplicación extraordinaria, y más que nada por su carácter franco, alegre, jovial y decidor, que le había granjeado muchos y buenos amigos. Estas mismas condiciones de carácter le trajeron muy luego un grave disgusto.

Ejerciendo la abogacía con asiduidad al lado de su padre, iba adquiriendo buen concepto como jurisconsulto entre los más principales señores de la nobleza, y graves y doctos magistrados; al paso que por sus aficiones literarias y la oportunidad de sus composiciones poéticas, era recibido con especial agrado en todas las reuniones de la capital.

Entre los nobles que con mayor amistad le distin-

guían y más se gozaban en su ameno trato, figuraba el cuarto Conde de Ericeira, don Francisco Javier de Meneses. Refiere uno de los más apasionados biógrafos de Silva *(Camilo de Castello-branco),* que entrando éste un día en la biblioteca del Conde, que era una de las más escogidas y preciosas de Lisboa, encontró en ella á un cierto Bartolomé Lobo Correa, literato de escasa valía, y antipático además por las condiciones especiales de su carácter. Entre los libros del Conde tropezó Silva con uno, titulado *Centinela contra judíos, puesta en la torre de la Iglesia de Dios* (1), traducida del español al portugués por el padre del Lobo Correa; y tomándolo en las manos se propuso mortificar á aquél, haciendo reir á su costa al P. Luis Alvarez y á Francisco Javier Oliveira, que se hallaban presentes, sacando á plaza algunas de las muchas necedades que el libro contenía.

El mentado biógrafo del poeta describe con sin igual donaire, con gran fuerza cómica, la escena de la biblioteca, origen de todas las desgracias de aquél. Oigámosle.

---

(1) Este libro, publicado por vez primera en 1674, tuvo cuando menos la fortuna de ser doce veces impreso hasta el de 1736, fecha de la edición que tenemos presente, hecha en Madrid por Pedro Josef Alonso y Padilla. Se titula: *Centinela contra judíos puesta en la torre de la Iglesia de Dios con el trabajo, caudal y desvelo del P. Fr. Francisco de Torrejoncillo, Predicador jubilado de la Santa Provincia de San Gabriel, de Descalzos de la Regular Observancia de nuestro Seráphico Padre San Francisco.*

Salvá cita una edición de Barcelona, 1731, y otra de Pamplona, 1671.

—¡Oh, Francisco Javier,—dijo Antonio José de Silva,—ya encontré un libro que es alhaja, traducido aquí por el padre del Sr. Bartolomé!» *¡Centinela contra judíos...!*

—¡Oh! ¡Oh...!—exclamó riendo el P. Luis Alvarez;—esa es una obra que hace cosquillas en los piés á cuantos la lean.

—¿Y por qué razón...?—preguntó algo avispado y sospechoso el hijo del difunto traductor.

—¿Por qué?,—repuso el Padre;—porque es obra llena de sandeces, inmoralmente puerca y torpe.

. . . . . .

Silva abrió el libro al acaso, leyó en voz baja algunos renglones, y dijo:

—Díganme vuesas mercedes si la inmortalidad no les parece mezquina y pequeña recompensa para un libro donde se leen estas cosas; ¡atención!:—«*Si los hombres pusieron cuidado en señalar á los judíos para que fuesen conocidos por sus traiciones, no menos cuidó Dios de señalarlos, para confusión suya y castigo de lo que merecieron sus antepasados. En algunos no son muy patentes las señales que por su maldad pone en ellos la naturaleza; pero en otros se ven claras y evidentes sin que pueda su cuidado zelarlas y ocultarlas á las gentes. Digo, pues, que hay muchos señalados por la mano de Dios después que crucificaron á su Divina Majestad; unos...*»—¡Fíjense en esto! —exclamó Antonio José, interrumpiendo la lectura. —¡Fíjense en esto para aumento de la Historia Na-

tural, y en honra del Lobo muerto y del Lobo vivo! —Y prosiguió leyendo:

«*Unos tienen unas colillas ó rabillos que le salen en su cuerpo de el remate del espinazo; otros echan y derraman sangre...*» (1).

—¡Alto ahí!—interrumpió el P. Alvarez.—Hay señoras en la habitación inmediata: el que quiera leer el resto de esa inmundicia hágalo en secreto...

—Yo lo he leído ya,—dijo Oliveira, llevándose la mano á la nariz,—y eso exhala vapores de cloaca.

—Y según esto,—repuso Silva,—¿está vuesa merced persuadido, Sr. Lobo, de que algunos judíos tienen rabos que les nacen del remate del espinazo?

—Lo estoy; sí, señor.

—¿Y viólo tal vez con sus propios ojos, tan vivos y penetrantes? Ahora veo yo también que no es mentiroso el refrán que dice que los sabios meten la nariz en todo. ¡Cuánta investigación por lugares tan poco frecuentados ha hecho su nariz de usted, sabio Don Bartolomé! . . . . . .

. . . . . .

—¿Qué libro lee nuestro moderno Gil Vicente?—dijo entrando el Conde de Ericeira.—¡Ah!... *Centinela contra judíos*... Ese es un libro notable, que prueba el adelanto de la Historia Natural en España. Habla ahí de unos rabinos...

---

(1) En la edición española se encuentra este pasaje á la página 168.—En la traducción de Lobo Correa, edición de 1684, está en la pág. 171.

—Con eso nos entreteníamos,—añadió el Prior de San Jorge.

—¿Y vieron—repuso el Conde—el por qué tienen rabo los israelitas? La explicación está dos hojas adelante.

—Aquí está,—dijo Silva. Y leyó:

«*Los judíos de las colillas ó rabillos en el fin del espinazo son descendientes por línea recta de aquellos que eran maestros entre ellos, á quien llamaban Rabíes, y acá llamamos Rabinos; éstos se sentaban á juzgar, y hoy se sientan á enseñar su ley, como maestros y jueces; y para pena suya, y que no puedan estar sentados sin trabajo y penalidad, les sale aquel rabillo en las asentaderas.*»

Me parece que el Sr. Bartolomé está con mala sombra...—dijo el Conde.—Pero observe nuestro amigo que su padre no incurre en nuestra crítica. A un traductor solamente se le exige fidelidad en la versión...

—Mi padre, Sr. Conde,—dijo Bartolomé,—no pide disculpa por haber hecho un servicio á la Religión. *Á los judíos* fué á los que no hizo favor, traduciendo este religioso libro, de que estos señores se están zumbando.

Y al proferir Bartolomé las palabras *á los judíos*, clavó los ojos con marcada intención en Antonio José de Silva.

. . . . . .

Quince días después, el 6 de Agosto de 1726, fué detenido el poeta por los familiares del Santo Oficio. y encerrado en las cárceles de la Inquisición.

Como el Prior de San Jorge fué reducido á prisión en el mismo día, conocieron bien todos los amigos de ambos de dónde procedía la denuncia. El Conde de Ericeira, Juan Méndez de Silva, el anciano contador Diego Barros y otras muchas personas de cuenta comenzaron inmediatamente á influir con los inquisidores en favor del calumniado joven, haciendo llegar á sus oídos la causa del rencor de Lobo Correa.

Mucho sirvieron al acusado las informaciones de tan poderosos amigos, y las muestras de simpatía y afecto de que era objeto Silva en todas partes pusieron muy en su favor á los inquisidores.

Mas por desgracia, la madre del poeta, Lorenza Coutinho, era de raza judía; se sospechaba que pudiera mantener en su familia recuerdos de la antigua creencia; y aunque nada se justificó que indicase falta de ortodoxia, ni de prácticas contrarias al cristianismo en la casa de aquélla, creyeron de necesidad los señores del tribunal de la Fe depurar el hecho, y sometieron á cuestión de tormento al procesado, que conservó para todo el resto de su vida las señales del tornillo en sus desfigurados pulgares.

Fué absuelto el desventurado Silva; abjuró *de levi,* y con expresiva recomendación de los inquisidores para que se dedicara al estudio de la doctrina cristiana, volvió triste y meditabundo al seno de su atribulada familia.

Recobrando poco á poco la salud y la tranquilidad de ánimo, se dedicó el escritor á sus negocios del foro, guardando la más rigurosa observancia de las

prácticas religiosas, y sin que su conducta ofreciera nada digno de censura, hasta la época en que el Calificador del Santo Oficio recogió estos informes secretos.

La denuncia de Lobo Correa no tuvo por entonces otros resultados; pero por ella Antonio José de Silva fué sometido á tormento, y el P. Luis Alvarez, prior de San Jorge, salió desterrado de Lisboa.

En los libros de la Inquisición quedó Silva apuntado desde entonces como sospechoso de judaísmo.

---

## PARTE SEGUNDA

### I

Muchos meses después de haber vuelto á su casa, apenas salía de ella Antonio José de Silva. Fuera por la vergüenza de haber salido al auto de fe, fuera por temor de dar pábulo á nuevas sospechas, ó por acceso de misantropía, nada extraño en hombre de su imaginación y de su carácter después de la prisión y el tormento, es lo cierto que huía el trato de sus antiguos compañeros, nunca se presentaba en público, y aun dentro de su misma casa pasaba varias horas encerrado en su habitación, sin más compañía que sus libros, reducidos á pocos volúmenes de poesía y muchos de devoción, de obras ascéticas, vida de santos y expositores bíblicos.

Este retraimiento voluntario, influyó muy directamente en su carrera literaria. Al paso que iba recobrando la tranquilidad de su espíritu, buscó esparcimiento y solaz en su afición á la poesía, escribiendo del todo ó formulando los planes de muchas obras dramáticas, que, representadas en los años siguientes, contribuyeron á extender su fama de poeta por una parte, siendo por otra causantes de su total ruina y lastimosa tragedia, al decir de muchos historiadores; aunque otros sólo atribuyen su desgracia al judaísmo, antiguo en su familia y que en ella se perpetuó por el enlace de que ahora debemos dar noticia.

En su voluntaria reclusión, viviendo aislado con su familia, Antonio José estrechó relaciones con la del anciano contador Luis de Barros, y de ellas nacieron sus amores con la nieta del mismo, llamada Leonor, joven de singular hermosura é ingenio. Consagróle el poeta sus mejores y más sentidas composiciones; y tal vez estimulado también por aquel afecto, empezó á dar término á sus comedias para representarlas en el teatro.

Uno de los asuntos que más agradaban al escritor y causaban efecto en su familia, eran las aventuras de *Don Quijote de la Mancha*, relatadas por la inimitable pluma de *Miguel de Cervantes*. Tanto se prendaba Silva de la gracia y de la *fuerza cómica* del autor español, que sin cuidarse de que el personaje de *Don Quijote* había sido presentado ya en la escena lusitana por Nuño Sutil, se decidió á trasladar-

lo al teatro, y su primera obra cómica, seis años después de haber salido á la abjuración, fué la que tituló *Vida do grande Don Quixote de la Mancha é do gordo Sancho Panza.*

El éxito que alcanzó la obra despertó la saña de los envidiosos, según intentamos describir al principio de esta biografía; volvió á ponerse en tela de juicio la sospecha de judaísmo de Antonio José, pero su conducta en aquellos últimos años había sido ejemplar, sus costumbres muy religiosas, y la envidia tuvo que devorar en silencio la pena que le causaban los aplausos que se prodigaban al autor y su creciente fama.

## II

Al año siguiente de este triunfo escénico, en el de 1734, vió Antonio José de Silva colmados los deseos de su corazón, contrayendo matrimonio con Leonor de Moura, hija de Jorge, y nieta de Luis Pereira de Barros, según antes dijimos.

Las familias habían vivido siempre en la mayor intimidad; desde aquel punto, puede decirse que se confundieron en una sola.

Mas, por desgraciada coincidencia, como ya indicábamos, Jorge Barros estaba casado con una joven huérfana, á la que había dado asilo el anciano Contador Mayor de Alfonso VI, movido á compasión al verla sola en el mundo. Los padres de aquella infeliz niña habían sido quemados por judaizantes; el

Contador la recogió en la temprana edad de cinco á seis años, la hizo bautizar, y le puso en su regeneración el nombre de María, en lugar del de Sara con que la llamaron sus padres.

Poco tiempo después del casamiento del poeta, en el mes de Mayo de 1735, se representó con gran éxito la *Medea;* pero la alegría que produjo este nuevo triunfo fué de corta duración, pues se sintió indispuesto el anciano Juan Méndez de Silva, y murió en breves días al comenzar el mes de Junio siguiente.

Desde entonces faltan datos para escribir con circunstancias y detalles la vida de Silva. Sucesivamente, y desde el mes de Mayo de 1736 en que se representó el *Amphitrión,* dió al teatro la mayor parte de sus obras dramáticas, siempre favorecidas por los aplausos de la multitud, sucediéndose sin interrupción la *Esopaida*, ó vida de Esopo, las *Variedades de Proteo,* y las *Guerras do alecrim é manjerona* (1) (el alhelí y la mejorana), mostrando el poeta sus felices disposiciones y agudo ingenio, su gracia natural y sus estudios en el teatro nacional y en el extranjero antiguo y contemporáneo. En este breve período se compendia toda la historia literaria de Antonio José de Silva. Desde fines del año 1726 en que salió absuelto de las prisiones de la Inquisición, hasta el mes de Octubre de 1737 en que volvió nuevamente á ellas, como veremos en seguida, dió al teatro casi todas

(1) *Historia do Theatro Portuguez,* por Theophilo Braga. Porto, 1871.

sus producciones, se hizo aplaudir y admirar del público, y gozó de la mayor tranquilidad en su azarosa existencia.

Mas, ora sea por los antecedentes de su familia, ora porque la envidia, no encontrando medio mejor de mortificar al aplaudido autor, hiciera recaer sobre él nuevas sospechas de judaísmo, es lo ciérto que en todas sus frases, en todas sus palabras, en los argumentos y escenas de sus dramitas se buscaba intención oculta, se creía descubrir sentido heterodoxo; y tantas circunstancias fueron acumulándose, que, preparado el terreno, la primera chispa fué suficiente á producir una tremenda catástrofe.

## III

Al salir de Río Janeiro para establecerse en Europa, había traído consigo Lorenza Coutinho una muchacha negra, que constantemente vivió con la familia en Lisboa, sin dar nunca sospechas de tener mala voluntad á sus señores, ni dar muestras de natural vengativo, disimulado carácter, ni genio descontentadizo.

Se ignoran en absoluto los motivos que pudieran inducirla para variar de conducta y abrigar odio en su corazón. En algún autor hemos visto indicada la noticia de que fué castigada hacia este tiempo por una pequeña falta (1); otros aseguran que fué ganada

(1) Inocencio de Silva: *Diccionario Bibliográphico*, tomo I.

por dinero y promesas de libertad por los enemigos del poeta; es lo cierto que la esclava negra, cuyo nombre parece era Francisca ó Feliciana, delató á Antonio José de Silva y á su madre y su mujer, por judíos impenitentes, y que conservaban en su casa todas las ceremonias y prácticas del rito mosaico.

En uno de los primeros días del mes de Octubre del dicho año 1737 se presentaron de improviso dos familiares del Santo Oficio y condujeron á las cárceles secretas á Lorenza Coutinho, Leonor Moura y Antonio José de Silva, apoderándose de todos los papeles que á éste pertenecían, sellando sus habitaciones y dejando vigilada la casa, para tener detalladas noticias de cuanto en ella pudiera suceder y de las personas que pudieran llegar á interesarse en la suerte del acusado.

Conocidos los procedimientos del Santo Oficio, y su manera de sentenciar las causas, á nadie extrañará que no se volviera á saber de la persona de Antonio José de Silva durante dos años, hasta que se le vió salir al auto de fe de 18 de Octubre de 1739.

Celebróse en la iglesia de Santo Domingo, ante el inquisidor general, el cardenal D. Nuño de Acuña. Fué un acto imponente al decir de una relación contemporánea; y el numeroso público aplaudió la condenación al fuego de las estatuas de tres herejes fugitivos, y de los huesos de otros que habían muerto en la prisión ó en el tormento; y escuchó las sentencias de muerte de otros varios que se hallaban presentes vestidos con sambenitos pintados de llamas,

de diablos, de animales inmundos, según el delito de cada uno. Por *judaizante convicto, negativo* y *relapso* fué relajado Antonio José de Silva y entregado al brazo seglar.

Pero el poeta había muerto moralmente muchos días antes. Desde el punto en que escuchó la lectura de la sentencia, viéndose perdido, y sin sombra de esperanza, cayó en un abatimiento del que no volvió á salir. La postración de sus fuerzas era tan extremada, que tuvieron que llevarle casi en hombros á la iglesia de Santo Domingo. Permaneció insensible durante la ceremonia, y ni aún dió muestras de haber reconocido á su madre y á su esposa, que con él salieron al auto, condenadas á prisión perpetua.

En aquel estado de insensibilidad fué conducido al prado del Rocío donde se le decapitó y se entregó su cadáver á las llamas.

. . . . . .

El proceso de Antonio José de Silva fué desconocido hasta que, en el año 1821, pasó con otros muchos papeles de la Inquisición á uno de los archivos públicos de Lisboa. Examinado entonces, pudo conocerse que la sentencia había sido á todas luces injusta é infundada. La delación se refería á la vida del poeta en su casa y entre su familia; la esclava delatora murió arrepentida pocos días después, y las pruebas se obtuvieron por declaraciones de los carceleros. Con leves indicios se impuso la última pena; razón habrá, pues, para que concluyamos este ligero en-

sayo con las elocuentes frases de un ilustre amigo nuestro:

«Venga á cerrar este capítulo, dice (1), la ensan»grentada sombra del poeta brasileño Antonio José »de Silva, condenado inicuamente, según parece, por »la Inquisición de Lisboa.»

## PARTE TERCERA

### JUICIO CRÍTICO.—BIBLIOGRAFÍA

Como conocimiento literario, importante después de la interesante biografía del poeta, resta dar á entender el lugar que Antonio José de Silva ocupa en el Parnaso lusitano, y la suerte de sus obras después de la desgracia del autor.

Juzgado en absoluto, no es un poeta dramático de los que forman escuela ni de los que se hacen notar por su originalidad y carácter propio el desdichado judío. Su mérito es relativo; para apreciarlo debidamente, es necesario trazar el cuadro literario del tiempo en que floreció, y ver la distancia que le se-

(1) *Historia de los Heterodoxos Españoles*, por D. Marcelino Menéndez Pelayo, tomo III, pág. 106.—Y más adelante añade el celebrado autor: «Condenósele (si hemos de atenernos á los extractos »hasta ahora publicados del proceso) por leves indicios, por declara»ciones de compañeros de cárcel... Que era judaizante relapso no hay »duda: que esto se probara en términos judiciales no consta, y por »eso repito que la sentencia fué inicua.»

para de los demás autores que entonces abastecían la escena portuguesa con informes comedias escritas en bajo y vulgar estilo. Silva estaba dotado de verdadero instinto dramático, tenía gracia natural, soltura y oportunidad en la dicción poética, y sabía dar á sus cuadros movimiento y á los diálogos ligereza, color, chiste y naturalidad. Ninguna de estas condiciones brillaba en grado superior; suplía la *vis cómica* con gracias un tanto bajas, á veces chocarreras; pero con todo eso, sus obras, si no recomendables en el conjunto, se hacían aplaudir en los detalles; y como acudía para buscar argumentos al teatro francés y al español, tomando en lo general los asuntos de la Mitología, formaba una mezcla de propio y ajeno caudal muy superior á cuanto entonces se escribía en el teatro portugués.

Colocándolo en su época, es un autor digno de estudio. Sin embargo, su nombre era casi desconocido hasta hace muy poco tiempo aún en su misma patria, y sus obras, que algunas veces eran representadas, se llamaban por el pueblo *Operas do iudeu*.

Para la mayor parte de ellas buscaba Silva los argumentos y la distribución y gracia en los autores que conocía y estudiaba, franceses, españoles é italianos, encontrando á veces escenas que revelan su talento. Reducía los asuntos á proporciones muy diferentes, y no solía aprovechar los diálogos, para los cuales tenía disposición y aptitud especial.

Alguna de sus comedias es un verdadero ensayo de costumbres, por la pintura animada, ligera y grá-

fica de las galanterías de sus contemporáneos. En la titulada *Guerras del alhelí* y *de la mejorana* (Guerras do alecrim é mangerona) describe con gracia y viveza aquellos abusivos chichisveos, de que también se encuentran vivas censuras en los poetas españoles del siglo anterior.

Este era el género cómico á que indudablemente hubiera debido dedicarse Antonio José, y en el que hubiera sobresalido en mejores tiempos para las Letras. No tuvo fuerzas bastantes para hacer una reforma en el Teatro de su tiempo, elevando las miras y creando una comedia de costumbres característica y señalada, que fijase la personalidad del poeta; pero en los moldes corrientes entonces, en las formas admitidas y usuales de su tiempo, son sus comedias lo más recomendable del Teatro portugués en la primera mitad del pasado siglo.

---

Ya hemos dicho que el nombre de Antonio José de Silva se obscureció del todo á su muerte.

No hemos logrado ver las ediciones primeras de sus comedias sueltas, que parece natural se hicieran al tiempo de la representación de cada una de ellas: y aunque es casi seguro que se repitieron muchas después de su fallecimiento, ciertamente no llevarían el nombre del *autor condenado*, y se han hecho todas tan escasas, que son artículo raro de bibliografía entre los aficionados al Teatro lusitano.

Para escribir este artículo, únicamente hemos

podido tener á la vista algunas de las comedias de Silva, en un precioso librito titulado:

«THEATRO COMICO PORTUGUEZ, *ou collecçaô das operas portuguezas, que se representaraô na Casa do Theatro publico do Bairro Alto de Lisboa.—Offerècidas á muito nobre senhora Pecunia argentina.*— Por ***.—Quarta impressaô.—Tomo primeiro.

Contem:
- *Vida de D. Quixote de la Mancha.*
- *Esopaida, ou vida de Esopo.*
- *Os encantos de Medea.*
- *Amphitryaô, ou Jupiter, é Alcmena.*

Lisboa, na officina Patr. de Franc. Luiz Ameno. —MDCCLIX.—Com as licenças necessarias, é Privilegio Real.»

Este libro—del cual debo ejemplar á la generosa amistad del Excmo. Sr. D. Luis Bretón y Vedra, distinguido literato, y Cónsul de los Estados Unidos de Méjico en Lisboa—no tiene nombre de autor en la portada (como han podido ver los lectores), pero en el verso de la tercera hoja pusieron los editores unas décimas acrósticas en cuyas primeras letras va el nombre de ANTONIO JOSEPH DA SILVA, en la forma siguiente:

DÉCIMAS

Amigo Leitor, prudente,
Naô crítico rigoroso
Te desejo, mais piedoso
Os meus defeitos consente:

Nome naô busco excellente
Insigne entre os Escritores;
Os applausos inferiores
Iulgo a meu plectro bastantes,
Os encomios relevantes
Saô para engenhos mayores.

Esta Comica harmonía,
Passatempo he douto, e grave;
Honesta, alegre, e suave,
Divertida â melodía:
Apollo, que illustra ô día,
Soberano me reparte
Ideas, facundia, e arte,
Leitor, para divertirte,
Vontade para servirte,
Affecto para agradarte.

Y como complemento á esta breve noticia, y para que sirva de demostración de lo desconocidas que eran hasta entre nuestros más eruditos autores las obras del desventurado judío, copiaremos la nota que de su vida y escritos incluyó el señor D. Cayetano A. de la Barrera en su laureado *Catálogo Bibliográfico y Biográfico del Teatro Español,* premiado por la Biblioteca Nacional en el concurso de 1860:

SILVA (Antonio José de).—Nació en Río Janeiro, año de 1705, hijo de Juan Méndez de Silva y de Lorenza Coutiño. Estudió Jurisprudencia en Coimbra, y la ejer-

ció en Lisboa. Barbosa guarda absoluto silencio sobre su persecución, prisión y castigo por el Santo Oficio, así como sobre la publicación de sus obras, con título de *Teatro Cómico,* en Lisboa, 1744; *libro que no he logrado ver.* Fué poeta dramático muy estimable. Los títulos de sus comedias, citados por Barbosa, son:

*Labirinto de Creta.*—Lisboa, 1736.—8.°

*Guerras de Alecrim é Mangerona.*—Lisboa, 1737.—8.°

*As variedades de Protheo.*—Lisboa, 1737.—8.°

*El prodigio de Amarante, San Gonzalo.*

*Amor vencido de amor.*—Zarzuela epitalámica en las bodas de los Príncipes del Brasil.

*Os amantes de escabeche.* (Burlesca.)

*Amphitryaô.* (Manuscrita.)

*Don Quixote.* (Manuscrita.)

*Phaetonte.* (Manuscrita.)

Sería de desear de nuestros vecinos hicieran una buena edición ilustrada de las obras de Antonio José de Silva.

# ALONSO FERNÁNDEZ

## DE AVELLANEDA

### LA OBRA.—EL AUTOR

ENCONTRADOS pareceres he llegado á escuchar de labios de personas muy doctas sobre el trabajo de mi querido amigo D. Marcelino Menéndez y Pelayo, en averiguación del autor verdadero de la *Quinta Parte del Quijote*, que salió á luz en Tarragona el año 1614, bajo el nombre de *Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas* (1).

Celebran unos con entusiasmo las relevantes condiciones que lo avaloran; exigentes otros hasta el extremo, claman bajo el supuesto de que nada con-

(1) *El Imparcial.*—Lunes 15 de Febrero de 1897.

cluyente ofrece el bien discurrido artículo; y en realidad no dirigen éstos su censura al escritor por lo que ha dicho, sino por lo que ellos deseaban que dijera, por lo que ha dejado de decir; pues muchos esperaban, sin duda alguna, de la pasmosa erudición, del talento tan conocido y admirado de Menéndez Pelayo, que había de descorrer el velo que oculta hace cerca de tres siglos la faz del encubierto personaje, haciéndoles sabedores de todas las circunstancias de su vida, de su conducta con *Cervantes*, de las causas de su enemistad y de todos los pormenores de la composición del falso *Quijote*, con más las alusiones que puede encerrar y significación de sus aventuras.

La esperanza era legítima, fundada; pero si el resultado no ha respondido á ella, cúlpense á sí propios esos censurantes que pidieron lo que el escritor no había prometido, lo que no había podido ofrecer. La mejor y más pronta respuesta á los cargos que á Menéndez Pelayo se dirigen, es decir á los descontentos que lean el epígrafe de su artículo. Se trata de *una nueva conjetura* en esa cuestión literaria; ni se ofrece una resolución, ni hay fundamento para exigirla. En ella se encuentra todo cuanto había derecho á esperar del ilustre nombre de su autor. Completa exposición de antecedentes, preciosas noticias histórico-literarias, apreciaciones atinadas... y un nuevo sujeto de controversia. ¿Es éste, por acaso, más fundado, más digno de atención que las hipótesis que anteriormente se formulaban? ¿Contará desde ahora *Alfonso*

*Lamberto* con mejores títulos que Blanco de Paz ó Fr. Luis de Aliaga, por ejemplo, para que se le adjudique la composición del *Quijote* espúreo? Tales son las preguntas á que quisiera ver respuesta categórica por autoridades en la materia, y á las que yo, sin tenerla, procuro dar contestación.

Y haré notar previamente como dato necesario que cuando los pseudónimos no son aclarados en algún modo por los autores que usan de ellos, ó no se encuentran indicaciones precisas en escritores contemporáneos, se convierten andando el tiempo en misterios difíciles de aclarar.

Todavía no han dejado de trabajar en Inglaterra y de exponer conjeturas sobre el autor de las famosas *Cartas de Junius*, atribuyéndolas á multitud de escritores, sin haber podido fijar la verdad (1). Y se trata de un escrito que cuenta poco más de un siglo (1769-72) (2), y que por su carácter político parece debía señalar las huellas de su autor.

## I

Pero antes de seguir por este camino, paréceme conveniente exponer algunas consideraciones acerca del mérito de la obra de *Avellaneda*. No creo han de estar de sobra para discutir sobre el autor. Mucho dista mi opinión acerca de ella de las que han emi-

(1) *A Critical Enquirin regarding the real author of the Letters of Junius...*, by Georges Coventry.—London, 1835.

(2) *Junius's letters.*—Londres, 1797.

tido escritores muy competentes y de reconocida autoridad en la república de las letras.

El *Quijote falso* no se reimprimió en España, que yo sepa, en ciento diez y ocho años, desde el de 1614, fecha de su aparición, hasta el de 1732. Parece, por tanto, que no despertó interés su lectura. Pasan de cuarenta las ediciones que en el mismo período de tiempo se hicieron de la obra de *Cervantes*.

Transcurridos ciento diez y ocho años de la primera, un escritor de cierta erudición, pero de gusto muy dudoso, en cuyas manos hubo de caer la llamada traducción que Renato Lesage hizo del *Quijote de Avellaneda* y se imprimió en París el año 1704, Don Blas Nasarre, quedó sorprendido al leer los elogios que se hacían de la continuación apócrifa, y que vió confirmados, á su parecer, en un artículo del *Journal des Savants* destinado á la propaganda de la obra de Lesage; buscó la novela española, que encontró con trabajo, la leyó con prevención favorable y sin notar que aquello no era lo que había impreso el escritor francés, que hizo grandes mutilaciones y adiciones, se decidió á dar nuevamente á la imprenta el olvidado original español, haciéndose eco de las alabanzas que había visto tributadas á la llamada traducción francesa.

Tampoco entraron en codicia los lectores, ni se estimuló el deseo de poseer la novela espúrea, á pesar de los elogios de su editor segundo. Desde el año 1732 no se volvió á imprimir el *Quijote de Avellaneda* hasta el de 1805 en que salió de nuevo á luz con

importantes supresiones. En más de setenta años no hubo necesidad de proporcionar ejemplares de una obra que el público no pedía.

Durante ese período de tiempo se habían repetido otras treinta ó cuarenta ediciones del *Quijote de Cervantes;* alguna de tanto mérito y con lujo tipográfico tan notable, que sin duda por ellas se despertó el pensamiento de hacer nueva impresión del libro de su antagonista.

Profesando gran respeto á todas las opiniones, y más aún á los gustos diversos, sobre los que, como dice el adagio, no cabe disputa, he tenido siempre la obra del supuesto *Avellaneda* por insufrible y detestable.

Allá por los años de 1873 ó 74, en amistosa correspondencia con el malogrado é ilustradísimo valenciano D. Pascual Dasi Puigmoltó, Vizconde de Bétera, tuve ocasión de exponerle mis opiniones, bastante diferentes de las suyas; y como síntesis de mi juicio, le dije en pocos renglones: Nunca he podido distraerme con la lectura del *Quijote* de Avellaneda. Me parece servil y soso en las descripciones, frío en la narración, pueril en el plan; y en una palabra, falto por completo de condiciones literarias. No es que le perjudique, como alguno ha dicho en venir después de la *Primera Parte de El Ingenioso hidalgo* de *Cervantes,* tan admirablemente conducida, tan espontánea y agraciadamente escrita, tan gráfica en caracteres, lugares y sucesos... No; es que sola y acompañada, la obra del supuesto *Avellaneda* es, á mi juicio, mala en todos sentidos.

Largos años han transcurrido desde entonces sin que haya encontrado motivo de variar de opinión, sino que, por el contrario, leyéndolo nuevamente, me he afirmado en la de que el *Quijote* apócrifo es moral y literariamente insoportable y digno de la mayor censura.

Júzguese, pues, el efecto que me produciría el ver que Menéndez Pelayo, con su alta inteligencia, con su juicio severo, con su depurado buen gusto, estampaba bajo su firma, en el artículo que motiva este trabajo, las frases siguientes: «todavía encuentro en »la *ingeniosa fábula* de Avellaneda *condiciones muy* »*estimables* que la dan un buen lugar entre las no- »velas de segundo orden que en tan gran copia pro- »dujo el siglo XVII.»—Mi asombro fué grande, pero de corta duración. A renglón seguido asienta el doctísimo polígrafo que *Avellaneda* no tiene comparación con D. Gonzalo de Céspedes y Meneses, con Alonso de Salas Barbadillo ni con Alonso del Castillo Solórzano; y puesto ya en buen camino dice que es un escritor continuamente sucio y á veces torpe y libidinoso, y luego hace verdadera crítica del autor encubierto en un párrafo que es necesario copiar íntegro para no desvirtuarlo, y para que los lectores puedan saborear sus bellezas y quilatar su mérito.

«...*El chiste es grosero*, pero abundantísimo y »espontáneo; *la fuerza cómica brutal*, pero innegable; »el diálogo, *aunque atestado de suciedades que levan-* »*tan el estómago* en cada página, es propio y ade- »cuado á los figurones rabelesianos que el novelista

»pone en escena. Lo que decididamente rebaja tal li-»bro á una categoría inferior, no sólo respecto á la »obra de genio que Avellaneda toscamente profana-»ba, sino respecto de otras muchas de aquel tiempo »que no pasan de ingeniosas y amenas, es *el bajo y* »*miserable concepto* que su autor muestra de la vida, »*la vulgaridad de su pensamiento*, *la ausencia de* »*todo ideal* y de toda elevación estética, *el feo* y *he-*»*diondo naturalismo* en que con delectación se revuel-»ca, la atención predominante que concede á los »aspectos más torpes, á las funciones más ínfimas y »repugnantes del organismo animal. No es un escritor »pornográfico, porque no lo toleraban ni su tiempo »ni el temple de su raza, pero es *escritor escatológico* »*y de los peor olientes que pueden encontrarse.*»

El párrafo es hermosísimo, de alta crítica y verdad severa. No tiene desperdicio; y al terminar su lectura se ve con satisfacción que Menéndez Pelayo estima en definitiva el *Quijote de Avellaneda* en el mismo ínfimo concepto que antes he manifestado por mi cuenta. Porque no hay manera de concordar ese párrafo con lo de encontrar *en la ingeniosa fábula* de Avellaneda *condiciones muy estimables.*

## II

De mucho sirve, para la cuestión que resta por tratar, la apreciación clara del mérito de la obra; y no pueden olvidarse los calificativos que ha merecido al ocuparse de conjeturar su autor.

¡Lope de Vega! ¡Tirso de Molina! ¡D Juan Ruiz de Alarcón! ¡Bartolomé Leonardo y Argensola! No cabe en lo posible, dentro de nuestra república literaria, buscar padres de más alta alcurnia á ese hijo abandonado que anda por el mundo hace dos siglos y medio sin haber encontrado quien quiera reconocerle, ni á quien poder atribuirlo con alguna probabilidad. La misma diversidad de las opiniones manifiesta su inseguridad y poco fundamento; más que sustentar tesis probables, convicciones arraigadas, parece que ha guiado á los mantenedores de tan incalificables juicios el deseo de notoriedad, el afán de ostentar erudición y de hacer ruido.

Sin embargo, y para que desde luego se rechacen y pongan en olvido esos cuatro escritores de primer orden, á quienes se ha querido atribuir la mala obra de tan ruin concepción con mengua de su fama, creo que basta con lo que hasta aquí va expuesto. No pueden aplicarse, ni aun remotamente, á Lope, ni á Ruiz de Alarcón, á Tirso ni á Argensola, los calificativos que con tanta justicia aplica Menéndez Pelayo al autor del falso *Quijote*. Sin entrar en el molesto é inútil examen de las débiles pruebas é imperceptibles analogías que se aducen, basta y sobra con saber que aquel libro *carece de todo ideal, que su autor se revuelca en feo y hediondo naturalismo*, para poder asegurar sin temor de equivocarse que no ha de ser de ninguno de aquellos preclaros ingenios.

Bajo ningún concepto se encontrará fundado motivo para atribuir á los tres colosos de nuestro teatro,

ni al pulcro Rector de Villahermosa, la obra que procede de un escritor *escatológico* y *de los peor olientes*. Al pronunciar cualquiera de aquellos nombres ilustres, se recordarán escenas interesantes, amores novelescos, cuentos amenos, regocijados y aún episodios picarescos y hasta un tanto libres; pero nada que toque en repulsivo, en deshonesto, en obsceno, como el capítulo en que describe Avellaneda la entrada del soldado flamenco en el aposento de la señora enferma, al fin de la novela de *El rico desesperado* (1), ó de aquellos diálogos en que Bárbara manifiesta á Sancho sus malos deseos, solicitándolo en términos que no serían tolerables ni aún en los más miserables tugurios (2).

Las conjeturas referentes á esos cuatro ingenios no resisten el análisis, ni tienen fundamento alguno.

Al examinar por vez primera D. Juan A. Ceán Bermúdez los documentos del Archivo de Indias de Sevilla, en que constan detalladamente los sucesos de *Cervantes* en Argel, concibió la sospecha de que Juan Blanco de Paz, que se decía fraile dominico y comisario del Santo Oficio, sin ser quizá ni una cosa ni otra, así como había sido enemigo de *Cervantes* en su cautiverio, tomando aquellos títulos para perjudicarle más á mansalva, hubiera continuado siéndolo en España y hubiera escrito el *Quijote* falso, dándolo á luz con nombre supuesto. La sospecha no pareció

(1) Quinta parte... Cap. XV.
(2) Idem.—Cap. XXVI y XXVIII.

fundada por entonces; pero la acogió después D. Nicolás Díaz de Benjumea tratando de robustecerla con otras inducciones, aunque muy luego la abandonó también, dando como nueva conjetura la de que fuera el encubierto Avellaneda el dominico Fray Andrés Pérez, designado por *Cervantes* en el *Viaje del Parnaso* como

> el autor de *La Pícara Justina*,
> capellán lego del contrario bando,

que también publicó esta novela ocultando su nombre tras el de *Francisco López de Ubeda*, que tiene cierta desinencia parecida con *Alfonso Fernández de Avellaneda*. Mas como no es posible encontrar dos escritores de condiciones tan diametralmente opuestas, de estilos tan diferentes, la conjetura no alcanzó importancia alguna.

Sir H. Rawdon Brown, al ocuparse de ciertas alusiones políticas que parece comunicaron á la Señoría de Venecia sus embajadores al tiempo de la publicación del *Quijote*, manifestó su creencia (1), de que bajo el nombre de Avellaneda se había ocultado el libelista Gaspar Schoppe. Dice el autor inglés, que viniendo á España aquel desenfadado escritor con intento de hacer imprimir varios de sus opúsculos

---

(1) *Miguel de Cervantes of Alcala de Henares, and Carlo Emanuele of Savoy, and his ass-colts.—The Athenæum*, núm. 2372, Abril 12, 1873.

satíricos, y especialmente un comentario al llamado *Eclesiasticus,* que no le permitieron publicar en Holanda, escribió el falso *Quijote* para captarse la voluntad del Duque de Lerma, que estaba ofendido de *Cervantes* porque, en la primera parte de su *Ingenioso hidalgo*, había criticado los ruines procedimientos que el Ministro y su Secretario D. Pedro Franqueza habían usado con el Príncipe Filiberto de Saboya cuando fué llamado á España por la eventualidad de que pudiera recaer en él la sucesión al trono, antes del nacimiento de Felipe IV. Tal conjetura podrá parecer ingeniosa, pero se presenta absolutamente destituída de fundamento, porque en ninguna de las comunicaciones de Sir John Digby, ni en los despachos de Morosini que cita Sir H. Rawdon Brown, se menciona para nada directa ni indirectamente el *Quijote* de *Miguel de Cervantes,* ni se relaciona á Gaspar Schoppe con el *Quijote falso*, ni con el verdadero.

Ninguna de esas suposiciones puede admitirse; carecen de base sólida y no convencen. Son cuando más, como antes decía, alardes de erudición, galas de ingenio, pretextos para llamar la atención con rasgos de cierta novedad, tan inesperados como sutiles.

Y colocadas en el lugar que les corresponde todas las conjeturas divulgadas hasta ahora, quedamos frente á frente con las dos que tienen mayores apariencias y son causa y objeto de este artículo.

## ALFONSO LAMBERTO.—FRAY LUIS DE ALIAGA

En la interesante *Vida de Miguel de Cervantes*, que escribió D. Juan Antonio Pellicer, da noticia de cierto códice que en su tiempo se guardaba en la librería de la Excma. Sra. Condesa viuda de Fernán Núñez, que contenía las sentencias pronunciadas en dos certámenes celebrados en Zaragoza en el año de 1614. En ambos figuró entre los concurrentes un poeta que se denomina *Alfonso Lamberto*, y en las sentencias también hay dos en que se designa con el nombre de *Sancho Panza* al poeta contra quien se dictaron. ¿Era este poeta el *Alfonso Lamberto*? Esto no se sabe de modo alguno, y por eso Pellicer se abstuvo, sin duda, de hacer indicación directa ó indirecta en este sentido.

El Sr. D. Cayetano A. de la Barrera en las *Notas* á sus *Nuevas investigaciones sobre la vida* y *las obras de Cervantes*, publicada en la hermosa edición de las *Obras completas* hecha por D. Manuel Rivadeneyra en 1863, después de examinar otras conjeturas y al llegar á las pruebas anagramáticas, señalaba muchas letras comunes en Alisolán y Aliaga, y al concluir añadía, recordando, sin duda, la indicación de Pellicer: «Y no deja de llamar así bien nuestra atención el »Alfonso Lamberto de los certámenes de Zaragoza.»

No debe olvidarse, sin embargo, la circunstancia de que las sentencias del certamen se escribieron en el año 1614, cuando ya hacía nueve que circulaba por

España la Primera Parte de *El Ingenioso hidalgo* de *Cervantes* y pudo haberse aplicado á muchas personas y por diversos motivos, por mote el nombre del popular escudero. Pero es de observar que en la segunda sentencia se dice:

*Al blanco de la ganancia,*
Dice con poca elegancia
Que la ignorancia descubre
*Sancho Panza,* y él encubre
La fuerza de su ignorancia,

y como en el primer verso se alude sin duda alguna y con sus mismas palabras á otras del Prólogo del supuesto *Avellaneda,* parece que éste debió ser el censurado.

Con tanta inseguridad se había indicado esta sospecha, que ahora encuentra nuevo y poderoso mantenedor en D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Desde los primeros años del presente siglo y en la ciudad de Cádiz, que entonces hervía en literatos y polemistas llevados allí por los sucesos políticos y donde se proclamaron todos los principios y se agitaron todas las cuestiones, empezó á circular la idea de que el *Segundo tomo del Quijote* publicado por *Alonso Fernández de Avellaneda,* había sido escrito por *Fray Luis de Aliaga;* que el enemigo de *Cervantes*, causante de sus *mal logradas esperanzas*, había sido el confesor de Felipe tercero. El rumor fué to-

mando cuerpo; ya con los caracteres de fundada sospecha, y robustecido con datos al parecer muy congruentes, se extendió por la república de las letras y recibió confirmaciones de D. Bartolomé J. Gallardo y D. Justo Sancha, de D. Adolfo de Castro y Don Cayetano Rossell y de otros muchos hombres de mérito. Conocida hasta la saciedad la historia sería molesto trazarla nuevamente, mas no puede excusarse el trabajo de reunir en abreviado cuadro los principales argumentos que se han aducido para prueba de aquel aserto.

El Prólogo que puso *Miguel de Cervantes* á la *Parte Segunda de El Ingenioso caballero*, publicado año y medio después que el *Segundo tomo* de Tarragona, contiene no indicios, sino datos muy atendibles para comprender que sabía el nombre y conocía al sujeto oculto tras el supuesto Alonso Fernández. ¿Por qué motivo, pues, no lo expresó desde luego?

Don Gregorio Mayans opinó, con tanta perspicacia como juicio, que la causa de no estampar *Cervantes* el nombre de su adversario, fué la de que éste era hombre poderoso (1). Nótase, con efecto, en el citado Prólogo cierta deferencia hacia el personaje encubierto, al que además se llama *señor autor* y aún *señor* á secas, y en aquel tiempo no se prodigaban

---

(1) «Yo estoi persuadido á que el enemigo de *Cervantes* era mui poderoso, quando un Escritor, Soldado animoso i diestro en el manejo de la pluma i de la espada, no se atrevió á nombrarle.»—*Vida de Miguel de Cervantes*.—Edición de Londres.—Tompson, 1738. pág. 31.

sin causa las *señorías;* y hasta parece encontrarse algún sabor en las frases que se le dirigen, que inclinan á conceder era persona de cuenta.

Recordemos las palabras de *Cervantes*: «Pero en »efecto, le agradezco á este *señor autor,* el decir que »mis novelas son más satíricas que exemplares, pero »que son buenas, y no lo pudieran ser si no tuvieran »de todo. Paréceme que me dices que ando muy li»mitado, y que me contengo mucho en los límites de »mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir aflic»ción al afligido, y que *la que debe de tener este se»ñor,* sin duda, es grande; pues no osa parecer á campo »abierto y al cielo claro, *encubriendo* su nombre, »*fingiendo* su patria, *como si hubiera hecho alguna* »*traición de lesa magestad.*»

Todo este concepto es interesantísimo. En él se encuentran resueltas muchas dudas de las que se han iniciado al plantear la cuestión y que no debieron suscitarse si se hubiesen consultado con detención las frases de *Cervantes*. Aparece claramente que éste conocía al autor del *Segundo tomo* de *Don Quijote* cuando sin género alguno de vacilación afirma, distinguiendo intencionalmente, que *encubre* el nombre y *finge* la patria; porque esto no se puede decir sin conocer el nombre y la patria verdaderos; así como se desprende del tono general empleado en todo el párrafo, que la persona de quien se habla era caracterizada, importante, poderosa como dijo D. Gregorio Mayans sin prejuicio alguno.

Analicemos más. Y no se ponga en olvido que es-

tudiamos frases de *Cervantes*; que las palabras están aplicadas con propiedad. El autor *finge* la patria; es decir, que pone una por otra; que escribe que es natural de un pueblo donde no vió la luz. El nombre lo *encubre*; ¿en qué lugar? ¿De qué manera? Eso es lo que procuraré esclarecer más adelante, guiado ya por esta declaración, por este indicio que el mismo *Cervantes* nos ha dado.

Son varias las ocasiones en que indica la verdadera patria del autor del falso *Quijote* (1). Pero donde más determinadamente la dejó consignada fué en el capítulo LXX. Allí, refiriendo Altisidora lo que en su sueño viera en el infierno, donde los diablos jugaban á la pelota con libros malos, *dijo un diablo á otro:—Mirad qué libro es ese;—y el diablo le respondió:*—Esta es la Segunda Parte de la Historia de *Don Quijote de la Mancha*, no compuesta por Cide Hamete su primer autor, sino *por un aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas.*

Esta afirmación terminante se encuentra muy al fin de la obra. Fundadamente puede creerse que *Cervantes* no conoció la de su rival hasta que llegaba al capítulo LIX de su Segunda Parte; desde entonces la emprende con el distrazado continuador y no le deja de la mano, á tuerto ó á derecho, hasta que concluye su libro. Busquemos, por tanto, en estos capítulos, en las expresiones que en ellos pone muy de pen-

---

(1) *Parte Segunda de El Ingenioso Caballero...*—Madrid.—Juan de la Cuesta.—1615.—Prólogo.—Cap. 61.—Cap. 70.

sado *Cervantes*, como las que dejo copiadas, más indicios de la patria y del nombre del desconocido autor.

Tres cosas halló *Cervantes* dignas de reprensión en Avellaneda la primera vez que hojeó su libro: una las palabras que leyó en el prólogo; otra que el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos. Aquélla fué dejada para responderla en su lugar, de prólogo á prólogo, como lo hizo; esta segunda nos declara la patria *fingida* del autor, indicándola de pasada con las faltas de su lenguaje; pero la afirma muy luego diciendo por sí propio, y no por boca de ningún personaje ficticio:—«Verdadera»mente creyeron que éstos eran los verdaderos *Don* »*Quijote* y *Sancho,* y no los que describía su *autor* »*aragonés*.»

Viendo, pues, fijada por el mismo *Cervantes* en diferentes lugares y de una manera clara la patria de Alonso Fernández de Avellaneda, no parece aventurado, sino antes lógico y natural, el investigar si en esos últimos capítulos se encuentra también alguna indicación del nombre verdadero. El supuesto autor lo había *encubierto*. ¿Dónde? Esto es lo que veremos muy pronto; porque antes importa conocer si *Cervantes* quiso encubrirlo también y en qué lugar recóndito vino á colocarlo.—Al entrar el caballero en Barcelona, acompañado de D. Antonio Moreno y sus amigos, y en la forma cómica que con tanta viveza se describe en el capítulo 61 «el malo, que todo lo »ordena, y los muchachos que son más malos que

»el malo, dos dellos traviesos y atrevidos, se en-»traron por toda la gente, y alzando el uno de la »cola del rucio y el otro la de Rocinante, les pu-»sieron y encajaron sendos *manojos de aliagas* (1); »sintieron los pobres animales las nuevas espuelas y »apretando las colas aumentaron su disgusto de ma-»nera que dando mil corcobos, dieron con sus due-»ños en tierra. *D. Quixote*, corrido y afrentado, »acudió á quitar el plumaje de la cola de su matalote »y Sancho el de su rucio.»—El nombre del autor está ahí con todas sus letras y colocado en el lugar que merece la obra por él escrita.

Podrán todavía algunos atribuir todo esto á la casualidad; pero deben reflexionar que son muchas casualidades.

El autor del *Don Quijote* apócrifo era persona *poderosa,* era un *señor,* era *aragonés* y se llamaba *Aliaga;* y todas estas condiciones se encuentran consignadas en el libro de *Cervantes*.

Zaragoza es el jardín
Desta *aliaga poderosa*
Tan fuerte y tan provechosa,

se dice en el cartel del certamen celebrado en aquella ciudad cuando Fr. Luis fué promovido á Inquisidor

(1) El blasón del linaje de Fr. Luis, según lo describe Latassa, consistía en una banda, *una mata de aliaga* á la derecha y tres cabezas de serpientes á la izquierda. (Latassa.—*Bibliotheca de escritores aragoneses.*—Zaragoza, 1796-1802.)

general, dándose por casualidad las mismas señas que consignaba *Cervantes*.

Tales son las conjeturas y las razones que militan para atribuir la paternidad de la *Quinta Parte del Quijote* al desconocido poeta de los certámenes de Zaragoza *Alfonso Lamberto* ó al conocidísimo y revoltoso *Fr. Luis de Aliaga* (1).

Pero tampoco es para puesta en olvido, aunque sólo la indique de pasada, por haberse insistido mucho sobre ella y publicado repetidas veces, la coincidencia de las sentencias de los vejámenes de Zaragoza en 1614, con la alusión que encierra la satírica décima del Conde de Villamediana dedicada al destierro de Fr. Luis. En Zaragoza habían dicho en el un certamen:

A *Sancho Panza* estudiante,
Oficial ó paseante,
Cosa justa á su talento
Le dará el verdugo ciento
Caballero en *Rocinante*.

Y en el otro, aclarando aun más el concepto con la copia de frases de Avellaneda en el prólogo de su libro:

---

(1) Aun queda nuevo lugar á la duda, de si podrá ser también *casualidad* el que D. Blas Nasarre, al reimprimir por primera vez el *Quijote* de Avellaneda, hiciera poner la *Aprobación* á nombre del Licdo. D. Francisco Domingo, Beneficiado de la Iglesia Parroquial de *Aliaga*, aunque está firmada en Madrid á 20 de Diciembre de 1730.

Al *blanco de la ganancia*
Dice con poca elegancia
Que la ignorancia descubre
*Sancho Panza,* y él encubre
Las fuerzas de su ignorancia.

Aquellos vejámenes se dirigieron al autor del falso *Quijote;* pero aun quedaba por aclarar quién era éste, ¿á qué persona se aplicaban las referencias? La décima del Conde de Villamediana puede servir de respuesta.

*Sancho Panza el Confesor*
*Del ya difunto Monarca*
Que de la vena del arca
Fué en Osuna sangrador,
El cuchillo del dolor
Lleva á Huete atravesado,
Y en tan miserable estado
Que será, según he oído,
De Inquisidor, inquirido,
De Confesor, confesado.

Patente aparece, pues, el sujeto á quien en la Corte apodaban Sancho Panza y al que sin duda aludían en Zaragoza.

Ocupémonos ya de la última probanza, emanada de la pluma del escritor mismo cuyo nombre se busca; pues parece cosa convenida dar cierta fuerza,

mucho valor á las inducciones anagramáticas; y lo haré con suma brevedad para que resalte más la evidencia.

Tanto D. Cayetano A. de la Barrera, y después de él Tubino y otros, como D. Marcelino Menéndez y Pelayo, coinciden en la afirmación de que el supuesto Avellaneda *encubrió* su verdadero nombre en las primeras frases del capítulo primero de su obra, siguiendo el ejemplo de muchos escritores de aquella edad y aun de tiempos muy anteriores que al publicar libros anónimos dejaron declarados por ingeniosos medios sus nombres, para que no se les privara, andando el tiempo, de los honores de la composición. El uno encuentra allí el nombre entero de *Alfonso Lamberto:* el otro ve con toda claridad el apellido *Aliaga*, su cualidad de verdadero autor y su ascendencia aragonesa. ¿Cuál de ellos acierta? ¿Cuál puede estar más cerca de la verdad?

Desde luego hay que reconocer que para obtener el nombre de *Alfonso Lamberto* es preciso cortar un período donde no hace sentido, dislacerarlo, alterar el orden de las letras, tomando catorce de las treinta y nueve que lo componen, y trocar la *n* en *m,* porque tal letra no está en la frase señalada, en esta forma:

11-7 8-10-6 1-2 5-3 4 13-14-12 9
«El sabio Alisolan historiador no...»

Colocando por su orden las letras numeradas, forma D. Marcelino Menéndez y Pelayo un nombre

y un apellido, *Alonso Lamberto*, aunque sea de notar que el poeta de Zaragoza se nombra siempre *Alfonso*.

Para aceptar la conjetura del Sr. la Barrera, nada hay que alterar, suprimir ni trocar; basta leer el concepto algo más extenso, pero tal como está escrito.

«El sabio ALÍ-solan, historiador *no menos mo-*
»*derno que verdadero,* dize que siendo expelidos los
»moros AGA-renos de Aragón, *de cuya nación él des-*
»*cendía...*»

No haré comentarios. Presentadas quedan al lector desapasionado ambas opiniones sin tratar de prevenir su juicio. Pero al ver tan lisa y claramente puesto el nombre de ALI-AGA en los primeros renglones del falso *Quijote;* al leer que *Cervantes*, ocupándose de la obra, dice «*su autor aragonés*» y que pone bajo las colas del Rocinante y del rucio sendos manojos de *Aliagas*, ¿no se inclina el ánimo á tener por el autor de aquel mal libro y perpetrador de aquella mala acción al sujeto *poderoso,* al *señor autor* que llevaba aquel nombre?

# LOS ACADÉMICOS

## DE ARGAMASILLA

La residencia de *Miguel de Cervantes Saavedra* en Argamasilla de Alba, es un hecho, á mi ver, que no necesita otra prueba que la lectura del *Ingenioso hidalgo;* por más que hoy un espíritu que se llama crítico, y que yo no vacilaré en llamar indiscreto, haya tratado de ponerla en duda. Pruébanla clarísimamente, prescindiendo de otros datos, aquellos nombres de los Académicos, fingidos autores de los versos escritos en vida y muerte de *Don Quijote de la Mancha*, que se encuentran al fin de la *Primera parte* de esta obra.

Hoy que tanto se cavila sobre el sentido interno que *Cervantes* quiso dar á su epopeya, que tanto se

trabaja por hacerle decir lo que ni aun pensó ni le pasó por las mientes, permitido será que yo, *anchepittore,* me lance al aire de las conjeturas en un punto secundario, cuando no aspiro á que los leyentes digan *credo* al leer mis cavilaciones, puesto que me contento con que al acabar este articulillo digan como un discretísimo amigo mío dijo: *se non é vero, é ben trovato.*

En mi concepto, aquellos ACADÉMICOS lo eran de la tertulia que en tiempo de *Cervantes* se reunía, y de seguro continúa hoy en igual forma, en la trastienda de la botica, al amor de la lumbre en el invierno, á la puerta de la misma para tomar el fresco en el verano.

¡Oh, primitivos é insignes ACADÉMICOS DE LA ARGAMASILLA! ¡Cuán lejos estabais vosotros de sospechar que andando los tiempos las puertas de vuestra ACADEMIA (léase *botica*) se abrirían á ingenios españoles, merecedores de tal honra por sus felices partos, enderezados á explicar magistralmente el recóndito espíritu cervantesco! La ACADEMIA no ha muerto: vive y vivirá eternamente para gloria de la Mancha.

Ahora ocupémonos de los ACADÉMICOS antiguos.

El *Boticario*, hombre torpe, obeso, gran comedor, y paparruchero y amigo de noticias, como casi todos, va á la cabeza por dueño de la casa, con el nombre del MONICONGO.

Debía de ser el *Médico* del lugar compadre del *Boticario*; por eso va en el segundo puesto, y hace

en latín la dedicatoria de su soneto, *in laudem Dulcineæ,* para demostrar que era hombre de carrera; y *El Paniaguado* con que figura, quizá no se refiera tanto á su compadrazgo, como á la mancomunidad que el vulgo supone entre médicos y boticarios por razón de oficio.

Otra conjetura nueva. ¿Se *paniaguó* este personaje con los demás para ofender á *Cervantes* ó hacerle alguna pesada burla? Duda es esta que debiera haber aclarado el flamante ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA D. Ramón Antequera en su *juicio analítico del Quijote*, si esta obra tuviera algo de *juicio* y un poco más de *análisis.*

Esperemos á que tal vez nos la revele el otro ACADÉMICO ARGAMASILLESCO D. Nicolás Díaz de Benjumea, cuando publique (y Dios nos dé vida hasta ver tal suceso) sus *comentarios filosóficos.* ¡Plegue á Dios tengan de *filosóficos* éstos, algo más que de *juicio analítico* tiene la obra de Antequera!

Al *Caprichoso*, al *Burlador* y al *Cachidiablo,* vecinos y concurrentes diarios á la tertulia de la rebotica, zumbones y alegres, como sus apodos lo indican, no es fácil calificarles el oficio; se ha creído que fueran el Alcalde y Regidores del pueblo, fundándose quizá en la Dedicatoria que el supuesto Avellaneda hizo en su obra á aquellos funcionarios; sin embargo, yo sospecho al *Escribano* ó al *Fiel de fechos* de Argamasilla, tal vez joven y galanteador, detrás del nombre del BURLADOR, y me confirma esta cavilosidad la frase *os juro y certifico*, con que termina el

primer cuarteto del soneto que lleva su nombre; y quizá no sea aventurado suponer que por lo de exorcista tengamos al señor *cura* del lugar oculto y muy disfrazado bajo el nombre del *Cachidiablo* (del italiano *cacciare*, expulsar, arrojar), como si dijéramos *el expulsa diablos*.

*El Caprichoso* dudo pudiera ser el sastre con alusión á las variaciones de los trajes, aunque es escaso fundamento; pero nada hay que nos indique quien pudiera ser.

Por último, del *Tiquitoc* no puede dudarse que lo fuera el maleante del *sacristán* de la iglesia, pues ya este nombre gráfico y alusivo al campaneo lo había puesto *Cervantes* en boca de otro sacristán en la comedia que tituló *Los Baños de Argel,* donde aquél dice:

¡O campanas de España!
¿Cuándo entre aquestas manos
Tendré vuestros badajos?
¿Cuándo haré *el tic* y *el toc* ó el grave empino?

Dicho se está, por lo tanto, que el *Tiquitoc* es el sacristán; y éste y el cura, como gente de iglesia, son los encargados por *Cervantes* de hacer los epitafios de *Don Quijote* y Dulcinea, últimas composiciones de las que han dado motivo á este artículo.

# Otro sueño de noche de Verano

Al Sr. D. Gonzalo Segovia

cababa de recibir el número IV de la *Revista literaria* titulada *Cervantes*. A su lectura me habían ocurrido mil cosas que deseaba decir á su director el señor D. José María Casenave, pues aunque no tengo el gusto de conocerlo, basta conocer sus propósitos para persuadirse de su hidalguía, y creer que, por poco que valgan los consejos, ha de estimarlos, siquiera sea por la intención, cuando tengan por objeto facilitar el logro de las suyas. En tal disposición de ánimo, y dando vueltas en la imaginación á un nuevo comentario de *El Ingenioso hidalgo* que ahora me piden, y que yo quisiera llevar á cabo en un todo diferente de

cuantos hasta aquí se han escrito, me sorprendió el sueño.

Nunca, á pesar de los muchos años que hace me ocupa el estudio de las obras del gran ingenio, me había sucedido otro tanto.—Hablé con *Cervantes*.

Y bien puedes creer, carísimo Gonzalo, que lo que voy á referirte es pura y simplemente un sueño ó ensueño sin haber inventado cosa alguna; más todavía, sin haber añadido una sola frase á lo que soñé..

. . . . . .

Encontrábame con mi familia, y rodeado de algunos amigos, en un caserón informe, de extraña catadura, mezcla de palacio y convento reducido á casa de vecindad, resto de grandeza pasada y miseria presente, con vistas á un jardín inmenso y próximo al mar... era, en fin, una de esas creaciones que el pensamiento forja por su propia fuerza cuando no se la distraen los sentidos. Me encontraba en un corredor del piso principal, apoyado en la tosca balaustrada de madera que habría sustituído á la lujosa de piedra, y contemplaba, aunque con poca atención, un grupo que allá abajo, en el corredor frontero, habían formado cuatro ó seis personas al rededor de un anciano de pobre aspecto, que se encontraba sentado en una silla y respaldado sobre la pared, conversación del cual hacía reir á cuantos le rodeaban de una manera particular.

De repente uno de los del corrillo se separó con rapidez, subió á grandes trancos la escalera, y vi-

niendo al lado mío, me dijo sin poder contener la risa:

—Aquel viejo, y lo señalaba con el dedo, dice que es *Miguel de Cervantes* y que desea hablar con usted, amigo mío.

Estas palabras me hicieron volver á fijar la vista en el anciano, y al verlo, también á mí me retozó la risa en el pecho.—¡*Miguel de Cervantes* con levita y sombrero de copa!—En efecto, el viejo, que era de estatura mediana, enjuto de carnes, la color macilenta, el cabello cano y poco, estaba vestido con un gabán verdoso descolorido, abrochado hasta el último botón á pesar del calor insufrible que se dejaba sentir, para disimular la ausencia de la camisa, según luego pude observar. Tenía rodeado al cuello un pañolillo negro de seda añudado en forma de corbata á raíz de la carne, y cubría su cabeza con un mal sombrero de copa tan mugriento como el gabán. No llevaba bigote ni barba alguna, aunque todas las tenía crecidas, como de no haberlas rasurado en algunos días; mas con todo eso, su rostro de viejo setentón conservaba singular semejanza con el del joven y rubio barquero del cuadro de Francisco Pacheco.

Menos tiempo que tú en leerlo empleé yo en el examen, y en seguida me encaminé hacia él sin pensar en el año en que vivimos, ni pasarme por las mientes que pudiera la aventura ser una broma de amigos... Bien es verdad que estaba durmiendo. . .

. . . . . .

No puedo recordar de qué manera comenzó la entrevista. En el curso del diálogo hube de preguntarle por su herida de Lepanto, por su manquedad. Entonces se desabrochó el gabán, y en su pecho desnudo mostró una enorme y antigua cicatriz; luego alzó la mano izquierda y enseñándola á todos surcada de rojos costurones:

—Usted ha tenido razón, amigo mío, dijo, y ha sido buen adivino en sus conjeturas. Mi mano recibió un arcabuzazo en el exterior, y después de operación dolorosa, quedó señalada como la véis, quedó torpe, pero se conserva: ya lo dije con bastante claridad en el prólogo de *Los trabajos de Persiles y Segismunda,* y en el *Viaje del Parnaso*, porque estaba amostazado y un poco más allá de oirme decir el *manco.*

—Pues por desgracia, Sr. Miguel, le dije, con ese mote siguen designando vuestra persona los más doctos y sutiles, tanto en discursos como en poesías; bien que se dulcifica y ennoblece la expresión, puesto que siempre os nombran *el manco de Lepanto.*

—Del mal el menos; no hay sino tomar lo que nos dan, como diría Sancho.

—Y vamos á cuentas, señor *Cervantes*, le interrumpí: holgárame de saber si tuvieron originales las figuras de *Don Quijote* y de *Sancho Panza*, quiero decir, si tomasteis por modelo algún sujeto contemporáneo amigo ú enemigo, ó si fueron ambos puramente hijos engendrados por vuestro ingenio, pari-

dos por vuestra pluma... Es tanto lo que sobre ello se ha desbarrado.

—¿De veras? Pues holgárame á mi vez en conocerlo... que por esta y otras causas tenía deseos de hablar con vuestra merced, replicó *Cervantes*.

—Tanto es, que ocupación tendríamos para una semana y aun más, si todo hubiera de salir á plaza. Y en verdad, yo me excusara trabajo, si antes quisierais responder categóricamente á una pregunta.

—Hacedla luego.

—¿Es cierto que por evitar torcidas interpretaciones ó por dar la clave para entender nuestro libro, ó por llamar hacia él la atención del vulgo escribisteis el *Buscapie*.

—No comprendo lo que quiere vuestra merced hablar. Nunca tal cosa me vino en mientes...

—Eso me basta, y con la mayor brevedad que pudiere satisfaré vuestra curiosidad.—Han dicho que en *Don Quijote* habíais querido personificar al Emperador Carlos V y entre otras alambicadas razones y conjeturas, sacaban argumentos para afirmarlo de la *aventura de los leones*, algo parecida á lo que de la niñez del César refiere el conde de la Roca en su *Epítome*.

—¡Jesús me valga!, dijo *Cervantes* santiguándose...

—Quieren otros que la sátira vaya dirigida contra el Duque de Lerma, siendo él *Don Quijote*, y *Sancho*, fray Luis de Aliaga. Opinan los de acá que Sancho no es ni más ni menos que D. Pedro Franqueza, se-

cretario del de Lema; los de allá sostienen que se trata de Lope de Vega...

—¡Ave María! ¿Que todo eso dijeron?

—Y aún lo dicen. Este cree á pie juntillas que en el hidalgo manchego pusisteis el perfil de cierto señor *Quijada* de Esquivias, linajuelo y vano pariente de vuestra esposa doña Catalina; el otro afirma que el original del buen Alfonso fué D. Rodrigo Pacheco, aquel señor argamasillesco cuyo retrato luce todavía en el altar mayor de la iglesia de su lugar, siendo su sobrina doña Melchora, que también está retratada allí, y con la que suponen anduvisteis en trapicheos amorosos, la que bajo figura de Dulcinea significáis en la novela...

—¡Pobre Dulcinea!... Pero yo bien claramente dije su nombre y el de sus padres...

—No os dan crédito alguno, y en busca del ser real y efectivo de que la ideal señora sea copia supuesta, se han recorrido todos los tonos de la escudriñadora curiosidad. Desde la suposición de que la dama del fingido hidalgo podía ser la marquesa del Valle ó duquesa de Gandía, hasta traer á cuento á la hermana del doctor Zarco de Morales, no se ha perdonado medio. Ultimamente, y cuando parecía apurada la escala, sale un comentador espiritual por el registro de que Dulcinea era emblema de sabiduría, émula y compañera de *Dinaluce* y de *Beatriz*, por lo cual era llamada *Aldonza* (tocaya del rey sabio); y otro comentador material dice que Dulcinea es como *dulce dulcium*, gran vasija para vino generoso, y que

por eso la hicisteis del Toboso, porque de allí se sacan las famosas tinajas... Pero me parece que os habéis quedado suspenso, *Sr. Cervantes,* y que no me prestáis atención...

—Nada menos que eso. Os escucho y me pasmo, y se me viene á las mientes un cuentecillo que allá en mi niñez oí contar en Alcalá. Decían que de un pueblecillo pequeño, fué á mi antigua *Compluto* cierto patán, torpe y zafio, á vender un famoso gallo. Varios estudiantes que le vieron llegar, tomaron por tema divertirse con su ignorancia y le preguntaron: Nostramo, ¿va de venta esa liebre? Estos están tomados del vino, pensó el patán, y siguió adelante sin responder. Pero al volver la esquina tropezó con otros dos cuervos (que así llamaban á los del manteo) que al pasar junto á él y sin dirigirle la palabra dijéronse el uno al otro:—¡Hermosa liebre!—Y continuaron su camino. Nuestro patán los vió ir con cierto recelo, levantó el gallo hasta la altura de su rostro, y mirándolo muy despacio, dijo para su capote: A mí me parece gallo y del gallinero lo tomé.—Al llegar á la Plaza Mayor vióse rodeado de estudiantes que todos exclamaban:—¡Valiente liebre! ¿Me vende usted la liebre? ¡Qué guiso de pebre vamos á darle á la liebre! —El patán se restregó los ojos, volvió á mirar su pieza y la alargó á un estudiante, diciéndole:—Un duro quiero por esta liebre—y entre dientes decía: ¿si llamarán liebres á los gallos en esta Universidad? ¿Si será liebre y á mí me parecía gallo?

—Estamos de acuerdo, *Sr. Cervantes.* Gallo y

muy gallo es el *Quijote*, y no se convertirá en liebre por más que hagan sotiles y almidonados.

—Pues á más de lo dicho, señor mío, deseaba hablar con vuestra merced, porque tomando pretexto, causa ú ocasión de ciertas malhadadas frases mías, en que dije que muchas de mis obras andaban descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño, han dado en la flor esos que hoy se llaman cervantistas, de aplicarme cuantas obras les parece á tuerto ó á derecho que tienen algo del estilo ó gusto de las otras hijas de mi pluma.

—Cierto, *Sr. Cervantes,* que en ese punto se toca al abuso, y se toman licencias inconcebibles...

—No hay que decir, se toman, señor mío, que también vuestra merced se las ha tomado no pequeñas, por más que haga siempre muchas salvedades y dengues al darme hijos... que no conozco ni jamás conocí... Y vamos á nuestro asunto sin sacar á relucir nombres propios que nos oirán los sordos, y peor es meneallo.

—¿Y puede saberse cuál es nuestro asunto, *Sr. Cervantes?*

—Cosa muy leve. Cada día en periódicos y en obras dicen á voz en grito que soy una gloria de España, el primer novelista del mundo, el mejor filósofo, el escritor más regocijado... y yo no sé cuantas cosas más, y sin embargo, ni aun camisa me viste, ni tengo con qué comprar mi sustento, y ando pidiendo á la caridad pública el pan que me niega el Gobierno español...

—¿Posible es que tal sucede?—exclamaron casi en coro los circunstantes. Y yo los acallé con un gesto y me apresuré á contestar al escritor ilustre.

—Pierda cuidado, *Sr. Cervantes*, que ya podéis contar han cesado esas penalidades. En España renacen á un tiempo el amor patrio y el amor á las letras, y bajo la monarquía del Sr. D. Alfonso XII no hay miedo de que un *Cervantes* padezca necesidad. Bien es verdad que las cosas no van todo lo bien que podríamos esperar, pero día vendrá... y tan y mientras de algo han de valer mis buenos oficios. Ello es cierto que á muchos mejores pudierais haber acudido, pero cada cual hace lo que puede...

Levantóse *Cervantes* de su asiento con intento de buscar descanso, y todos nos dispusimos á acompañarle. Moraba allá en lo alto, en el segundo cuerpo, en un camaranchón desamueblado, y para llegar á él había que recorrer extensas galerías convertidas en graneros cuyo pavimento de madera producía un ruido extraño al paso de nuestro extraño cortejo, fantásticamente alumbrado por la mala luz de tres ó cuatro cabos de velas. En el tránsito unos preguntaban á *Cervantes* por sus querellas con Juan Blanco de Paz y otros por el día en que vino al mundo; éstos le interrogaban por el autor del falso *Quijote*, aquéllos por el suceso de D. Gaspar de Espeleta... *Cervantes* á todos sonreía y contestaba prometiendo satisfacerlos al siguiente día...

Al retirarme á mi habitación me asaltó al pen-

samiento lo inverosímil de aquel suceso, la imposibilidad de que *Cervantes* viviera y habitara en nuestro tiempo, y me proponía aclarar la causa de aquel engaño, cuando sin saber por qué desperté.

. . . . . .

Reía de mi extraña imaginación, cuando comenzando á pensar en ella encontré no ser del todo descabellada. Era quizá hijo natural aquel ensueño de las ideas que en mí había despertado la lectura del periódico del Sr. Casenave.

Si *Cervantes* pedía limosna, no era para alimentarse ni para comprar camisa; era que se trataba de construir un monumento á su memoria con los donativos de los apasionados á sus inmortales escritos.

Si á mi memoria habían acudido revueltos y en confusión los nombres de Aliaga y Blanco de Paz, Lerma, Franqueza, Dulcinea y Avellaneda, es porque al leer el periódico que se titula CERVANTES, me ocurrió decir á su ilustrado director que sus columnas eran el lugar más á propósito para dilucidar todas las cuestiones de la biografía y de la bibliografía cervantina, y que abriendo tan interesantes discusiones se daría grande importancia á la lectura del periódico, acudirían al debate los más ilustres cervantistas, y aumentando en número los lectores, serían más crecidos los productos que pudieran destinarse al *Monumento de Cervantes en su patria*.

Y con esto, y con la promesa de que los cervantistas sevillanos contribuirán dignamente á la realización del proyecto, creo quedan bien explicados tanto el ensueño como el pensamiento que me movió á tomar la pluma.

# El Testamento de Cervantes

CARTA AL SR. D. JUAN GUILLÉN BUZARÁN

Mi muy querido amigo: Acababa de leer por tercera ó cuarta vez en *La Integridad de la patria* el precioso artículo de su delicada pluma, consagrado á juzgar la *Vida de Cervantes*, escrita por D. Ramón León Mainez.

Meditaba cuáles pudieran ser las causas que hubieran influído para que persona de tan buen gusto y sólida erudición, hubiera convertido aquélla, que pudo y debió ser crítica más ó menos severa, en desembozado panegírico. Y sobre tal tema, señalando sin pasión y sin acritud en mi memoria los errores en que Mainez incurre, más que por otro motivo por el afán de aparecer corrigiendo á Navarrete, tanto

acerca de la familia de *Cervantes*, como de sus primeros actos de soldado en Italia, pensaba en escribir alguna cosa, que pudiera enviar al poeta sevillano Carlos Peñaranda, que á su brillante corona quiere unir ahora el lauro de insigne cervantista, propagando en Puerto Rico el estudio de las obras del autor esclarecido por cuyo nombre,

> . . . . . todavía
> Somos lo que fuimos antes,
> Pues los que más arrogantes
> Las glorias de España ultrajan,
> Callan, y la frente bajan
> Cuando decimos *Cervantes!*

Pero, meditando y leyendo, vine á detenerme en el punto donde con tanto motivo y fundamento fija usted su atención en el documento publicado por la *Revista de Archivos y Bibliotecas* en 1874.

Escritura de capitulaciones matrimoniales, se nombra, entre Doña Isabel de Cervantes Saavedra y Luis de Molina. Lleva la fecha de 28 de Agosto de 1608, y es por muchos conceptos digna de estudio y atención.

Y al volver sobre las razones que en pro y en contra de la autenticidad, legitimidad y pertinencia de la escritura saltan á la vista, me vino á la memoria un dato curioso, que tenía reservado nada menos que desde el año 1864, sobre la existencia del *Testamento de Cervantes;* y sin saber por qué, se asocia-

ron en mi imaginación ambas ideas, y me propuse comunicar á usted aquella noticia, en la seguridad de que siembro en buen terreno y algo útil ha de fructificar.

Ante todo voy á decir á usted la razón porque he tenido guardada tanto tiempo esta interesante noticia. La confió entonces á mi discreción, aunque permitiéndome hacer uso de aquellos datos y proseguir la investigación, el docto cuanto modesto autor del *Catálogo biográfico y bibliográfico del teatro antiguo español*, laureado é impreso en concurso de la Biblioteca Nacional, y de la *Vida de Lope de Vega*, también premiada, aunque por desgracia permanece inédita, D. Cayetano Alberto de la Barrera, con quien me unieron lazos de verdadera amistad.

Tuvimos durante largos catorce años extensa correspondencia literaria; me obsequió con sus investigaciones referentes al pintor *Francisco Pacheco*, y con el M. S. original de *El cachetero del Buscapie*, libro suyo inédito, de gran erudición y dialéctica; y entre otras finezas, le debí la noticia de que él había perseguido el *Testamento de Cervantes*, y abandonado la empresa como cosa imposible.

Apurado, inquirido, aguijoneado por mis instancias, me dijo lo siguiente en carta de 14 de Octubre del año 1864:

«Su advertenzia en órden al *Testamento de Zer-*
»*vantes*, está mui en su lugar, i yo quisiera tener po-
»sibilidad de aplicarla.—Ahora es nezesario que usted
»sepa la verdad del caso.

»A prinzipios de Febrero de 1854, trabajando yo »asiduamente en mi *Rioja* ilustrado, llegué al punto »de haber ya menester la *Partida de defuncion* del »zélebre Injenio objeto de aquellas tareas; para cuya »diligenzia, la breve noticia biográfica inserta en el »*Parnaso Español de Sedano*, me abria tan fázil ca»mino. Obtúvela en efecto, con fecha del siete de di»cho mes, i tuve la fortuna de encontrar espresado »en ella el nombre del Escribano ante quien testó »nuestro famoso *Leucido*. Dueño de tan inapreziable »dato, pasé al Archivo jeneral de Escribanos públi»cos, y logré inmediatamente notizia de la Escriba»nía donde debía existir el protocolo que contuviese »el *Testamento de Rioja*. La investigazion prosiguió »viento en popa. El Escribano á quien hube de acu»dir, enterado de mi objeto, puramente literario, se »prestó á este servizio con la mayor finura i cortesía; »i á los dos dias de registro, pudo encontrar por fin »el deseado documento rico de notizias,—por que la »muerte de *Rioja* tuvo zircunstancias jurídicas que »las haze constar legalmente,—i me permitió exami»narle i estractarle á mi sabor en la misma ofizina. »—Terminada felizmente mi tarea,—como trabáse»mos conversazion el Sr. D. Mariano Fernández del »Canto (el Escribano susodicho) i yo, acerca de tal »clase de papeles, me dijo estas palabras: *¿á que no* »*sabe V. donde está el testamento de Zervantes?*» i »contestándole que no, repuso *que él tenía notizia de* »*su paradero.*—Llegó entretanto jente que le distrajo »de esta plática, y yo no queriendo abusar de su

»complazenzia, me despedí gozoso con la adquisizion »positiva i la que me daba lugar á esperar tan im- »pensada nueva.

»Pensando luego que para la nueva diligenzia se- »ria bien que figurase como prinzipal investigador »no un *quidam* insignificante, un triste boticario »como yo, sino una persona, que á su valor real, »como hombre de letras, reuniese zierto carácter pú- »blico, acudí á nuestro buen amigo el *Sr. Hartzen- »busch*, que en estremo complazido se prestó á mis »deseos i propósito. El llevó la palabra en nuestra »inmediata entrevista con Fernández del Canto. Le »visitamos de mañana, nos recibió con finísima aten- »zion, conozió desde luego al insigne poeta, i pre- »guntado dijo: *que en efecto sabía de la existenzia »del Testamento de Zervantes, no porque obrase en »su poder, sino por notizias que le había comunicado »su amigo, vezino y colega de profesion jurídica el »Ilmo. Sr. D. Juan Manuel González Azevedo, deca- »no del colejio de Abogados de Madrid, á quien se re- »mitia.*

»Hemos llegado, pues, á la raiz. El *Sr. D. Juan »Manuel González Azevedo*, eminente jurisconsulto, »uno de los firmantes de zierto famoso dictámen, »afizionado al estudio y cultivo de las Bellas Letras, »condiszípulo que ha sido del *señor Hartzenbusch*, »debia de poseer el prezioso documento, ó de cono- »cer su contenido, ó por lo menos el sitio donde se »guardaba.

»Ya la categoría se iba elevando demasiado, y mi

»pequeñez debia de resaltar otro tanto mas. Así, pues, »zedí i encargué esta comision al *Sr. D. Juan Eu-*»*genio,* que, á sus espeziales i privilegiadas circuns-»tanzias reunia la del antiguo trato con el nuevo in-»terlocutor.

»Resultado de las entrevistas que con él tuvo. En la »*primera* dijo el *Sr. Azevedo que en efecto conozia el* »*documento; que formaba parte de un espediente ju-*»*dicial; i que nezesitaba tiempo para buscarle.* En la »*segunda,* trascurrido zierto tiempo, *que no habia* »*parecido.*»

. . . . . .

Usando de la libertad que me concedió, quise proseguir aquella investigación tan agradable á mis aficiones; dí pasos en diferentes sentidos, y por último por mediación del Sr. D. Alejandro Groizard, Magistrado entonces de la Audiencia de Sevilla, se escribió nada menos que al Sr. D. Pedro Gómez de la Serna, para que viera al Sr. Acevedo, íntimo suyo; y aun creo que fué por indicación suya por lo que también nos dirigimos al Sr. D. Manuel Cortina, antiguo y cariñoso amigo de mi padre, y que me dispensaba alguna confianza.—¡Vanos intentos! Ningún resultado pude obtener, sino únicamente la noticia confirmada con repetición, de que el ansiado testamento *formaba parte de un expediente judicial.*

Corren los años; olvidamos todos aquel dato, y aparece en 1874 la escritura de capitulaciones, facilitada por el Procurador Travadillo... ¿Sería este documento el que dijo haber visto en tiempo el señor

González Acevedo? ¿Y pudo ser la equivocación en su contenido causa bastante para que no se dieran en 1864 noticias más fijas, á pesar de la insistencia con que se pidieron?

No puedo dar razones de mi convicción; pero sospecho que este documento es aquel de que se habló á D. Cayetano A. de la Barrera, suponiéndole testamento.

Sea de ello lo que se quiera, creo que la noticia puede ser á V. de algún provecho y que en sus manos ha de servir para muchas cosas.

Desde luego, es de absoluta necesidad examinar el documento original; ver la firma de *Miguel de Cervantes* que lo autoriza, y la de aquella Doña Isabel, *hija natural* en las declaraciones de la familia en 1605, y *legítima* en las capitulaciones de 1608, que en la primera fecha era *doncella*, y *no sabía firmar*, y en la segunda es *viuda con una hija*, y *firma* con todas sus letras, según parece.

La duda, siempre natural, es mucho más legítima tratándose de documentos de esta naturaleza é importancia.

Ya tenemos ejemplo de lo que puede la pasión por un autor insigne, y con cuanta cautela deben acogerse las noticias que se propalan.

En el *Observatorio Pintoresco* publicó D. Basilio Sebastián Castellanos una que llamó copia de la partida de rescate de *Cervantes*, y en ella se alteró la patria del escritor diciendo era *natural de Madrid*. Por fortuna se recogieron luego los libros originales de

las *Redenciones,* y se llevaron á la Academia de la Historia, donde existen, para comprobar siempre la alteración cometida, pues dice la *cédula*, que *Cervantes* era *natural de Alcalá de Henares.*

Pero la falsedad se propagó, y muchos hay todavía inducidos en error por aquel extraño rasgo de amor patrio mal entendido.

*Cervantes* era natural de Alcalá y de noble prosapia... y vea usted por dónde, amigo querido, nos encontramos otra vez, sin saber cómo, en el principio de esta interminable carta; en los errores, que ansioso de corregir errores que no lo son, comete el último historiógrafo de *Cervantes.*

«Desde las primeras páginas de nuestra obra, dice »muy formalmente, tenemos que desvanecer errores.» Y sentenciosa, cuanto arrogantemente, asienta en seguida: «Generalmente se ha creído y propagado que »*Miguel de Cervantes* fué descendiente de un noble »linaje de Galicia, y *nada más aventurado.*» Esto está dicho con desenfado; pero no se aduce ni una prueba en contra de la genealogía aceptada por Navarrete; verdad que no es cosa fácil, ni quizá posible.

El parentesco inmediato del gran escritor con los nobles *Cervantes* de Sevilla, es indudable; y estos descendían del antiquísimo tronco de Galicia, que concurrió con el Santo Rey á la conquista de la ciudad. Y aquí no hay ilusión de genealogistas. Nos lo dicen datos que no basta á poner en duda la absoluta del amigo Mainez.—Haedo dice que *Cervantes* era un *hidalgo principal*; al alférez Luis Pedrosa, decla-

rando en la información practicada en Argel, dijo que *Cervantes* era *nieto* de Juan de Cervantes, *principal y honrado caballero*, que fué corregidor de Osuna, de donde era natural Pedrosa; y otros testigos añaden que en Italia, tanto D. Juan de Austria como el Duque de Sessa, le trataban como á *caballero principal*.

Dígame V. si contra tales testimonios, y otros muchos que aquí no caben, vale decir que es *aventurada* la afirmación de Navarrete.

Bueno y santo que la virtud y el talento se aprecien dondequiera se les encuentre; pero si á las altas cualidades del individuo se junta la de contar ilustres antepasados, no es para despreciar tal ribetillo. Bástale á una dama con ser hermosa y buena, pero si á tan preciados dones junta nobleza y caudal, ¿hemos de rechazarla por ende, ó la apreciaremos más todavía?

¿Y qué diremos de la segunda absoluta que á rajatabla asienta la nueva historia?

«Habiendo dejado *Cervantes* de servir al cardenal »Julio Aquaviva, se alistó en Roma, no en el ejército »español como se cree, sino en las mismas huestes »romanas, en las naves que mandaba el Sr. Antonio »Colonna.»

Esto es gratuito; más aun, es inexacto; y nada meritoria es la obra de poner en duda lo que está comprobado por muchos caminos. La prueba decisiva son las declaraciones de los compañeros de armas del escritor, que afirman, sin género de duda,

que el día de la batalla de Lepanto, y *un año antes*, era soldado de la compañía del capitán Urbina, y, por consiguiente, había sentado plaza en uno de los tercios españoles que peleaban en Italia.

Verdad que el mismo *Cervantes* expresa en la Dedicatoria de *La Galatea*, que *siguió las banderas* de Colonna; pero las siguió *militando debajo de las banderas españolas;* como *siguieron las banderas* de Napoleón *el Grande,* las huestes acaudilladas por el marqués de la Romana, sin haber sido nunca los nuestros soldados *franceses,* ni haber ocurrido á nadie llamarlos así. El soldado que, á las órdenes de la Romana, siguió las *vencedoras banderas* del Emperador, fué siempre tan soldado español, como los que en el tercio de Moncada *siguieron las banderas de Colonna*.

Y si adelantamos en las correcciones, en todas encontramos tropiezos (1)... que en materias histó-

---

(1) Al llegar á la venida de *Cervantes* á Sevilla en 1587, dice Mainez (Nota de la pág. 101) que no se hace cargo de un importantísimo documento descubierto y publicado por el que estas líneas escribe, porque *indudablemente* hay error en la fecha, pues *Cervantes* no desempeñó cargos públicos en Sevilla sino después de haber sido comisario por el proveedor Guevara, esto es, desde mediados de Junio de 1588, y, por tanto, el poder á Fernando de Silva no pudo ser otorgado en Febrero, sino en otro mes, ó en Febrero de 1589.

Medrados andaríamos si así se escribiera la historia.

El poder está señalado en los Indices ó Alfabetos del Escribano Porras en 1588; en el Protocolo está en el mes de Febrero, y la fecha corresponde exactamente con la de los documentos que anteceden y siguen, y los Escribanos no se equivocan en meses ni menos en años en las fechas de los documentos.

Además, el poder no concurre por sí sólo á comprobar la venida

ricas es poca toda circunspección, y muy ocasionado á caídas irreparables el empeño en separarse de los hechos demostrados.

Muy bien quiero yo á Mainez, tanto como usted puede apreciarlo; pero por lo mismo que veo su constancia, su entusiasmo, su estudio, no vacilo en señalarle lunares que puede y sabrá evitar. Si fuera incapaz de apreciar advertencias, no perdería el tiempo en hacerlas, quien es de V. tan antiguo como verdadero amigo,

J. M.ª A.

---

de *Cervantes* á Sevilla en 1587. En los libros de pagaduría de Agustín de Cetina, que originales se conservan en el archivo de Simancas, consta la comisión que Diego de Valdivia dió á *Cervantes,* anterior a la que le confirió Guevara, y consta habérsele pagado ciento doce días del año 1587, á razón de 12 rs. diarios.

Para no hacerse cargo de estos documentos y decir magistralmente que la primera comisión que desempeñó *Cervantes* en Sevilla fué la de Guevara, no se encuentra razón alguna.

# Sentido oculto del Quijote

## DISCURSO DE RECEPCIÓN

### EN LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS

*23 de Abril de 1871*

SEÑORES:

HAY un nombre, que al pronunciarlo hace latir con el más legítimo orgullo todo corazón español; nombre que ya no pertenece á España solamente, sino á Europa toda, al mundo entero, porque en todas partes es conocido y alabado, demostrando él sólo la verdad con que se dice que los hombres superiores son glorias de toda la familia humana, y que el genio no tiene patria.

Bien comprenderéis que me refiero al soldado de Lepanto, al heroico cautivo de Argel, al autor de *El Ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*, á MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Escribió un libro que es la delicia, el encanto, el recreo de la humanidad, y la eterna desesperación de los imitadores; y ese libro es el pedestal de su gloria.

Apreciaciones de todo género se han hecho, se hacen y se harán sobre esa obra maravillosa, sin igual entre las de entretenimiento; juicios los más encontrados se aventuran acerca de ella; permitidme, pues, que en día tan señalado ponga ante vuestra vista mi apreciación sobre ese celebrado libro. El momento es solemne; el día no puede ser más propio para hablar de *Cervantes* y del *Quijote*.

Hoy se cumplen doscientos cincuenta y cinco años; tal vez en esta misma hora exhaló su último suspiro el escritor insigne; y tan singular coincidencia presta á la solemnidad literaria que celebra la Academia el carácter de un aniversario, que no por ser de índole diferente de otros que en este momento se le consagran, dejará de tener su importancia, pues vamos á ocuparnos algún tiempo en meditar y discurrir sobre el pensamiento de su obra inmortal.

Y al escoger el tema de este discurso, bosquejado hace mucho tiempo, nada estaba más lejos de mi ánimo, señores, que imaginar había de ser leído en el aniversario de la muerte de *Cervantes,* aunque por extraña casualidad así ha venido á suceder; ni le elegí tampoco porque tenga pretensiones de decir alguna cosa que por nueva ó por buena pueda cautivar vuestra ilustrada atención; sino porque así, escu-

dado con ese nombre ilustre, hablando del libro único y tan simpático para todos, me presento ante vosotros trayéndome *Cervantes* como por la mano á ocupar el asiento que bondadosamente me habéis concedido, y merezca indulgencia siquiera en gracia á los méritos del introductor. Aspiro á que detrás del gran nombre de *Cervantes,* distraídos los ánimos con el embeleso que produce cuanto al *Quijote* se refiere, pase inadvertido y como en la sombra el escaso valer de quien de ellos os habla.

Y no es falsa modestia, señores. Vacío durante largos años ha estado el asiento que vuestra indulgencia me invita á ocupar. Quizás conociais que no era fácil dar digno sucesor al ilustre patricio, al profundo literato y elegante traductor de los poetas griegos, al Sr. D. José del Castillo y Ayensa, cuyo nombre sólo basta para su elogio. ¿Y no queréis que tema la comparación, que por necesidad ha de establecerse, cuando vuestras miradas busquen en este sitio al ilustre amigo, por tantos títulos benemérito, y encuentren solamente al aficionado sin nombre, que si en amor y entusiasmo por las letras y las artes no cede á nadie, tiene que ceder á todos por la insignificancia y nulidad de sus trabajos?

Hablar más en este terreno pudiera tacharse de afectación, cuando con vuestros votos me habéis honrado: volvamos, pues, la vista á *Cervantes* y al *Quijote.*

De este libro como obra literaria, como lectura popular, nada nuevo pudiéramos decir. Los enco-

mios, las alabanzas están agotadas. «Se le ve coloca-»do entre una literatura que muere y otra que nace. »y es de ambas el más acabado modelo.» Esto ha dicho de él uno de nuestros más juiciosos y profundos críticos, y luego añade: «Como novela, aun no tiene »rival el *Quijote*, según Federico Schlegel lo prueba »con sabios argumentos. Manzoni y Walter Scott »distan tanto de *Cervantes*, cuanto Virgilio, Lucano, »y todos los épicos y heroicos de todas las literaturas »del mundo, distan del divino Homero.»

Si el autor del *Quijote* se propuso dar alivio á la melancolía de la humanidad, proporcionar al hombre pasatiempo de más graves ocupaciones, su objeto está por demás conseguido. Su obra inimitable cuenta más ediciones en todos los idiomas del mundo, que ningún otro libro de cuantos de letras humanas se han escrito.

Pero un espíritu innovador, y que no quiere ver en las obras del ingenio solamente el ingenio mismo, sino que busca siempre profundidades y misterios en lo más llano y en lo más claro, tal vez porque no puede persuadirse de que sin eso que quiere llamar filosofía, sentido oculto, doctrina esotérica, no puede existir obra de mérito, hace mucho tiempo que viene trabajando por dar al libro una significación diferente de la que su autor le atribuyó repetidas veces. La idea no es nueva, pues datos hay que persuaden de que no tardó mucho en formularse al tiempo de la aparición del *Quijote*, creyendo el pueblo que algunos de sus personajes eran parodia, crí-

tica ó caricatura de otros personajes y verdaderos que existían en la corte (1), de tales ó cuales hazañas más ó menos exageradas; y que hoy toma distinto rumbo y mayor vuelo queriendo encontrar en aquellas alegres páginas y regocijadas aventuras, no ya el perfil abultado ó disminuído de este ó estotro personaje, sino la crítica y censura formal de las instituciones de la España de entonces, y hasta la anticipación de las ideas que proclama hoy el más avanzado espíritu filosófico.

Este género de comentarios tiende más á quitar interés al libro que á prestárselo. Por quererle dar importancia se le roba, convirtiéndole en un logogrifo, que si no era en su tiempo de fácil explicación, hoy sería de todo punto indescifrable. En los escritos que con tal intento se han divulgado, se descubre más el deseo de lucir su ingenio el comentador, que el de averiguar la idea que presidiera á la creación del *Ingenioso hidalgo*. Se prestan á *Cervantes* las ideas, y con ellas las pasiones de nuestra edad moderna; se le quiere convertir en un escritor de oposición á todo lo que en su tiempo existía; y *Cervantes* no se oponía á nada más que al abuso. Mostraba los defectos, deseando su corrección como filósofo moralista; pero no ambicionaba la destrucción, sino la enmienda; no quería derribar, sino restaurar; porque él amaba y respetaba todo lo que era amado y respetado por los españoles del tiempo en que vió la luz. La fe, la patria, el honor, eran nombres sagrados que siempre encontraban eco en la España dominadora

del mundo, y que tuvieron un templo en el pecho de *Miguel de Cervantes,* que era español de los mejores.

Y al hablar así, no es porque yo rechace toda idea de SENTIDO OCULTO, ni deje de encontrar en el *Quijote* rasgos intencionados y pinturas de sucesos contemporáneos; pinceladas que nos revelan el estado del ánimo del autor cuando las escribía; sus afectos, sus antipatías, y su manera de sentir sobre ciertas y determinadas cuestiones (2); pero esto se encuentra siempre y se estudia en todas las obras de todos los autores, con tanta mayor claridad y mayor fuerza cuanto más poderosa es su individualidad y más decidido su carácter, su significación en el terreno del arte. Hijas del entendimiento las obras todas que el hombre produce, natural es que conserven rasgos de la fisonomía intelectual del padre que las engendra; que no hay contradicciones en la naturaleza, y los fenómenos del orden físico se reproducen y repiten en el moral. Por eso es fácil distinguir las creaciones de los artistas, y nadie confundirá una valiente estatua del atrevido Buonarotti, con las más delicadas de Benvenuto; como no se confunden los arrogantes versos de Herrera y de Espronceda, con los tiernísimos y sentidos de Garcilaso, de Francisco de la Torre y de Fray Luis de León.

Se comprende muy bien que llevados del exagerado entusiasmo, de ilimitada pasión por ese libro que tanto embelesa y tanto hace pensar, quieran los lectores identificar á su desgraciado autor con el simpático protagonista de la obra, amable siempre,

siempre interesante en medio de sus desvaríos, para confundirlos á ambos en un mismo afecto, envolviéndolos en igual cariño y tributándoles la misma admiración. Buscando con ingenio, analizando con sagacidad, y llevando el decidido propósito de equivocarse, no es difícil tampoco dar á aquellos deseos una apariencia de realidad; pero esto no es más que un sueño generoso. Si *D. Quijote* se parece á *Cervantes* en la nobleza de los sentimientos, en la constancia en los trabajos, en la aspiración constante á un ideal perfecto, no es porque sea *Cervantes* mismo, no es porque sea su retrato, es porque fué su hijo y nos ha transmitido en él una parte de su vida intelectual, un trasunto fiel de su noble corazón. «Don »Quijote es Don Quijote, y nada más. Tiene vida pro»pia, no prestada; esparce luz nativa, no refleja la »de nadie.»

Yo, señores, opino en esto como el ilustre amigo que me escribía esas palabras (a); rechazo esos que se llaman comentarios filosóficos, como rechazaba á los que querían encontrar en el *Quijote* la sátira personal, de que siempre huyó *Cervantes*, porque creo que ninguno de ellos es verdadero; y, sin embargo, yo veo también en ese libro algo superior á su acción como novela; entreveo en su conjunto una idea grandiosa que no está puesta de intento por el autor, sino que se desprende á pesar suyo de la obra entera, y que viene á ser la síntesis, por decirlo así,

(a) El Sr. D. Aureliano Fernández Guerra.

de la vida de *Cervantes* y de la época en que se escribió el *Quijote*.

No me opongo á que en muchos pasajes de la fábula, por ejemplo, en la aventura del rebaño, ó de los rebaños, se vea embozada sátira contra el *Atlante de la monarquía;* pero los rasgos que luego se descubren contra personajes menores, no van, á mi modo de ver, dirigidos contra ellos derechamente, sino que forman un conjunto de censuras parciales, que reunidas vienen á decir que el todo no era bueno.

Toma el inteligente un reloj y observa que el movimiento no es regular, que retrasa ó adelanta. Busca la causa, y critica la escasa fuerza del motor; encuentra luego imperfectas ó torpemente ajustadas las ruedas que comunican el movimiento, y por conclusión nota desiguales, movedizos, los centros y piezas pequeñas... Al decir esto comprende cualquiera que la máquina es mala; y á poco que se generalice podrá deducirse que el artífice no era muy entendido ó fué poco cuidadoso. Tal *Cervantes*. Vayan en buen hora contra el Duque de Lerma las indicaciones que concurren en *Laurcalco:* vayan contra algún otro magnate, contra algún encumbrado arbitrista tales y cuales alusiones... Pero al censurar abusos de estadistas y hombres de administración, que esquilmaban al pueblo, sacándole lo que no tenía, ¿no se denunciaba el desconcierto del Gobierno? ¿No se señalaban las llagas ocultas de la sociedad española, que el filósofo había tocado muy de cerca? ¿No se clavaba la saeta en las gradas mismas del solio, que

era el sostén de las causas que producían tales efectos? ¿No llegaba quizá el tiro hasta la indolente persona que lo ocupaba?

A la verdad, todo esto va ligado con más graves reflexiones. Elévase la consideración al tiempo del nacimiento de *Cervantes*. Al mediar el siglo XVI fué el apogeo de la preponderancia española en Europa. A los gloriosos reinados de los Reyes Católicos y de Carlos I, tiempos de engrandecimiento, había sucedido el de Felipe II, que debió consolidar nuestra supremacía, haciendo duraderas las conquistas del Emperador, reuniendo por la razón, por las leyes y por un interés común lo que su padre había conquistado por la fuerza. «Pero como su pluma no »podía competir con la espada del Emperador Car»los V, ni su trabajo de gabinete, por más aplicado y »laborioso que fuese, con los viajes y campañas de »aquél,» como decía mi sabio maestro D. Alberto Lista, la nación empezó á sufrir reveses cuando más grande y poderosa se creía.

*Cervantes, cristiano y español, con fe y sin miedo,* quiso unir su propia personalidad á la vigorosa personalidad de España, quiso ser partícipe de los peligros y de las glorias de su patria, y se incorporó á nuestros aguerridos tercios. Peleó como bueno, y fué herido en la más alta ocasión que vieron los «pasados siglos, ni esperan ver los venideros...» A raíz de tanta gloria, fué hecho cautivo al volver á su patria, por un enemigo á quien la grandeza de España no ponía temor... Primera decepción; *Cer-*

*vantes* descubrió el gusano que roía el pedestal del coloso.

Él intentó en Argel, cargado de cadenas, lo que la nación en cuyos dominios nunca faltaba el sol, no se atrevía á intentar con sus ejércitos y escuadras, distraídos en empresas lejanas y menos provechosas. Quiso destruir aquel nido de aves de rapiña, tan perjudicial á la gloria, al poderío, á la tranquilidad de España. ¿No había de conocer la indolencia, el punible abandono en que el trono y el Gobierno tenían á la nación, cuando él sólo, miserable esclavo, contaba poder destruir á los argelinos armando á los cautivos que allí con él gemían aherrojados? Lo hubiera conseguido, si el Rey, á más de pensar en las guerras exteriores, hubiera pensado alguna vez en mejorar la condición de sus administrados; si se hubiera tendido una mano protectora á las desgracias que presenciaba *Cervantes,* á los hombres de espíritu noble y levantado que, como él, aspiraban únicamente al engrandecimiento del país.

Al volver á España rescatado, vió con pena, con dolor, el poco fruto que la patria había logrado del glorioso sacrificio de Lepanto. Vivió en pequeños pueblos y en grandes ciudades, y notó sagazmente el empobrecimiento del país, que tomaba alarmantes proporciones; la falta de centros productores, arruinados por la emigración á América y por las atenciones de la guerra; lo gravoso de los tributos; la ruina de la industria y de la agricultura; y adivinó tal vez la inutilidad de las guerras que España soste-

nía en países remotos, y que tantos brazos robaban á sus asoladas campiñas... Quizá entrevió con la mirada de águila del genio, que la decadencia de la patria iba envuelta en los pliegues del manto de su gloria!...

La pobreza de la nación en el interior debió desgarrar el alma del lisiado en la batalla naval: ella era la precursora de su ruina. Los brazos trabajaban levantando pesos enormes y faltaba sangre en el corazón.

¡Qué diferencia en veinte años! En 1571 la nación vencedora de los turcos, triunfante en Francia y en Italia, temida en Holanda, parecía próxima á realizar la monarquía universal, delirio de su grandeza! En 1592 los Procuradores de las ciudades, reunidos en Cortes, decían al Rey que los pueblos estaban pobres, exhaustos, que el reino estaba consumido, que el país se encontraba sin defensa por mar y por tierra, abandonadas las costas, infestados los mares de piratas! ¡Y cuánta verdad era todo este triste cuadro!

Como no se acudió al remedio, como no se hizo aprecio de las quejas de los Procuradores, en 1596 la escuadra inglesa se presentó delante de Cádiz. ¡Vergüenza causa decirlo! Un solo disparo de cañón pudo hacerse á las tropas de desembarco por la batería de Puerta de tierra! (3). Las cureñas estaban podridas: las balas eran grandes ó pequeñas para el calibre de los cañones! Había tercios famosos en Milán, en Nápoles, en Flandes, y no había un soldado para defender las ciudades de España! ¡Cuánta mi-

seria en el interior para sostener la guerra en extrañas tierras!

*Cervantes*, que había visto cuando joven las lamentables ruinas de la desventurada Nicosia asolada por los turcos, pudo ver en su edad madura la perla de España devastada por los ingleses. Confundido con el pueblo oía sus opiniones, veía sus necesidades, tocaba su pobreza... Su ambición patriótica de 1571 era sueño, delirio. El contraste era tremendo, y aun sin estudiarlo, sin buscar sus efectos, debía herir vivamente la imaginación de todos, y más la ardiente de *Cervantes*.

No busquemos, señores, alusiones individuales en el *Quijote*: esto es muy pequeño, y nada importa á la posteridad que se lanzara un chiste más ó menos picante, que se dirigiera una alusión, más ó menos embozada y satírica á tal ó cual personaje. Menos interesa todavía saber si tuvieron originales las figuras de *Don Quijote* y *Sancho*, las del cura y el barbero, con todas las demás que tanto embeleso nos producen; esto en nada realza el mérito de la obra; nada dice en favor de tal escritor. «Yo no estimaría en »más, ni entendería mejor la hermosura del *Pasmo* »*de Sicilia*, si alguien me probase que el Cristo, la »Virgen y otras figuras, no eran más que caballeros »y damas amigos de Rafael, y los sayones varios ene»migos suyos.» Esto dice el Sr. D. Juan Valera, y es una verdad palmaria.

Procuremos leer en el *Quijote* el estado del alma de su autor, que era un genio, pero era también un

español lleno de amor patrio; procuremos descubrir el estado de la nación en aquellos tiempos, y lo que acerca de sus triunfos y de sus reveses y calamidades pensaban sus hijos. Desde este punto de vista elevado, verdaderamente filosófico, se ensanchan los horizontes de la contemplación y del estudio; partiendo de datos fijos, cuales son la influencia directa que sobre todos los hombres ejercen los sucesos en que toman parte, y la porción de su alma, de sus sentimientos que en cada obra deja depositados el autor, podemos lanzarnos á las consideraciones más profundas.

Así el *Quijote* es la epopeya de la edad moderna; no libro atildado, pulido y académico, sino libro en que su autor nos dejó pintado al vivo, cuanto había visto y observado, con la manera de ser, con las miserias y las grandezas de la España de todo aquel período. El *Quijote* es un traslado con vida, con animación y con gracia, y colorido, y verdad, de la sociedad española del siglo XVI; por eso encanta á todos los lectores, tanto de España como del extranjero; y el tinte melancólico que baña toda la obra, que en todo el libro resalta y transpira aun en medio de las más regocijadas páginas y que le presta su mayor atractivo, es el resultado de la disposición del ánimo del escritor que al lado de las victorias había visto el cautiverio, junto á las glorias de los ejércitos, la pobreza del pueblo y el saqueo de las ciudades, y que, sin darse tal vez cuenta de ello, comparaba tiempos con tiempos, y con la adivinación del vate inspi-

rado, vislumbraba que había empezado á desmoronarse por su base aquel suntuoso edificio tan brillante y deslumbrador á la vista.

Facilísimo sería comprobar estas ideas generales que la repetida lectura del *Quijote* despierta, copiando pasajes vários de la obra inmortal; pero ni vosotros lo necesitáis, ni me parece este lugar á propósito para tan prolijas comprobaciones. Además, esto es en mi sentir el producto final de toda la obra, más aún, la síntesis de todo el trabajo literario de *Cervantes*.

Después de habernos embebido en la lectura de todas sus obras, identificándonos con su manera de pensar y de sentir, es cuando podemos elevarnos al conocimiento de lo que sentían y pensaban los españoles en los siglos XVI y XVII.

Permitidme, sin embargo, que, aun sin copiarlos, os recuerde algunos pasajes, cuya importancia y trascendencia es hoy generalmente reconocida. No hablemos de las costumbres de la nobleza tan al vivo pintadas, ni del contraste que resulta entre lo que había sido cuando con lanza en astillero y antigua adarga, estaba siempre dispuesta á combatir los enemigos de la patria, y á volver por los fueros de la inocencia, por el triunfo de la virtud y de la justicia; y lo que había venido á ser luego, demostrado en las historias de Dorotea y Lucinda, y en la vida que hacían los Duques que dieron hospedaje y tomaron por diversión al caballero y al escudero. Dejamos también á un lado la intención particular que pueden tener el

gobierno de Sancho en la ínsula, y el aparato de los funerales de Altisidora, aventuras ambas tan ocasionadas á interpretación... En el principio mismo de la obra, en una de sus más celebradas páginas, cual es la que contiene la pintura de la edad de oro, ¿no encontramos ya el lamento escapado del alma del autor, de que *la ley del encaje* se hubiera ajustado al corazón de los jueces? ¿No nos dice que en lo antiguo la justicia se estaba en sus propios términos sin que la osasen turbar ni ofender los del favor ni los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen?

Vienen luego con vivo colorido pintadas las tristes penalidades de la esclavitud, en la interesante historia del cautivo; las penalidades de los forzados, cuya perdición tal vez proviniese de la falta de dineros, del poco favor ó del torcido juicio del juez; y se escucha, por último, hasta el gemido del desdichado morisco, cuya triste voz forma también contraste con el aplauso que se tributa á la medida que los arrojó del país.

Repito que la ocasión no me parece oportuna para multiplicar las citas que justifican las apreciaciones que dejo expuestas. No estimo que cada aventura contenga una alusión, que cada personaje sea un recuerdo; paréceme, sí, que el tono general del *Quijote* nos da á conocer la época en que se escribió; y que los defectos parciales que en él se van notando y censurando, tal vez sin marcada intención, dan por resultado final el conocimiento de las imperfecciones de aquella gran máquina social, que necesariamente

había de terminar en la descomposición, á que por pasos agigantados y sin un solo intervalo de gloria vino á parar la España, cayendo de Felipe II en Felipe III y Felipe IV, para agonizar y morir vergonzosamente en Carlos II *el hechizado*.

Tal es, señores, el SENTIDO OCULTO que, después de muchos años de estudio sobre la obra de *Cervantes*, descubro yo en ella. Y esto no está puesto de intento por el autor; no es posible ni aun sospechar que su pluma se detuvo un momento para dar segunda intención ó inteligencia secreta á lo que escribía. El SENTIDO OCULTO del *Quijote* está en él á pesar de *Cervantes*, que al darnos un fiel traslado de toda la sociedad en que vivía, así nos hace conocer su magnificencia, como nos descubre involuntariamente los defectos de su constitución: tanto más claros para la posteridad, cuanto hemos visto los tristes resultados que produjeron.

No sé si me equivoco. Pero bajo esta apreciación estudiamos la personalidad de *Cervantes* unida á la de la sociedad española; vemos en el *Quijote* como antes decía, la verdadera epopeya de la edad moderna; y comprendiendo toda la importancia de tan celebrado libro, descubrimos una causa profunda y verdadera de su popularidad y ya no extrañamos que sea su lectura tan general en el mundo.

He dicho.

## NOTAS AL DISCURSO PRECEDENTE

### (1)

Muchos años hace que se viene asegurando como indudable noticia, que Mr. Rawdon Brown, enviado extraordinario del Gobierno inglés para registrar los archivos de Venecia, en busca de ciertos documentos diplomáticos, encontró algunos despachos de Simón Contareni, embajador de la Señoría en la corte de España, en que daba cuenta á la República de los sucesos de 1604 y 1605, y hablaba de la aparición del *Quijote*, diciendo que se le juzgaba por el pueblo sátira política, y hasta se designaban los personajes contra quienes se dirigía. Y no hace mucho, anunciaron los periódicos la publicación de esos despachos en los *Libros azules* del Reino Unido. Pero no creemos haya tenido lugar, cuando no se ha reproducido en español colección tan interesante para nosotros.

No sabemos, por lo tanto, de una manera fija lo que puedan expresar los despachos de Contareni, ni tampoco si éste exponía su opinión sobre el *Quijote*, ó refería la creencia del pueblo y de la corte; pero de una ú otra manera resultaría comprobada la antigüedad de esa idea que atribuye al *Quijote* el carácter de libro político.

Otra noticia que también tenía la misma significación oímos hace tiempo. Decíase que en ciertos pasquines

contra el Gobierno, que aparecieron en Valladolid', se hacían alusiones al hidalgo manchego, ó se comparaba con él al Duque de Lerma. Hemos querido apurar la especie, y para ello escribimos al Sr. D. Pascual de Gayangos, amigo querido y generoso, que creíamos ser el que comunicó la noticia; pero éste nos contesta que lo que ha examinado es un curioso códice del Museo Británico, en el cual, refiriendo sucesos de Valladolid del año 1605, dice el autor, que lo es un portugués llamado Baltasar Díaz: «Estando en este paso, me veo llamar para que »fuese á ver la más notable figura que se podía imaginar. »Fué el caso, *que pasando un D. Quixote vestido de verde,* »*mais desmajelado é alto de corpo,* vió unas mujeres al pie »de un álamo, etc.»

Aquí se encuentra la alusión más antigua que hemos registrado, de referencia al libro entonces recién publicado.

(2)

Pasajes enteros hay en *El Ingenioso hidalgo* que desde luego se comprende haberse puesto con el ánimo é intención de tratar cuestiones literarias y aun políticas. El discurso de *D. Quijote* sobre las armas y las letras, la conversación con el canónigo de Toledo, la de Sancho y Ricote, no dejan lugar á dudas, como otras que todos recuerdan y en las que sin rodeos están patentes las opiniones del autor.

Aventuras hay, como la del cuerpo muerto que llevaban de Úbeda á Segovia, y cuya conducción turba cual

maléfica aparición el demente caballero, que por sus circunstancias dejan conocer el intento de burlarse de algún suceso contemporáneo, cuyos accidentes no se disimulan. Las de uno y otro carácter son alusiones indudables y bien fáciles de conocer.

Pero hay aún otro género de ellas, no menos evidente, y que, sin embargo, es de todo punto imposible explicarlas hoy.

No hace mucho tiempo que el ilustre cervantista, el eminente poeta D. Juan Engenio Hartzenbusch, notó que la *Dedicatoria* de la primera parte de *El Ingenioso hidalgo,* está compuesta con frases y cláusulas de la que Fernando de Herrera hizo al Marqués de Ayamonte de sus *Anotaciones á las obras de Garcilaso,* impresas en Sevilla en 1580, y del prólogo que á la misma obra puso el docto maestro Francisco de Medina, que es una de las mejores cosas que hemos leído en castellano. Aquella breve *Dedicatoria* es un verdadero plagio, y de libro muy conocido. ¿Por qué causa lo hizo *Cervantes?* ¿Qué alusión encierran aquellas palabras copiadas de una obra del gran poeta de la escuela sevillana? Ciertamente nadie ha podido descifrarlo (a) ni será fácil que se explique el misterio sin un hallazgo providencial.

---

(a) El interesante artículo del Sr. Hartzenbusch, inserto en el periódico titulado *Las Noticias* (y que luego se incluyó en el *apéndice segundo* del tomo doce de las *Obras completas de Cervantes* de la magnífica edición Rivadeneyra), dió ocasión á una respuesta infundada, errónea y que nada concluía, que se insertó en el mismo periódico, y en la cual su autor, D. Nicolás Díaz de Benjumea, pretendía tener sabida, notada y explicada aquella copia ó imitación hecha por *Cervantes*. Esta respuesta del Sr. Benjumea dió á su vez origen á

De estas alusiones, sean recuerdos, sean censuras, embozadas sátiras, ó lo que sean, debe encerrar más de una el *Quijote*, que por necesidad pasan inadvertidas para los lectores de nuestro tiempo.

(3)

Consta el estado de abandono en que se encontraba la plaza de Cádiz, en diversas relaciones contemporáneas que se conservan en el Archivo de la Santa Iglesia Catedral de Sevilla; y muy detenidamente en el SUCCESO DEL SACO Y TOMA DE CÁDIZ POR EL INGLÉS *compuesto por el Padre Maestro Fray Pedro Abreu de la Orden* DE SANT FRANCO; obra escrita en los días mismos de tan desgraciado acontecimiento, por un testigo presencial de los hechos, y cuyo MS. original que perteneció al Sr. D. Jorge Díez, Pro., conserva hoy el autor de este *Discurso* (b).

Dice así el Padre Abreu: «Nuño de Villauiçençio, cauallero, vezino y Regidor de Cádiz, con la compañía que le tocaua, que sería de hasta cient hombres, el qual acudió con su gente á la puerta del muro, puesto señalado, que le tocaua la guarda del. En esta puerta qu' es sola

---

otro artículo muy erudito y razonado del Sr. D. Cayetano A. de la Barrera, que no se ha publicado, pero del cual tengo traslado, debido á la buena y antigua amistad que me une al autor. Por demás está decir cuanto queda en él mal parada la llamada explicación del Sr. Benjumea.

(b) Por una copia fué impresa en Cádiz esta interesante obra á expensas del Ayuntamiento y por los cuidados del Sr. D. Adolfo de Castro en 1866.

la de tierra, ay al vn lado vn baluarte, como en su description queda dicho: éste tenía tres peçezuelas de artillería, tan mal adereçadas y preuenidas, que no fueron de prouecho en la ocasion. Sola una se disparó contra los enemigos quando venían ya marchando para la ciudad, y hizo tanto effecto, que reparó y se detuuo el campo, temiendo que auia muchas más pieças para la defensa de la entrada, mas como vieron que en aquella sola se resoluió toda la duda, boluió á marchar y seguir su viage.»

Habla más adelante del baluarte que aun hoy se llama *Punta de S. Felipe,* y dice: «auia en este baluarte quatro pieças gruesas, empero tan mal preuenidas y dispuestas que no fueron de ningún effecto en la ocasión; pues en disparando las primeras balas, se hizieron las ruedas pedaços de las tres de ellas, de suerte que más no pudieron servir. Y las balas no alcançaron á la armada enemiga, assí por esto como por ser la póluora mala y poca, etc.»

En las Cortes de 1592, los Procuradores de las ciudades habían llamado la atención del Monarca sobre lo que podría suceder en las costas, diciéndole por escrito: «Que »el país estaba sin defensa tanto por mar como por tie»rra, por lo cual los enemigos lo afrentaban y robaban »por todas partes: que el reino se hallaba acabado y con»sumido, etc.»

Sirvan de respuesta estos datos históricos á los que creyeron, escuchando la lectura de este Discurso, que se pintaba con exagerados colores la decadencia de España en los últimos años del reinado de Felipe II.

# CERVANTES INVENTOR

## DISCURSO

ANTE LA ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS
EN EL ANIVERSARIO CCLVIII
DE LA MUERTE DE CERVANTES

*23 de Abril de 1874*

CASIÓN sería la presente, señores, para hacer un elevado y severo discurso, más religioso, más filosófico que literario, y bañado en profunda melancolía, sobre el singular destino de la humanidad. Hay seres cuya vida parece destinada por la Providencia á formar cadena no interrumpida de extraordinarios sucesos, que sirvan de lección á las generaciones; seres en quienes pone Dios el talento superior y las virtudes heroicas, para presentarlos luego en lucha abierta con todas las adversidades, para ponerlos á prueba en todos los terrenos, y que de este choque resulten saludables enseñanzas.

Si la historia no es más que el imperio de los difuntos sobre los vivos, como ha dicho un filósofo, nunca esta verdad se ve más clara ni mejor comprobada que en las vidas de esos hombres extraordinarios.

Ni exequias suntuosas, ni pomposos epitafios, ni mausoleos de mármoles y bronces bastan para salvar del olvido la memoria de muchos, que, creyéndose grandes y dignos de alta fama porque logran disponer del poder ó de las riquezas, corren por el mundo orgullosos y vanos, hinchándose como la rana de la fábula; y haciendo alarde de prosapia y de abolengo, buscan en los méritos de sus antepasados la virtud, el valor ó el talento de que carecen. Al cerrarse la losa de sus sepulcros acaba y muere por siempre aquel nombre que ellos creyeron ilustre y consagrado á la inmortalidad...

En ignorada y pobre huesa viene á reposar en paz algunas veces un hombre modesto, que vivió y murió trabajando. Sobre la tierra, apenas bien sentada, que cubre sus despojos, no se graban elogios ni se esculpen emblemas, y todo parece indicar el silencio y el olvido. Pero á poco, nace de aquella tierra una pequeña planta que crece luego, se cubre de hojas, multiplica sus aromáticas flores, y da frutos copiosos, sazonados, delicia y encanto de las generaciones que se suceden cantando las alabanzas de aquel humilde; y el nombre obscuro, de quien pocos hicieron aprecio en vida, se hace ilustre, y célebre, y glorioso, porque de su tumba irradian perpetuamente los des-

tellos de la lumbre divina que encendió su entendimiento.

Estas reflexiones se agolparon á mi imaginación en el momento en que, por bondadosa designación de la Academia, me propuse hablar de *Miguel de Cervantes* en el día en que se conmemora el aniversario CCLVIII de su muerte. ¡Singular destino de la humanidad! No podemos confiar en el renombre presente; sólo es grande el que merece serlo en el aplauso de las generaciones.

Si de esta manera consideramos la grandeza, pocos hombres hay que puedan igualarse con *Miguel de Cervantes Saavedra*. No voy á recordar en este momento los azares de su agitada existencia, tan conocidos, tan sabidos, tan públicos, que apenas habrá, no ya en España, sino en Europa, quien los ignore completamente. Y, sin embargo, señores, aunque su nombre y su vida son tan conocidos, todavía en medio de esta docta Asamblea, ante tan ilustradas personas, me he de atrever á preguntar: ¿Qué fué *Cervantes*?—Y no debe causar extrañeza tal pregunta, si se considera que el autor de *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha,* para sus contemporáneos casi no fué nada, y para la posteridad lo es todo. Entonces pasó casi ignorado, y hoy llama la atención del mundo.

En vida se desconocieron sus servicios, se ultrajaron sus canas, se hizo mofa de sus heridas, se menospreciaron sus obras; ahora se ensalzan sus virtudes hasta querer pintarlo santo; se canta su gloria al

igual de las mayores; se lloran sus desgracias, se le adorna con los timbres más esclarecidos, queriendo darle plaza en todas las facultades, lugar preeminente en todas las ciencias. Y con sola esta enumeración ya comprenderán todos que no es ocioso el preguntar: ¿Qué fué *Cervantes?*

Tiempo oportuno parece ya de poner un límite á las exageraciones, de comenzar á entrar en los dominios de la razón; hora es de fijar juiciosamente la significación que en la historia de la filosofía y de las letras tuvo el mayor de nuestros escritores; necesario y urgente se hace también fallar en definitiva sobre el verdadero mérito y carácter de la obra capital de la Literatura española, cerrando la puerta á la crítica inconsiderada como á la inconsiderada alabanza, y asimismo á los delirios y falsas interpretaciones que sobre ella se hacen, desnaturalizándola y torciendo los intentos de su autor (1). No cabe tanto en los límites de un discurso, ni sería prudente abusar de la paciencia de mi ilustrado auditorio por el dilatado espacio de tiempo que para tales demostraciones se necesita. Mi aspiración se reduce á establecer bases firmes, á indicar el camino, que tampoco alcanzan á más mis fuerzas; esperando que mejores inge-

---

(1) Mucha parte de este trabajo se ha iniciado ya por hombres pensadores, que dan á la obra literaria de *Cervantes* su verdadera importancia y carácter.—Véanse las obras tituladas *William Shakespeare,* por Mr. Víctor Hugo (París-Claye-1864).—*Histoire de la Poesie espagnole,* por Mr. Ferdinand Loise (Bruxelles-Hayez-1868).—Y el *Curso Histórico-Crítico de Literatura española,* por D. José Fernández-Espino. (Sevilla-Tarascó-1871.)

nios recorran en todos sentidos el campo, y dejen fijado y establecido lo que apenas me es dado significar.

## I

¿Qué fué *Cervantes*? Si procuramos saber su educación científica, los contemporáneos nos dirán que fué un ingenio lego; es decir, un hombre que no había recibido grados académicos, que no alcanzó la autorización legal para hablar en determinadas ciencias. En nuestros días, por el contrario, se le conceden todas, y muchos hombres de mérito consagran sus vigilias á demostrar que fué filósofo, teólogo y jurisperito, y á colocarle en primer lugar entre los médicos y geógrafos eminentes.

Si hemos de comprender bien sus extraordinarias condiciones, preciso será comenzar reconociendo que efectivamente cursó poco en las aulas, no practicó actos universitarios, ni obtuvo uno sólo de esos diplomas ó títulos que deben acreditar la suficiencia en facultad señalada. Pero en cambio, tuvo de sobra lo que á muchos les falta, sobresalió en lo más difícil, raro y excelente, fué un genio... y á la verdad, bien merece esta palabra que nos detengamos en ella un momento siquiera para fijar su significado, del que tanto se usa, y se abusa en nuestros días.

El genio en su acepción directa, inútil parece decirlo, es la natural inclinación que dentro de nosotros sentimos; es, como dijo Fernando de He-

rrera (1), «virtud específica ó propiedad particular de cada uno que vive.» Los antiguos en viva personificación lo figuraban por deidad que dentro de nuestro cerebro mora, animando el pensamiento, dando dirección á la idea; pero en el idioma actual tiene en acepción más restringida el valor de hombre superior, que se eleva sobre la generalidad, que es de muy pocos igualado y enseña á todos.

Los genios, según esta nueva significación, son luceros resplandecientes, que á largo espacio aparecen á la humanidad para alumbrarla en su camino; faros luminosos, brillantísimos, que á gran distancia se corresponden enviándose recíprocos rayos de viva luz en medio de la general obscuridad. El genio es lo que el hombre tiene de más semejante á la Divinidad: es el *ex ipso* de los teólogos, la *mens divinior, atque os magna sonaturum* de los poetas; es el don de inventar y de divinizar cuanto se toca; es, en fin, lo que con propiedad se llama facultad creadora.

Luce el genio como señor y monarca absoluto en los terrenos del arte; no recibe leyes, las dicta, las impone, las señala; entiende de todo y de todo sabe; por doquiera que imprime su huella deja fijada la norma del buen gusto. Todavía no ha llegado á saberse si Homero, Esquilo, Shakespeare y *Cervantes* siguieron preceptos en sus concepciones, ó si las reglas han sido sacadas luego por hombres pensadores de

(1) Obras de Garcilasso de la Vega, con anotaciones de Fernando de Herrera.—(Sevilla: Alonso de la Barrera: 1580.)—Página 581.

las obras que aquellos nos legaron. Aun está en tela de juicio si se han de dar reglas al genio, ó el genio es sobre todo.

La intuición suprema, la concepción general, lo absoluto, tanto en ciencias como en artes, eso encarna el genio. Lo que no sabe lo adivina... ¿Quiere saberse cómo y de qué manera entendemos la omnisciencia del hombre superior? Nos valdremos de un simil... Puede suceder que extraviado un viajero durante la noche en la cima de altísimas montañas, y sorprendido por la tempestad, busque abrigo á la lluvia bajo los corpulentos árboles que le rodean, y á la luz del relámpago descubra una y otra vez la ciudad populosa que á larga distancia se extiende á sus piés en el valle, perciba sus elevadas torres y grandes edificios, vea el río que la baña y vislumbre las embarcaciones que en él están surtas; y recobrando luego su camino antes de venir el día, hable de aquella población y la describa sin haber pisado nunca su recinto... Así ilumina lo desconocido la luz del genio. La inspiración es el relámpago que le descubre regiones antes no conocidas... No necesita ser malvado para pintar el remordimiento del crimen, ni ser santo para explicar y hacer sentir los deliciosos éxtasis de la virtud; ni tiene precisión de haber estado en los lugares para conocerlos, ni de estudiar las ciencias para tratarlas familiarmente, ni de ser artista de profesión para juzgar las obras de arte.

Así comprendemos la omnisciencia que por par-

tes se viene atribuyendo en nuestro tiempo á *Miguel de Cervantes*.

Fué médico, fué geógrafo, fué moralista, marino, perito en el arte militar y en jurisprudencia, teólogo, filósofo... (A); hoy demuestran que lo fué todo, y volveremos á repetir que no fué nada de eso. Recorramos las páginas que dejó escritas, y él mismo nos dice que tenía *instinto sobrehumano*, que le había dado Dios ardiente fantasía, que era un *raro inventor* (1).

Nadie nos define mejor su cualidad excelente que *Cervantes* mismo:

> Yo soy aquel *que en la invención excede*
> A muchos, y al que falta en esta parte
> Es fuerza que su fama falta quede (2).

Estas palabras pone en su propia boca en *El Viaje del Parnaso*. ¿No es cierto, señores, que así se alcanza bien lo que era el autor del *Quijote*? ¿Conoceremos que es inútil trabajo y labor excusada cuanto peligrosa el buscar en la *Galatea*, en las *Novelas ejemplares* y en las demás obras del autor, textos aislados

---

(A) Véanse al final las *Notas* que en el texto van señaladas con letras.

(1) Y sé que aquel instinto sobrehumano
Que de *raro inventor* tu pecho encierra,
No te le ha dado el padre Apolo en vano.
*(Viaje del Parnaso.*—Cap. I.)

(2) *Viaje del Parnaso.*—Cap. IV.

que le acrediten perito en unas ó en otras facultades? Peligroso llamamos á ese trabajo, porqué fácilmente puede hacernos caer en error, formando una paradoja que luego desmientan otras frases del mismo autor.

Peligro tan próximo es este, que aquejados por esa pesadilla, general hoy entre cervantistas, ideamos también el presentarle *músico*. Y fácil cosa era, en verdad, demostrar su competencia en el canto y en la vihuela, cuando le vemos rasgueando agraciadamente el español instrumento en *El Celoso Extremeño* con Loaisa y en *La Ilustre Fregona* con Carriazo; cantando sentidas y piadosas estrofas con *Feliciana de la voz*, y decorando delicados y picarescos conceptos con la desenvuelta *Altisidora*. Pero en lo más granado y prolijo de la labor, tropezamos con muchas y muy buenas razones para sostener también lo contrario, y afirmar que si era torpe de lengua, tampoco era muy fino de oído, y debía cantar bastante mal y entender muy poco del divino arte, en paz y con perdón sea dicho de sus encomiadores.

Era *Cervantes inventor*. He aquí el pedestal de su inmensa celebridad. Era de *instinto sobrehumano,* y en eso estriba el secreto de su sabiduría universal... Tenía la facultad de crear, y si seguimos la suerte de sus invenciones, si ponemos á la vista de todos, cuantos han sido los hombres célebres que han aprovechado sus ideas; si patentizamos que á la sombra de su gloria se han acogido multitud de aves, así de pobres grajos, como de elevadas y altaneras águilas,

creeremos haber traído el mejor complemento á nuestra demostración, y haber hecho más justicia al grande hombre que buscando razones para justificar que era docto, perito y versado en ciencias y en artes que ni por las mientes le pasó el estudiar.

## II

¿Qué fué *Cervantes?* Ya en este punto podremos contestar que fué un *gran inventor*. Lo dicen sus escritos; y si mayor demostración se necesita, nada más fácil que hacerla, aun en los reducidos límites que permite este trabajo.

Vivo estaba todavía el soldado escritor cuando autores de primer orden, dramáticos como Lope de Vega, Tirso de Molina, Guillén de Castro y otros, cuyas obras admira el mundo, aprovechaban en sus composiciones, para sacarlos al teatro, los personajes á quienes él había dado vida.

No hablemos del desdichado autor que pretendió usurpar su gloria continuando las aventuras de *El Ingenioso hidalgo*. Sea quien fuere (1) recogió la ignominia que merecía por premio, y hoy nadie leería su obra si no estuviese ligada con la de *Cervantes*.

---

(1) Muchas han sido las investigaciones de los eruditos, guiadas por el deseo de conocer al encubierto Avellaneda.—Después de haber indicado como autores de este libro á Fray Andrés Pérez, el autor de la *Pícara Justina*, á Fray Juan Blanco de Paz y á Bartolomé Leonardo y Argensola, se fijó la atención en Fray Luis de Aliaga, confesor de Felipe III.—El docto cervantista gaditano Sr. D. Adolfo de Castro, fué el primero, á lo que creemos, que hizo pública esa conje-

La verdad es, que entre las encontradas opiniones de Montiano, Nassarre y Germond de Lavigne que suponen al *Quijote de Avellaneda* un alto mérito, y las de Pellicer, Ríos, Navarrete y otros que apenas le conceden importancia, creemos que no se ha hecho justicia á aquel libro. No hay para qué acordarse, al decidir la cuestión crítica, de *Cervantes* ni de su *Quijote*. Hagamos caso omiso del autor robado y demos al olvido la mala conducta del robador, sin recordar ni aun el Prólogo, más agresivo que gracioso, del *pseudo-Quijote*.

Si el héroe manchego no hubiera nacido más que en el cerebro del que se tituló *Avellaneda*, nadie, absolutamente nadie sufriría hoy su lectura. Los personajes son sandios, insulsos, carecen de verdad, no están copiados del natural. La acción, pesada y trivial, se arrastra entre episodios inconexos, largos y de poca substancia: en fin, puede sostenerse sin temor de ser desmentido, que ni el más paciente aficionado á lecturas novelescas sería capaz de leer la obra de *Avellaneda* si no le prestase color é interés la creación de *Cervantes*. Con eso y con todo, es hoy muy poco leída; y es lo cierto que cuantos de ella han tratado, se han quedado muy cortos en su vituperio.

---

tura, robustecida luego con diferentes argumentos y datos por los Sres. D. Cayetano Rosell, D. Aureliano Fernández Guerra, D. Cayetano A. de la Barrera y otros.—Pero el mismo Sr. D. Adolfo de Castro ha indicado luego como autor del falso *Quijote* á Fray Alonso Fernández, y últimamente al gran poeta dramático D. Juan de Alarcón y Mendoza.

Pero me separo de mi propósito. Avellaneda no excedía en la invención, su obra nunca ha sido imitada; jamás han salido al Teatro sus personajes.

Pues aun en ese libro escrito con el altivo y audaz propósito de competir con el de *Cervantes*, y con la menguada intención de quitarle la ganancia de su trabajo; en esa obra que lleva un prólogo insultante, en el cual se denigran las heridas recibidas por un soldado en defensa de su religión y de su patria, y se hace burla estúpida de las canas venerables que crecían en su ardiente cabeza como la nieve que cerca un volcán, se encuentran, á despecho del envidioso autor, las alabanzas del libro y del escritor á quien imitaba. Oigámosle:

»á este compás desbuchó Sancho todo lo que de Don »Quijote sabía; pero rieron mucho con lo de los galeotes »y penitencia de Sierra Morena y encerramiento de la »jaula, con la cual acabaron de entender lo que Don Qui»jote era, y la simplicidad con que Sancho le seguía ala»bando sus cosas» (1).

En otro lugar exclama:

«¿Eres tú por ventura *Don Quijote de la Mancha,* cuya »fama anda esparcida por las cuatro partes del mun»do?» (2).

---

(1) Cap. 7.°—Parte V.
(2) Cap. 31.—Parte VI.

A pesar de sus malos propósitos, se escapaba la verdad de la pluma del émulo de *Cervantes*.

Poco tiempo después, aplaudieron por primera vez en la escena francesa un inspirado episodio tomado del *Quijote*. Pichou, autor dramático de grandes dotes y esperanzas, que murió bárbaramente asesinado á la temprana edad de 35 años, después de haber merecido los aplausos del público y los elogios del Cardenal Richelieu, que se preciaba de entendido en letras, dió al Teatro, en el año 1629, una comedia intitulada *Les Folies de Cardenio,* base de toda su celebridad (B).

Años adelante, el crítico más célebre de Francia, aquel Boileau Despreaux que calificaba de grosero al Teatro español, y se burlaba de los mejores dramas de Lope, de Ruiz de Alarcón y de Calderón, porque no se ajustaban á su medida clásica y á sus indispensables unidades, no tuvo reparo alguno en merodear el campo cervantino, y debe su poema heroi-cómico *El Facistol*, las mejores escenas á recuerdos y retazos del *Viaje del Parnaso*.

El ejemplo de tales hombres fué contagioso, y estimulados por los aplausos que el público prodigaba á cuanto procedía de la inspiración de *Cervantes*, los autores más celebrados del teatro francés, Scudery, de Brosse, Dancourt y otros, sin exceptuar el maldiciente Pirón, sacaron á la escena composiciones con argumentos tomados de sus obras.

En el teatro inglés, en el español se multiplicaron

las imitaciones hasta tal punto que no es posible detallarlas (C).

Del mismo modo nos llevaría muy lejos el reseñar, aunque fuera muy ligeramente, las continuaciones, imitaciones y arreglos que del *Quijote*, la *Galatea* y las *Novelas* se han hecho. Baste en este lugar el recuerdo, para que se comprenda cuanto excedía *Cervantes* en la invención.

Ya en nuestros días, todo un Moratín acude también al rico venero cervantino para embellecer y animar su *Derrota de los Pedantes*. ¿Y se quiere todavía más? Pues véase á Víctor Hugo, el poeta de mayor y más vigorosa inspiración entre los modernos, recurrir á *Cervantes* y deberle una de sus mejores creaciones. *Preciosa*, la dulce heroína de *La Gitanilla de Madrid*, recorre hoy el mundo transformada en *Esmeralda*; y á ella, y á otros personajes, también de origen español, debe *Nuestra Señora de París* parte de su inmensa celebridad.

Continuar esta enumeración sería no acabar nunca. *Cervantes*. tuvo la parte mejor, la que á muchos falta. Dió tal vida, tanta verdad á los hijos de su entendimiento, que no parece sino que sus personajes se agitan entre nosotros; todos creemos conocerlos, todos los citan y tienen el don singular de interesar siempre y de prestar inspiración á cuantos los evocan.

El escritor que á tantos ingenios sirve con sus creaciones, bien puede ser llamado inventor, bien puede ser contado entre los genios.

## III

Juzgar el libro, abarcar en su conjunto y en sus detalles la obra del genio, todos comprenden que es difícil empresa. *Cervantes* nació en el fin de la España caballeresca, cuando la edad moderna introducía ya en las costumbres la savia de un orden nuevo, de una nueva manera de ser, de civilización muy diferente. Asistió en Lepanto al último acto de una lucha de titanes, y en Valladolid y en Madrid tocó en el siglo siguiente las miserias de una corte llena de intrigantes, donde el mérito cedía al favor, la virtud era humillada por la hipocresía, y el oro comenzaba á constituirse en árbitro de la suerte de todos, dispensándose á su influjo empleos, honores, títulos y dignidades.

De otro lado encontró en sus primeros años como lectura favorita del pueblo español, libros fantásticos cuyo origen respondía á otros usos, á otras necesidades, y donde acción y sentimientos habían venido de exageración en exageración á tocar en falsos, pecando de ridículos. En siglos anteriores, durante la agitación de turbulentos reinados y entre el fragor del combate con los musulmanes, el ánimo se complacía en la pintura de escenas heroicas y se recreaba viendo en los libros costumbres dulces que contrastaban con la realidad. El caballero, duro en la lucha, feroz en la pelea, que no curaba de su cuerpo ni se dolía de las heridas que recibiera, era luego clemente en la victo-

ria, afable con el menesteroso, compasivo con el desdichado, y venía á ofrecer el laurel obtenido á los piés de la dama cuyo esclavo se creía. El dechado del caballero fiel á todos los preceptos del Doctrinal, era el prototipo de las primitivas novelas que se titularon *Libros de Caballerías*. De la narración de aventuras extraordinarias, se pasó fácilmente á la exageración y al absurdo. La intervención de personajes fantásticos, de espíritus invisibles, tomados ora de la antigua fábula, ora de las leyendas y tradiciones de los siglos medios, vino á aumentar el interés bajo un concepto, el absurdo por otros. No hubo caballero que no tuviera á su devoción un encantador, un mago ó una hada, ni castillo que no estuviera guardado por dragones, endriagos y vestiglos. La lucha entre el bien y el mal se simbolizó en aquellas creaciones; pero se llevó á tal extremo que ya no solamente era la pintura moral, sino que un encantador perseguía á un caballero, y otro le cuidaba y curaba sus heridas cuando era vencido. *Cervantes* encontró aquella literatura en su más alto grado de corrupción; los Amadises y Primaliones se habían multiplicado hasta lo infinito, con todas las extravagancias imaginables de lagos hirvientes, monstruos horrendos, damas y dueñas viandantes, armas encantadas y viajes súbitos á regiones no mencionadas ni conocidas. La ficción sumergida en el absurdo.

Él hizo nacer entre las ruinas de aquella civilización y de aquella literatura la novela moderna, más antropológica que de argumento, más verdad que fá-

bula. Inició el movimiento de las letras, fué el primero que sintió el progreso del buen sentido, de la razón pura y ¡cosa extraña! al dar el impulso, al crear el género, dió de él el más acabado y perfecto modelo. *Cervantes* nace en la mitad de un siglo, y muere casi en la plenitud del siguiente. Por eso hay en su obra algo de todo lo que dejamos indicado, y muchas cosas más, que no están puestas de intento allí por el autor; pero que eran como la atmósfera que respiraba, como el alimento de que vivía, y le impresionaban y agitaban su ser sin que se diese cuenta de ello.

*Cervantes* es el eslabón que señala la transformación de las ciencias y las letras entre los siglos XVI y XVII, en la cadena de la civilización española.

## IV

Esto fué *Cervantes*; eso fué el escritor.—La profundidad de sus pensamientos, la altísima enseñanza de su doctrina, tuvieron origen en las desgracias del hombre. La inspiración de sus obras fué el dolor.

No tienen número los azares, las peripecias de su larga carrera, y siempre más desgraciados unos que otros. Nunca se cansó la fortuna de serle adversa, nunca le abandonó el dolor, para que del choque, de la lucha entre el dolor y el genio naciese el libro inimitable, como han nacido todas las obras grandes...

Lira que canta, corazón que gime,
No hay pensamiento grande que no sea

Hijo de un gran dolor, dolor sublime;
A los Homeros y *Cervantes* crea (1).

Para comprender á un grande hombre es necesario tener corazón de poeta.

Mucho padeció, mucho debió sufrir el autor, que sin esos sufrimientos no poseeríamos la obra inmortal; grandes fueron los dolores que le hicieron decir: «¡Oh soledad, alegre compañera de los tristes!» Tal vez *Cervantes* exclamó también como otro poeta:

¡Qué triste compañero
Pero qué fiel es el dolor! no deja
Solo jamás al triste que acompaña.

Su existencia fué cadena de dolores... Por eso en lugar de verter lágrimas por su muerte, concurren de todas partes á celebrarla en Liceos y en Academias, en libros y en periódicos, en sermones y en poesías. Y no es de extrañar. La gloria del talento, como la gloria de la virtud, no empiezan á brillar hasta que termina su peregrinación por este mundo. Pueden los que las alcanzan ser desconocidos, menospreciados y hasta ultrajados en vida; su recompensa está en la adoración de la posteridad.

He dicho.

---

(1) *Querellas del Vate ciego,* por Larmig.—El Sr. D. Luis Martínez Güertero, publicó bajo este pseudónimo sus preciosas poesías.

(A)

# NOTA

## DE FOLLETOS ESCRITOS PARA DEMOSTRAR LOS CONOCIMIENTOS DE CERVANTES EN DETERMINADAS MATERIAS

MOREJÓN (D. Antonio Hernández).—*Bellezas de Medicina práctica descubiertas en la obra de Cervantes.*

CABALLERO (D. Fermín).—*Pericia geográfica de Miguel de Cervantes.*

ARRIETA (D. Agustín García de).—*Espíritu de Miguel de Cervantes.*

EXIMENO (D. Antonio).—*Apología de Miguel de Cervantes.*

REMENTERIA (D. Mariano).—*Manual alfabético del Quijote.*

MOR DE FUENTES (D. José).—*Elogio de Miguel de Cervantes.*

CASTRO (D. Adolfo de).—*¿Cervantes fué ó no poeta?*

FERNANDEZ (D. Cesáreo).—*Cervantes, marino.*

IGARTUBURU (D. Luis).—*Diccionario de tropos y figuras de retórica.*

SANDOVAL (D. Crispín Jiménez de).—*Afición é inteligencia militar de Miguel de Cervantes.*

GAMERO (D. Antonio Martín).—*Jurispericia de Cervantes.*

CASTRO (D. Federico).—*Cervantes y la Filosofía Española.*

TUBINO (D. Francisco).—*Cervantes revolucionario.*

D. F. C.—*La Cocina del Quijote.*

SBARBI (D. José).—*Cervantes, teólogo.*

## (B)

# LES FOLIES DE CARDENIO

## TRAGICOMEDIA DE PICHOU (1)

La acción comienza en el momento en que cansado Don Fernando de los amores de Dorotea y prendado de Luscinda, aspira á casarse con ésta, y ordena á Cardenio

(1) No es únicamente en España donde podemos quejarnos de la incuria de los eruditos y aficionados de los siglos XVI y XVII en recoger noticias biográficas de los artistas y poetas célebres sus contemporáneos.

En Francia sucede también lo mismo, y el autor de esta tragicomedia es casi desconocido, á pesar de que compuso varias obras dramáticas que fueron muy aplaudidas. Solamente se sabe que Pichou nació en Dijón, ignorándose en qué año, aunque debió ser en los primeros del siglo XVII, fué educado por los jesuítas, y en el año 1629 dió al público la obra que nos ocupa, que fué la primera que se presentó en Francia sacada del libro de *Cervantes;* y que á la edad de treinta y cinco años murió cruelmente asesinado, como en el texto decimos.

Además de *Las Locuras de Cardenio,* que fueron su primera obra, compuso las *Aventuras de Rosileón,* la *Confidente infiel,* y la *Filis de Sciro,* pastoral que mereció los elogios del Cardenal Richelieu que se preciaba de inteligente en el arte dramático, según Isnard.

que se aleje por unos días; y prosigue en los dos primeros actos sacando puntualmente las situaciones de las que *Cervantes* refiere en los capítulos XXIV y XXVII de la Parte primera del *Quijote* por boca de Cardenio y Dorotea.

En el acto III aparecen en escena D. Quijote y Sancho, y se verifica el encuentro de Cardenio; en el IV salen el Cura y el Barbero, sobrevienen D. Fernando y luego Dorotea, enviando por último el caballero al escudero con la carta para Dulcinea; y es notable que el autor francés, no pudiendo reproducir las palabras de *D. Quijote*, las sustituye con un *Galimatías* (así le llama) de ocho versos compuestos de hiperbólicas frases casi sin sentido. En el acto V, *Dorotea* disfrazada en compañía del Cura y de Cardenio, también con sendos disfraces, solicita el amparo de D. Quijote, y la acción termina con el encuentro de D. Fernando y Luscinda, quedando aquél unido á Dorotea y ésta á Cardenio y marchando D. Quijote en unión de todos á poner á la Infanta en posesión de su reino, porque ya había matado al descomunal Gigante, que el incrédulo escudero dice que era vino, con evidente alusión á la aventura de la venta. A la conclusión queda Sancho Panza solo en la escena y recita un monólogo de doce versos que el autor de la *Historia del Teatro francés* cita como mejor de la obra. (Tomo IV, pág. 419.)

## (C)

Para justificación de lo que en el texto se afirma, insertamos la siguiente nota de las piezas que en este

momento tenemos presentes, ó recordamos haber visto citadas:

## ALGUNAS PIEZAS DE TEATRO

CUYOS ARGUMENTOS ESTÁN TOMADOS DE LAS OBRAS Y DE LA VIDA

DE

# MIGUEL DE CERVANTES

---

ANÓNIMAS.—*El Alcides de la Mancha y famoso D. Quijote.*—De un ingenio de esta corte.—(Empieza con la llegada de Sancho á la venta de vuelta de Sierra Morena, y termina saliendo D. Quijote enjaulado para su aldea.)

*Las Caperuzas de Sancho.*—Sainete.

*Cervantes.*—Drama representado en el Teatro del Balón de Cádiz en Septiembre de 1853.—(No hemos podido verlo.)

*Sancho Panza.*—Sainete.

*La Ínsula Barataria.*—Entremés.

*La Cuna del Quijote.*—(D. T. M. M.)—Representada en el Ateneo Tarraconense de la clase obrera en 1873.

AYALA (D. Adelardo López de).—*El Curioso impertinente.*—En colaboración con D. Antonio Hurtado.

ÁVILA (D. Francisco de).—*Los invencibles hechos de Don Quijote de la Mancha.*—Entremés.

BARCIA (D. Roque).—*El Pedestal de la estatua.*

CAÑIZARES (D. José).—*La más ilustre fregona.*

CALDERÓN DE LA BARCA (D. Pedro).—*D. Quijote de la Mancha.*—Desconocido.

CASTRO Y BÉLVIS (D. Guillén).—*La Fuerza de la sangre.*—*El Curioso impertinente.*—*D. Quijote de la Mancha.*

COELLO (D. Antonio).—*El Celoso Extremeño.*—*Los Celos de Carrizales.*—(Aunque citadas con estos dos títulos, parece deben ser una sola obra.)

CRUZ (D. Ramón de la).—Loa para la comedia intitulada *Las Bodas de Camacho el rico.*—1784.

ESQUERDO (D. Vicente).—*La Ilustre fregona.*

FIGUEROA y CÓRDOVA (D. Diego).—*La Hija del Mesonero.*

GARCÍA (D. Adolfo).—*La Venta encantada.*—Zarzuela en tres actos y en verso.

GARCÍA GUTIÉRREZ (D. Antonio).—*Nobleza obliga.*

HARTZENBUSCH (D. Juan Eugenio).—*La Hija de Cervantes.*—Loa.

HURTADO (D. Antonio).—(Véase Ayala.)

LÓPEZ (Luis).—*Persiles y Segismunda.*—Comedia representada en el Teatro Real del Pardo, en Enero de 1633.

MATOS FRAGOSO (D. Juan).—*D. Quijote de la Mancha.*

MONTALVÁN (Dr. D. Juan Pérez de).—*La Gitanilla.*—*El Celoso Extremeño.*—*Pedro de Urdemalas.*

MELÉNDEZ VALDÉS (D. Juan de).—*Las Bodas de Camacho.*

MONTERO NAYO (D. Francisco).—*D. Quijote renacido.*

MONTOTO (D. Luis).—*El Último Día.*—Cuadro dramático escrito en colaboración con D. José de Velilla.

MORETO Y CABAÑA (D. Agustín).—*El Licenciado Vidriera.*

PÉREZ PEDRERO Y ANAYA (D. Eduardo).—*Isabel de Saavedra.*—Drama histórico en 5 actos.—Madrid: imprenta de Antonio Martínez, calle de la Colegiata, núm. 11.—1853.

PISÓN Y VARGAS (D. Juan).—*El Rutzvanscadt, ó Quijote trágico.*—Tragedia á secas.—Madrid, 1785.

ROJAS Y ZORRILLA (D. Francisco de).—*Persiles y Segismunda.*

ROMERO Y LARRAÑAGA (D. Gregorio).—*El Licenciado Vidriera.*—1841.—En colaboración con D. F González Elipe.—Obra infelicísima.

ROSA (Pedro de la).—*Don Quijote.*—Comedia representada en el Buen Retiro, en Marzo de 1637.

SERRA (D. Narciso).—*El Loco de la guardilla.*—En un acto.

SILVA (Antonio José de).—*D. Quijote.*—Manuscrita.

SOLÍS (D. Antonio).—*La Gitanilla de Madrid.*

TELLEZ (Fr. Gabriel) Tirso de Molina.—*Quien da luego da dos veces.* (De la señora Cornelia.)

TOMEO Y BENEDICTO (D. Joaquín).—*Cervantes.*—Drama apologético.

VEGA CARPIO (Fr. Lope Félix de).—*Los Cautivos de Argel.—El Celoso Extremeño.—La Ilustre Fregona.—Pedro de Urdemalas.*

VEGA (D. Ventura de la).—*D. Quijote de la Mancha.—Los dos Camaradas.*—Primera parte de un drama titulado *Miguel de Cervantes.*

VELÁZQUEZ Y SÁNCHEZ (D. José).—*D. Quijote y*

*Sancho Panza.*—Zarzuela representada en el teatro de S. Fernando de Sevilla en 1857.—Inédita.—Era el episodio de Clavileño su argumento.

VELILLA (D. José). (Véase Montoto).

## TEATROS EXTRANJEROS

PICHOU.—*Les Folies de Cardenio.*—Tragicomedie en cinq actes.

BOUSCAL Y DE BEY.—*L' Amant liberal.*

DANCOURT.—*Sancho Pança gouverneur.*

DESTOUCHES.—*Sancho Pança.*

DE BROSSE.—*Le Curieux impertinent.*

DU FRESNY.—*Sancho Pança.*

GOURIN DE BEUSCAL.—*D. Quichotte de la Manche.*

HARDY.—*La Force du sang.*

ROUTROU.—*Les deux Pulcelles.*

SCUDERY.—*L' Amant liberal.*—*Le Soldat magicien.*—(La cueva de Salamanca.)

ANÓNIMO.—*Don Quichotte,* ballet-comique, en trois actes.—Représenté pour la premiere fois á Bordeaux par l' Academie Royale de Musique, dans le mois de Février, 1758.

MURET (Theodore).—*Michel de Cervantes.*—Drame en 4 actes.—Imp. Vialat et compagnie, 1856.

SARDOU (Victorien).—*D. Quichotte.*—Piece trois actes, huit tableaux.

PIRON (Alexis).—*Le Faux Prodige.*—(El Retablo de las Maravillas.)

FERRERO.—*D. Quischiote alle Nozze di Camaccio.*—Cádiz, 1829.

BEAUMONT Y FLETCHER.—*Lov's Pilgrimage.*—(Peregrinación amorosa).—De las Dos Doncellas.—*The chances.*—(Los Acasos).—De la Señora Cornelia.

MIDLETON Y ROWLEY.—*The Spanish Gipsy.*—(La Gitana Española.)—De *La Gitanilla* y *La Fuerza de la sangre.*

# ÍNDICE


Páginas

ELOGIO DE ESTE LIBRO. . . . . v

Sobre las ediciones primitivas de *El Ingenioso hidalgo*.—Carta á D. Pascual de Gayangos. . 1

Obras desconocidas de *Cervantes*.—Cartas á don Aureliano Fernández Guerra. . . . . 19

Dos poesías inéditas de *Cervantes*.—Carta á don Mariano Pardo de Figueroa. . . . . 55

Sol y sombras.—Dos cartas á D. José de Palacio Vitery y D. Mariano Pardo de Figueroa. . . 67

Sobre *La Estafeta de Urganda*.—A D. Nicolás Díaz de Benjumea. . . . . 95

Comentario de comentarios, que es como si dijéramos cuento de cuentos.—Carta á Mr. Mariano Droap. . . . . 121

Páginas

Ultimas cartas. . . . . 145

Sobre el *Quijote* de Avellaneda.—Carta al Vizconde de Bétera. . . . . 153

*Antuca.*—Carta al Excmo. Sr. D. Fermín Caballero. . . . . 161

¿Puede traducirse el *Quijote*? . . . . . 175

*Filena.*—Novela pastoril que se atribuye á *Miguel de Cervantes* por sus biógrafos. . . . . 189

Los continuadores de *El Ingenioso hidalgo.*—La obra de un Avellaneda desconocido. . . . 199

Ensayo de un nuevo comentario al *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.*—Carta al Sr. D. José M.ª de Torres. . . . . 233

Sobre *La Española Inglesa*. . . . . 261

Desavenencias entre *Miguel de Cervantes* y *Lope de Vega*. . . . . 267

El Conde de Lemos, protector de *Cervantes*. . . 293

Noticias curiosas.—Particularidades y anécdotas relativas á *Cervantes* y al *Quijote*. . . . . 347

Recuerdos de *Cervantes.*—El compás de Sevilla. . 405

¿Estudió *Cervantes* en Salamanca? . . . . . 425

Documento para ilustrar la biografía de *Cervantes*. . . . . 431

Un cervantista portugués del siglo XVIII, quemado por el Santo Oficio de la Inquisición. . . 437

Páginas

Alonso Fernández de Avellaneda. . . . . 463

Los académicos de Argamasilla. . . . . 485

Otro sueño de noche de verano. . . . . 489

El testamento de *Cervantes*.—Carta al Sr. D. Juan Guillén Buzarán. . . . . 501

Sentido oculto del *Quijote*. . . . . 513

*Cervantes* inventor. . . . . 535

LS.
C412
Cervantes Saavedra, Miguel de 88933
Author Asensio y Toledo, José María
Title Cervantes y sus obras, con prólogo del Dr.

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU